

A young woman with long, wavy blonde hair is shown in profile, looking upwards towards the sky. Her hands are clasped together in a prayerful gesture. The background is a warm, golden light, suggesting a sunset or sunrise. The overall mood is contemplative and hopeful.

LA CHICA
QUE MIRABA
AL CIELO

JONAIRA
CAMPAGNUOLO

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

[Click](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

CAPÍTULO 1



—¿Está segura de no necesitar nada más, señora Sanders? —preguntó el taxista, antes de estirar el cuello para observar por el retrovisor a una chica delgada y de larga cabellera azabache que se hallaba sentada en el asiento trasero de su auto. Aunque lo que en realidad miraba no era a ella, sino las abultadas protuberancias que sobresalían del escote de su blusa de tirantes.

Con rostro severo, Mary Sanders tomó sus pertenencias y retiró el cinturón de seguridad a la sillita en la que transportaba a un niño rubio de menos de un año. Sabía que el chófer no le quitaba la mirada de encima, pero intentó no perder la paciencia.

Durante todo el recorrido en auto ella se sintió como si fuera un jugoso bistec expuesto frente a una jauría de perros hambrientos. A pesar de que en ese caso solo se trataba de un idiota de mediana edad.

Un amargo estremecimiento la invadió al lanzar una ojeada hacia el retrovisor y notar cómo el conductor se relamía los labios sin dejar de observarla. Bufó indignada y se esforzó por salir cuanto antes del vehículo.

—¡Espere! —pidió el taxista, pero su ansiedad le impidió percatarse de que el seguro de la puerta estaba echado, y al intentar abrirla con rapidez terminó estrellando la cabeza contra el cristal—. ¡Maldita sea! —se quejó antes de subir el botón y realizar una segunda tentativa.

La chica suspiró mientras salía, arrepentida de haber aceptado la ayuda de ese hombre. Cuando estuvo fuera escuchó un golpe sordo y lo buscó con la mirada, pero no lo encontró. Se sorprendió al verlo levantarse del suelo frente al capó del auto con una sonrisa apenada en los labios, al tiempo que se sacudía la ropa para quitarse los restos de tierra y hojas.

—Ups, lo volví a hacer —se burló él de su propia estupidez y mostró una sonrisa tensa.

Mary entrecerró los ojos y lo miró con desprecio. Hubiera deseado contar con un rayo desintegrador en las pupilas que hicieran polvo a aquel idiota. Detestaba a los hombres como él, que no se cansaban de hacer el ridículo al ver a una joven de pecho generoso.

—No hacía falta que se molestara, yo... —las palabras se le atoraron en

la garganta cuando el conductor se acercó y pretendió quitarle de la mano la sillita donde transportaba al niño. Ella la sujetó con más fuerza aún.

El hombre la observó con incredulidad y trató de quitársela de nuevo. Solo quería ser cortés, pero la joven no deseaba que ese baboso apartara al niño de su lado. Sostuvo la silla con tanta firmeza que él tuvo que renunciar a su gesto.

El bebé comenzó a quejarse por los movimientos bruscos. Mary lo tranquilizó con palabras dulces, al tiempo que fulminaba al chófer con la mirada.

—¿No es demasiado joven para tener un hijo? —bramó él irritado por el desplante—. ¿Y para viajar sola a un lugar tan desolado como esta isla? —finalizó y se cruzó de brazos.

Pensó que a duras penas aquella chiquilla debía de llegar a los dieciocho años y ya se comportaba como toda una diva: odiosa y engreída. Alzó una ceja con desaprobación.

—Muchas gracias por su ayuda —expresó ella con frialdad e ignoró las preguntas malintencionadas—, pero está por oscurecer y quiero instalarme en la casa.

Avanzó un par de pasos para alejarse del vehículo y dejar claro que no deseaba más compañía, pero se detuvo al dar un vistazo a los alrededores.

La isla de Jamestown, al sur de Rhode Island, era un lugar tranquilo y solitario a pesar de recibir a muchos turistas durante el verano. Además, el sitio donde Mary iba a residir estaba apartado del pueblo, rodeado por kilómetros de bosques y por las aguas de la bahía. La soledad era excesiva.

El chófer cerró bruscamente la puerta del pasajero y, como para vengarse, miró con lascivia las nalgas de la joven, remarcadas por los vaqueros ajustados. En silencio rodeó el vehículo y volvió a ocupar su puesto frente al volante, ajeno al debate que se producía entre la conciencia y el corazón atemorizado de la chica.

Mary observó con ojos agrandados y húmedos el sendero que la conduciría a la vivienda: una curva franqueada por árboles, pinos y arbustos salpicados de flores.

Se llenó los pulmones con el aire puro que manaba de aquella vegetación. La frescura le heló la sangre.

Para ella, el camino se había convertido de pronto en un túnel fabricado con gruesas paredes de hormigón verde que la llevaba al interior de una caverna espeluznante. Todo lo que podía divisar en él eran troncos y millones

de hojas alineadas entre sí con tanta precisión que parecían capaces de ocultar el hogar que se hallaba al otro lado.

La visión le dificultó la respiración, le aceleró las pulsaciones y le produjo tanto sudor en las manos que le resultaron resbaladizas.

Se aferró aún más a la sillita en la que transportaba al niño para evitar que esta cayera, y por instinto retrocedió un paso. Su subconsciente se negaba a sumergirse en ese paraje, sabía que allí solo podría encontrar soledad.

—Le diré a Tom Owen que está aquí. —La intervención del taxista la sobresaltó y le sacudió la sensación claustrofóbica que experimentaba.

—¡No! —negó ella con demasiada firmeza.

Para disimular su turbación se esforzó por sonreír cuando se giró hacia el sujeto. No obstante, por la expresión escéptica con que este la observó, comprendió que su inquietud había sido reveladora.

Se irguió y procuró dirigirle una mirada dura. De esa forma solía ocultar su vulnerabilidad. Siempre había utilizado aquella estrategia para salir de un apuro.

—Mañana iré a las oficinas de Tom y hablaré con él en persona —alegó, para zanjear el tema de Owen. No podía permitir que Tom se enterara tan pronto de su presencia en ese lugar o informaría a su padre, lo que echaría por tierra sus esfuerzos por mantenerse oculta en esa isla—. No quiero molestarlo ahora. Pronto anochecerá, y estoy cansada del viaje.

El taxista le mantuvo la mirada unos segundos, luego alzó los hombros con indiferencia y desvió su atención hacia la carretera. Se mostraba irritado.

—Como quiera, señora Sanders. Tiene mi número de teléfono y sabe dónde trabajo —comentó con cierto deje de disgusto en la voz. Odiaba los rechazos, pero la temporada turística apenas comenzaba y los viernes solían llegar a Jamestown viajeros ansiosos por pasar un fin de semana en aquel destino lleno de parajes naturales e históricos. No podía perder el tiempo en bobadas—. En la cocina hallará los interruptores de la luz y la llave del agua —se apresuró a decir antes de dar una última ojeada curiosa al bebé—. Que tenga una amena estancia —se despidió con sequedad y puso el motor en marcha.

Mary lo observó alejarse con el vértigo asentándose en su estómago. Le desagradaban los tipos como él, que no sabían disimular su interés por una mujer y reaccionaban de mala manera si no les seguían la corriente, pero su temor a la soledad era mayor.

Para aumentar sus nervios, el niño comenzó a llorar.

—Tranquilo, corazón. Estamos a punto de llegar. Pon un poco de tu parte, ¿sí?

Con pasos inseguros caminó por el sendero. Una gran mochila colgaba de uno de sus hombros, llena casi hasta reventar. Con una mano sostenía la sillita donde reposaba el niño, un chico rollizo y algo alto para su edad; y en la otra llevaba una bolsa con comestibles, adquiridos en el negocio del sujeto que se había prestado a llevarla gratis.

Chasqueó la lengua con disgusto al recordar que el hombre, a pesar de su actitud irritante, había dejado sus quehaceres para acercarla a ese sitio, y ella no tuvo la delicadeza de preguntarle el nombre o darle las gracias por su ayuda.

Su angustia comenzaba a pasarle factura. Debía serenar los nervios y ser un poco más atenta con quienes le tendían una mano. No sabía cuándo podría necesitar nuevamente de ellos.

A medida que avanzaba, el mundo a su alrededor parecía cambiar. Los sonidos y los aromas jugaban con sus sentidos y ejercían un efecto extraño: muy tranquilizador. No solo en ella, sino también en el niño, que había dejado de llorar para mirar todo con desconfianza.

El paisaje que los rodeaba se mostraba más amigable. Un sol de verano calentaba la brisa marina que mecía con suavidad las ramas de los árboles y abría entre ellas senderos de luz. Podían divisarse diminutas partículas de polvo suspendidas en el aire, como si formaran parte de un velo mágico. Se escuchaban el paso del pequeño arroyo que atravesaba la propiedad y el sonido de los cientos de pájaros e insectos que habitaban entre las hierbas, arbustos y plantas herbáceas de la vegetación.

La chica no pudo evitar sentirse como una Alicia entrando en el país de las maravillas. Un hecho que, más que de alegrías, la llenaba de temores.

Poco a poco se fue revelando la casa de una planta fabricada en madera pintada de celeste, con techo a cuatro vertientes de tejas oscuras. Se veía muy bien cuidada, gracias al mantenimiento constante que le realizaba Tom Owen, la persona contratada por su padre para tal fin.

Mary sabía que en su interior la edificación poseía tres habitaciones con ventanales dirigidos hacia la bahía de Narragansett, ubicada tras la vivienda a una corta distancia. Sin embargo, aquel hogar le era desconocido. Nunca había puesto un pie allí, solo sabía de él por fotografías.

Por orden de Darryl Sanders, su padre, las visitas a esa propiedad estaban prohibidas. El hombre llevaba años intentando venderla, pero le resultaba

imposible cerrar algún trato.

¿Por qué Mary lo había elegido para esconderse? Tal vez fue una reacción desesperada.

Horas antes, en medio de una intensa discusión con su padre, aprovechó que este interrumpió su retahíla para atender una llamada telefónica y se dirigió al despacho en busca de las llaves del coche. Necesitaba escapar de casa. Abrió la gaveta del escritorio de Darryl, pero lo que halló fue la única fotografía que existía de su abuela, una mujer hermosa y elegante que había pasado sus últimos años de vida sola en ese hogar, ignorada por su único hijo. Junto a la imagen se encontraba un estuche de terciopelo que contenía las llaves de acceso a la vivienda donde ahora estaba a punto de entrar. Por instinto, Mary las tomó, y luego fue con premura a su habitación a recoger algunas pertenencias. Se llevó consigo al niño, la causa de la pelea con su padre, y huyó antes de que Darryl terminara su conversación telefónica. La valentía le permitió no mirar atrás, pero al encontrarse lejos comenzaba a fallarle.

Se detuvo frente al hogar y suspiró. Con pasos pesados subió las dos escalinatas que llevaban a la entrada. Una vez arriba, colocó durante unos segundos al niño en el suelo para abrir la puerta.

En el interior, la soledad se hacía persistente gracias al amparo de las sombras. Los muebles que poblaban el recibidor permanecían ocultos bajo sábanas, las paredes no poseían adornos y las ventanas estaban selladas con gruesas cortinas. A pesar del encierro se percibía dentro el aroma a flores, a café recién hecho y cierto rastro a tabaco.

Después de cerrar la puerta, Mary pasó a la sala de estar, más amueblada que el vestíbulo, con sofás tipo *lounge* ubicados en forma de L junto a una chimenea de piedra. Lámparas de pie largo y mesitas con cajonera adornaban los rincones, y un estante de madera completamente vacío ocupaba media pared.

Llegó al final de la estancia y se asomó a través de la larga cortina que tapaba las puertas y los paneles de vidrio que separaban ese ambiente del porche trasero. Así pudo divisar el impecable patio de grama que antecedió a la orilla empedrada de la bahía, adonde llegaban las tranquilas aguas de la ensenada Mackerel.

—Qué hermoso —susurró con sus ojos castaños fijos en el cielo despejado, que comenzaba a tintearse con los tonos amarillos y naranja del crepúsculo. Pero el niño se revolvió incómodo en su sillita y reanudó el

llanto, obligándola a abandonar aquel extraordinario panorama para adentrarse en la cocina en busca de los interruptores de la luz.

Puso al bebé sobre la mesa ubicada en el centro, junto a los víveres y la mochila, y se acercó al cajetín donde se encontraban los interruptores. Al subirlos sonrió complacida mientras el recinto se iluminaba y revelaba las impecables encimeras de granito, las despensas aéreas de madera blanca, y un horno, cocina y refrigerador en acero inoxidable.

—¡Bien! Ahora, manos a la obra —exclamó dirigiéndose al pequeño, que aún parecía molesto y oteaba los alrededores con recelo.

Después de abrir la llave del agua encendió su ordenador portátil para poner música y ahogar así el horrible silencio, y limpió la mesa donde se hallaba el niño. Extendió sobre ella una manta impermeable que le permitiera cambiarlo con protección.

Alex, el bebé rubio de cabellos rizados y grandes mofletes, comenzó a mostrarse más sereno al recibir ropa limpia y comida. Como Mary, él no estaba habituado al silencio que imperaba en ese lugar, siempre había vivido rodeado de gente y de constantes ruidos.

Las atenciones, el canto de la joven y una danza improvisada alrededor de la habitación lo ayudaron a dormir minutos después.

—Aquí estaremos seguros, corazón —murmuró la chica mientras acariciaba el rostro infantil.

Mary no pudo evitar que la voz se le quebrara al pronunciar esas palabras. La tranquilidad que le aportaba el refugio hacía brotar en su pecho la angustia y la incertidumbre que traía consigo la realidad.

Y, ahora, ¿qué demonios haría con sus sueños y aspiraciones? ¿Cómo mantendría a Alex en ese lugar? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que su padre supiera dónde estaba escondida y la buscara para llevar a cabo su amenaza?

Una lágrima rodó por su mejilla, pero el dolor no alcanzó a relajar las facciones de su rostro, rígido por la ira. Tenía más cosas para odiar que para temer.

Acercó los labios a la frente del pequeño y depositó en ella un beso. Apretó al niño entre sus brazos y se quedó allí; danzaban al ritmo de una suave melodía.

Lentamente, la noche fue sumergiendo toda la vivienda bajo su penumbra y le concedió a la joven las primeras horas de paz de aquel infortunado día en que lo había perdido todo, incluso sus últimas esperanzas.

CAPÍTULO 2



Al día siguiente, la imagen que mostraba el rostro de la chica no era acorde con la rústica elegancia de la casa.

Mary no había podido pegar ojo en toda la noche. La soledad la había desquiciado, más aún cuando los alrededores estaban tan desiertos como el interior de ese hogar. El vecino más cercano se hallaba a casi dos kilómetros de distancia, si es que ese verano había viajado a la isla. La conexión de internet iba fatal, le fue imposible conectarse a alguna página para chatear, y no podía encender su teléfono móvil: su familia intentaría ubicarla y ella aún no tenía respuestas para ellos.

Cuando vivía con su madre, en un edificio residencial de Providence, estaba rodeada de muchos vecinos a los que siempre acudía cuando se encontraba sola. Que era lo habitual. Y las temporadas en que le tocaba estar con su padre en Boston estaba acompañada en todo momento por su madrastra, sus dos hermanitas gemelas, que ahora contaban con seis años, y Valery, su hermanastra, dos años mayor que ella.

Su opción para soportar la soledad fue repetir hasta el cansancio la única lista de música que tenía almacenada en el portátil. Había olvidado en Providence su iPod, al igual que muchas otras cosas. La rápida huida no le permitió llevar consigo todas sus pertenencias.

Debió aprovechar la noche para planificar una estrategia que la ayudara a sobrevivir en la isla, pero no quiso dedicar tiempo a pensar. Anhelaba olvidarse de todo, al menos durante unas horas. Por eso se entregó en cuerpo y alma a una limpieza innecesaria, ya que Tom Owen hacía una buena labor de mantenimiento de la casa.

Revolvió estantes hasta hallar los utensilios de cocina que necesitaría durante su estancia, acondicionó la habitación principal para que Alex y ella la ocuparan y abrió las ventanas, logrando que el hogar se llenara con la brisa fresca y salina del exterior. Así desechó el olor nauseabundo del encierro. Sin embargo, no consiguió que el extraño aroma a flores, café y tabaco se extinguiera, más bien se acentuó con la mezcla exótica de mar y vegetación que trajo el viento.

Lo que tampoco pudo evitar fue que los sonidos de la naturaleza la enloquecieran y le impidieran obtener algún tipo de paz mental. Escuchaba el ulular del viento, el chocar de las ramas de los árboles entre sí al mecerse, el romper de las pequeñas olas en la orilla de la bahía y el canto de los búhos, grillos y otros animales desconocidos que poblaban los alrededores.

La experiencia había sido tan aterradora que supo que jamás la olvidaría.

Se mantuvo en sus cabales no solo gracias a la limpieza. El cuidado del niño la ayudó a no perder la cabeza ante los temores que la asediaban. Alex tampoco había logrado dormir y exigió de la chica más de lo que ella quiso dar.

Mary apenas contaba dieciocho años, pero se sentía tan cansada como si tuviera setenta. Ya no soportaba sus brazos y hombros, agotados de cargar con el chico para calmar sus habituales momentos de llanto; le dolían las caderas y la espalda de tantas veces que se había inclinado para atenderlo cuando jugaba en el suelo; y tenía los pies hinchados a causa de las caminatas, cuando lo mecía para procurar que durmiera o corría tras él, en las usuales escapadas que lo llevaban directo a las puertas de vidrio que daban al porche trasero.

El chico parecía tener una obsesión con ese lugar. Miraba al exterior y gritaba con ansiedad golpeando los cristales.

Para no perder la paciencia, se repetía a sí misma que era natural la inquietud de Alex. Se hallaba en un hogar extraño, rodeado de un silencio que a ninguno de los dos les gustaba, en una etapa muy activa de su vida: gateaba con gran agilidad, se levantaba solito, empujaba muebles e intentaba abrir cajones. Comenzaba a sentirse independiente. Mary tuvo que quitar los objetos peligrosos que había a su alcance y tapar los enchufes con mesas para evitar accidentes. Sin embargo, el niño se las ingeniaba para conseguir objetos no aptos para jugar.

Al llegar la mitad de la mañana del sábado, la joven se sentó en el sofá de la sala de estar con postura derrotada. Tenía a Alex sobre sus piernas. El niño superaba uno de sus momentos de crisis y aún lloraba. Se le notaba irritado por la falta de sueño, pues ese día apenas había logrado dormir un par de horas.

Cuando sonó el timbre de la entrada, no se mostró desconcertada por la visita, más bien se alegró de que otro ser humano estuviera en las cercanías. A alguien debía pedir auxilio.

Cargó con el bebé y se levantó para dirigirse al vestíbulo, sin preocuparse

por su rostro ojeroso o por los cabellos mal sujetos en un moño tipo cebolla colocado casi a la altura de la coronilla. Estaba tan cansada y frustrada que nada le importaba.

—Vamos, Alex, déjalo ya. Tenemos visita —pidió con enfado, al percibir la intención del chico de incrementar el llanto.

Abrió la puerta sin comprobar por la mirilla quién estaba al otro lado.

—Hola, guapa.

Mary arrugó el ceño mientras repasaba de pies a cabeza al chico parado en el portal, con una sonrisa indolente en el rostro y las manos metidas dentro de los bolsillos de su pantalón.

Era delgado y algo desgarbado, pero de brazos fibrosos. Llevaba puestos unos pantalones de mezclilla que en algún momento debieron tener una mejor apariencia y una camisa azul de franela con el nombre de la banda norteamericana de rock Nirvana en el frontal. Los cabellos negros los tenía un poco largos y desordenados, con mechones tapándole parte de la frente. Las pobladas cejas resaltaban sus ojos oscuros, que brillaban con un toque de picardía mientras paseaba su mirada de ella al bebé.

—¿Este es Alex Sanders? —consultó, con una expresión divertida. Ella lo observó con recelo.

—¿Y tú quién eres? —La desconfianza de la chica aumentó la sonrisa del recién llegado.

—Justin Owen. —Mary se quedó muda unos segundos mientras su cerebro adormilado asimilaba aquel nombre.

—¿Owen? Oh, no —se quejó, y se llevó una mano a la cara para ocultar su decepción.

Era evidente que el hombre que le había hecho el favor de traerla el día anterior finalmente se había comunicado con Tom Owen para notificarle su presencia en la casa, a pesar de que ella se había negado. Por lo visto, en esa isla la gente seguía su propio criterio, sin importarles las decisiones de los demás.

Alex comenzó a chillar y a exigir que lo bajaran al suelo, con su atención fija en el jardín.

—No, Alex, por favor. Ahora no... —Mary no pudo continuar su intento desesperado por calmar al niño porque Justin se lo quitó de las manos.

—A ver, ¿este chico qué quiere?

—Nada —bramó ella y quiso recuperarlo, pero el joven la ignoró y pasó por su lado para entrar en la casa.

—Debe de tener hambre —aseguró mientras se dirigía a la sala de estar. Mary lo observó con los ojos muy abiertos. Se apresuró a cerrar la puerta y correr tras él.

—Claro que no, se ha comido una papilla esta mañana.

—Los niños no comen como nosotros, tres veces al día. Suelen tomar uno o dos tentempiés antes de la hora de la comida.

Justin jugueteaba con Alex y lo hacía reír a carcajadas, al tiempo que abría las puertas de cristal para dirigirse al porche trasero. El bebé se mostraba tan contento que Mary se enfadó aún más.

—¿Tienes hijos? —preguntó indignada, y se paró en el marco con las manos apoyadas en las caderas. Veía a Justin bajar los escalones mientras le quitaba los zapatos y las medias a Alex—. Pero ¿qué haces? —exclamó al notar que el joven lanzaba las prendas al suelo de madera y dejaba al niño de pie sobre la grama del patio. Alex gritó de felicidad al sentir el cosquilleo de la hierba y comenzó a mover las piernitas como si deseara correr, pero el chico lo tenía agarrado con firmeza.

—Ve a buscarnos una galleta o un plátano, mamá. —La orden exasperó a Mary, quien estuvo a punto de gritarle unas cuantas cosas a ese sujeto impertinente por su atrevimiento. Sin embargo, al ver la felicidad cincelada en el rostro del niño, se tragó su arrebató. Justin sentó a Alex sobre el césped y se acuclilló junto a él para vigilarlo de cerca. El bebé arrancaba tallos de hierba para llevárselos a la boca—. Si no traes algo rápido acabará con la grama —señaló el joven mientras evitaba que aquello sucediera.

—¡No dejes que coma eso! —chilló la chica antes de dirigirse apresurada a la cocina, en medio de un gruñido de impotencia.

Rebuscó entre las cosas que tenía sobre la encimera y preparó con rapidez un poco de papilla instantánea. Al volver al patio, vio que Justin caminaba por el jardín con un niño sonriente. A Mary se le encogió el corazón. Llevaba tantas horas viendo sufrir al bebé que esa repentina felicidad casi la doblegó.

Se sentó en una de las tumbonas de plástico que había en el porche. Justin se acercó a ella con Alex en los brazos.

—¡Mamá nos trajo comida! —anunció. El niño gritó de ansiedad. Justin se situó frente a Mary en otra tumbona y colocó al bebé sobre sus piernas para que ella pudiera darle de comer.

Mientras eso sucedía, observaba con interés la figura delgada y elegante de la joven, así como sus cabellos despeinados, su rostro cansado y sus ojos entristecidos. Notaba que, en ocasiones, sin dejar de darle la papilla al niño,

admiraba con melancolía el cielo despejado sobre la bahía. La forma en que la atención de ella se clavaba en el azul del firmamento, como si buscara algo perdido entre las nubes, lo intrigaba.

—¿Tienes hijos? —volvió a preguntarle Mary al percatarse del escrutinio que Justin hacía de ella—. Pareces saber mucho sobre niños.

—No tengo, pero mi tía suele cuidar al bebé de una vecina que está por cumplir un año. A veces la ayudo.

Mary lo observó con curiosidad.

—¿Eres hijo de Tom Owen?

—No, soy su sobrino —aclaró y posó su mirada profunda en la chica. Mary bajó la vista hacia el niño. El brillo de esos ojos negros la inquietaba—. Mi tío está ahora en Newport comprando productos para la tienda y me pidió que pasara por si necesitabas algo.

Ella recordó que, al llegar al área comercial de Jamestown, lo primero que hizo fue buscar un establecimiento de venta de comestibles para adquirir algunos que Alex requería. Al preguntarle al dueño por alguien que pudiera trasladarla a esa propiedad, este se ofreció en persona, asegurando que su amigo Tom Owen era el encargado del mantenimiento de la misma, y que antes de dirigirse a la vivienda podían visitar la tienda de artículos para pesca de Owen, situada en el muelle principal de la isla. Mary se opuso a esa idea argumentando cansancio. Estaba apremiada por llegar al hogar y no quería dar unas explicaciones que aún no había ideado.

—¿Utilizarás el coche? —La pregunta de Justin la devolvió de golpe a la realidad.

—¿Qué coche?

—El de tu padre.

Mary agrandó las órbitas de sus ojos.

—¿Aquí hay un vehículo?

—Sí, ¿Darryl no te informó? —indagó él con extrañeza.

Mary no supo qué contestar, estuvo a punto de quedarse en evidencia frente al chico. Para su tranquilidad, Justin se levantó de la tumbona con Alex en brazos y se dirigió al lado derecho del porche, donde se hallaba una puerta de hierro.

Sacó un manojito de llaves de su bolsillo y la abrió. Al encenderse, la luz reveló un estrecho y organizado garaje y un viejo Mazda hatchback de color blanco.

—¿Funciona? —inquirió ella con emoción.

—Claro.

La joven sonrió y repasó el vehículo con la mirada. Con él no solo resolvía su problema de movilidad en aquel lugar, además podría utilizarlo si tenía que escapar de nuevo, sin necesidad de gastar dinero en costosos taxis.

Al llevar de nuevo su atención a Justin, notó que este volvía a observarla con atención.

—Era de tu abuela. —Esa noticia la sorprendió.

—¿En serio?

—Tu padre nunca quiso venderlo, aunque puede ganar una buena pasta por él. Está en excelentes condiciones. Al igual que esta casa. —Mary arqueó las cejas.

—¿Mi padre no quiere vender la casa?

Justin arrugó el ceño.

—No tienes mucha comunicación con Darryl, ¿no?

Su intervención hizo empalidecer a la chica, pero Alex comenzó a revolverse incómodo en los brazos de Justin. Al estar satisfecho por la comida, ahora tenía sueño. Más aún después de pasar una noche en vela.

Ella aprovechó la distracción para escapar. Le entregó al joven el envase que había contenido la papilla, tomó al niño y se dirigió al interior de la casa. En esa ocasión agradeció las exigencias de Alex, que la salvaron de dar incómodas explicaciones.

Entró a la habitación, le cambió el pañal y la ropita y respiró aliviada al ver que se dormía casi enseguida. Lo depositó sobre el colchón que había colocado en el suelo.

Al llegar a la casa había recordado que su madrastra, a falta de una cuna donde dejar al niño, lo acostaba en el piso rodeado de almohadas. Decía que así, si se despertaba y ella no estaba cerca para ayudarlo, no caería al suelo desde una altura peligrosa, sino que lograría bajar sin lastimarse.

Salió en busca de Justin y lo halló en la cocina. Revisaba, sentado en la mesa, la lista de música de su portátil.

—Música para despechados —se burló, pero, al ver que Mary ignoraba su comentario y parecía inquieta, decidió cambiar de tema—. Deberías adquirir más comida y frutas. Lo que tienes aquí no te durará ni dos días —dedujo mientras señalaba los productos que estaban sobre la encimera: un pote de papilla instantánea, un paquete de pan de molde y media bolsa de galletas de mantequilla.

—Ahora que tengo un coche podré ir al pueblo a por comestibles —alegó

la chica con rapidez, y se acercó al joven apoyando las manos en la mesa—. Necesito un favor —exigió, y se aproximó más a él. Justin recostó la espalda en el respaldo y la observó con interés—: mi padre no puede enterarse de que estoy aquí.

Él sonrió. Por la actitud que Mary había mostrado durante su visita, sospechó que se escondía de algo, pero aún no tenía confianza para preguntarle qué le ocurría.

—Por mi parte, guapa, no tienes problemas, y mi tío no suele meterse en asuntos familiares, pero no puedo asegurarte lo mismo de Fred.

—¿Fred?

—El hombre que te trajo aquí cuando llegaste a la isla. Anoche fue a hablar con mi tío y le dijo que no le parecía correcto que una chica tan joven como tú se quedara sola en esta casa con un bebé. Mi tío no ha querido intervenir hasta hablar contigo, pero Fred tiene formas de comunicarse con Darryl. En cualquier momento podría llamarlo.

Mary cerró los ojos y suspiró agotada. Eso podría representar un problema.

—Él es algo... especial —completó el joven.

—¿Eso qué significa? —preguntó la chica mirándolo con atención.

Justin se levantó de la mesa y bajó la tapa del portátil.

—Que le gusta meter sus narices en donde no lo llaman —confesó, al tiempo que salía de la cocina de camino a la puerta principal.

Mary lo siguió apresurada.

—Justin, mi padre no puede saber que estoy aquí —insistió antes de que él se marchara.

—Solo puedo ayudarte con mi tío, el resto es harina de otro costal —respondió el chico, y abrió la puerta para salir al exterior.

—¡Espera! —Mary lo detuvo. Él se giró hacia ella—. ¿Sabes por qué mi padre no ha querido vender la casa ni el auto? —preguntó sin poder ocultar su curiosidad. Aquella duda la atormentaba.

Él alzó los hombros con pereza.

—Ha recibido muchas ofertas. Siempre se acercan interesados para verla, sobre todo en estas fechas, pero él rechaza cualquier negociación. Y, cuando visita Jamestown, se pasa los días comprobando el estado de la vivienda y el del vehículo.

—¿Viene a menudo? —inquirió sorprendida. Hasta donde tenía entendido, Darryl no pisaba ese lugar y le prohibía a la familia que hablaran

de él.

—Dos o tres veces por año. Creo que extraña a su madre, y esta casa y el coche es lo único que tiene para recordarla.

La chica no podía salir de su asombro.

—Tengo que irme. Debo atender la tienda —agregó Justin mientras se rascaba la nuca—. Sobre la mesa de la cocina te dejé las llaves del coche y en un archivo de texto del ordenador te anoté mi número de teléfono. Puedes llamarme cuando quieras, vendré enseguida —aseguró, y le guiñó un ojo para luego caminar hacia el aparcamiento y subir a una vieja camioneta Dodge color burdeos que, a pesar de ser un modelo antiguo, parecía bien cuidada.

En un costado tenía impresas, en un color opaco, las palabras: «Owen's. Mantenimiento integral para el hogar».

Mary lo siguió con la mirada mientras él salía hacia la carretera. Cientos de preguntas se agolparon en su cabeza, pero ya tendría tiempo de investigar.

Cerró la puerta y se dirigió a la cocina en busca de las llaves del coche. Una sonrisa se dibujó en su rostro. Al menos, la visita del joven encendía de nuevo una luz de esperanza en su futuro incierto. Las tomó entre las manos y las estrechó contra su pecho antes de levantar la tapa del portátil y buscar el archivo de texto donde Justin había escrito su número de teléfono.

«Ese niño no es tuyo, ¿cierto, guapa? Te pillé», estaba anotado bajo los números y junto a una estúpida carita feliz.

—Idiota —gruñó decepcionada, y se encaminó hacia la habitación donde dormía Alex.

Ahora tendría que pensar en cómo cerrarle la boca a ese imbécil. Nadie en esa isla debía enterarse de ese pequeño detalle.

CAPÍTULO 3



Mary siempre fue una chica astuta, pero también impulsiva. Ella lo reconocía. Su astucia la ayudaba a ocultar los temores que acosaban su alma, incluso a esconderse de ella misma, pero su impulsividad era el mecanismo de huida que utilizaba cuando la astucia dejaba de servirle de algo. Aunque, en la mayoría de las ocasiones, funcionara de forma negativa.

Para no quedar en evidencia ante nadie actuaba de forma despectiva contra otros, haciendo gala de una altivez y una soberbia heredadas de su madre. Había notado que infundiendo temor evitaba que la incordiaran o criticaran su actitud ante la vida.

Desde la escuela, ese método le sirvió para no ser señalada por nadie. Así se mostraba fuerte y segura de sí misma. Sin embargo, aquello le dejó un amargo vacío.

Las amistades le duraban poco, ya que muchos preferían estar lejos para no tener problemas con ella. Los que se quedaban a su lado basaban sus relaciones en un respeto comedido, sin verdadera confianza. Nadie sabía cuándo Mary Sanders estallaría y fijaría su cruel atención en ellos. Por tanto, lo mejor era mantenerse al margen.

A medida que fue creciendo, comenzó a notar la realidad que la rodeaba e intentó cambiar las cosas, pero era demasiado tarde. Tenía una etiqueta gigantesca en la frente que la marcaba como una acosadora en potencia.

La única valiente que se atrevía a acercarse era Claire Collins, su amiga de la infancia, quien la había conocido mucho antes de que ella se volviera tan dura e implacable.

—¡Este verano será increíble! —Mary recordó la última conversación que había tenido con Claire el día en que culminaron la *high school*, tan solo unos días antes de que se marchara a Jamestown—. Tenemos que ir a la playa para llegar bronceadas a la universidad y no parecer unos terrones de azúcar —aconsejó Claire mientras se dirigía al espejo de cuerpo entero que Mary tenía en su habitación y repasaba con atención su perfil. Metió lo más que pudo el estómago para observar su silueta delgada—. Tendremos que hacer ejercicio —alegó, y se sujetó con las manos sus cabellos castaños cortados en capas

hasta la altura de los hombros para subírselos a la nuca y mirar con interés las formas de su rostro perfilado, de labios delgados, nariz respingona y ojos expresivos.

Al aparecer Mary a su lado, la chica pudo apreciar a través del espejo las diferencias entre ambas, y no dudó en comentarlas.

—Aunque tú estás muy bien, amiga. Tienes más curvas que yo y un trasero envidiable, no necesitas hacer ejercicio —sentenció, y le dio una palmada en el trasero de la joven.

—¡Ey! —se quejó Mary, pero no pudo evitar reír al ver a Claire alejarse para tumbarse boca abajo sobre la cama y hurgar en el interior de su bolso en busca de los folletos que guardaba con información sobre la Universidad de Rhode Island, donde ambas estudiarían al finalizar el verano. Claire estaba entusiasmada con ese nuevo paso que daría en la vida, pero a Mary la alegría aún no la embargaba. Su corazón se hallaba tan lleno de pesares que eso oscurecía cualquier otro asunto.

—Por fin seremos universitarias y nos quitaremos ese estigma de niñas.

El comentario de su amiga divirtió a Mary, que aún estaba frente al espejo apreciando su figura. Para ella, aquella nueva etapa significaría un cambio total. Una oportunidad para desechar los errores del pasado, hacer más amigos y dejar de sentirse tan sola.

Quería afrontar esa vida con una buena actitud, pero también con una buena imagen. Por lo segundo no tenía problemas, el espejo se lo confirmaba. Y, en cuanto a lo primero, aún le quedaba todo el verano para trabajar en ello.

—Brillaremos como estrellas, como siempre lo hemos hecho —alegó con seriedad para aumentar su determinación. Claire la observó sonriente.

—Por fin verás de nuevo a Eric.

La mención de aquel nombre la sobresaltó e interrumpió la valoración que hacía de su cuerpo.

Sin mirar a su amiga se dirigió a la cómoda, se sentó en la banqueta y comenzó a ordenar todos los frascos de perfumes y cremas que tenía sobre la mesa.

Claire apareció junto a ella y se sentó en el borde del asiento para observarla con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Eso no te alegra?

—Sí —respondió Mary, con la atención fija en la tarea que realizaba.

—No seas tonta. ¿Por qué Eric te pone tan nerviosa? ¿Crees que no me doy cuenta?

—¡Déjalo ya, Claire! —reconvino Mary, y se levantó de la banqueta para dirigirse al armario y revisar entre las prendas allí colgadas como si buscara algo importante.

Era cierto, Eric Graham era el único chico que hasta la fecha la inquietaba. Su amor de adolescente. El que jamás pudo tener.

Ella siempre fue una joven atractiva y seductora. Cuando alguien le interesaba, iba a por él y no descansaba hasta tenerlo en sus manos. Al cansarse, despachaba a su conquista con la misma facilidad, sin que aquello la afectara de ninguna manera. Con Eric no. Con él había sido distinto.

Tontearon en muchas ocasiones, pero él nunca le permitió ir más allá. Le ponía límites que Mary jamás pudo sortear. Hasta que se marchó a Kingston para estudiar en la Universidad de Rhode Island y desapareció de su vida. Era cinco años mayor que ella, así que se graduó un año después de que la joven comenzara el instituto.

Después de eso, Mary no supo más de él. Se enteraba de sus andanzas gracias a los comentarios de su hermanastra, quien también estudiaba en esa universidad, pero nunca volvieron a encontrarse. El peor momento de su vida lo vivió cuando Valery le contó que había mantenido un romance con Eric que no duró más de una semana. Él era una estrella del fútbol americano que vivía una existencia libertina llena de mujeres y desenfreno, pero a Mary la deprimía enterarse de que su propia hermanastra había podido disfrutarlo sin sentir nada por él, y ella, que lo amaba con locura, no tenía ninguna oportunidad de alcanzarlo.

Sin embargo, pronto se encontrarían de nuevo. Mary temía no poder controlar sus emociones frente a él y demostrarle lo mucho que aún le afectaba. Odiaba mostrarse vulnerable y no quería seguir asumiendo la misma actitud tosca que utilizó en la escuela para protegerse, pero con Eric cerca no lograría librarse de sus costumbres. De alguna manera tenía que aprender a lidiar con sus debilidades, dejar de ser una chica de mal carácter.

—Olvidemos a Eric y programemos un verano de locura, ¿te parece? — La propuesta de Claire le arrancó una sonrisa y la ayudó a sacudirse las angustias para ocupar su atención en otros temas.

Ambas se pasaron el resto de la tarde tumbadas en la cama, organizando las salidas de esas semanas.

Ahora, todo aquello había quedado en el pasado, incluso los planes, que nunca llegaron a cumplirse. Estaba en Jamestown, sentada en el suelo de la sala de estar, oyendo la música grabada en su portátil mientras la tarde

transcurría.

Tenía la espalda apoyada en uno de los sofás, las rodillas alzadas y su móvil estrujado entre las manos. Estaba ansiosa por encenderlo, pero sabía que le lloverían mensajes de Whatsapp y llamadas que no quería atender.

Lanzó una mirada hacia el niño, que se entretenía con un teléfono con forma de auto cuyos botones se iluminaban con luces de colores y producían diferentes sonidos y frases; el único juguete que ella pudo llevarse en medio de su apresurada huida. Alex mantenía su asombrada atención en el juguete y sus labios arqueados en una sonrisa satisfecha que ampliaba aún más sus mofletes sonrojados. Hacía sonidos con la boca buscando imitar los de su teléfono. Se veía tan adorable y feliz que incitaba a llenarlo de besos y abrazos.

No era suyo, ni siquiera de su propia sangre, pero había logrado tal compenetración con él que le era imposible no pensar en que le pertenecía.

Apoyó un codo en la rodilla y hundió su aturdida cabeza en la mano. Se sentía confundida. Días atrás organizaba con su amiga sus salidas del verano y con su madre su mudanza a Kingston, y en un abrir y cerrar de ojos había echado por tierra todos sus proyectos para encerrarse allí, en ese paraje desolado, y con un niño ajeno.

Alex emitió un gritito de alegría. Mary alzó el rostro y, al escuchar su contagiosa carcajada, se olvidó de sus conflictos y rio con él. Se acercó para darle un fuerte abrazo.

—Te amo —le dijo antes de besarle la cabeza. El niño volvió su atención hacia su juguete mientras ella suspiraba hondo.

El sonido del timbre la hizo empalidecer. Al principio, por el temor de verse acechada por algún extraño; luego, por la esperanza. Anhelaba que alguien fuera a visitarla. Necesitaba hablar, quitarse del pecho la pena que la embargaba y dejar de pensar. Odiaba estar sola.

Se levantó y se encaminó apresuradamente al vestíbulo. Se detuvo en el espejo de cuerpo entero atornillado en la pared y revisó que sus cabellos lacios estuvieran bien sujetos en una coleta y que los ojos no siguieran empañados por la incertidumbre. Horas antes había recibido a Justin con aspecto descuidado. Quizás por eso él pudo percibir la verdad. Ella sabía esconder sus heridas asumiendo una actitud altiva y arrogante, pero el joven la había pillado con la guardia baja y descubierto con facilidad sus secretos.

Observó por la mirilla la espalda ancha de un hombre alto y rubio que vestía una chaqueta de cuero, *jeans* y botas deportivas. Arrugó el ceño,

recordando que Justin le había confesado que en verano siempre se acercaban personas interesadas en la propiedad. Tal vez fuera una de ellas.

Abrió la puerta y recibió al extraño con una actitud soberbia y el rostro irritado.

—Buenas tardes —saludó. El sujeto se giró hacia ella, y al mirarla, una mezcla de confusión y sorpresa se adueñó de sus facciones.

—Hola. Ehhh..., ¿vives aquí?

Mary se quedó inmóvil. El corazón se agitó en su pecho y sin darse cuenta retrocedió un paso.

Él también parecía sorprendido. Sus ojos negros, algo enrojecidos y húmedos, la observaron fijamente.

—¿Mary...? ¿Mary Sanders?

La chica aún no podía reaccionar.

—No puede ser —masculló él con desilusión—. ¿Eres tú? —Los ojos de Mary se empañaron. Tantos años sin saber de él, tanta añoranza acumulada en su pecho, y en el momento más crítico de su vida volvía a encontrarlo.

—¿Eric Graham? —pudo susurrar. El joven sonrió con poco ánimo, miró hacia el sendero que llevaba a la casa y se frotó la nariz con el dorso de una mano antes de pasársela por sus cabellos cortos.

—Sí —respondió, y dirigió de nuevo su atención hacia ella, que mantenía el semblante endurecido—. ¿Vives aquí?

Mary asintió.

—Y tú, ¿qué haces en Jamestown? —preguntó con curiosidad. Por un momento creyó que Eric había sido enviado por su padre, pero era imposible. Darryl no lo conocía en persona, solo había oído hablar de él en conversaciones que ella y su hermanastra mantenían; sin embargo, jamás habían sido presentados.

—Yo... estoy de visita por la región y... evalúo propiedades que están a la venta —respondió, e intentó mirar hacia el interior de la casa.

El pecho de Mary comenzó a retumbar con fuerza. El hombre por el que había suspirado desde su adolescencia estaba allí, en su puerta, en el momento en que más sola y desesperada se sentía.

—¿Buscas comprar una casa? ¿Aquí? —inquirió con extrañeza.

Las propiedades en esa región eran muy costosas debido a la exclusiva tranquilidad de la isla, poblada en su mayoría por personas amantes de la navegación. El turismo movía su economía. En los alrededores se podían hallar museos, casas antiguas, granjas de recreo y lugares históricos de gran

interés, pero Eric siempre fue un chico de ciudad, le atraían las fiestas y los eventos multitudinarios, ese lugar no se compaginaba con su personalidad.

Durante años, se había desenvuelto en el mundo de la farándula, pues era uno de los mejores *quarterbacks* de la Universidad de Rhode Island, y tenía un futuro prometedor en el fútbol americano a nivel nacional, pero su relación con las drogas le había alejado del éxito. Después de eso, Mary supo que se había hundido en la desidia, perdido toda su fortuna en el juego de apuestas y que había tenido que vivir de la solidaridad de sus familiares. Entonces, ¿de dónde iba a sacar el dinero para comprar una propiedad allí?

—Es... un negocio que hago con unos amigos. Buscamos... lugares que luego podamos alquilar —explicó. A pesar de su esfuerzo por mostrarse firme, Mary notó cierta inseguridad en él.

No obstante, cuando sintió sobre ella la mirada penetrante del joven, se estremeció. Sus dudas e inquietudes se desvanecieron mientras era absorbida por aquellos ojos oscuros, tan amados y anhelados, que ahora se mostraban tristes, llenos de ira e insatisfacciones.

—Bueno..., esta casa no está en venta —alegó, y procuró mostrarse segura.

El ruido de un llanto infantil la sobresaltó. Se había olvidado por completo de Alex.

—Oh, espera un momento —le dijo a Eric antes de correr a la sala de estar en busca del niño. Lo encontró de pie, aferrado al sofá. Miraba con angustia a su alrededor tratando de hallarla—. Calma, corazón, aquí estoy —murmuró ella, al tiempo que lo alzaba y le llenaba la cabeza de besos—. Ven conmigo, para que conozcas a alguien.

Se aproximó a la sala con un bebé más aplacado entre los brazos, aunque mantenía una carita enfurecida y gimoteaba. Con aquella actitud le echaba en cara su abandono.

No pudo evitar mostrar sorpresa al encontrar a Eric en medio del recibidor. El joven había pasado a la casa y cerrado la puerta. Un gesto que a ella no le gustó. Si bien lo conocía desde que tenía doce años y había estado tan enamorada de él que aún no podía olvidar del todo esos sentimientos, seguía siendo un extraño.

—¿Tienes un hijo? —indagó, sin apartar su mirada de Alex.

—Sí —respondió ella, y por instinto abrazó más al bebé.

—Vaya, hace poco te graduaste en el instituto y ya eres madre.

La chica respiró hondo antes de responderle.

—Lo tuve durante el último año —contestó, sin mirarlo a los ojos.

Aunque siempre le había resultado fácil mentir, con él se sentía incómoda.

—¿Y el padre?

Mary procuró no mostrarse contrariada.

—En Providence —arguyó con un nudo en la garganta.

La mirada afilada de Eric parecía atravesar sin inconvenientes la coraza que ella intentaba establecer alrededor de sus emociones, pero, para su alivio, Alex comenzó a quejarse y a restregarse los ojitos. Mary empezaba a sospechar que el niño y ella mantenían una especie de acuerdo tácito, mediante el cual él la ayudaba a salir de un aprieto a cambio de atención exclusiva.

—Lo siento mucho, tengo...

—¿Puedo visitarte en otra ocasión? —La petición repentina del hombre le paralizó las palpitaciones—. Me gustaría aprovechar esta maravillosa casualidad del destino para reiniciar nuestra amistad —expresó, y mostró de pronto una actitud alegre.

—¿Te quedarás en Jamestown?

—Durante un tiempo corto. Como te dije hace un rato, taso propiedades para la compra.

—Sí, cierto —masculló ella, y bajó la mirada mientras rumiaba esa posibilidad en su mente.

Se sentía sola y confundida. Quizás la compañía de Eric no fuera tan mala después de todo. Él conocía a Valery, su hermanastra, y el alcance de las estupideces que la chica solía cometer. No había nadie mejor que él para comprender los motivos que la empujaron a huir de Providence con el hijo de ella. Estaba segura de que en Eric hallaría a un aliado perfecto.

—Claro, puedes visitarme cuando quieras, sería genial —aseguró con una sonrisa.

Él asintió con lentitud. En sus oscuras pupilas brillaba más la ansiedad que la satisfacción, pero eso a Mary no le importó. Ahí estaba el amor de su adolescencia, frente a ella, dispuesto a retomar lo que habían dejado atrás. Justo en el momento en que más lo necesitaba.

La dicha la embargó por completo mientras Eric se despedía y se marchaba de su casa. Suspiró al verlo alejarse montado en una gigantesca moto Honda de modelo deportivo. Por el efecto de los rayos del sol, sus cabellos rubios desprendieron un fulgor tan majestuoso que iluminaron todo

el sendero.

Eso era lo que él había significado para ella: una potente luz que daba calor a sus días helados. Aunque siempre vivió en su recuerdo.

Al perderse en la lejanía el sonido del motor, la soledad volvió a aplastarla.

Oteó los alrededores con desconfianza. Las sombras parecían seres acechantes en espera de una oportunidad para atacar. Mary no pudo evitar estremecerse al entrar en la casa. Sabía que aquella sería otra noche larga, marcada por el temor y la ansiedad.

CAPÍTULO 4



La mañana del domingo, Mary se hallaba frente al espejo del dormitorio. Terminaba de arreglarse para dirigirse al pueblo, en busca de comestibles. Se esforzaba por esconder las ojeras bajo una capa de maquillaje.

Como había supuesto, la noche anterior le había resultado tan aterradora como la primera. Los fantasmas de la soledad volvieron a rondarla y la hicieron sentirse tan abandonada como antes.

Pero su malestar se debía no solo al cansancio, también a la incertidumbre. Durante la madrugada, por el miedo a los sonidos de los animales salvajes en el exterior y a las sombras que se asomaban por las ventanas, encendió su teléfono móvil. Pensó en distraerse con los cientos de mensajes de Whatsapp que creyó tener almacenados. Sin embargo, se llevó una amarga sorpresa al encontrar únicamente unos pocos de su madre, que le exigía con enfado una respuesta sobre su paradero y su atolondrado comportamiento, y uno largo de su amiga Claire reprochándole que se hubiera marchado sin decirle nada, abandonándola en Providence a su suerte.

A Mary se le encogió el corazón. Con ninguna de las dos podía comunicarse para darles explicaciones. Aún no las tenía.

Lo peor fue no encontrar nada de parte de su padre ni de su madrastra, mucho menos de Valery. No quiso imaginar que se habían olvidado de ellos. Si bien el deseo de todos era deshacerse de Alex, siendo ese el motivo de la pelea con su padre, se negaba a aceptar que su familia fuera tan insensible como para no hacer un último esfuerzo por aclarar las cosas y conseguir una solución al problema del niño.

Esa mañana, la rabia por la falta de comunicación y el agotamiento físico la volvieron pesimista. La emoción que había sentido al encontrarse el día anterior con Eric se convirtió en inquietud. Comenzó a recordar que él estudiaba en la Universidad de Rhode Island, al igual que Valery. Hacía menos de un año los dos habían tenido un romance, y además ambos frecuentaban el mismo grupo de amigos. Así que era posible que Eric supiera lo que ocurría y estuviera en esa isla no a petición de Darryl para hacerla volver, sino de su hermanastra o del padre de Alex, para quitarle al niño.

Negó con la cabeza. Trató de convencerse de que eso era imposible. Ni siquiera ella misma previó que iría a Jamestown, entonces, ¿cómo podrían haberse enterado Valery o el padre del chico?

Su idea inicial había sido quedarse con su tía paterna en Newport, pero de forma repentina tomó la decisión de dirigirse a la desolada casa de su abuela, de la que nadie hablaba ni conocía en persona.

Se estiró la camiseta de ganchillo que dejaba entrever su sujetador negro y la falda floreada que le quedaba por encima de la rodilla antes de tomar entre los brazos a Alex, que retozaba en el suelo, distraído con su teléfono de juguete.

Se encaminó al garaje y colocó al niño en la parte trasera del Mazda que había pertenecido a su abuela, sobre su sillita de viaje, para emprender el camino hacia el pueblo. Le fascinó sentir crujir la tapicería bajo su peso y aspirar el dulce aroma del ambientador de vainilla. Era evidente que Darryl cuidaba con dedicación de ese vehículo, al igual que de la casa.

Le hubiera encantado conocer las razones de la actitud de su padre hacia esa propiedad, pero en otro momento; ahora estaba saturada de problemas.

Lo que más la atormentaba era el tema financiero. El dinero en efectivo que se había llevado consigo le duraría tan solo unas semanas, y eso si no surgía ningún inconveniente con Alex. No podía ir a un banco o a un cajero automático, pues entre las cosas que había olvidado en casa estaban sus tarjetas. Ese, a su parecer, había sido el peor de todos los errores cometidos en medio de su osadía.

Si no quería entrar en una crisis debía hallar un empleo, pero no tenía experiencia en nada. Jamás había tenido necesidad de trabajar.

A pesar de los problemas entre sus padres tras el divorcio, ellos siempre se habían encargado de sus gastos. Aún se ocupaban. Lo único que ella hacía bien era estudiar. Fue una de las mejores alumnas de la escuela, pero no sabía cómo podía servirle eso para ganar dinero. Otra de sus cualidades era el ballet, de niña fue una excelente bailarina. Sin embargo, al separarse sus padres no pudo continuar, ya que estaba obligada a pasar temporadas con uno y otro, en constantes mudanzas. El divorcio no truncó solo ese sueño, también muchos otros.

Salió de la casa y en minutos llegó a la avenida Conanicus, franqueada a un lado por hermosas casas de recreo de estilo colonial, separadas entre sí por amplios jardines bien cuidados, y a otro por la bahía Narragansett, asaltada por cientos de barcos, botes y veleros que navegaban en sus tranquilas aguas

o permanecían anclados cerca del muelle. Al fondo de esa vista se apreciaba el puente de Newport, con sus más de dos kilómetros de largo y sus altas torres. Era un espectáculo placentero, coronado por un cielo salpicado de gaviotas, un suave y cálido viento y los aromas marinos.

No obstante, nada de eso la conmovía, estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no era capaz de disfrutar de un paisaje tan maravilloso como el de esa isla.

Entró en el área de estacionamiento del muelle, donde llegaba asiduamente el ferri proveniente de Newport con decenas de turistas, y aparcó frente a las tiendas, cafés y restaurantes situados a la entrada. Bajó del vehículo y sacó a Alex de su sillita para llevarlo en brazos hacia el negocio de Tom Owen. La mañana apenas comenzaba y el lugar se hallaba atestado de personas que esperaban la salida del ferri para iniciar el recorrido por los faros de la bahía.

La campanilla de la entrada delató su presencia dentro de la tienda de artículos para pesca. Tras el mostrador había una joven de cabellos oscuros, recortados a la altura de la mandíbula y con un mechón violeta cayendo sobre su frente a modo de flequillo. Tenía media cara oculta detrás de una revista para chicas. Sus ojos negros, exageradamente delineados, se despegaron por un instante de lo que leían para observarla con desdén.

—Buenos días —saludó Mary y se irguió frente al mostrador. La encargada lanzó una mirada rápida hacia Alex e hizo un globo con el chicle que mascaba, pero no contestó.

Mary, al ver que volvía de nuevo a su lectura, repasó con atención las facciones de su rostro. Se parecían mucho a las de Justin, solo que más perfiladas y femeninas.

—Si buscas *souvenirs*, es dos negocios más adelante —masculló la joven, sin mirarla.

Suspiró y echó una ojeada a su alrededor. La tienda estaba bien surtida, aunque solitaria, con artículos de gran tamaño frente a los ventanales que tapaban casi por completo el interior.

—Busco a Tom Owen.

—No está.

—¿Y Justin?

—¿Justin, qué? —preguntó la encargada con fastidio. Mary volvió a suspirar.

—Justin Owen. ¿Acaso hay otro? —contestó con irritación y ella le

devolvió una dura mirada.

—¿Eso te importa?

—¿Así recibes a todos los clientes? —la pinchó Mary, molesta por su actitud desagradable.

—¿Has comprado algo? ¿Has alquilado un bote? ¿O solicitado información sobre nuestros paseos por la bahía? Que yo sepa, aún no eres una cliente.

Mary entrecerró los ojos.

—Si hubiera querido comprar toda esta estúpida tienda, ya te has encargado tú de bajarme los ánimos.

La joven bufó ante esa respuesta y se separó del mostrador para dirigirse a la trastienda. Mary la observó alejarse con indignación. De haber estado sola le habría cantado unas cuantas a esa idiota, pero Alex comenzaba a revolverse incómodo entre sus brazos, pedía ser bajado al suelo para explorar con libertad aquel lugar repleto de objetos coloridos.

—¡Justin, te buscan! —gritó la chica hacia el interior de la tienda, luego fijó su mirada irascible en Mary—. Si robas algo te cazaré como si fueras un conejo —advirtió, para luego desaparecer de su vista con altanería.

La ofendida se puso roja como un tomate y estuvo a punto de abrir la portezuela que separaba el área de los clientes de la de los empleados para ir tras aquella arrogante, pero Alex sintió su furia y comenzó a llorar, obligándola a aplacar sus agitadas emociones y calmarlo.

Al aparecer Justin, con su sonrisa chispeante, la sangre le fluía con intensidad en las venas.

—¡Hola, guapa! —la saludó, al tiempo que salía de la zona de los empleados y cogía a Alex sin pedirle permiso.

Mary se enfadó por su atrevimiento, pero, como la mayor parte de su rabia iba dirigida a la idiota con la que había discutido minutos antes, no se molestó en protestar por la forma en que le había quitado al niño.

—¿Quién es esa... imbécil? —inquirió con las manos apoyadas en la cintura.

—¿Quién? —contestó Justin mientras hacía reír a carcajadas a Alex con graciosas muecas.

—Esa mujer, la que atendía la tienda —replicó ella, sin poder disimular la frustración que sentía por no haber logrado insultarla antes de que desapareciera.

—Ahhh, esa es mi hermana, Janina. Hoy amaneció de mal humor, no le

hagas caso —alegó él, y se dirigió hacia un extremo de la tienda para tomar uno de los peluches guardados en el interior de una gran pecera de vidrio para entregárselo a Alex. El niño abrazó el juguete con ansiedad e intentó morderlo. Se trataba de una imitación de Nemo, el pez de la película animada *Buscando a Nemo*.

Mary paseó su mirada indignada entre ambos. Tenía un manojito de injurias acumuladas en la garganta que quería descargar en la tal Janina, pero, al ver la calma y la indiferencia con la que convivían los dos hombrecitos que tenía frente a ella, no pudo evitar contagiarse de esa paz.

Dejó escapar todo el enojo en un sonoro bufido. Por inercia, sus hombros perdieron rigidez y adoptó una actitud más relajada.

Lo que la puso de nuevo en guardia fue la mirada inquisitiva de Justin, que la observaba con una expresión que ella no supo descifrar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él.

—Vine porque... ¿Podemos hablar fuera? —pidió, antes de lanzar una ojeada de desconfianza hacia la puerta de la trastienda.

—Claro —repuso el chico y alzó los hombros con indiferencia.

Se encaminó con Alex en brazos hacia la entrada, pero antes de lograr salir la puerta se abrió de golpe y entró a la tienda una figura menuda y grácil, cubierta por un espeso y largo cabello rubio que le llegaba a la cintura.

—¡Justin! —gritó una chica de hermosos ojos almendrados y azules, quien se lanzó sobre él para darle un abrazo que lo cubrió por completo. Mary observó la escena perpleja y a una distancia prudencial—. ¡Me alegra verte! ¿Y este niño? No es el de Yordana. ¡Es rubio como yo!

La voz chillona y fuerte de la joven aturdió a Mary. Alex comenzó a gritar también, contagiado por las exclamaciones de la chica, algo que la molestó.

—No. Es el hijo de ella, de Mary Sanders —respondió Justin señalando a la aludida con la cabeza.

—¿Mary? —Fue en ese momento cuando la rubia de larga cabellera reparó en ella y la observó con escepticismo.

—Vino a Jamestown de vacaciones —agregó Justin mientras le hacía muecas a Alex para que riera, sin notar cómo las mujeres se evaluaban entre sí—. Si buscas a Janina, está atrás, con Hogan.

—¿Janina? Sí, claro —completó la chica, y peinó con los dedos un largo mechón de su cabello sin quitarle la mirada de encima a Mary.

—Nos vemos más tarde, Peggy.

Justin pasó junto a la rubia jugueteando con Alex para salir de la tienda. Mary lo siguió y, una vez fuera, giró el rostro y miró a la chica a través del cristal de la puerta.

La tal Peggy los observaba con sus grandes ojos celestes llenos de inquietud.

Ella negó con la cabeza y volvió a dirigir su atención al frente. Aquella estúpida era demasiado previsible. Se notaba a leguas lo coladita que estaba por Justin y lo asustada que se había puesto al verlo acompañado por otra. Las inseguridades le brotaban por los poros.

Eso le arrancó una sonrisa y la hizo caminar más erguida, orgullosa por ser tan intimidante.

Justin recostó la parte baja de la espalda en la baranda de hierro que separaba la acera del aparcamiento, frente a la tienda, y esperó a que Mary se le acercara.

—¿Cómo lo supiste? —lanzó ella de golpe. Él la miró interrogante—. Lo del niño, ¿cómo supiste que no era mío? —inquirió, y se cruzó de brazos.

—Fue fácil —explicó el joven, sonriente—. Alex debe de tener cerca de un año y aún no sabes cómo cuidarlo. No logras interpretar sus exigencias. O no es tuyo, o no te importan sus necesidades. Pero he visto lo cariñosa que eres con él, es evidente que te importa, solo que no sabes traducir sus gestos.

Mary apretó la mandíbula, furiosa por las palabras del chico. No era capaz de rebatir sus argumentos, ya que contenían muchas verdades.

—Si llegas a abrir la boca te pondré la lengua de corbata, ¿entiendes?

La amenaza fascinó a Justin, quien tuvo que morderse los labios mientras los ojos le brillaban y miraban con satisfacción la forma del sujetador que se divisaba a través de la blusa de la chica.

—¿A eso viniste? ¿A lanzar advertencias? —preguntó divertido.

Ella dudó un momento. Le era imperioso detener los comentarios sobre la situación de Alex, aquello podría atraer la curiosidad de extraños, pero no debía perder la oportunidad de aprovecharse de ese chico. Necesitaba con urgencia un aliado.

—Tengo que..., necesito encontrar un trabajo.

Por un instante hubo un silencio mientras ambos se mantenían las miradas.

—¿Trabajar? ¿Y qué harás con Alex?

—¿A qué te refieres? —replicó ella con fastidio.

—No puedes trabajar con él en brazos. ¿Dónde lo dejarás? —Mary

dirigió un instante su semblante ansioso hacia las aguas de la bahía.

—Buscaré quien lo cuide.

—¿Y podrás pagar por eso?

—¡Ese no es tu problema! —repuso enfurecida. Comenzaba a lamentar el haber acudido a él. En vez de posibilidades, lo que ese chico le mostraba eran más piedras en el camino.

—No te recomendaré para un empleo si no puedes asumirlo —sentenció el joven con firmeza.

—Lo haré, buscaré las maneras.

—¿Cómo?

—No tengo por qué decírtelo.

Justin suspiró ante la expresión forzada de la chica. Era evidente que estaba confundida, y hasta aterrada, pero su empeño por aparentar frialdad y control le resultaba adorable.

—Si quieres que te ayude, deberás confiar en mí. Tienes que reconocer que no podrás sola con esto.

Por un momento, Mary se mostró contrariada, pero pronto recuperó su postura firme.

—No te conozco, por eso no puedo confiar en ti.

—Eso lo podemos resolver —señaló él, y dibujó en su rostro una sonrisa traviesa. Ella lo observó con aprehensión.

—¿A qué te refieres?

—A conocernos. ¿Qué te parece si compartimos unas cervezas mientras charlamos?

—¿Cervezas? Disculpa, pero si no te has dado cuenta no tengo edad para entrar en un bar y mucho menos con un bebé —expresó con ironía.

—¿Y quién habla de un bar? Tienes un porche gigante frente a la bahía. Allí podemos beber sin que nadie nos moleste ni nos pida el documento de identidad. Además, Alex tendrá mucho espacio para jugar y, si se duerme o le da hambre, su cama y su comida estarán a mano. ¿No te parece una idea genial? —arguyó con una gran sonrisa.

Mary estaba inquieta. Justin quería meterse en su casa y cargado de cervezas. ¿Qué pretendía? ¿Aprovecharse de ella?

Por suerte no era una mojígata, sabía manejar a ese tipo de chicos y ponerlos en su sitio. Jamás permitió que abusaran de ella, ni siquiera en los momentos más vulnerables de su existencia. Un idiota con sonrisa burlona no sería el primero.

—Perfecto, pero después de eso me ayudarás a conseguir el trabajo que necesito y no le dirás a nadie lo que sabes de mí. ¿De acuerdo? —aclaró ella y lo señaló con el dedo.

—¿Qué clase de persona crees que soy? —espetó irritado—. No le diré a nadie la verdad sobre Alex, ni ahora ni nunca. Ese no es mi problema. Y no necesito una salida para ayudarte con el trabajo, ya pensaré en una posibilidad. Si te ofrezco una charla y un par de cervezas es para que tengas más confianza en mí. Es todo.

Mary lo repasó de pies a cabeza. Aquello podía ser beneficioso para su situación. Necesitaba un amigo que la ayudara a mantenerse oculta en ese paraje alejado de la civilización, y él parecía un buen partido.

Pero, de verdad, ¿no pediría nada a cambio?

Sería iluso pensar que él fuera tan perfecto.

De todas formas, ella siempre fue buena manipulando a otros para que hicieran lo que se proponía. Ahora más que nunca pondría en práctica sus talentos, sin perder el tiempo en divagaciones tontas.

—Ok. ¿Cuándo?

—¿Te parece bien esta noche?

—Me parece bien. Entonces..., te espero en casa —se apresuró a responder antes de tomar a Alex en brazos.

Le quitó al niño el peluche de Nemo de las manos y se lo entregó a Justin, pero Alex comenzó a chillar al verse sin su nuevo juguete.

—Déjasele —intervino el joven y le devolvió el muñeco al bebé—. Él también necesita compañía.

Mary clavó sus atormentados ojos castaños en el chico antes de alejarse hacia su coche, en medio de un bufido, y ya no miró atrás. Justin, sin embargo, no pudo apartar los suyos de la joven, embobado con el rítmico movimiento de sus caderas al caminar.

Le encantaba esa chica, era todo un reto para él. Un desafío interesante que daría algo de acción a su vida monótona y aburrida.

Se metió las manos en los bolsillos mientras la veía marcharse, con sus corroídas emociones rechinándole en las venas, al agitarse después de tanto tiempo en desuso.

CAPÍTULO 5



Parada junto a los paneles de cristal que daban al porche trasero, con los brazos cruzados y las manos aferradas a los codos, Mary miraba absorta la mezcla de colores que se producía en el cielo a medida que se extinguía el crepúsculo.

Poco a poco, el sol se marchaba tras las lejanas montañas, semicubierto por algunas nubes que dejaban escapar rayos dispersos hacia el firmamento y pintaban de naranja no solo el cielo, sino también el agua de la bahía.

La imagen era idílica, pero ella sabía que solo duraría unos minutos. Luego la oscuridad se apoderaría de todo el espacio, durante horas interminables, y aderezaría el silencio con sus fantasmas.

¿Por qué no podían ser eternos esos momentos de mágica belleza?

El llanto de Alex la sobresaltó. Siempre se mantenía activa para no dejarse embargar por pensamientos que solo le dejaban insatisfacciones y preguntas imposibles de responder, pero estaba demasiado cansada como para luchar contra la corriente.

En medio de un suspiro se giró hacia el niño. Lo halló en el suelo de la sala de estar. Golpeaba con el auricular de su teléfono de juguete al pobre Nemo, que yacía sobre el parqué como si hubiera sido expulsado de su pecera y ahora boqueara en el piso en busca de oxígeno.

La música del portátil había acabado, y con ella la serenidad del bebé. El chico aborrecía el silencio tanto como ella.

Con semblante agotado, se dirigió al ordenador para reiniciar la lista de música. Comenzaba a reconocer que cuidar de un niño no era tarea fácil, se perdían por completo las costumbres y era necesario aprender a vivir de nuevo.

Amaba con locura a Alex, pero en ese instante odiaba la situación en la que se encontraba. Sentía que todo era una injusticia. Había luchado por recuperar lo que perdió durante su adolescencia debido a la separación repentina de sus padres. Sus amistades, la diversión, todo lo había dejado de lado mientras saltaba de un lado a otro arrastrada por el dolor y la rabia de quienes no fueron capaces de salvar su matrimonio.

Vivió entre Boston y Providence, un tiempo con su padre y otro con su madre, sin poder afianzar sus ideas ni sentimientos. Lo único que nunca logró extraviar entre tantas mudanzas fue la amistad de Claire.

Finalmente, toda la familia tuvo que asentarse en Providence. Su padre tenía muchos problemas financieros, entre ellos la gran hipoteca de su casa en Boston, que le era difícil pagar. Varios amigos de Providence le estaban tendiendo una mano y lo ayudaban a resolver algunos de ellos.

Al terminar la *high school* y cumplir los dieciocho años, Mary pensó que sería capaz de tomar el control de su propia vida. Durante días planificó con Claire sus nuevos proyectos, lejos del caos que la había absorbido durante años, pero entonces llegó su hermanastra, llorando de pena por los nuevos errores cometidos, y con ella vinieron las discusiones, las decisiones apresuradas, los miedos y las incertidumbres.

«Tendremos que sacar a Alex del país por un tiempo», había sido el dictamen de su padre ante la ola de conflictos que se avecinaban. Aquello desesperó a Mary, y al mirar los ojos húmedos del niño, que lloraba desconsolado por los rincones sin que nadie atendiera su pena, no pudo evitar verse reflejada en sus pupilas.

Él era otra víctima de las circunstancias, alguien que no contaría con un puerto seguro ni con tierra fértil donde asentar sus raíces. Viviría saltando de un lugar a otro y perdería en el camino sus objetos de valor, sus amores y anhelos. El día en que comenzaran a exigirle que asumiera su existencia con responsabilidad y madurez, descubriría que sus manos estaban vacías, su corazón lleno de olvidos y su mente repleta de recuerdos inconclusos recortados por cada uno de los traslados que debió afrontar. Como le sucedía a ella.

¡No! No dejaría que aquel hermoso niño pasara por el mismo infierno. No era de su sangre, pero lo sentía como suyo. Valery estaba tan enloquecida por sus pesares que no se detenía a pensar en él, su madrastra se pasaba los días ocupada criando a sus dos hijas mellizas y apenas lo atendía, y su padre vivía tan ensimismado en sus conflictos que las energías no le alcanzaban para acompañarlo. Ella no debía abandonarlo.

Pensar en su padre hizo que el corazón se le llenara de tristeza. Los problemas financieros ahogaban a Darryl Sanders y le tallaban en el rostro un semblante desconsolado. En muchas ocasiones ella lo había visto deambular por la casa con la cabeza gacha y las manos dentro de los bolsillos de su pantalón. Por las noches bebía mucho, incluso lloraba en silencio dejando

escapar solo algunas lágrimas, como ella misma solía hacer.

Era así como Mary aligeraba las angustias que le desgarraban el alma, pero que no podía compartir con nadie, porque solo le pertenecían a ella, a sus sueños truncados y a sus amores aplastados por los incidentes que marcaron su vida.

Entendía en parte la zozobra de su padre, pero le fue imposible no enfrentarse a él cuando tomó aquella terrible decisión: Darryl pensaba trasladar a Alex a Canadá con unas tías de Valery, que podrían hacerse cargo del chico el tiempo que fuera necesario mientras ellos salían de sus aprietos.

Ese suceso encendió una mecha de rabia y frustraciones que Mary venía acumulando desde su última mudanza. La inconsciente actuación de Valery y su propia fragilidad emocional por los problemas familiares la empujaron a tomar al niño y huir al rincón más apartado de la tierra. No deseaba que Alex, a quien conocía desde su nacimiento y amaba como si fuera suyo, fuera dentro de dieciocho años tan inestable como ella.

Después de poner música se acercó al bebé, que aún se mostraba irritado y descargaba sus infortunios en el peluche. Lo alzó para encerrarlo entre sus brazos y lo besó con ternura. Inició con él una suave danza por la habitación, dejándose llevar por las relajantes melodías de Bruno Mars. Alex acomodó su cabecita en el hombro de la joven, aferrado a la blusa de ella con una de sus manitas. Le encantaban esos bailes.

La calma los envolvió mientras danzaban, ambos con los ojos muy abiertos. Los de él llenos de paz y los de ella húmedos por la pena.

Al sonar el timbre de la entrada, los dos saltaron. Mary miró con curiosidad al niño, quien gritó con los bracitos en alto y achinó los ojitos a causa de una inmensa sonrisa.

—¿Qué te alegra tanto? —le preguntó, al tiempo que se dirigía con él en brazos a la entrada de la casa.

Al abrir, un expresivo Justin la saludó con un pack de cervezas en una mano y una bolsa de rosquillas dulces en la otra. Alex se lanzó hacia los brazos del joven con evidente felicidad. Él tuvo que maniobrar para atraparlo y cargarlo ante la mirada sorprendida, y algo suspicaz, de Mary.

—Ayúdame, guapa —pidió, y depositó las cervezas en los brazos de la chica, quien se vio obligada a tomarlas.

Mary endureció el rostro mientras veía cómo el joven pasaba a su casa jugueteando con el niño, abría la bolsa de rosquillas y le ofrecía una al bebé.

A ella la dejó allí, bajo el umbral, boquiabierta.

Suspiró para llenarse de paciencia. Cerró y echó la llave a la puerta antes de seguirlos. Al llegar a la sala de estar notó que ellos habían salido al poche trasero y se habían sentado juntos en una tumbona para comer el aperitivo.

—Hombres —murmuró, y se fue a la cocina para dejar las cervezas dentro del refrigerador, no sin antes sacar un par y llevarlas consigo al porche—. No deberías permitir que Alex se apegue a ti —le aconsejó a Justin al reunirse con él y entregarle una de las bebidas.

—¿Por qué? —inquirió con dificultad el joven, con la boca llena de rosquillas.

Mary puso los ojos en blanco y se sentó en la tumbona de al lado mientras abría su cerveza.

—Lo llenarás de emociones que no le durarán —expresó con rencor y dio un trago largo a su bebida. Fijó la mirada en el cielo oscuro y estrellado. La noche se había acentuado en la región.

—La culpable de eso eres tú.

—Gracias —reprochó ella con evidente disgusto.

—¿Por qué lo alejaste de su madre?

—Ese no es asunto tuyo —afirmó enfadada.

—Al pedirme que cerrara la boca me hiciste tu cómplice —aclaró él y la señaló con un dedo, de la misma manera en que ella lo había hecho en el muelle. Mary lo fulminó con la mirada, pero se mantuvo callada—. Lo siento, pequeña, pero ahora es mi asunto.

Ella se mordió los labios y dirigió de nuevo su atención al cielo. Justin tenía razón.

—Su madre está metida en un lío —reveló irritada—. Tuvo que marcharse y me lo dejó.

—¿Por eso estás aquí? ¿Por el problema de esa mujer? —preguntó él con el ceño fruncido. Mary comprimió el rostro en una mueca de disgusto y se frotó la frente antes de responderle. Se sentía agotada.

—En parte. —Un suspiro pesado le humedeció los ojos, que no se apartaban del firmamento—. Pero, además, mi padre no puede hacerse cargo del niño, tiene problemas económicos y quiere enviarlo a Canadá. A dar tumbos entre las casas de varios familiares mientras aquí se solucionan las cosas.

—¿Por qué no lo dejas ir?

Justin había recostado la cabeza en el respaldo de la silla y observaba a la chica con una mezcla de curiosidad y compasión. Alex se hallaba muy

tranquilo sentado en su regazo. Comía una rosquilla y jugaba con las llaves del coche del joven.

—Sé lo que es no tener un hogar estable —explicó, para luego darle otro trago a su bebida—. Mis padres se divorciaron cuando tenía doce años y tuve que vivir varias temporadas en ciudades diferentes. Eso me impidió hacer muchas actividades que me gustaban, perdí amigos y cosas de valor. Ahora me siento tan cansada y vacía... Alex no pasará por lo mismo.

Las últimas palabras las dijo con firmeza. Se incorporó en la silla y giró el rostro hacia Justin, que seguía mirándola con interés.

—Entonces, ¿es posible encontrar un trabajo provisional en Jamestown? —preguntó ella para cambiar de tema. Él asintió con lentitud.

—Tengo un amigo que es dueño de un café cerca del muelle, podría convencerlo de que necesita una empleada adicional durante el verano, y estoy seguro de que a mi tía le encantará cuidar de Alex mientras trabajas. Pero debes hablar con ella y con mi tío Tom —añadió—. Él me dijo hoy que no le importaba que estuvieras en la casa, pero necesita hablar con Darryl para ajustar varias cláusulas del contrato de mantenimiento.

—¡No! —dictaminó Mary con el semblante inundado por la angustia.

—Eso no puedes evitarlo.

—Hablaré con él. Le..., le daré lo que sea —exclamó sin pensar. Justin rio con poca gracia.

—¿En qué mundo vives? ¿Crees que aquí todo tiene un precio y no una razón?

Ella lo miró con el entrecejo fruncido.

—Te recuerdo que vivimos en el mismo mundo.

—Pero en sitios diferentes. Eso tienes que entenderlo —alegó él antes de terminar su cerveza—. A mi tío no le interesan los conflictos que tú puedas tener con tu padre, pero él tiene un contrato firmado con Darryl. Tu presencia modifica algunas cláusulas y para no faltar a ese convenio tiene que hablar directamente con el dueño, no con algún familiar. Es un asunto legal. No sé cómo se manejan esas cosas en Providence, pero en esta isla se tratan entre las partes involucradas.

Mary se derrumbó en la tumbona. Frustrada. Sabía que una vez más Justin tenía razón. No podía evitar que Tom Owen se comunicara con su padre y le anunciara su presencia en esa casa.

—¿No has pensado que Darryl ya podría saber que estás aquí? —agregó él.

—Imposible.

—¿Por qué? Conozco poco a tu padre, sé que no es un tonto, pudiste haber dejado alguna huella...

—¡Él nos tiene prohibido venir a este lugar! —lo interrumpió ella—. Jamás nos ha traído porque lo odia, solo conserva unas pocas fotos y siempre nos ha dicho que lo venderá. No puede suponer que estoy aquí, para mi padre esta casa no existe.

Justin la observó confuso.

—¿Darryl odia este lugar?

Mary clavó sus pupilas húmedas en el chico.

—Eso es lo que él siempre dice.

El joven bufó y dirigió su rostro contrariado hacia las aguas de la bahía.

—Entonces, ¿por qué invierte tanto dinero en su mantenimiento? Dijiste hace un rato que tenía problemas económicos. Vender esta casa y el coche le darían una buena entrada de dinero —reflexionó ceñudo—. ¿Por qué conserva con tanto interés las cosas de tu abuela?

Mary se quedó paralizada en la silla.

—¿Qué cosas?

—Todos los objetos de tu abuela, su ropa y pertenencias personales, están guardados en la habitación más pequeña —comentó él—. Mi tío entra cada quince días para airearla y aspirar el polvo. Cuando viene a la isla, Darryl se queda en ese dormitorio y no en el principal.

La chica se incorporó en la silla completamente desconcertada. No había entrado a los otros dos cuartos de la casa porque no pensaba utilizarlos, por eso no sabía que en uno de ellos estaban guardadas las cosas de su abuela.

Quiso preguntarle a Justin sobre esas costumbres que su padre le ocultaba al resto de la familia, pero un movimiento repentino en uno de los laterales de la casa la sobresaltó.

—¿Qué fue eso? —inquirió al tiempo que escudriñaba la vegetación que rodeaba el hogar.

—Mary, entra en casa —ordenó Justin al ponerse de pie, con Alex entre sus brazos.

—Pero...

—Vamos —insistió él, y la tomó con fuerza del brazo para empujarla al interior al ver movimientos en los matorrales y oír el sonido de pisadas apresuradas.

Ella obedeció y cogió a Alex mientras Justin cerraba las puertas de cristal

y las cortinas.

—¿Qué hacemos? —preguntó Mary aterrada, aferrando al niño con fuerza.

—¿Echaste la llave de la entrada?

—Sí.

—¿Y la puerta lateral?

—¿Qué puerta lateral?

Justin dibujó en su rostro una mueca de disgusto.

—La que está en el pasillo de las habitaciones —agregó entre murmullos. Aún se escuchaban movimientos fuera. Él trataba de aguzar el oído, pero la música del portátil le impedía captar bien los sonidos del exterior.

—¡Nunca la he abierto! —expresó Mary al borde de un ataque de nervios, y miró angustiada los alrededores. Temía que el invasor ya hubiera irrumpido dentro de la casa.

—¿Y el garaje? —consultó Justin mientras detenía la música.

—Está cerrado.

—Bien, vamos a la habitación de tu padre —indicó, al tiempo que apagaba luces y pasaba las cortinas de las ventanas. No sabía cuántas personas podían estar fuera, ni qué intenciones tenían, pero no debía darles oportunidad de echar una ojeada al interior o dejarles saber dónde se encontraban ellos.

Arrastró a la temerosa chica hacia el dormitorio más pequeño y le indicó que se sentara en el suelo, oculta entre el armario y la cómoda. Alex permanecía sereno, observaba lo que ocurría con confusión. Justin sabía que de un momento a otro podía comenzar a llorar y alertar a los invasores.

Abrió la última gaveta de la cómoda y hurgó entre la ropa allí guardada hasta encontrar una caja metálica algo chata. Mary seguía sus movimientos con miedo y curiosidad mientras le susurraba a Alex una canción infantil para intentar mantenerlo sereno. Sin embargo, al ver que Justin sacaba de la caja una pistola y con pericia le instalaba el cartucho de balas, se alarmó.

—¿Qué es eso?!

—¿Qué crees?

—¿Qué hace esa cosa ahí?! —murmuró con los ojos abiertos en su máxima expresión. Justin suspiró y la miró un instante con dureza.

—Voy a salir.

—¡Ni se te ocurra! —advirtió ella. Alex comenzó a inquietarse, preocupando a Justin.

—Solo voy a verificar que la casa esté bien cerrada, no podemos dejar que entren. —Mientras le explicaba su plan, sacaba el móvil del bolsillo de su pantalón—. No te muevas de aquí y trata de mantenerlo tranquilo para que no llore —pidió refiriéndose a Alex y saliendo de la habitación, al tiempo que marcaba un número en su teléfono.

Mary ahogó un ruego al sentir que el niño se revolvía molesto entre sus brazos. Continuó la canción y lo abrazó de forma protectora, sin dejar de escudriñar los alrededores. Dejó que el bebé jugueteara con la cadena de oro que le colgaba del cuello para que no se inquietara.

La cortina que cubría la ventana había sido confeccionada con una tela delgada que dejaba pasar la claridad de la noche a través de sus fibras. Eso le permitía a Mary discernir las siluetas de los muebles que poblaban el cuarto: una cama con dosel, estantes abarrotados de libros, adornos y fotografías, y el marco trenzado de un espejo atornillado a la pared. La curiosidad por lo que su padre guardaba allí con tanto celo se debatía en su cerebro junto con el temor por lo que ocurría fuera.

Oyó murmullos en el pasillo, Justin debía hablar con alguien por teléfono. En el exterior reinaba la calma.

Eso la hizo pensar que tal vez el invasor se había marchado, idea que le concedió la valentía para pretender levantarse y salir de ese claustrofóbico escondite. Pero el lejano sonido del motor de una moto la paralizó.

—Eric... —musitaron sus labios de manera inconsciente mientras el temor surgía de nuevo en su pecho, junto con la duda y la angustia.

CAPÍTULO 6



Minutos después, la policía ya había llegado a la propiedad. Un trío de oficiales inspeccionaban los alrededores con ayuda de sus linternas, mientras Justin y Mary conversaban con el *sheriff* en la entrada.

—Hallamos varias huellas de motos. Podemos suponer que es una sola persona la que ha estado por aquí en diferentes ocasiones, o son más de dos los que rondan la casa —informó el jefe de la policía sin reflejar ningún tipo de emoción en su rostro y hurgando en las anotaciones que había hecho con anterioridad en una pequeña libreta—. ¿Han recibido visita estos días?

Mary escuchaba en silencio y con el semblante que reflejaba zozobra. Si sus sospechas eran ciertas, cabía la posibilidad de que el merodeador fuera Eric Graham.

No sabía cómo enfrentar esa situación. ¿Debía denunciarlo o indagar por su cuenta?

Los sentimientos que aún sentía por él anulaban su capacidad de decisión. Por los comentarios que había escuchado de su hermanastra, Eric tenía asuntos pendientes con la ley, por lo que hablar de él con el policía le traería serios problemas. Si en realidad luchaba por mejorar su vida, como Valery le había mencionado en una ocasión, ella echaría al garete todo su esfuerzo. Sería una imprudencia hacer una acusación solo por una suposición.

—La casa ha estado deshabitada desde hace meses —confirmó Justin. Mary no se atrevía a hablar, permanecía junto al chico con Alex en los brazos, quien miraba fascinado las luces de colores que giraban sobre los coches de los policías—. Ella es hija del dueño y llegó a la isla el viernes por la tarde.

—¿Ha recibido alguna visita, señora Sanders? ¿O ha escuchado pasos en las cercanías estos días? —inquirió el alguacil mientras fijaba su atención en ella.

Mary negó con la cabeza y alzó las cejas con altanería para responderle. Aquella táctica siempre le había servido para que las mentiras no se reflejaran en su cara.

—Solo he recibido la visita de Justin ayer por la mañana.

—¿Y cuántas veces ha abandonado la vivienda?

—Solo una vez. Esta mañana estuve en el pueblo. Visité el muelle y compré comestibles.

—¿Cuánto tiempo estuvo fuera? —indagó el hombre al tiempo que hacía anotaciones en su libreta.

—Una hora, quizás —indicó ella y miró a Justin notando que este la observaba con fijeza.

—Bien. Una patrulla hará rondas durante la noche. Me informará de cualquier ruido o persona extraña que vea en los alrededores, estaremos alerta.

El sujeto la repasó de pies a cabeza con una expresión de desaprobación en la mirada mientras guardaba la libreta en el bolsillo trasero de su pantalón.

—No debería quedarse sola en esta casa, señora. Mucho menos teniendo un niño tan pequeño. Es usted joven y la vivienda está algo apartada del pueblo.

Mary se irguió, enfadada por la advertencia. ¿Acaso pensaba que era una chica tonta que no sabía cómo defenderse?

—Gracias, pero sé cuidarme.

—No lo pongo en duda —masculló el *sheriff* con cierto tono de fastidio, y se despidió de Justin con una inclinación de cabeza. Este se limitó a agradecer al oficial la ayuda y lo acompañó al coche patrulla.

Al marcharse los policías, entraron en la casa y cerraron la puerta con llave. Mary siguió hasta la cocina y aseguró a Alex en su sillita para ocuparse luego de prepararle el alimento.

—Ese sujeto es un idiota —exclamó mientras buscaba los utensilios que requería. Justin se acercó a la mesa con una sonrisa y se sentó cerca del niño para distraerlo.

—Pero tiene razón.

—¿Te vas a poner de su parte? —preguntó ella irritada, y se giró hacia el chico para traspasarle con una mirada furiosa.

—Mary, tienes que aprender a reconocer el peligro. Esta casa está muy apartada del pueblo. ¿Qué hubieras hecho con ese intruso estando sola?

La chica cerró la boca y se giró de nuevo hacia la encimera para continuar con su tarea. El miedo la desbordaba. Miró de reojo a Alex, que reía gracias a las carantoñas que le hacía Justin. ¿La persona que rondaba su casa lo estaría buscando a él, o se trataba de un simple merodeador cuya única intención era robar?

¿Estaría inmiscuido Eric en este asunto? Si fuera así, ¿por qué la espiaría en las sombras? ¿Acaso estaba aliado con Ronald, el padre de Alex?

Cientos de preguntas se le agolparon en la cabeza, unidas a los dolorosos recuerdos que aún mantenía de Eric.

Cuando ella inició el instituto y lo conoció, enseguida se quedó prendada de su sonrisa transparente y su mirada profunda. Él también pareció atraído por ella, a pesar de que en ese tiempo era una chiquilla malcriada de apenas doce años. Hizo hasta lo imposible por conquistarlo, pero él solo la trató como a una buena amiga. La consideraba muy niña.

Sin embargo, de la noche a la mañana, Eric comenzó a buscarla con insistencia y a seducirla, aunque no se mostraba feliz haciéndolo. Mary se lo permitió porque estar junto a él era su sueño hecho realidad. No obstante, al enterarse de que su interés no se debía a que sentía algo por ella, sino a una apuesta con sus compañeros de clase, se sintió defraudada y lloró durante días. Su tristeza se transformó luego en angustia, al enterarse de que Eric había pactado aquel fatal acuerdo por insistencia de su hermano mayor, Ryan, quien estaba metido hasta el cuello en problemas delictivos con otros criminales y pretendía solventar sus deudas con la trata de adolescentes; él lo había empujado con amenazas a conquistar chicas que luego podría incluir en su red de prostitución.

Su corazón adolescente solo pensó en salvarlo de aquel conflicto, sin medir las consecuencias. Sin darse cuenta, no solo terminó envuelta en un gran lío, sino que arrastró a su amiga Claire. Gracias a que Jeremy, el hermano de Claire, se percató a tiempo de lo que sucedía y actuó para evitar una desgracia, las chicas pudieron salir de ese aprieto y Eric se libró del acoso de Ryan, quien enseguida volvió a la cárcel.

Ese suceso puso fin a la relación amorosa que mantuvieron y dejó solo una bonita amistad que la distancia se encargó de enfriar.

Mary salió de sus recuerdos y observó a través de la ventana la luna que se erigía en el cielo. La misma que admiraba en sus solitarias noches de adolescencia, cuando suspiraba por él como una tonta enamorada. ¿Por qué la vida tuvo que ser tan dura con Eric? ¿Por qué se ensañó con ellos y no les concedió una oportunidad para amarse?

—¿Qué es lo que tanto buscas en el cielo?

La pregunta de Justin la sobresaltó, pero no fue capaz de darle la cara. La vergüenza le había sonrojado el rostro por completo. Lo único que hizo fue alzar los hombros con indiferencia.

—No hemos hablado del empleo —intervino, para zanzar el asunto y cambiar el tema de conversación.

—Te dije que mañana hablaré con mi amigo —respondió el chico en medio de un suspiro—. Hoy tuve mucho trabajo con mi tío y no pude acercarme a su negocio.

—¿Y qué es lo que haces? —curioseó ella mientras removía la papilla.

—Lo que sea necesario.

—Pero ¿cuántas obligaciones tienes? —indagó, mirándolo con atención. Parecía realmente interesada.

—Unos días estoy en la tienda, otros en el muelle para hacer mantenimiento a los botes, y en ocasiones navego o viajo a Newport por suministros.

—¿Sabes navegar?

—Claro, he vivido aquí la mayor parte de mi vida. Sé navegar desde los seis años —alegó con orgullo.

—¿Y no piensas continuar los estudios?

El semblante del joven se ensombreció. En silencio, se levantó de la mesa para dirigirse al refrigerador y sacar una cerveza. Mary se fijó en que aún conservaba la pistola enfundada en la parte trasera de la cinturilla de su pantalón, oculta por la camisa. Por instinto se giró hacia la ventana y oteó los alrededores, pero lo único que se veía desde allí era una vegetación tranquila, bañada en sombras.

—Los estudios no me sirven para el trabajo que hago aquí.

—¿Y piensas quedarte en Jamestown haciendo lo mismo el resto de tu vida? —insistió Mary acercándose a Alex, que la miraba ansioso desde su sillita. Batía los piecitos a la espera de su comida.

—¿Y por qué no? Aquí tengo todo lo que quiero —sentenció el joven con firmeza y ocupó de nuevo el asiento mientras abría su cerveza.

—Pero ¿no te gustaría especializarte en algo? ¿Quizás en mecánica, en biología marina o como empresario? Un título universitario sería un gran soporte para el negocio de tu familia.

Justin la observó con el ceño fruncido y tomó su bebida. Mary se sentó junto a él, y frente a Alex, para comenzar a darle de comer.

—¿Un soporte? Mi tío ha manejado la tienda y su empresa de mantenimiento desde hace más de veinte años, sin diplomas ni títulos universitarios. Así no solo ha cubierto todos los gastos de la casa, sino también los de su esposa y los de su hijo, incluso los de mi hermana y los

míos. Lo único que ha necesitado han sido sus manos y ganas de salir adelante.

Mary sintió una fuerte curiosidad por él, por ese rencor que parecía tener oculto en el alma y por su situación. ¿Por qué Justin y la pedante de su hermana vivían en esa isla con su tío? ¿Qué habría sido de sus padres? ¿Cómo fue la infancia y la adolescencia de ese chico para que a esas alturas de su vida no tuviera sueños ni aspiraciones?

—Sé que para subsistir solo se necesita empeño y dedicación —continuó ella—, pero estudiar te ayudaría a alcanzar más conocimientos de los que puede traspasarte tu tío. Con eso podrás mejorar el negocio de tu familia, expandirlo y fortalecerlo, sobre todo, si viven del turismo —concluyó mientras le daba el alimento al niño—. Algún día tu familia crecerá y los gastos serán mayores. Tienes que hacer crecer también el negocio para que pueda cubrir todas las necesidades.

El silencio reinó durante un instante. Solo se escuchaban los leves sonidos que emitía Alex mientras comía. Al girar el rostro hacia Justin, Mary se sonrojó. El chico la observaba con una intensidad perturbadora.

—Tienes mucha razón —indicó él sin dejar de evaluarla—, pero para estudiar se necesitan tiempo y dinero, dos cosas de las que no dispongo ahora, y no sé si algún día las tendré.

La curiosidad de la joven aumentó. ¿Qué le sucedía a ese chico que le impedía continuar su formación? Hasta donde sabía, no tenía hijos, pero no conocía la situación de su familia. Debía existir un fuerte compromiso que lo ataba a esa isla y le cortaba las alas. La ansiedad por saber de qué se trataba se apoderaba poco a poco de ella.

—¿Y tú? —la pregunta de Justin la inquietó—. ¿Piensas quedarte en Jamestown para siempre?

Mary se quedó paralizada, con la mirada perdida en los restos de comida que aún quedaban en el plato.

Esa era una cuestión que aún no se había detenido a analizar. Y, para ser más sincera, tenía miedo de hacerlo.

¿Qué pasaría si su familia se desentendía de ella y del niño, ya que ellos tenían sus propios problemas que resolver? Y si Valery no aparecía nunca y le tocaba a ella velar por Alex, ¿cómo lo sacaría adelante?

Cursar una carrera universitaria representaría un gran esfuerzo. Tendría que simultanearla con un empleo, ya que nadie la ayudaría a pagarse los estudios, ni los gastos del niño o de la casa. Eso significaría dejar mucho

tiempo a Alex con extraños, quienes atenderían sus necesidades mientras ella trabajaba y estudiaba.

¿Acaso eso no implicaría una inestabilidad para el chico? Quizás no saltaría de una casa a otra, como le había ocurrido a ella, pero sí lo haría de un brazo a otro. La única figura familiar que establecería sería la de ella, a quien solo vería durante unas horas durante las noches antes de que se fuera a la cama a dormir. ¿Afectaría de alguna manera esa carencia a la personalidad y el carácter del niño?

Cerró los ojos de agotamiento y dejó sobre la mesa el plato ya vacío. Se frotó la frente analizando las probabilidades. Había sacado a Alex de su casa para que Darryl no lo llevara a Canadá a vivir con desconocidos, aunque, en realidad, él no estaría con gente extraña, sino con familiares lejanos que posiblemente le darían más amor y compañía de los que ella podía ofrecerle.

Reconoció que había actuado de manera impulsiva, llevada por un arranque de miedo.

—¿Te sientes bien?

Al mirar a Justin observó en el brillo de sus ojos negros una verdadera preocupación.

—Sí, es solo... —Alex comenzó a agitarse en la sillita, exigía que le bajaran. Después de comer el cansancio lo dominaba—. Tengo que cambiar al niño —alegó, y se levantó para tomar al bebé y llevarlo a la habitación.

Justin permitió que se marchara sin volver a increparla. Sabía que su pregunta había despertado angustias en ella, pero, después de lo hablado con su tío esa tarde y de lo vivido horas antes en la casa, debía ayudarla a entrar en razón.

La aventura en la que Mary se había embarcado era peligrosa, y era evidente que no estaba preparada para asumir los problemas que luego pudieran presentarse. Aunque le doliera, debía lograr que la chica regresara con los suyos. Se sentía tan solo en esa isla que la presencia de la joven le resultaba reconfortante y muy agradable, pero esa era su condena.

Como siempre, los buenos momentos le duraban poco.

CAPÍTULO 7



Alex dormía con placidez en su cuna improvisada. Mary se arregló los cabellos antes de salir de la habitación.

Justin había sacado el televisor y el reproductor de DVD que Darryl guardaba en el dormitorio de su madre y lo instaló en la sala de estar con intención de ver una película en compañía de la chica. Mary no dejaba que el joven regresara al pueblo. A pesar de que la policía recorría la zona, atenta a cualquier movimiento en los alrededores, ella se sentía insegura. Sobre todo, por el hecho de que sus sospechas fueran confirmadas. Si Eric se presentaba en su puerta y le ratificaba que había sido él quien vigilaba la vivienda en su moto, no sabría cómo reaccionar.

¿Cómo se enfrentaría a ello? ¿Le exigiría explicaciones?

—Elige: *La vida es bella*, *Cinema Paradiso*, o *El bueno, el malo y el feo*.

Mary alzó las cejas sin saber qué responder. Justin sonrió.

—Tu abuela tenía una extraña fijación con el cine italiano, y tu padre se encargó de conseguir en DVD parte de la colección de películas que a ella le gustaban.

—¿Por qué hizo eso? —preguntó, y se sentó en el amplio sofá de piel de color claro.

—Eso deberías saberlo tú —acusó él mientras insertaba en el aparato la última opción que le había ofrecido. Mary suspiró con agobio.

—Mi padre nunca me habló de mi abuela. Cuando se refería a ella, lo hacía con rencor.

Justin se acercó a la joven.

—En esa habitación tienes muchas cosas que te hablarán de ella —indicó—, y en el pueblo hallarás a personas que la conocieron. En caso de que te interese saber algo de su historia.

Mary suspiró con agobio, quizás debería dedicar el tiempo que iba a estar allí a averiguar más sobre su abuela, eso podría ayudarla a comprender a su padre.

Se giró hacia Justin y tropezó con su mirada intensa.

—Lo siento, elegí el *western* —exclamó el chico—. Las otras tienen más

drama del que puedo soportar —alegó en referencia a las películas. Ella sonrió con poca gracia y le quitó de las manos el control del DVD.

—Veamos cómo son de buenos tus gustos —aguijoneó y puso en funcionamiento el aparato.

—Mis gustos son los mejores —sentenció el joven.

Cuando Mary lo miró, se encontró con unos ojos tan negros como el interior de una caverna que pretendían desnudarle el alma.

Contrariada, volvió la vista hacia la televisión. El corazón le martilleaba con fuerza en el pecho. Sentía el calor de la mirada de Justin sobre ella. No obstante, y para su tranquilidad, él enfocó la vista en la pantalla al comenzar a sonar las primeras notas de la música que precedía a la película.

A medida que avanzaba la trama, a Mary le era imposible centrar su atención en lo que sucedía. Su mente rumiaba demasiadas cosas en ese momento.

—Gracias —dijo en medio de una persecución que se producía en la televisión. Justin la miró con extrañeza.

—¿Por qué?

—Por dejarlo todo para estar aquí.

Él le mostró una sonrisa tan transparente y seductora que la chica casi se derritió sobre el sofá.

—Somos amigos, ¿no es así? —preguntó el joven, y dejó la palma de la mano más cercana a ella abierta sobre su muslo.

Mary la observó un momento antes de acercar su mano y posarla sobre la de él. Entrelazaron los dedos y los apretaron con fuerza para mantenerlos unidos.

—Claro, somos amigos —ratificó, y compartió con el joven otra profunda mirada.

El sonido de disparos en la televisión llamó la atención de ambos. Sin prisa, separaron las manos y volvieron el rostro al frente para intentar comprender lo que ocurría en la pantalla, procurando ignorar lo que sentían en sus corazones.

El resto de la noche la pasaron en silencio y a la hora de dormir Mary lo obligó a quedarse con ellos en la habitación principal. Trasladaron el colchón de una cama que había en el cuarto de huéspedes para que él la utilizara. A Justin le encantó mirar el sueño profundo y tranquilo de la joven y del niño, quienes dormían juntos en la cuna improvisada.

Pudo ser capaz de escuchar los leves sonidos que hacían con sus

respiraciones y no dejó de admirar las facciones relajadas de sus rostros, ambos dirigidos hacia él.

Por la mañana, la falta de sueño no parecía afectarle. Ese lunes tenía trabajo en el muelle, pero se sentía feliz. Había vivido una de las noches más agradables de su existencia.

—Te llamaré cuando tenga noticias de mi amigo —informó a Mary antes de abandonar la casa. Ella lo observó con atención desde el portal mientras subía a su camioneta.

Minutos antes Justin le había enseñado en el porche cómo utilizar el arma de fuego, que ella guardó en una de las cajoneras altas del estante que se hallaba en la sala de estar. La chica no recordaba nada sobre el funcionamiento de la pistola, pero sí las sensaciones que experimentó al tenerlo a él cerca: la electricidad que se apoderaba de ella cada vez que sus cuerpos se rozaban y la calidez del aliento de él sobre su piel cuando le hablaba al oído para explicarle algún detalle del arma. Hacía mucho tiempo que no sentía algo así por un chico, aunque sus experiencias previas le enseñaron a no levantar sus barreras ante un hombre, pues a ninguno lo había considerado digno de confianza.

Al quedar sola, de forma inevitable todos los recuerdos de la noche anterior llegaron a su mente.

La idea de que Eric estuviera oculto entre los matorrales, vigilándola, la atormentaba. ¿Había sido él en realidad quien estuvo allí? ¿O sería Ronald la persona que los acechaba?

El corazón se le encogió en el pecho por el temor, pero rápidamente reprimió esa sensación para ir en busca de Alex, que jugaba muy tranquilo en el suelo de la sala de estar con Nemo y su teléfono de juguete.

—¿Hoy sí estás de buen humor, impertinente? —le dijo en son de burla. Alex la miró con sus grandes ojitos negros mientras intentaba imitar los sonidos de su teléfono—. Anoche dormiste como un tronco, traidor. Conmigo no pasas ni una hora en calma. ¿Qué tiene él que no tenga yo? —le preguntó al alzarlo, dispuesta a llevarlo a la habitación y prepararlo para la ducha—. No te culpo, yo también dormí bien —confesó con una sonrisa cómplice.

Besó la cabecita del niño al tiempo que se encaminaba al dormitorio. No podía negar que la presencia de Justin había sosegado las emociones de ambos y los ayudó a descansar una noche entera.

Ese día las neuronas le funcionaban a Mary a la perfección. Durante el baño del niño pensó mucho en su situación y en el gravísimo error que había

cometido. Por su imprudencia pudo haber puesto tanto a Alex como a ella misma en peligro. Debía rectificar sus faltas, y cuanto antes.

Al terminar el baño y mientras daba de comer al bebé en la cocina, manteniéndolo asegurado en su sillita, cogió su móvil y llamó a su padre. No podía permanecer un día más en Jamestown. Lo mejor era llegar a un acuerdo con él para regresar a Providence.

—¡Mary, por fin! —El saludo emotivo de Darryl la conmovió.

—Hola, papá.

—Hija, ¿cómo estás? ¿Por qué te fuiste así, sin darme una oportunidad para explicarme? ¿Alex está bien? Mary, tenemos que hablar. ¿Te has reunido con Tom? ¿Todo está en orden en Jamestown?...

Darryl comenzó a lanzarle tantas preguntas que por un momento la abrumó. Ella respiró hondo y pensó en levantarse y caminar hasta el porche para conversar con tranquilidad, pero un grito de Alex le recordó que no estaba sola y debía velar por el niño. Dejó el plato vacío en la mesa, lo desató de la silla y lo llevó consigo al patio trasero.

—Todo está bien por aquí —respondió—. Papá, sé que cometí un error, por eso... pienso regresar hoy mismo a casa —confesó mientras abría las puertas de cristal que le permitían el paso al exterior.

—No. —La negativa de Darryl dejó a la chica impactada.

—Papá, tienes que perdonarme —solicitó, pero su padre mantuvo la firmeza en sus palabras.

—Mary, te quedarás en la isla. Te prohíbo que vengas a Providence.

—Pero...

—Hija, Ronald vigila la casa, está desesperado por encontrar a Valery. Yo intento dar con ella para que nos ayude a resolver este problema, pero no la hallamos —argumentó el hombre disgustado. Mary se sentó abatida en el último escalón del porche y dejó a Alex sobre la grama, para que jugara con los tallos de hierba mientras ella asimilaba la información que recibía—. Además, no puedo descuidar el trabajo, conseguí un préstamo para cubrir parte de la hipoteca de nuestra casa en Boston, eso nos permitirá conservarla, pero me endeuda aún más. Y, como si eso no fuera poco, una de tus hermanitas ha pillado un virus, desde ayer está enferma. Marian ya no sabe qué hacer para bajarle la fiebre y teme que la otra chiquilla también se contagie.

Mary respiró hondo al conocer todo aquello. Deseó no haber cometido la imprudencia de marcharse sin mediar palabra con nadie. De haber estado en

casa, hubiera podido ayudar de alguna manera.

—Mi intención de enviar a Alex a Canadá no fue para deshacerme de él —explicó Darryl con una voz más serena y llena de remordimiento—. Estoy solo en esto, hija. Valery no pretende colaborar, lo que hace es acarrear más problemas. Había logrado que las hermanas de Marian aceptaran llevarse al niño a Canadá y hacerse cargo de él mientras hallaba una solución aquí. De esa manera, Alex podría estar seguro, pero no pensé que eso te afectaría tanto.

—Es que... yo...

Mary estaba a punto de romper a llorar, aunque se controlaba lo mejor que podía para no desvanecerse ahí mismo. No debía derrumbarse por Alex.

—Te comprendo, hija. Tu actitud me desquició durante unas horas. Sin embargo, debo reconocer que hiciste bien. Con el tiempo, la lejanía de Alex nos afectaría a todos. Tarde o temprano aquella solución haría menos llevaderos los problemas. Ahora solo te pido que me ayudes y sigas con él en Jamestown algún tiempo.

La chica se llenó los pulmones de aire. La petición de su padre le producía una gran ansiedad.

—No puedo, papá. Es muy difícil cuidar de él. Si voy a Providence y me quedo con mi madre, ella...

—No, Mary. No involucres a Deborah en esto. Tu madre tiene sus propias complicaciones con la tienda de ropa que acaba de inaugurar. Si te quedas con ella le trasladarás el problema de Ronald. Aunque tu madre te lo pida, no puedes hacerlo. Por favor, hija, necesito que alguien me ayude a aligerar las cargas que pesan sobre mis hombros.

Las últimas palabras de Darryl ahondaron aún más en la angustia que sentía en su corazón. Sabía que si llamaba a su madre ella le tendería una mano sin condiciones, pero era cierto que con eso iba a trasladarle el conflicto que acarreaba el niño. Deborah había trabajado durante años y sin descanso para instalar su tienda de ropa, era injusto complicarle las cosas ahora que su sueño se hacía realidad; además, eso aumentaría las preocupaciones de su padre.

—Yo no puedo cuidar sola de Alex —sentenció con la voz quebrada, y miró con dolor al pequeño, que jugaba fascinado con la grama del patio.

—Mary, cuidar de un niño no es tarea fácil, lo sé. Pero también sé que eres una chica inteligente, capaz y valerosa. Tú no me defraudarás, hija. No lo harás, ¿cierto?

Era imposible negarse al ruego desesperado de su padre. Darryl estaba solo en toda esa situación, contaba únicamente con ella. Ya le había fallado cometiendo su alocada imprudencia, tenía la oportunidad de rectificar sus errores y actuar como una persona adulta, aunque ello significara echar por tierra todos sus sueños y aspiraciones. Quedándose en Jamestown perdería la oportunidad de iniciar la universidad.

Como le sucedía cada vez que tenía que mudarse, debía olvidar para siempre sus sueños y aspiraciones. Ya tendría que haberse acostumbrado, pero no era así. Esas pérdidas seguían siendo dolorosas.

—No lo haré, papá. No te defraudaré —aseguró con voz forzada.

—Habla con Tom Owen, él me ha prometido que te ayudará con lo que necesites.

—¿Con Owen? —Parte de la angustia de Mary se desvaneció con esas palabras y fue sustituida por una sensación de alerta.

—Sí, conversé con él por teléfono ayer por la mañana y le pedí que velara por ti mientras resolvía el problema que tengo en Providence. Me aseguró que haría lo que fuera necesario para cuidarte.

Mary cerró los ojos y se mordió los labios para controlar el enfado. Si su padre ya había acordado una ayuda con Tom, entonces Justin también debía saberlo todo, y jugó con ella haciéndose el desentendido.

—Hija, me estoy reuniendo con un detective que me ayudará a controlar a Ronald, en cuanto quitemos del camino la amenaza de ese idiota podrás regresar. Mientras tanto, lo mejor es que te quedes allí y disfrutes del verano.

¿Disfrutar? Mary se sintió tentada de recordarle que no podía hacerlo porque no contaba con los medios económicos suficientes. Sin embargo, prefirió cerrar la boca. Darryl estaba de problemas hasta el cuello y la mayor parte de ellos eran financieros.

Si se lo pedía, su padre le enviaría el dinero necesario para cubrir los gastos de ella y de Alex, pero eso le complicaría aún más las cosas en Providence. Era su hora de demostrar que podía tomar el control de su vida.

Ya no era una niña mimada y consentida, sino una mujer adulta. Y, si podía tomar decisiones delicadas sin consultarle a nadie e imponer su forma de pensar, entonces debía ser capaz de afrontar los inconvenientes que esas decisiones arrastraban.

Se sentía aterrada por el cambio brusco que su vida comenzaba a tomar, pero más le asustaba quedarse estancada en el mismo escalón, sin atreverse a hacer un solo movimiento que la ayudara a salir del foso en el que se había

metido ella sola.

—Lo haré, papá. Confía en mí.

Después de una emotiva despedida, finalizó la llamada y suspiró mientras sus ojos se deleitaban con el azul turquesa del cielo despejado, tan infinito y limpio que parecía interminable. Como en ese momento lo eran sus angustias.

Dirigió su atención hacia Alex y se sobresaltó al verlo con las manos llenas de grama, a punto de llevárselas a la boca.

—¿Qué haces?! —lo reprendió antes de alejar sus manitas y provocar un grito frustrado en el niño. Era imposible apartar por un segundo su atención de él—. Vas a acabar conmigo, dame un respiro, ¿sí?

La acción del chiquillo le trajo a la memoria a Justin, el traidor, quien en una oportunidad se vio en la misma situación que ella y tuvo que evitar que el bebé se comiera la hierba que había arrancado del suelo.

—Ya verá ese idiota —se dijo a sí misma mientras tomaba al niño y regresaba al interior de la casa.

Justin había jugado sucio al ocultarle información y ella estaba dispuesta a vengarse de aquella afrenta. Una vez más se convencía de que no debía confiar en ningún hombre. Todos buscaban lo mismo: aprovecharse de una mujer vulnerable. Lo que él no sabía era cómo reaccionaba una mujer engañada y dueña de la verdad absoluta.

CAPÍTULO 8



Después de alistarse y asegurar a Alex en la parte trasera del Mazda, Mary emprendió de nuevo el camino hacia el muelle. No estaba muy segura de lo que debía hacer, lo único que pretendía era buscar a Justin para insultarlo por haberla engañado.

Sin embargo, sabía que eso sería una imprudencia. Estaba anclada en una isla desconocida, rodeada de extraños y con un posible acosador tras sus pasos, no era buen momento para levantar barreras entre ella y los habitantes de esa zona. Necesitaba ayuda o no lograría sobrevivir.

Se llevó la primera sorpresa al ver cerrada la tienda de artículos para pesca de Tom Owen. Ese lunes había mucho movimiento en los alrededores. Los turistas buscaban alguna distracción para pasar el día y, hasta donde tenía entendido, los Owen ofrecían paseos en barco.

Había intentado llamar al móvil de Justin, pero no lograba comunicarse. Lo tenía apagado. Así que decidió visitar el negocio de venta de comestibles del tal Fred, el sujeto que se había prestado a llevarla en coche el día en que llegó a Jamestown. El hombre le había dicho que Tom Owen era su amigo, y con seguridad podría facilitarle la dirección de la casa.

El local era amplio y estaba bien surtido. Un chico delgado y de cabellos cobrizos ordenaba el estante de los *snacks* mientras el robusto taxista anotaba con rapidez una serie de números en un cuaderno, tras la mesa de la caja registradora.

—Buenos días —saludó Mary disimulando su incomodidad. Fred alzó el rostro, al principio con fastidio, pero al percatarse de quién era dibujó una sonrisa lobuna que le permitió mostrar buena parte de su blanca dentadura, y sus ojos se oscurecieron mientras la repasaban de pies a cabeza con interés.

—Mary Sanders, ¡qué sorpresa! —exclamó con voz sugestiva al tiempo que se relamía los labios.

Mary desvió la mirada para evitar que él descubriera su expresión asqueada, y fue así como se percató de que el chico de los *snacks* la observaba medio escondido entre los anaqueles con mucha curiosidad.

—¿Qué haces por aquí, blanca paloma? —La joven suspiró de

agotamiento.

—Necesito saber dónde está la casa de los Owen, fui al muelle pero la tienda está cerrada. ¿Usted conoce la dirección?

—¿Tom no abrió hoy la tienda? —inquirió el hombre perdiendo su actitud lujuriosa y reflejando preocupación.

Mary alzó las cejas con desconcierto.

—No. Está cerrada.

—¿Qué habrá pasado? Tom nunca ha dejado de abrir la tienda ningún día, y menos en verano. Espero que no haya sido por causa de Hogan.

—¿Hogan? —preguntó Mary.

Alex comenzó a inquietarse. Pudo atisbar los frascos repletos de dulces y caramelos que se exhibían a un lado del mostrador.

—El hijo de Tom —aclaró Fred, y dejó el lápiz junto al cuaderno para rodear la mesa y salir con la joven al exterior del negocio—. Últimamente ese chico se ha comportado de forma altanera con su padre, discuten mucho por sus imprudencias. Quizás hizo alguna tontería que obligó a Tom a no atender su negocio hoy. Si te digo dónde viven, ¿me contarás lo que ha ocurrido?

Mary lo miró con los ojos entrecerrados, asombrada por su descaro. A ese hombre en realidad no le preocupaba su amigo, sino el motivo que le impidió abrir su tienda.

—No pienso ir a esa casa en busca de chismes —agregó con enfado.

Fred sonrió nervioso.

—No son chismes, niña. En esta isla somos pocos y debemos cuidarnos entre todos. Solo pretendo proteger a mi amigo —intentó justificarse.

La joven suspiró hondo para llenarse de paciencia.

—Si me entero de algo le avisaré. —Tuvo que claudicar para terminar con aquella absurda conversación y conseguir lo que necesitaba. Por supuesto, no pensaba volver a pasar por esa tienda, ni hablar de nuevo con él.

Fuera, Fred le explicó el camino que debía tomar para llegar al hogar de los Owen, y se despidió de ella con mucho afecto, como si la conociera de toda la vida.

Mary soportó con gallardía el comportamiento desagradable del tipo, y apenas obtuvo lo que había ido a buscar se marchó, rumbo a la dirección que le había facilitado.

El repentino cambio de rutina de Tom Owen la perturbaba. Esperaba que el hecho de haber retenido a Justin en su casa la noche anterior, por miedo al supuesto acosador, no hubiera generado un problema con su tío y que esa

fuera la causa de que hubiera faltado al trabajo.

Las calles de aquel barrio eran amplias y asfaltadas, rodeadas de vegetación y cercados bajos, ideales para caminar o andar en bicicleta. Las viviendas estaban construidas con un estilo campestre, separadas por espacios abiertos con jardines, asadores al aire libre o pequeñas canchas de baloncesto. La de los Owen era de una planta, fabricada en madera oscura y con forma de Z. El porche delantero tenía varias sillas de descanso y juguetes.

Mary aparcó el coche frente al hogar. Al encaminarse a la puerta escuchó unos gritos masculinos que provenían del interior. Quiso prestar atención a lo que oía, pero Alex se alteró al ver las pelotas y los coches de juguete esparcidos en el suelo.

—Calma, niño. Nada de eso es tuyo —le advirtió en susurros. Alex no hizo caso de sus indicaciones y exigió con chillidos que lo bajara.

Ella ignoró su berrinche y se acercó a la puerta para tocar con firmeza. Los alaridos no pararon, aunque se oían lejanos. Escuchó unas ligeras pisadas que se aproximaban a la entrada.

La puerta se abrió y apareció una mujer de mediana edad, baja, ancha de caderas y muy rubia, que achinó los ojos para ver al visitante. Al descubrir al niño amplió la sonrisa.

—Hola —saludó, atenta a los movimientos desesperados de Alex, que deseaba bajar de los brazos de Mary para ir en busca de alguno de los juguetes.

—Hola, ¿esta es la casa de Tom Owen? —preguntó la chica mientras hacía acrobacias para no dejar caer al niño, intentando mantenerlo quieto.

—Sí. Yo soy Gladys, su esposa. Y esta criatura tan hermosa ¿quién es? —preguntó la mujer y salió al porche para coger una de las pelotas y dársela a Alex. Mary hubiera querido negarse, pero, al ver que se quedaba quieto y reía a carcajadas con el juguete en las manos, prefirió no hacer comentarios. Así tendría posibilidades de hablar.

—Soy Mary Sanders, y este chico inquieto es Alex.

—¡Oh, el famoso Alex Sanders! —exclamó Gladys, y arrugó el rostro al ensanchar aún más la sonrisa. Sus ojos parecían un par de rendijas por lo achinados que los tenía. Mary no podía comprender cómo hacía para mirar a través de ese reducido espacio. Era como si le molestara la luz solar.

La mujer le arrancó al niño de las manos, gesto que la sorprendió. Alex, en cambio, estaba fascinado. Hacía sonidos con la boca tratando de imitar los que Gladys emitía para divertirlo. La chica los miró con extrañeza, ambos se

comportaban como si se conociesen desde siempre.

—Me alegra que hayas venido. Ven, entra. Nos tomaremos un café.

Mary dudó, aún se oía el griterío que provenía de la parte trasera de la casa y que parecía una discusión sobre ciertas reglas, pero la mujer que la había recibido no daba la impresión de estar angustiada. Sin dejar de sonreír, entró en la vivienda y esperó a que ella pasara para cerrar la puerta.

El interior parecía pequeño por la cantidad de muebles y objetos que contenía. Las paredes estaban llenas de adornos, tapices, cuadros y fotografías, y desperdigados por los alrededores se podían observar cajas para embalaje, más juguetes, libros y documentos. Era como si en esa residencia viviera un batallón de personas.

Al final de la salita había una puerta ancha abierta que mostraba parte de una cocina-comedor, pero Gladys no entró en ella. Mientras cantaba un tema infantil se sumergió con Alex por un pasillo lateral, que metros después giraba para acceder a otro tramo flanqueado de habitaciones en el extremo izquierdo y ventanales en el derecho. Mary la siguió algo ansiosa. La mujer entró en la primera habitación, cuya puerta estaba entornada. Al hacerlo se escuchó un grito infantil que se unió al de Alex.

A la joven se le encogió el corazón cuando se detuvo bajo el umbral y observó aquel lugar: era un cuarto de juegos para niños.

Toda la pared del fondo consistía en un amplio ventanal de zócalo alto que daba a un jardín trasero y llenaba la estancia de luz. El piso estaba cubierto por una alfombra sintética con diseños infantiles, algo desgastada. Las paredes tenían pósteres divertidos y del techo colgaban móviles de animales y aviones sonrientes. Se hallaba libre de muebles, aunque en un costado divisó una sillita para comer y una mecedora, ambos aislados del resto de la estancia por un cercado de plástico que rodeaba casi todo el cuarto, creando un gran círculo de protección en cuyo interior había una buena cantidad de juguetes y peluches. Y hasta un tobogán especial para bebés de tan solo un escalón.

La carita asombrada de Alex incitaba a inmortalizarla en una fotografía. Cuando Gladys lo colocó dentro del cercado, él soltó la pelota que tenía en la mano y gateó apresurado en dirección al tobogán.

—Es un juego seguro —garantizó Gladys—. Brian lo utiliza sin inconvenientes. Como no es muy alto, no corren peligro de caerse.

Al oírla hablar sobre un tal Brian, Mary reparó en la presencia de otro niño dentro del cercado. Se trataba de un chiquillo de cabellos oscuros y

ondulados, algo más grande que Alex, que ya podía caminar sin apoyo, aunque con algo de dificultad. El pequeño cogía juguetes del suelo para mostrárselos al recién llegado e invitarlo a jugar, aunque Alex estaba muy entretenido lanzándose por la rampa del tobogán.

—Ven, vamos por una taza de café y luego venimos a supervisar a los chicos. Aquí están seguros, no se harán daño y se divertirán como nunca — invitó Gladys antes de salir de la habitación.

Mary se quedó allí un instante. Miraba con una sonrisa en los labios a Alex, que ahora comenzaba a prestarle atención a Brian y parecía dispuesto a seguirlo hacia un grupo de tacos de colores que se encontraban cerca. Le encantó verlo relajado y lleno de ánimo. Con ella no pasaba un minuto sin mostrarse irritable o fastidiado. Era evidente que el chico necesitaba un espacio donde entretenerse con seguridad.

Regresaron por el pasillo hasta la salita para luego pasar a la cocina. Pero antes de entrar Gladys gritó con tal energía que sobresaltó a la chica.

—¡Tom, te buscan!

Mary se quedó paralizada. Los alaridos del fondo enseguida se extinguieron y pronto escuchó unos pasos pesados que se acercaban haciendo eco en todo el hogar.

Con rapidez siguió a la mujer, algo intimidada. La vio manipular una cafetera eléctrica en una cocina amplia de estilo moderno, con las encimeras de mármol repletas de alimentos y frutas, y las repisas bajo las ventanas abarrotadas de macetas sembradas con hierbas.

Sobre la hornilla había una gran olla donde hervía un guiso que olía a paraíso. A Mary el estómago se le contrajo mientras captaba el aroma característico de la carne y las verduras bien sazonadas.

Desde que había llegado a Jamestown sobrevivía consumiendo emparedados de atún y queso. Extrañaba el sabor de la comida casera recién preparada. Ella jamás había sido una buena cocinera.

—¿Qué te ha parecido la casa de tu padre? ¿Has tenido algún inconveniente en ella?

—Ninguno. Todo ha marchado bien —respondió con timidez, de pie frente a una gran mesa de ocho asientos de robusta madera. Estaba incómoda. Tenía las manos agarradas entre sí delante de su vientre.

Oyó unas pisadas firmes introducirse en la cocina y sintió que una presencia poderosa se posaba tras ella. Al girarse, sus ojos se ampliaron al ver a un sujeto tan alto y fornido como un peleador de lucha libre. La camisa de

franela verde militar que vestía dejaba al descubierto unos brazos velludos y llenos de músculos y tatuajes —con unos bíceps que Mary no hubiera podido abarcar ni utilizando ambas manos— y unos hombros anchos y rectos.

Sobre ellos, una gran cabeza cubierta por un cabello corto de un tono rubio oscuro mostraba un rostro de facciones endurecidas y muy masculinas, resaltadas por dos cejas gruesas unidas gracias al ceño fruncido, unos ojos negros desafiantes y labios finos, apretados formando una línea, rodeados por una barba recortada.

—Es Mary Sanders —notificó Gladys a su esposo con sonrisa angelical.

Tom Owen emitió una especie de gruñido, al tiempo que extendía una de sus grandes manazas hacia la joven.

La mano pequeña y de dedos delgados de Mary quedó cubierta por la del hombre cuando este se la estrechó a modo de saludo.

—Bienvenida a Jamestown —pronunció con una voz gruesa.

—Gracias —respondió ella con algo de vergüenza. No era difícil sentirse intimidada ante aquel sujeto grande y de apariencia peligrosa.

—Hablé con tu padre en dos oportunidades, estoy a la orden para lo que necesites.

—Bien.

—Si tienes problemas con la casa puedes llamarme a la hora que sea, iré enseguida.

—Lo haré.

—También me enteré de lo ocurrido anoche y ya estoy en contacto con la policía local para iniciar las averiguaciones y brindarte protección.

—Gracias.

—No permitiré que ninguno de esos miserables que rondan la isla te incomoden.

Mary asintió, por primera vez en su vida estaba muda. Tom Owen desprendía tal autoridad que la chica se sentía disminuida en su presencia.

—Los jueves son los días en que suelo ir a la casa para hacer mantenimiento, espero que no te molesten mis visitas. Si descuido una semana los jardines luego me darán más trabajo.

—No hay problema.

—¿No te hace falta nada? ¿Enseres, comida, dinero?

Mary se atragantó ante la última pregunta.

—La ayudaré a conseguir un trabajo.

La voz de Justin le produjo en el pecho un oleaje de alivio. Lo vio rodear

a su tío para hacerse notar dentro de la cocina.

—¿Un trabajo? —La pregunta de Tom vino acompañada de una cara de pocos amigos. El hombre no solo apretó aún más el ceño, sino que apoyó las manos cerradas en puños en las caderas antes de atravesar a su sobrino con una mirada amenazante. Esta vez, Mary sintió la necesidad de intervenir.

—No sé cuánto tiempo tendré que quedarme en la isla —alegó. Tom fijó su atención en la joven, generando en ella una punzada de arrepentimiento. Hubiera sido mejor que mantuviera su mirada en Justin, quien se había enfrentado a su tío sin alterarse y con las manos metidas dentro de los bolsillos de su pantalón—. Quiero hacer algo para cubrir mis gastos.

—Tu padre me pidió que te facilitara todo lo que te fuera necesario, no tienes que trabajar.

—Le agradezco el ofrecimiento, pero no me gusta ser una carga.

—¿Y qué harás con el niño?! —La pregunta del hombre le restó determinación a Mary. Tom Owen hablaba fuerte por costumbre, y aún más si alguien se atrevía a contrariarlo.

—Le propuse que se lo dejara a mi tía. —Tom se giró hacia Justin con el rostro petrificado. Ella estuvo a punto de intervenir para evitar una posible discusión, pero Gladys se le adelantó.

—¡Me encantará cuidar de Alex! —exclamó con una gran sonrisa, y se acercó a Mary para hacerle entrega de una taza rebosante de café con leche—. Ya hizo amistad con Brian, los dos disfrutarán muchísimo en el salón de juegos.

Tom gruñó pero relajó la postura, e incluso las facciones endurecidas de su rostro. Aunque aún observaba a Mary con el ceño fruncido.

—¿Y qué sabes hacer?

La chica le había dado un trago al café, pero al sobresaltarse por la pregunta derramó un poco de bebida sobre su barbilla y en el suelo.

—¡No te preocupes! ¡No te preocupes! —anunció Gladys mientras se acercaba a ella con un paño para limpiar el desastre.

Mary no tenía experiencia en nada más que en sus estudios, jamás había trabajado, por eso no sabía cómo podía responder a Owen.

—Hace rato hablé por teléfono con Tyler y me dijo que podría conseguirle un puesto en su cafetería —agregó Justin para evitarle un mal rato a la chica. Mary le lanzó una mirada inquieta, pero él le guiñó un ojo para tranquilizarla.

—Bien —dijo Tom con cierta inseguridad y se rascó la cabeza antes de

continuar—. Dile de mi parte que la ponga a trabajar en un puesto que valga la pena, y asegúrate de que sea así —recalcó con autoridad. Mary abrió los ojos al máximo, pero no se atrevió a decir nada—. ¡HOGAN! —El grito del hombre la hizo saltar. Tom salió de la cocina dando largas zancadas. La dejó con el corazón galopando indetenible.

—Iremos ya mismo a la cafetería de Tyler —indicó Justin con una sonrisa relajada. No solo para informar a Mary, también a su tía, que fue la única que se había mostrado feliz con la noticia.

—Me haré cargo de Alex, no te preocupes por él.

Mary la observó con angustia. Además de verse obligada a dejar al niño con extraños, ella debía enfrentarse a una situación completamente novedosa que la llenaba de temores. Aquel sería su primer día en un trabajo y no se sentía preparada para lo que venía.

—¿Iremos ahora? —consultó a Justin con un hilo de voz y los ojos húmedos por los nervios. Él se acercó un paso para serenarla, pero Gladys se le adelantó. Con maternal calma tomó una de las manos de la chica entre las suyas y le dio palmaditas en el dorso.

—No te inquietes, es un trabajo fácil y tu niño estará bien cuidado. Pero dime algo: ¿Alex es alérgico a algún alimento?

Mary parpadeó varias veces y lanzó un ruego con la mirada a Justin. En esa ocasión, él no habló, y se dirigió hacia una encimera donde se hallaba un gran plato lleno de plátanos.

—No es alérgico a nada —respondió ella con una punzada de culpabilidad en el pecho. En realidad, no tenía la menor idea de si estaba en lo cierto. Ni siquiera sabría reconocer los síntomas de una alergia.

—Bien, y ¿qué le das de almuerzo? —indagó Gladys mientras se acercaba a la cocina para remover el guiso.

La chica empalideció de vergüenza. Lanzó de nuevo una ojeada hacia Justin y notó que él la miraba fijamente. Sabía que Mary no tenía mucha experiencia con el cuidado de Alex, aunque intentaba hacer un buen trabajo para procurar su bienestar.

En medio de un suspiro, Mary abrió su bolso y sacó el tarro que contenía la papilla instantánea que solía prepararle.

—Le doy esto —confesó apenada. Gladys se giró hacia ella y arrugó el ceño mientras analizaba el envase que la joven le extendía—. Algunas veces le ofrezco galletas de mantequilla o comparto con él mi emparedado.

Gladys achinó los ojos al mostrar una enorme sonrisa indulgente, se

acercó a ella y tomó la papilla en sus manos.

—No te preocupes, le daré del guiso que estoy preparando. A Brian le fascina —agregó entusiasmada—. ¿Trajiste algo de ropa y pañales?

La joven volvió a hurgar en su bolso. Como en esa salida no había pensado hacer otra cosa que incordiar al traidor de Justin, no se había preparado, pero siempre llevaba encima un *kit* para el cambio de pañales de Alex.

—Traje solo un pañal, no creí que...

—No te preocupes, amor —la interrumpió Gladys, al percibir la pena que la embargaba—. Brian es casi de su misma talla, podrá prestarle algo a Alex por hoy. Y tengo muchos pañales disponibles —le aseguró, tomando lo que la joven le entregaba—. Bueno, iré a supervisar a los niños. Desde aquí se escuchan sus gritos de alegría —notificó con una gran sonrisa y salió de la cocina con las pocas cosas de Alex en las manos. Pero antes se giró de nuevo hacia Mary—. Mucha suerte en el trabajo.

Ella se obligó a dibujar una sonrisa sincera en su rostro. Le agradaba Gladys y estaba segura de que Alex se sentiría bien con ella. Lo que le preocupaba era presentarse por primera vez en su vida ante un empresario.

Justin terminó de comerse el plátano, lanzó los restos en una papelera cercana y se limpió las manos con un paño que estaba sobre la encimera antes de acercarse a ella.

—Bien, ¿estás lista?

La joven le dedicó una mirada de preocupación. Él alzó una mano y le acarició con ternura la mejilla, produciendo en ella un involuntario estremecimiento.

—No temas. Todo saldrá bien.

La tomó de la mano y la sacó del hogar. Mary se marchó oyendo en la lejanía la fuerte carcajada de Alex, que reía sin parar con las monerías que Gladys le hacía. Al menos, él estaría bien y seguro.

CAPÍTULO 9



Subieron al Mazda y tomaron la carretera hacia el puerto. El negocio al que se dirigían estaba ubicado cerca de este.

—Puedes dejar el coche en casa de mi tío cuando lleves a Alex. Son solo seis manzanas de distancia, será una buena excusa para hacer ejercicio —se burló él, procurando relajar el ambiente tenso que se gestaba dentro del vehículo.

—Hablas como si estuvieras seguro de que me darán el trabajo —intervino ella, con la mirada enfadada fija en la carretera. Aunque pronto recordó que Tom Owen lo había dado por sentado en su casa al pedirle a Justin que le informara al tal Tyler de que debía ofrecerle un buen trabajo.

Estaba segura de que nadie en su sano juicio se atrevería a contrariar a aquella masa de músculos, pero sus capacidades laborales eran limitadas y a ningún dueño le gustaría tener en su nómina una empleada torpe e inexperta.

—¿Por qué no te lo iban a dar? Tyler se quedará encantado contigo. Además, mi tío lo ordenó —alegó él con una sonrisa chispeante.

Mary giró el rostro un segundo para mirarlo con los ojos entrecerrados. No le parecía gracioso el chiste. Ahora tendría que dar lo mejor de sí no solo por Alex, para conseguir el dinero que necesitaban y no morir de hambre en esa isla, sino también para no quedar mal con Tom Owen. Eso la dejaba en una posición muy delicada.

—¿Él también te ordenó que me engañaras? —lo pinchó ella. Aprovechó la ocasión para fastidiarlo por haberle ocultado las conversaciones de su padre con su tío. Justin dejó ver en el rostro una mueca, pero no se mostró muy arrepentido.

—¿Hablaste con Darryl?

—¿Qué crees?

—Yo no era el indicado para contarte de las llamadas de tu padre a mi tío.

—Debiste al menos informarme y no dejar que hiciera el ridículo.

—¿El ridículo? —Justin la fulminó con la mirada, pero ella no lo notó, porque estaba pendiente de la carretera mientras conducía hacia la dirección que él le había indicado—. Eso nunca sucedió. No estoy al tanto de los

detalles de esas llamadas, solo sé que él habló con mi tío en dos ocasiones.

—¿Fred le avisó?

—No sé, guapa. ¿Por qué no llamas a tu padre y le preguntas?

Ella bufó y apretó las manos sobre el volante. Por más que ella insistiera, Darryl jamás le diría quién la había delatado. Pero ahora su problema no era descubrir al cotilla de esa isla. Al llegar a la zona comercial el joven le indicó que aparcara frente al Caffé Capriccio, un local pequeño situado a dos manzanas del muelle, entre un gran restaurante de comida oriental y un concurrido bar pizzería.

La fachada era un simple ventanal precedido por dos mesitas redondas de aluminio rodeadas por delgadas sillas. Con facilidad se podía apreciar el desolado interior, únicamente poblado por un grupo de mesitas del mismo material que las que había en el exterior y una barra mostrador en el lado izquierdo, donde se exhibían las pastas y postres que podían consumirse en el lugar.

Mary suspiró hondo y siguió a Justin, que la alentaba con una sonrisa. Él abrió la puerta acristalada para permitirle el paso. El frío del aire acondicionado mezclado con el aroma del café le dio la bienvenida.

—Hola, Yordana —saludó Justin a la chica que se encontraba de pie tras la barra y ordenaba servilletas de papel dentro de unos dispensadores redondos. Era una joven delgada y trigueña, con la cabellera negra recogida en un apretado moño. Su rostro ovalado mostraba facciones aún infantiles, aunque sus ojos oscuros reflejaban un cansancio que solo podía lograrse con los años.

Aquella fuerte contradicción se acentuó cuando Yordana sonrió. Para llevar a cabo el gesto la joven extendió con esfuerzo las comisuras de los labios hacia los lados. El intento fue tan involuntario que Mary pudo atisbar un ligero temblor antes de que el rostro volviera a retomar un semblante inexpresivo.

—Hola, Justin, ¿todo bien en casa?

—Todo bien.

—¿Cómo se ha portado mi Brian?

Mary observó con mayor detalle a la joven mientras Justin le daba razón del niño. Por lo que hablaban, podía intuir que Yordana era la madre de Brian, pero aquella chica no debía de tener más de quince o dieciséis años.

Para no cometer alguna imprudencia, decidió desviar su atención hacia el local. La cafetería era un espacio pequeño, limpio y ordenado, que al no estar

muy abarrotado no daba la sensación de ahogo. Las paredes se hallaban cubiertas por un sencillo empapelado *vintage* en colores crema, salpicadas por cuadros de actores de cine de los años cincuenta o sesenta y carteles de películas de la misma época. Tras la barra, se extendía por toda la pared un estante de madera blanca que mostraba con pulcritud una colección de licores exclusivos, así como paquetes de galletas y chocolates con envoltorios de colección. En la parte baja, sobre una encimera de mármol, se hallaban los grandes termos de acero inoxidable que contenían las variedades de café.

Era evidente que su dueño cuidaba con mucha atención el negocio. Sin embargo, la nula presencia de clientes parecía confirmar su fracaso. Al menos, eso le daba a Mary un respiro. Sin clientes, el desempeño de su trabajo en ese lugar no sería muy forzado y, por tanto, había menos posibilidades de cometer algún error.

—¿Está Tyler? —La pregunta de Justin hizo que dirigiera de nuevo su atención a la pareja.

—Sí, supervisa la preparación de los postres. Ya lo llamo.

Yordana se dirigió enseguida a la puerta batiente situada al fondo del área de la barra. Mary la observó desaparecer con el ceño fruncido. ¿Más postres? ¿Para ofrecérselos a quién?

Lanzó una mirada al mostrador. Estaba muy bien surtido con productos que parecían recién hechos.

—No te preocupes, ya te dije que todo irá bien.

Ella se mordió los labios al darse cuenta de que su inquietud era reveladora.

—Estoy tranquila, solo algo ansiosa.

Justin le tomó una mano con solo la punta de los dedos y la acercó a él.

—Alex está bien cuidado y hoy comenzarás a trabajar. No tienes de qué preocuparte.

Ella asintió y por instinto abrió levemente la boca al sentir el aliento del chico sobre los labios. Con disimulo, y en medio de un suspiro, volvió a alejarse. No solo le inquietaba el hecho de haber dejado a Alex con extraños, a pesar de que se lo había llevado a escondidas a esa isla para evitar una situación similar, y de que pronto iniciaría un trabajo del que no tenía ni conocimientos ni destrezas. El otro tema que la angustiaba eran las estúpidas sensaciones que comenzaba a experimentar con la cercanía de Justin. No podía permitir que eso se transformara en una distracción.

—Ey, Owen menor. —El saludo alegre de un sujeto delgado, de rostro

anguloso y nariz aguileña, los interrumpió. El hombre sonreía con amplitud estirando su poblado bigote de pelo oscuro. Llevaba puesto un delantal y un gorro blanco sobre sus abundantes cabellos.

—Vamos, Tyler, no me llames así.

—¿Por qué? ¿No eres el menor de los varones Owen? —insistió el sujeto antes de salir del área de la barra y acercarse a Justin para palmearle un hombro. Yordana regresó al puesto que había ocupado y continuó con su labor de ordenar servilletas—. ¿Qué te trae por aquí en horas de trabajo? No puedo creer que Tom te haya dejado escapar.

—Él me envió.

—¡Santo Dios! Debe de tratarse de un asunto de vida o muerte —bromeó el hombre. Mary no pudo hacer otra cosa que evitar una sonrisa, comenzaba a percibir el espíritu de entrega al trabajo de Tom Owen por la forma en que lo describían sus amistades.

Justin no disimuló su gesto de alegría. Le sonrió a Tyler al tiempo que tomaba a Mary por un brazo para acercarla a ellos.

—Ella es la chica de la que te hablé esta mañana, se llama Mary Sanders. Está de visita en la isla y se quedará unas semanas. Necesita con urgencia un trabajo.

Tyler arrugó el ceño y la miró con una expresión divertida.

—¿Sanders? ¿Eres familia de Darryl Sanders, el campeón de natación extrema?

La chica se quedó de piedra ante semejante pregunta. Justin notó su sorpresa y se adelantó para dar una explicación.

—En ocasiones, cuando tu padre viene a la isla, navega con mi tío por la bahía. Se van de pesca o nadan cerca del fuerte Wetherill, incluso en épocas en que el agua está casi congelada.

La historia impactó a Mary. Nunca imaginó que el correcto y siempre precavido Darryl Sanders fuera capaz de cometer ese tipo de imprudencias.

—Darryl ha sido el único en atreverse a desafiar a Tom —agregó Tyler—, y hasta de ganarle. Aunque en esa ocasión casi pierde los dedos de un pie por nadar a temperaturas bajo cero.

Ella quiso preguntar más sobre las costumbres poco ortodoxas de su padre en esa isla, pero una voz chillona la interrumpió.

—¡Justin!

Vio que el chico saludaba sin mucho ánimo a alguien parado en la puerta del fondo de la barra. Como Tyler le tapaba la visión, Mary se inclinó un

poco hacia un lado por curiosidad. La voz le había parecido familiar.

Sus ojos se agrandaron al ver a la sonriente Peggy asomada por una rendija, con la larga cabellera rubia recogida en un grueso moño sobre su cabeza. La joven saludó a Justin con una mano cubierta por un polvo blanco, pero al divisar a Mary perdió por completo la sonrisa.

Mary notó que una sensación amarga le invadía el pecho. ¿Tendría que compartir el trabajo con aquella idiota?

—¿Y qué sabes hacer? —La pregunta de Tyler la obligó a olvidarse de Peggy y del resto de la humanidad. Con nerviosismo, miró disimuladamente la cafetería. Observó a Yordana, que terminaba de acomodar las servilletas. Su trabajo parecía aburrido pero sencillo.

—Yo... ordeno, atiando clientes...

—¿Atención al cliente? —la interrumpió Tyler, y le sonrió con cierto deje de burla—. Como ves, eso no nos sobra en este lugar, pero después del mediodía hay algo de movimiento. He hecho negocios con varios restaurantes de la zona, les vendo postres que incluyen en sus menús. En esta época de verano la clientela aumenta —explicó, repartiendo su atención entre ella y Justin—. Nunca está de más contar con algo de ayuda en la cocina para preparar galletas. ¿Sabes hacerlas?

Mary se mordió el labio inferior. Era capaz de elegir el mejor producto de los expuestos en el estante de un supermercado, pero ¿prepararlos?

La piel se le erizó con el solo hecho de pensar en ello.

—En realidad... no —confesó. Sabía por experiencia que era mejor ser sincera que arriesgarse a hacer el ridículo—. Pero aprendo rápido —se aventuró. Necesitaba con urgencia el trabajo.

—Bien, podemos intentarlo. ¿Cierto? Como será solo por algunas semanas... —alegó Tyler en dirección a Justin y con un semblante esperanzado. Este le golpeó un hombro con camaradería.

—No perderás nada, amigo. Estoy seguro de que esta chica será un gran apoyo para el negocio.

Mary no pudo evitar sentirse inquieta. Aquel hombre debía velar por el buen funcionamiento de su café. Si la aceptaba, era por consideración a Tom, o quizás por miedo a llevarle la contraria, pero contratar a una inexperta en época de mucho trabajo y solo por algunas semanas no parecía una decisión inteligente.

Sin embargo, él aceptaba el reto. Quedaba de su parte no defraudar a nadie, y estaba dispuesta a no hacerlo.

CAPÍTULO 10



Mary se mantuvo rígida como una tabla y con el rostro endurecido para evitar temblar de miedo. Justin se había marchado. La dejó sola en aquel lugar, rodeada de extraños.

Tyler la llevó a la cocina, un espacio amplio con grandes mesas de acero inoxidable y estantes repletos de harinas, café en grano y un sinfín de productos cuyos olores se mezclaban entre sí saturando el aire con una dulzura particular.

Al fondo, se erigían las cocinas y los hornos industriales. La mayoría de ellos estaban encendidos. Pero el calor que la rodeaba no provenía de allí, sino de las miradas ardientes que Peggy y Janina, la hermana de Justin, le dedicaban desde una de las mesas laterales. Las chicas estiraban masas con ayuda de rodillos, sin perderla de vista.

Una mujer robusta y de mediana edad, con el cabello canoso envuelto en una especie de turbante mal hecho, le daba instrucciones para que se pusiera a preparar una masa de galletas de mantequilla y cacao. Mary la miraba con atención, pero no lograba entender ni una palabra de lo que decía. Quizás debido al sonido de las ollas que una joven adolescente lavaba en un fregadero amplio, o al ruido de las batidoras que dos mujeres manipulaban a escasa distancia de ella; o tal vez a la vibración de la maquinilla de moler café operada por un chico de rasgos asiáticos. El caso era que Mary mantenía los ojos fijos en la mujer que le hablaba, pero no era capaz de recordar ni siquiera su nombre.

Después de presentarla al personal, Tyler desapareció para atender una llamada telefónica. Le pusieron encima de su vaquero y su camiseta un delantal blanco y le ordenaron recoger sus cabellos en un moño, a la altura de la nuca, que luego sería cubierto por un gorro. La mujer robusta tomó la iniciativa de explicarle aquella receta para que ella no se pasara la mañana en medio de la estancia, donde su jefe la había dejado. Todas conocían las costumbres de Tyler, quien con facilidad se olvidaba de algunos detalles.

—Es todo, chica. Cuando guardes la masa en el refrigerador me avisas y te explico qué otra cosa hacer —indicó la mujer, y le dio la espalda para

seguir decorando un pastel redondo de chocolate y cerezas.

Mary observó su ancha espalda con los ojos agrandados. ¿Es todo? Y, ahora, ¿qué debía hacer? No recordaba nada de lo explicado.

Miró a los lados y nadie parecía prestarle atención. Cada uno realizaba su trabajo en completo silencio y con rostros que reflejaban seriedad. Solo Peggy alzaba de vez en cuando los ojos para observarla con lástima. Janina, por su parte, estiraba su masa con una sonrisa burlona marcada en los labios.

Respiró hondo y se acercó a la mesa donde debía trabajar. Mantuvo una postura erguida y serena, para no mostrar su desconcierto. Los ojos los tenía húmedos, pero sabía que, si fijaba la mirada en los ingredientes y no en los rostros de las personas, nadie lo notaría. Apretó los puños para sosegar el ligero temblor de sus manos y se esforzó por recordar lo que su madrastra hacía para preparar las galletas de la merienda de sus hermanitas.

Tomó la harina y una taza medidora y la llenó hasta arriba sin saber si esa era la medida correcta, pero, cuando estaba a punto de echarla en un bol, escuchó una voz a su espalda que le susurró:

—Primero bate la mantequilla y el azúcar.

Mary no pudo evitar echar un vistazo. Peggy había pasado por su lado para dirigirse al refrigerador y dejó el consejo en el aire mientras caminaba cerca de ella.

Se mordió los labios y devolvió la harina al paquete. Por el rabillo del ojo lanzó una ojeada hacia Janina, y notó cómo esta traspasaba con una mirada severa a Peggy. La rabia le calentó la sangre en las venas, pero con un nuevo suspiro se calmó y agregó el azúcar a la taza.

Casi una hora después, aplastaba sobre la mesa una masa extraña, algo seca y llena de grumos.

Intentaba imitar los movimientos que una de las mujeres hacía frente a ella con un *fondant*.

Al regresar Tyler, comenzó a repartir instrucciones a diestro y siniestro. Por lo visto, se había presentado un pequeño cambio en los pedidos de ese día y era imperioso que las mujeres dejaran de decorar los pasteles para ocuparse de otras cosas. Se oyeron bufidos molestos y el sonido de los aparatos mientras los apagaban y guardaban. Todos se movían por la cocina buscando los utensilios e ingredientes necesarios para los nuevos postres que debían hacer. Mary los observaba desconcertada, sin dejar de amasar la bola que tenía entre las manos.

—Wow, ¿qué pasó aquí? —expresó el hombre al acercarse a Mary y ver

el resultado de su trabajo. Ella tragó saliva y enderezó los hombros esperando la sentencia—. Karin —llamó a la mujer robusta con un tono de displicencia en la voz que a Mary le molestó.

—¿Me ocupo de los *cupcakes* o de tu nueva chica? —expresó la aludida con enfado. Tyler le dedicó una mirada airada antes de hablarle.

—¿Qué le pediste que hiciera?

—Una masa de galletas —comentó Karin sin disimular su desaprobación—. Si te vas a pasar la vida haciendo obras de caridad para tus amigos, al menos ocúpate tú de sus desastres. Yo tengo mucho trabajo en la cocina.

La respuesta de la mujer enfureció más a Mary que al propio Tyler, quien tuvo que cerrar los ojos y frotarse las sienes para sosegar su enfado.

—Te dije que no sabía hacer galletas —le recordó ella. La joven ponía en práctica todo su autocontrol para no perder los nervios en aquel lugar. Si hubiera estado en el instituto se habría ensañado con la voluminosa mujer burlándose de sus gruñidos, de su cuerpo deforme y sudoroso o de su alocada costumbre de hablar con las máquinas como si fueran personas. Cualquier cosa con tal de desprestigiarla, avergonzarla y reducirla a nada, hasta arrancarle lágrimas de pena o gritos de frustración.

La ira le presionaba tanto el pecho que le costaba respirar con normalidad, pero para otros era imposible notarlo. Su actitud despreocupada e irreverente les mostraba a las personas que la rodeaban una personalidad indolente que ella en realidad no poseía. Hasta las malas miradas la afectaban, y eso sobraba en esa cocina.

Tyler hizo frente a la situación, con un rostro inundado de resignación.

—Deja eso, querida, y ayuda a Janina a hacer galletas. —El hombre dio media vuelta y volvió a salir del recinto con el teléfono, que no paraba de sonar. Mary apretó la mandíbula y, con una calma desconocida para ella, se giró hacia la mesa donde se encontraban Peggy y Janina. Ambas habían compartido una mirada furibunda antes de bajar el rostro a su tarea e ignorarla por completo.

Mary apretó las manos en puños y se encaminó hacia ellas con el mentón alto.

—¿Qué tengo que hacer? —expresó, con tal seguridad, que hasta las mujeres que se encontraban al otro lado de la cocina desatendieron sus trabajos un segundo para observarlas.

Janina lanzó hacia ella el sello con el logo del negocio que usaba para marcar las galletas tipo danesas.

—¿Sabes cómo se utiliza o tengo que darte un curso introductorio?

La débil risa del chico de ascendencia asiática que antes había molido café y ahora decoraba *cupcakes* resonó detrás de Mary, pero ella se hizo la desentendida. Con el cuerpo tenso tomó el sello y comenzó a marcar la masa que Janina ya había estirado y cortado en forma circular, sin prestar atención a las miradas de compasión y burla que se producían a su alrededor.

Ahora estaba del otro lado de la barrera. No era la victimaria, sino la víctima. La chica nueva y torpe que llegaba al grupo y caía mal por algún detalle que no comprendía. Sabía que, si ignoraba a sus verdugos, se cansarían en cualquier momento y la dejarían en paz. Pero dolía, debía reconocerlo. Era un tormento saberse el centro de las chanzas de los demás.

El problema era que no tenía más opciones. Si sacaba a la luz su actitud retadora y ofensiva perdería el empleo. Y no solo ella sería la afectada, también arrastraría a Alex en la desgracia y malograría la confianza que pusieron en ella su padre, Tom Owen y hasta Justin. Ya no podía ser la chiquilla malcriada del pasado; si quería crecer y hacerse respetar tendría que aprender a sortear las piedras que le lanzaba la vida y construir con ellas una muralla alta y fuerte, que sus enemigos jamás pudieran superar.

Llegado el mediodía, el personal se dividió para almorzar. Mary se quedó en el primer grupo, pero la hora que le concedieron para comer no la invirtió retirándose con el resto al patio trasero del local, donde se encontraba un área especial para los empleados, sino saliendo del café en dirección al restaurante de comida oriental. Ya había superado demasiadas incomodidades con ellos como para pasar más tiempo en su compañía. Necesitaba un descanso.

A pesar de que Tyler le había ofrecido tomar cualquier cosa de la cocina para almorzar, ya que ella no había llevado nada, no quiso aumentar sus deudas con ese hombre. Era suficiente con obligarlo a soportar a una incompetente para no incordiar a su musculoso e intimidante amigo Tom como para que, además, le quitara la comida con la que mantenía su fracasado negocio.

Se sentó en la terraza exterior del restaurante con un rollo de carne y un poco de ensalada de col como almuerzo. No quiso gastar dinero en un menú más generoso, debía ahorrar todo lo que pudiera para sobrevivir en ese lugar el tiempo que fuera necesario.

El sitio donde se hallaba era bastante agradable. Las pequeñas mesitas de bambú estaban adornadas con un discreto buqué de flores rojas. Plantas en macetas embellecían los rincones y del techo colgaban lámparas redondas de

papel. En algunas zonas, para dar más privacidad, había biombos con motivos orientales pintados a mano. A pesar de la sencillez, se sentía la exclusividad, los asientos eran cómodos y la presencia de plantas y biombos, además de mantener un poco la intimidad, aportaba frescura, ya que reducía la intensidad de los rayos del sol.

Por instinto lanzó una ojeada a la terraza de la cafetería. Las dos mesitas de aluminio, acompañadas de cuatro sillas estrechas fabricadas en el mismo material, eran lo único que había sobre la acera. Y, como adorno, contaban con un dispensador de servilletas redondo. La imagen se mostraba aséptica y carente de gracia, daba la impresión de ser el cafetín de un hospital más que un café de estilo *vintage* en un pueblo turístico. Quizás por eso los veraneantes lo rechazaban. A nadie, durante sus vacaciones en una isla paradisíaca, le gustaría tomar un aperitivo en un lugar similar a un centro de salud.

Mary bufó y dirigió su atención hacia la carretera para terminar su rollo de carne, olvidándose del cafetín y de su desabrida decoración. Observó el paso de dos chicos de unos diez años en patinete, serpenteando con audacia por entre los coches y gritando divertidos. Provocaron la incomodidad de algunos transeúntes, pero era evidente que aquella travesura los entretenía a más no poder. Ambos llevaban cascos, rodilleras y coderas, y de sus labios no se borraban sus amplias sonrisas.

Uno de ellos era un rubio robusto de cara pecosa, quien por alguna extraña razón le recordó a Alex. Tal vez, en un futuro, su bebé se parecería a ese niño: alegre, sonriente y temerario. Lleno de vitalidad.

La joven arrugó el ceño al ver que los chicos se detenían frente a la cafetería. El rubio se bajó del patinete y lanzó una mirada sospechosa hacia el interior. Caminó de puntillas, como un ladrón, en dirección a una de las mesas. Tomó el dispensador y comenzó a sacar todas las servilletas.

—¡Ey! —El grito de Mary no solo lo sobresaltó a él, sino a su amigo, un chico delgado y de cabellos negros que lo esperaba en el borde de la acera. Este último prefirió no arriesgarse y enseguida emprendió la huida, pero el rubio la observó unos segundos desafiante y luego se giró para continuar vaciando el dispensador—. ¡Deja eso, ratero! —lo amenazó, pero el niño no hizo caso a sus advertencias.

Ella se levantó de la mesa y pretendió correr hacia la cafetería para prenderle. No obstante, un joven camarero la detuvo sujetándola por un brazo.

—No vale la pena, señorita —le dijo.

Después de fulminar al camarero con la mirada, Mary dirigió su atención al rubio, pero ya se encontraba en el borde de la acera en busca de su patinete y con el paquete de servilletas en una mano. El pilluelo le sonrió con suficiencia y le mostró el dedo corazón de una mano antes de escapar. Ella gruñó indignada, sin importarle las miradas curiosas que le dedicaban los comensales que almorzaban a su alrededor.

Terminó su comida de mal humor. No comprendía exactamente qué la había enfadado: si haber hecho el ridículo frente a unos extraños por defender un lugar que no le pertenecía, y donde la habían tratado como una intrusa, o haberse ilusionado con ese chico al verlo tan feliz y atreverse a desear que Alex fuera como él.

Era de esperar que quisiera lo mejor para el niño, pero entre sus planes no estaba permitir que Alex, en un futuro, fuera un chico descarriado, irrespetuoso y gamberro. Se odió a sí misma por haberlo comparado con aquel bribón.

Pagó su consumición aún en estado de irritación. Sin embargo, al levantarse de la mesa, se quedó petrificada. Una gran moto Honda de modelo deportivo pasaba frente al restaurante y delante de la cafetería. Se detuvo en el bar-pizzería que había al otro lado, haciendo que el corazón de Mary se propulsara a mil por hora.

Eric aseguró la moto, y mientras se bajaba se quitó las gafas oscuras y se abrió la cazadora de cuero. Caminó erguido y con pasos largos al interior del recinto. Su porte altivo y seguro de sí mismo casi derritió las piernas de Mary. Su rostro tenso lo hacía parecer intimidante y peligroso, lo cual aumentó el interés de la joven.

Por un instante lo miró embobada, hasta que él traspasó la puerta del local y se perdió en su interior.

—¿Necesita algo más, señorita? —La pregunta del camarero la sobresaltó. Negó con la cabeza, al tiempo que salía de la terraza del restaurante.

Se detuvo frente a la cafetería, con la vista fija en la puerta del bar-pizzería.

¿Tendría el valor de enfrentarlo y preguntarle si había sido él quien había irrumpido en su casa la noche anterior?

Mary miró su delgado reloj de pulsera. Aún le quedaban unos minutos de descanso, en ese tiempo podría abordar a Eric y obtener algunas respuestas

sin problema. O, al menos, disfrutar de su compañía, y de su profunda y misteriosa mirada.

La impaciencia movió sus piernas en dirección al local donde él había entrado.

CAPÍTULO 11



El interior del bar-pizzería tenía un estilo de decoración *pin up*. Las mesas y sillas de fibra de vidrio eran de un azul turquesa que contrastaba con las paredes blancas y rosas. Por doquier se esparcían decenas de cuadros con publicidad antigua de Coca-Cola, Volkswagen o modelos atrevidos de los años cincuenta. Al fondo de la zona de mesas destacaba una antigua rocola de vinilos, que en ese momento emitía alegres canciones de éxito de los Bee Gees.

El local estaba concurrido, con las mesas llenas de comensales; e incluso se podía ver a jóvenes caminando por los alrededores, en dirección a los baños o jugando con las maquinitas tragaperras situadas en un costado.

Otros miraban el juego de billar que había en el centro de la estancia, ajenos al ajeteo. A pesar del ambiente entretenido, la inquietud de Mary no le permitía embargarse con el alborozo que aquel lugar irradiaba.

Rodeó la mesa de billar y se aproximó a la barra repleta de gente. Y no solo jóvenes, también se había topado con turistas de mediana edad, quienes disfrutaban de una cerveza fría o de una exquisita pizza cubierta de mucha mozzarella.

En un rincón reconoció la espalda ancha de Eric, enfundada en su cazadora de cuero. El corazón le latió con fuerza al verlo. Suspiró y se acercó a él con lentitud.

—Hola. —El joven se giró hacia ella al tiempo que le daba un trago a su cerveza. Se sorprendió tanto de hallarla frente a él que casi se atraganta con la bebida—. Oh, disculpa. ¿Estás bien? —le preguntó Mary, y le palmeó la espalda mientras él tosía tratando de recuperar el aliento.

—Sí..., eh..., yo...

—No fue mi intención incomodarte —agregó ella, al notar que las facciones del rostro de Eric se endurecían. El chico se levantó del taburete y barrió el lugar con la mirada. Su ceño se apretó al dirigir de nuevo su atención a la chica.

—No me incomodas. Me... pillaste por sorpresa —indicó, antes de repasar de nuevo el bar con inquietud y observar la hora en su reloj de

pulsera.

—¿Esperas a alguien? Yo solo venía a...

—Vamos a otro lugar. —A Mary la propuesta le cortó la respiración por un instante, pero enseguida se aclaró la garganta para responderle.

—No puedo. En unos minutos debo entrar al trabajo.

—¿Al trabajo?

Ella se sintió cohibida al recibir la mirada severa del joven.

—Sí..., es que... tuve que buscar un trabajo para...

—¿Y Alex?

Aquella pregunta, emitida en un tono de voz seco, terminó de descolocarla. El nerviosísimo que la había invadido al acercarse al joven se le esfumó, sustituido por un estado de alerta. Pronto recordó que lo había abordado para saber si había sido él quien invadió su casa la noche anterior, porque tal vez su hermanastra Valery o el imbécil de Ronald, el padre del niño, lo habían enviado.

—Alex está bien, lo cuidan unos amigos —explicó, y se irguió para recuperar su postura altiva. Abrió la boca para preguntarle sus dudas, pero el joven, después de dejar sobre la barra un billete para pagar su bebida, la cogió por el codo y la sacó casi a rastras del local—. ¡¿Eric?! —lo incordió ella, mientras traspasaban las puertas del recinto. Él no se detuvo, siguió andando hasta salir al exterior y alcanzar su moto—. ¿Qué haces? —preguntó Mary, enfurecida, cuando el joven logró soltarla para quitar el seguro del vehículo.

—Buscaremos a Alex e iremos a un lugar privado donde podamos hablar, sin que nadie nos moleste.

Ella arrugó el ceño. ¿Qué demonios le ocurría a ese hombre?

—No. Te dije que estoy trabajando, no pienso ir a ningún sitio antes de mi hora de salida.

Eric estuvo a punto de arrancar la moto, pero al escuchar las palabras de la chica se sentó en el asiento, agotado, y le lanzó una mirada de desaprobación.

—¿Trabajar? Mary, si necesitas dinero puedo dártelo. —Ese ofrecimiento aumentó el desconcierto de la joven—. Vamos, llevamos mucho tiempo sin hablar. Quiero saber qué ha sido de ti..., de nosotros.

Las últimas palabras Eric las pronunció con suavidad, haciendo uso del tono sensual que ella recordaba con anhelo. Toda su altivez la perdió en un instante. Un cosquilleo ansioso le recorrió las venas y propulsó el aleteo de

millones de mariposas en su estómago.

—Yo... no...

—Mary, ven conmigo —insistió el joven, y aplicó la misma estrategia. Sabía muy bien cómo obtener de esa chica lo que quería.

Ella se sumergió en la profundidad de sus ojos oscuros, que ahora se notaban cansados y algo enrojecidos. Los recuerdos lejanos de los besos y las caricias que había compartido con él volvieron a su memoria. Ansiaba sentirlo de nuevo, abrasarse la piel con el calor de una pasión que solo pudo experimentar en sus años adolescentes.

Estuvo a punto de decirle que sí, incluso había avanzado un paso hacia él, pero la repentina aparición de dos chicos en patinete se lo impidió. Los jóvenes desfilaron tras ella a toda velocidad. Uno de ellos le golpeó la espalda con su brazo, con intención.

—¡Ey!

Eric gritó enfurecido y se bajó de la moto para ir tras los chicos, pero Mary lo detuvo aferrándose a su brazo.

—Déjalos, no es necesario —alegó, al darse cuenta de que quien la había golpeado era el niño rubio que minutos antes había robado las servilletas del café.

Lo observó con irritación mientras se perdía calle arriba con su amigo. Si volvía a toparse con aquel rubito, se vengaría de alguna manera por la afrenta.

El hecho la puso de mal humor, pero eso ayudó a que asentara los pies en la tierra y no se dejara convencer por la propuesta de Eric.

—Vámonos —ordenó él, al tiempo que subía de nuevo a la moto.

—No. —El joven la miró con severidad.

—Mary, necesitamos hablar.

—Tengo que trabajar.

—Ya te dije...

—Lo siento, Eric —lo interrumpió con firmeza. Había pasado un día horrible y estaba harta de imposiciones—. Nos vemos otro día —concluyó antes de encaminarse hacia el café sin mirar atrás.

Una colisión de sentimientos se produjo en su pecho y la desequilibró. Mary odiaba ese tipo de sensaciones, más aún en aquel momento de su vida, en que necesitaba tener todos sus sentidos en alerta para afrontar los inconvenientes. Como el que le esperaba en la cafetería.

Entró como un torpedo al local, con el rostro endurecido y la mirada en

alto. Divisó por el rabillo del ojo a Yordana, que conversaba en la barra con otra persona, pero no le prestó atención, ni siquiera saludó, siguió de largo hacia la cocina y buscó su delantal.

Ya todos se hallaban en sus puestos de trabajo. Terminaban de realizar los postres del día. Tyler se había marchado para entregar los pedidos con el chico de facciones asiáticas y la joven adolescente a la que siempre ponían a fregar los cacharros. Solo quedaban las tres cocineras, Peggy y Janina.

Después de enfundarse el gorro sobre la cabeza, se aproximó a Karin para preguntarle qué podía hacer. La mujer se encontraba en una de las cocinas situadas al fondo. Preparaba dulce de leche.

—¿Te dignaste por fin llegar?

La pregunta aturdió a Mary. Buena parte de la rabia que tenía acumulada se le evaporó. Miró su reloj de pulsera, comprobando que había entrado diez minutos tarde. Nunca pensó que el extraño encuentro con Eric hubiera durado tanto tiempo.

—Solo fueron diez minutos.

—¿Te parecen pocos? Ese es el tiempo que tardan las galletas en hornearse. Así que podríamos decir que ya estás lista, chica —respondió con acritud la mujer y fijó su mirada desafiante en ella.

Para Mary aquella fue la gota que rebasó el vaso. ¿Qué demonios significaba eso de «ya estás lista»? ¿Acaso esa mujer insinuaba que iban a echarla?

La débil risa de Janina le puso a Mary de punta el vello de los brazos y de la nuca. La muy estúpida se burlaba de ella. No podía soportar más esa situación.

Su personalidad peleona y orgullosa comenzó a salir del cascarón a medida que se erguía para encararse con la robusta mujer, pero una presencia a su espalda evitó que estallara en cólera.

—¿Quién es esta joven, Karin? —La pregunta la sobresaltó. Giró el rostro para observar al hombre parado tras ella.

Era un sujeto alto, de unos sesenta años o más, de complexión gruesa, con los cabellos y unas pobladas cejas tan blancos como la harina con la que trabajaba. Los ojos castaños la miraban con desaprobación, acentuando la severidad que su rostro de piel enrojecida y arrugada reflejaba. La nariz grande y de tabique pronunciado sobresalía en su cara angulosa.

—Mary Sanders —respondió ella con altanería, y elevó aún más el mentón.

El hombre frunció el ceño y posó sus grandes manos cerradas en puños en las caderas.

—¿Sanders? ¿Eres familia de Darryl Sanders?

—Sí, soy su hija.

Mary acentuó cada palabra dándole un aire de suficiencia que intimidaba, pero el sujeto se mostraba ajeno a sus encantos. Aunque, por el pesado silencio que invadió la cocina, parecía que el resto de los presentes sí se había percatado de su trato arrogante.

—Sanders. —El hombre repitió su apellido como si con eso pudiera comprender lo que ocurría. La observó de pies a cabeza antes de hablar—. ¿Qué demonios hace ella aquí? —inquirió molesto, dirigiéndose a Karin y alejando de Mary su mirada.

—Es otra buena causa que asumió tu socio —acusó Karin, y les dio la espalda a ambos para continuar con su tarea.

Mary se sorprendió por esas palabras. ¿Su socio? ¿Acaso ese sujeto era también dueño de la cafetería?

Al verlo dar media vuelta entre gruñidos y marcharse de la cocina con largas zancadas, su sangre se congeló. Se apresuró a seguirlo, sin atender la llamada furiosa de Karin.

Había cometido un gravísimo error. Por su soberbia terminaría de patitas en la calle y con los problemas multiplicándose a su alrededor.

—¡Espere! —lo llamó al atravesar la puerta batiente. El hombre se detuvo, pero sin encararla. La joven tuvo que rodearlo para quedar frente a él ante la mirada confusa y sorprendida de Yordana, que limpiaba con un paño la impoluta barra—. Lamento haberlo tratado de esa manera. Tuve un imprevisto durante el almuerzo, por eso me retrasé.

Él volvió a repasarla de pies a cabeza. Mary no pudo evitar estremecerse al recibir la dureza que sus ojos desprendían. Respiró hondo para no mostrar su turbación.

—Procura la próxima vez no traer tus conflictos al trabajo —aconsejó con una voz gruesa y autoritaria—. Vuelve a la cocina e intenta no sacar a relucir tu personalidad orgullosa.

Mary lo observó marcharse con la boca abierta, sin poder agregar nada más.

Cuando el sujeto se perdió de vista se aproximó hacia Yordana, quien con timidez levantó el rostro hacia ella.

—¿Quién era ese?

—Doménico Mancini —respondió la joven, en voz baja—. El dueño de la cafetería.

—¿El dueño? ¿Tyler y él son los dueños de este lugar? —indagó con cierta preocupación.

—No. Tyler es socio, él es el dueño.

Mary se mordió los labios y dirigió su atención a la puerta acristalada del local. Sí que había metido la pata hasta el fondo, pero ya no podía hacer nada para remediarlo. Solo esperar a que el tal Mancini no tomara su actitud como una descortesía y la echara a la calle.

En medio de un suspiro regresó a la cocina, pero al entrar recobró su actitud erguida para no demostrar lo derrotada que se sentía.

—¡Ja! ¿Vienes a despedirte? —le preguntó en son de burla Karin, desde una de las mesas más próximas.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó la joven con seguridad y se paró frente a la mujer, muy firme.

—Sí que eres dura, chica —concedió la otra divertida—. Veamos si eres tan buena abriendo cocos.

Karin caminó hacia un extremo de la cocina, dejando a Mary parada en medio de la estancia, frente al resto del personal. La joven, por el rabillo del ojo, se aventuró a mirar en dirección a Janina y Peggy, y percibió que esta última la observaba asombrada. Janina, con el rostro avinagrado, se esforzaba en ignorarla mientras empaquetaba las galletas que habían preparado durante la mañana.

El resto de la tarde pasó con lentitud. Al terminar el día de trabajo Mary se sentía más cansada a nivel mental que físicamente. Tenía las manos doloridas, con algunos cortes leves, y una marca de quemadura en la parte interna de la muñeca derecha que se había hecho al ayudar a sacar las bandejas de galletas del horno y que aún le escocía. Dejó el gorro y el delantal en la percha correspondiente y se sujetó los cabellos en una coleta antes de salir de la cocina.

Cuando estaba a punto de atravesar la puerta, Janina caminó junto a ella y tropezó con su hombro. Mary la observó con enfado, pero estaba tan agotada que no quiso discutir. Peggy fue la segunda en salir. Le lanzó una mirada apenada y articuló un silencioso «lo siento» para luego desaparecer.

Mary puso los ojos en blanco y continuó sin prestar atención a aquellas estúpidas. Fuera se encontró con Justin, que conversaba con Yordana cerca de la barra. El corazón le dio un brinco de alegría al ver lo que el chico tenía

entre los brazos.

Alex lanzó un grito de felicidad al divisarla y estiró los bracitos hacia ella pidiéndole que lo alzara. Mary corrió entre Peggy y Janina para llegar a él. Tropezó con esta última adrede.

Le arrancó el bebé a Justin de las manos y se hundió con él en un cálido abrazo. Ocultó el rostro en su cabecita para aspirar su delicioso aroma. Hasta ese momento no se había percatado de lo mucho que lo había extrañado. Con los ojos húmedos, lo llenó de besos mientras escuchaba las risas divertidas del chico.

—Pero si solo fueron unas horas —exclamó Justin ante el emotivo encuentro.

—Para una madre y su hijo ese tiempo es una eternidad —justificó Yordana sonriendo por primera vez con total satisfacción.

—Justin, ¿nos llevas a casa? Necesito llegar rápido —señaló Janina, y observó a su hermano como si le recordara un acuerdo que ambos mantenían y que, por algún motivo, él había olvidado.

—Seguro —garantizó el joven antes de suspirar.

Janina invitó a Yordana y a Peggy a que fueran con ellos y aprovecharan el viaje en coche. Las tres chicas salieron en silencio de la cafetería, pero Peggy, antes de marcharse, dirigió una mirada inquieta hacia Justin, que aún estaba junto a Mary.

—Me odian —dedujo Mary cuando se quedaron solos. Justin se esforzó por sonreír para restarle importancia al asunto.

—Yordana y Peggy no te odian, creo que te tienen miedo, y con respecto a Janina... no está pasando por su mejor momento. Espero que cambie pronto, por el bien de todos —justificó con resignación.

Caminaron hacia la puerta. A Mary no le extrañó que Yordana y Peggy la temieran, estaba acostumbrada a producir ese tipo de emociones en otros, pero el tema de Janina la intrigaba, más aún al ver el gesto contrariado que Justin procuraba disimular.

Mientras salían del recinto buscaba la forma de averiguar un poco sobre ese asunto antes de despedirse, pero al ver una llamativa moto Honda parada frente a su vehículo, con un imponente hombre sentado sobre ella, esperándola, las palabras se le atoraron en la garganta.

—Te acompañaré a tu casa. —La resolución de Justin la obligó a apartar su mirada embobada de la anatomía perfecta de Eric para posarla sobre el chico.

Notó como Justin se detenía junto a ella en posición erguida, como si pretendiera defenderla del peligro, y sin apartar su atención del sujeto de la moto.

Mary relacionó enseguida la reacción de Justin con lo ocurrido la noche anterior. Sabía que él no era ningún tonto, y que debía suponer, al igual que ella, que aquel tipo podía ser el que había invadido su casa.

Quiso calmar su inquietud, pero al percibir por el rabillo del ojo que su antiguo amor bajaba de la moto y se aproximaba a ellos, se quedó petrificada. Los dos hombres se miraban entre sí con actitud retadora.

CAPÍTULO 12



Mary siempre había sido una chica coqueta. Actuaba buscando las miradas de otros, sobre todo, las masculinas. Le encantaba llamar la atención al llegar a un lugar y despertar el interés de los hombres. Sin embargo, en esa ocasión, al ver a esos dos chicos a punto de enfrentarse por ella, se angustió sobremanera. No podía permitir que aquello llegara a esos límites, y menos frente a su primer empleo.

—¡Eric! ¡Ya estás aquí! —lo saludó con la mayor alegría posible, para evitar un duelo. Justin la miró contrariado—. No pensé que vendrías al trabajo.

—Te dije que teníamos que hablar —alegó él quitándose las gafas oscuras. Repartía su atención entre Mary y el joven que la acompañaba y lo retaba desafiándolo.

—Justin, él es Eric, un amigo de Providence que me encontré cuando fui a almorzar.

Justin no dijo nada, solo mantuvo su atención recelosa sobre el recién llegado. Al ver que ninguno de los dos parecía reaccionar, Mary tuvo que intervenir de nuevo.

—Está en un viaje de negocios por la isla y quedamos en vernos al salir del trabajo.

Eric no entendía por qué la chica debía darle explicaciones a ese joven, pero prefirió no intervenir y esperar a que aquel imbécil se marchara para llevársela lejos de ese lugar.

—Te acompañaré a tu casa —indicó Justin ignorando por completo a Eric.

—Yo... iré con Eric a tomar un café. —Sus palabras impactaron al chico, quien apretó aún más su ceño.

—¿Estás segura?

—Sí.

Al ver que el joven lanzaba de nuevo una ojeada desconfiada hacia Eric, que no dejaba de retarlo con la mirada, se atrevió a agregar:

—Más tarde iré a tu casa para hablar con tu tía sobre las condiciones de

los cuidados de Alex.

Justin relajó las facciones y estuvo a punto de decirle que aquello no era necesario, que su tía cuidaría a Alex de forma gratuita según el acuerdo que su tío Tom había establecido con Darryl, pero prefería que Mary tuviera que ir luego a su casa. Así se aseguraba de que quedaría libre de aquella sospechosa compañía.

—Te esperaré.

Ella asintió y observó, con el corazón apretado en un puño, como él se alejaba para subir a su camioneta aparcada a pocos metros.

Desde que había llegado a Jamestown, Justin se había transformado en un verdadero amigo, casi un confidente. Le dolía tener que excluirlo de aquella manera, pero sabía que era imperiosa la conversación con Eric para aclarar sus dudas.

Cuando Justin puso en marcha su vehículo ella se giró hacia el hombre. Le molestó verlo con una sonrisa satisfecha marcada en el rostro.

—¿Y? —le preguntó, con acritud.

—Sígueme, iremos a un lugar más privado para hablar.

Eric le dio la espalda para regresar a su moto y se colocó de nuevo las gafas. La preocupación se le disparó a Mary en el pecho. Alex emitió un grito y se aferró a los cabellos de la joven como si le recriminara su actitud imprudente.

—Déjame en paz, mocoso. Cuando tengas mi edad te darás cuenta de lo difícil que es la vida.

Se dirigió al Mazda de su abuela y dejó al niño en el asiento trasero asegurándolo sobre su sillita. Luego siguió a Eric, quien atravesó el pueblo en dirección este.

Después de varios minutos de recorrido en que la chica se debatía entre sus pensamientos y sentimientos, llegaron al fuerte Wetherill. Se trata de un asentamiento que fue utilizado como fortaleza en la época de la independencia de los Estados Unidos y que en la actualidad se ha reconvertido en un parque recreativo donde se practica el senderismo, con extensas áreas de picnic e impresionantes vistas hacia la bahía y hacia el fuerte Adams, de Newport.

Mary aparcó en un lateral del estacionamiento, sacó a Alex del interior del coche y esperó a que Eric dejara la moto para seguirlo. Subieron las escalinatas hacia el fuerte, una construcción de granito emplazada en la parte superior, donde antiguamente estuvieron los cañones, y que ahora sirve como

mirador para disfrutar de la hermosa entrada de la bahía de Narragansett. El agua se ve salpicada por veleros, kayaks y otras embarcaciones que transportan a quienes gustan de la pesca deportiva y el buceo.

—Es una pasada —comentó Eric mientras se recreaba con el paisaje. Ella no podía negar que el mar se veía espléndido desde allí, pero los alrededores no le resultaban tan agradables. Los paseos se mostraban solitarios y descuidados, llenos de maleza y desperdicios, con las paredes cubiertas por grafitis dibujados sin ningún tipo de orden ni control.

Se detuvieron junto a un enrejado bajo que rodeaba la zona asfaltada y la separaba de las áreas verdes que llegaban hasta el acantilado. Eric sacó una cajetilla de cigarrillos de uno de los bolsillos traseros de su pantalón de mezclilla y la golpeó un par de veces contra la palma de su mano antes de tomar un cigarrillo y dejarla de nuevo en su lugar. Mary lo observó con atención, llena de curiosidad. Quería saber qué había sido de él, a qué se dedicaba y cómo había podido superar todas sus pérdidas; pero por alguna razón tenía miedo de preguntar. Temía que las respuestas terminaran mezcladas con sus propios problemas.

—¿Fuiste tú quien invadió mi casa anoche? —consultó para ir directa al grano. No podía soportar más la incertidumbre.

Él no se mostró sorprendido. Con calma, acercó un encendedor al cigarrillo y le dio una profunda calada mientras la punta ardía. Se irguió y dejó escapar con lentitud el humo retenido en sus pulmones, con sus oscuros ojos clavados en las tranquilas aguas de la bahía.

—Sí —respondió sin mirarla. Mary se mordió los labios, sentía en su pecho una mezcla de alivio y decepción.

Si él había actuado de esa manera, era porque algo malo escondía. Eso le preocupó. Por instinto abrazó con más firmeza a Alex, que jugueteaba tranquilo con la cadena de oro que pendía del cuello de la chica y se mostraba cansado.

—¿Valery te envió?

—No. Vine a Jamestown buscándola a ella.

Mary arrugó el ceño.

—¿A ella? ¿Y por qué pensaste que Valery vendría a este lugar?

Eric se mantuvo en silencio un instante mientras volvía a darle otra calada a su cigarro.

—La persona que estuvo vigilando la casa de Darryl, en Providence, reconoció al niño cuando huiste con él. Pensó que había sido ella, y no tú,

quien había viajado a la isla.

A la chica se le congeló la sangre. Entonces era cierto que Ronald vigilaba su casa y que Eric trabajaba para él.

—¿Tú...?

—Estoy aquí por mi cuenta —confirmó antes de que ella llegara a conclusiones equivocadas. Su mirada severa se fijó en las pupilas angustiadas de la joven—. Ronald me pasó la información, espera que lo ayude a cambio de saldar una deuda que tengo pendiente con él, pero no soy su empleado.

Mary lo observó contrariada. Le era imposible predecir los motivos que habían empujado a Eric a viajar a Jamestown y asaltar su casa.

—Nunca imaginé que te encontraría a ti en vez de a Valery —señaló él con un semblante más relajado—. Confieso que ese cambio me puso algo nervioso. No sabía cómo abordarte, y la visita de aquel tipo me confundió aún más. —Al referirse a Justin, Eric no pudo disimular mostrarse tenso y enfadado. Un gesto que despertó en Mary cierta emoción. ¿Estaría celoso?—. Solo quería conversar contigo.

—¡Pero me diste un susto de muerte! —le reconvino la joven, para ocultar tras una máscara de rencor la satisfacción que la había embargado—. Y ahora la policía ronda mi casa.

Eric torció el rostro en una mueca de desagrado y dirigió de nuevo su mirada hacia la bahía. Alex comenzó a mostrarse inquieto, se inclinaba hacia el suelo exigiendo ser bajado. Mary trataba de retenerlo, pero el niño le hacía difícil la lucha.

—Dámelo —pidió Eric, y lanzó el cigarrillo al suelo para pisarlo con la punta de su bota antes de quitarle a la chica el bebé de las manos.

Mary hubiera preferido no entregárselo, ya que saber que él estaba relacionado con Ronald la hacía desconfiar. Pero Eric había sido rápido.

Se alejó un par de pasos de ella y colocó al niño en el suelo, de pie. Sin soltar su manita caminaron juntos por todo el lugar. Alex emitía grititos de alegría y aceleraba sus cortos pasitos como si pretendiera correr. Eric, con una amplia sonrisa en el rostro, lo acompañaba. Se notaba más feliz que el chico por aquel juego.

Mary los observaba inquieta. Temía que de un momento a otro Eric se atreviera a escapar con el niño y lo alejara de su lado. Debía preguntarle cuáles eran sus intenciones.

Oteó los alrededores para asegurarse de que ningún colega de Ronald se hallara cerca. Solo divisó a un pequeño grupo de jóvenes que grababan un

vídeo casero mientras practicaban *parkour*, ese deporte callejero que consiste en desplazarse saltando de un lado a otro por escaleras, cercados y techos. Junto al acantilado, descubrió a una familia de cuatro miembros que paseaba con su perro y a algunas pocas personas esparcidas por el área de picnic en espera de la puesta del sol, que, según los habitantes de Jamestown, se admira a plenitud desde ese punto de la isla.

Al lanzar una mirada hacia el aparcamiento, vio que una camioneta negra llegaba al fuerte con varios chicos en la parte trasera. Todos eran muy jóvenes y llevaban consigo bicicletas y patinetes. Mary puso los ojos en blanco al descubrir que uno de ellos era el rubio que había robado las servilletas del café y había tropezado con ella mientras conversaba con Eric en la calle.

—Qué pesadilla —masculló. Se acercó al joven para recuperar a Alex e inventar una excusa para marcharse. Su incomodidad había aumentado—. Tengo que volver a casa. Es hora de darle un baño a Alex —se excusó, pero, al ver que Eric enseguida cogía al niño entre sus brazos y le dirigía a ella una mirada dura, se aterró.

Apretó los puños y pensó con rapidez en alguna maniobra para atacarlo e impedirle que se llevara al niño.

—Quédate un poco más.

La solicitud del joven le devolvió la respiración, pero la postura decidida que este mantenía la puso en alerta. Debía quitarle al chico para sentirse segura.

—Dámelo —pronunció con tono autoritario, y se aproximó a ellos con los brazos extendidos. Su corazón saltó angustiada al ver que Eric retrocedía un paso.

—¿Te quedarás?

—Eric...

—Necesitamos hablar, no dejaré que te vayas.

Mary bajó los brazos para que él no se percatara de que sus manos temblaban de miedo. Sin embargo, sabía que su mirada desesperada la delataba. El hombre mantenía firme su atención en ella. En sus pupilas oscuras brillaba la determinación.

—¿Qué quieres decirme? —le preguntó con ira. Se odiaba a sí misma por no haber detenido a tiempo aquella situación. Si Eric se llevaba al niño sería por su culpa. Fue una idiota al dejarse guiar por sus estúpidas hormonas y confiar en él. Debió suponer que aquello sucedería.

Eric suspiró para perder la rigidez de su cuerpo, que parecía listo para iniciar una pelea. No obstante, antes de acercarse a ella e invitarla a sentarse en uno de los bancos situados en el mirador del fuerte, fue interrumpido por el estrepitoso sonido de un grupo de chicos que se acercaban presurosos y cruzaban los pasillos montados en patinetes y bicicletas.

Mary se angustió aún más. Su mente predispuesta relacionaba a esos jóvenes con la banda de delincuentes que siempre acompañaba a Ronald, el padre de Alex.

Eric traspasó con una mirada furiosa a los chiquillos que habían invadido el lugar con sus gritos y atronadoras risas. Vociferaban palabrotas obscenas y comentarios soeces sobre niñas que ellos conocían.

Mary no pudo evitar girarse para observarlos. Sus ojos se toparon con los del niño rubio que en ese instante subía las escaleras. El chico, al reconocerla, arrugó el ceño con enfado, luego le hizo una mueca desagradable para burlarse de ella.

—Idiota —le soltó Mary logrando descargar con ello los temores que le aprisionaban el pecho. El niño sonrió burlón.

—Perra —graznó antes de subirse a su patinete.

La chica abrió la boca impactada por el atrevimiento del joven, pero antes de que pudiera responderle ocurrió lo inimaginable.

Eric pasó por su lado tropezando con ella sin reparos. Ella casi perdió el equilibrio. Al recuperarse, vio que Eric tomaba al niño por el cuello con una sola mano y lo alzaba dejando sus pies en el aire. La imagen la paralizó.

El chico boqueaba buscando con desesperación un poco de oxígeno. Su cara enrojecida y tensa reflejaba miedo. Con las manos, intentaba alcanzar la cabeza de Eric para golpearla, y con los pies le daba patadas en el estómago y en la cadera, pero el joven parecía no sentir las agresiones. Su rostro endurecido, realzado por una mirada enloquecida y una ligera sonrisa de satisfacción, demostraba lo mucho que disfrutaba con aquella situación.

—¡No! —vociferó Mary. Su chillido se mezcló con los gritos del resto de los niños, que le exigían a Eric la liberación de su amigo.

Ella se aproximó para quitarle a Alex, que lloraba apresado por uno de los brazos de Eric. Mary luchó para alejarlo del joven, quien no estaba dispuesto a perder a ninguna de sus presas. Ella lo golpeaba con un puño mientras tiraba del pequeño.

Logró liberarlo cuando uno de los compañeros del chico agredido estrelló su patinete en la espalda de Eric, que se dobló a causa del dolor y soltó

incluso al rubio. Al recuperarse, se giró encendido en cólera hacia el otro contrincante y se lanzó sobre él para golpearlo.

Mary no podía creer lo que veía. Con el corazón galopándole en la garganta miraba cómo Eric maltrataba al otro chico. Dos sujetos aparecieron para separarlos. Los gritos debieron alertar al resto de los visitantes del fuerte.

Ahora, los hombres forcejeaban con él para calmarlo mientras los niños auxiliaban a sus amigos. La chica aprovechó la ocasión y corrió hacia el aparcamiento, subió al Mazda y salió a toda velocidad del lugar con Alex llorando de miedo sentado sobre sus piernas.

Soportó las lágrimas mientras recorría las desoladas calles en dirección a su casa. Rogaba porque ningún oficial la detuviera por conducir a toda velocidad y con un niño en el regazo. No quería pensar en lo ocurrido, solo ponerse a salvo.

Horas después, contemplaba entristecida la porción del cielo estrellado que se mostraba desde el ventanal que daba paso al porche trasero de su hogar. Se hallaba sentada con postura abatida en el sofá de la sala de estar, extenuada.

Alex había llegado tan nervioso a la casa que dormirlo resultó todo un reto. El niño tranquilo y relajado que le había entregado Justin en la cafetería desapareció por culpa del incidente con Eric y se transformó de nuevo en el bebé nervioso, irritado e inquieto que ella había sacado a escondidas de Providence.

Solo en el instante en que Mary aceptó su derrota y se dejó caer en el suelo para desahogar la inmensa cantidad de lágrimas de pena que tenía retenidas en las pupilas fue cuando el niño se serenó. Al mirarlo, el corazón se le partió en dos. Él la observaba con un semblante atribulado y confundido, como si comprendiera que ya no había salvación. Todo se había ido al garete.

En ese momento Mary reaccionó, se levantó del suelo y limpió sus lágrimas para luego llevar consigo al chico a la habitación y regalarle un largo y burbujeante baño que le arrancara unas cuantas sonrisas. Le dio de comer y finalmente lo compensó con un baile suave por la sala de estar, acompañados por la música de Adele, hasta que se quedó rendido en sus brazos.

Estaba agotada, pero había logrado que Alex olvidara el trauma de aquella pelea y durmiera sereno en su cama, limpio y con el estómago lleno.

Difícil. Cuidar de un niño era el trabajo más difícil que pudiera existir en

la faz de la tierra, y tenía que reconocer que, aunque lograba salir airosa de los inconvenientes, no estaba preparada para ser madre. Mucho menos si aspiraba a tener una pareja como su adorado Eric.

Cerró los ojos con fuerza para intentar desechar de su memoria la imagen de aquel hombre, cegado por la rabia, a quien no le importaba lastimar a alguien mucho más débil que él sin reparar siquiera en que llevaba un bebé entre sus brazos.

La persona en la que se había convertido le resultaba desconocida, no era ni la sombra del chico del que se enamoró, pero su corazón palpitaba por él de igual modo, y ese sentimiento se le mezclaba con el miedo al nuevo ser que dominaba sus acciones.

El tintineo del timbre de la casa la sobresaltó. Por un momento permaneció inmóvil, tratando de escuchar los sonidos del exterior.

Le parecía imposible que fuera Eric. Con la policía rondando por su casa no creía que se atreviera a acercarse, pero tampoco tenía la seguridad de que los oficiales siguieran custodiando la propiedad. No los había visto al llegar del fuerte Wetherill.

Con el temor recorriéndole las venas se aproximó a la puerta. Volvió a respirar al echar un vistazo por la mirilla y divisar a Justin. En ese instante comprendió lo mucho que había necesitado de su compañía.

Al abrir, el joven la fulminó con una mirada severa. Estaba parado frente a ella, con las manos apoyadas en las caderas y evidentemente enojado.

—¿Quién era?

Mary lo observó desconcertada durante unos segundos.

—¿Quién?

—El tipo de la moto. ¿Quién era? —repitió, sin modificar su postura. Su actitud molestó a Mary.

—Un amigo.

—Te esperé en casa de mi tía, dijiste que irías a conversar con ella sobre Alex.

Mary suspiró hondo y se mordió los labios al recordar que había faltado a ese compromiso. La mujer había cuidado a su chico sin pedir nada a cambio y ella no había podido recordar que debía agradecerle el gesto y consultarle si podía continuar con esa tarea mientras trabajara en la cafetería.

Si perdía esa oportunidad, sería por su culpa. Las consecuencias de aquel acto imprudente aumentaban cada vez más.

—Yo... olvidé regresar...

—Fue él, ¿cierto?

La pregunta intempestiva de Justin la enmudeció. La intensidad con que sus ojos negros la observaban no le permitía pensar con claridad.

—¿Qué?

—Fue él quien invadió anoche tu casa —dijo, como una afirmación, no como una pregunta. La seguridad con la que expresó esas palabras inquietaron a Mary. ¿Cómo podía defender a Eric? O, quizás, ¿en realidad deseaba defenderlo?—. La moto, su actitud arrogante, su repentina aparición...

—Deja de hacer conclusiones apresuradas —reclamó ella con el corazón martilleándole el pecho.

Justin apretó la mandíbula y pasó a la casa sin pedir permiso.

—¿Dónde está Alex?

Mary se indignó por el comportamiento desconcertante del joven. Cerró la puerta de un portazo y lo siguió hecha una fiera.

—¿Con qué derecho entras así en mi casa, Justin Owen?! —bramó mientras caminaba tras él, hasta que lo vio detenerse de forma imprevista en la sala de estar. Casi tropezó con él, pero frenó a tiempo. Al ver la forma en que repasaba la casa con una mirada desafiante, como si buscara a alguien, su rabia aumentó—. ¡Nunca más vuelvas...!

—¿Es el padre de Alex?

Justin se había girado hacia ella para hacerle aquella pregunta. Su rostro endurecido quedó a tan solo centímetros de la cara confundida de Mary, a quien el asombro y la ira se le mezclaban en el pecho junto a otras emociones que en ese momento le eran difíciles de reconocer.

Le costó un instante poner en funcionamiento sus neuronas para comprender a qué se debía la duda del chico. Al recordar que su padre había hablado en dos oportunidades con Tom Owen, dedujo que Justin había llegado a aquella conclusión porque sabía que a Alex lo buscaba Ronald.

—¡No! —se apresuró a decir—. Él no es el padre de Alex, es un amigo con el que me encontré por casualidad en Jamestown.

—¿Por casualidad?

La pregunta de Justin vino acompañada de un tono de burla y hastío que a Mary no le gustó. Apretó la mandíbula para controlar el flujo de cólera que se había desatado en su interior.

—Vete de mi casa —exigió, mientras hacía un gran esfuerzo por controlar sus arrebatos.

Pero Justin no pareció intimidado por su orden. Lo que hizo fue acercarse un paso más y dirigirle su mirada inflexible. El organismo de Mary se descompuso con aquella cercanía. El corazón le latió con mayor ímpetu y las emociones se desataron en su vientre. Las órbitas de sus ojos se ampliaron y sus labios, que habían estado apretados con fuerza por la rabia, se entreabrieron ante la expectativa.

—¿Realmente quieres que me vaya?

Mary no escuchó lo que él preguntaba, estaba tan concentrada por los labios rígidos del chico que le fue imposible percatarse de alguna otra cosa. Deseaba aproximarse más a él y llegar hasta esa tentadora boca. Un cosquilleo de ansiedad le recorrió las manos y los labios, pero se detuvo.

A Justin, en cambio, no lo paralizó nada. En un segundo redujo a cero la distancia que los separaba, la tomó por la cintura con firmeza y se apoderó de su boca sin previo aviso.

Lo único que pudo hacer Mary fue abrir los labios para darle paso a su interior. Quedó petrificada mientras él le robaba el alma con aquel beso y la envolvía por completo entre sus brazos, impidiendo que pudiera escapar de alguna manera.

La sangre le fluyó con intensidad, más ligera y caliente. Reactivó cada uno de los músculos de su cuerpo hasta darle nueva vida, y entonces pudo reaccionar.

Alzó las manos y las hundió en el cabello espeso del joven. Empujó su cabeza hacia ella y la ubicó en el ángulo perfecto que le permitiera llegar también a lo más recóndito de su boca.

En un instante el beso se transformó en una entrega ansiosa que los dominaba. Las manos de Justin se le colaron bajo la blusa y le acariciaron la piel desnuda de la espalda, con tanta suavidad que Mary se estremeció de pies a cabeza y se vio obligada a detener el beso para gemir de placer.

Escuchar su propio clamor la hizo entrar en razón. ¡¿Qué demonios?!

Tomó a Justin de los cabellos para alejarlo de sí y evitar que siguiera devorándole el cuello con besos y mordiscos.

El joven la observó confundido por un instante, con el rostro enrojecido y tenso por el fervor que lo había embargado. Se apartó un paso de ella mientras se frotaba la cara y los cabellos con ambas manos.

Mary luchaba por respirar con normalidad. Su cuerpo no podía dejar de temblar.

—Vete de mi casa —le rogó en un suave susurro. A Justin le costó

comprender su petición, pero casi enseguida se irguió y la miró con orgullo herido.

Sin decir una sola palabra y con los puños apretados, se marchó. Mary se quedó allí, inmóvil, con la mirada fija en el suelo y el corazón palpitándole con desenfreno.

De todas las cosas absurdas que había tenido que vivir ese día, las emociones que sentía en ese momento eran las más desconcertantes.

CAPÍTULO 13



Al día siguiente, Mary llegó a la casa de los Owen aparentando una calma que no sentía. Por dentro, la sangre le hervía por culpa de los nervios.

Debía encontrarse con Gladys después de haber sido tan descortés el día anterior, enfrentarse a Tom Owen, que ya conocería la imprudencia que había cometido al marcharse con el sujeto que rondaba su casa, y vivir otro día angustioso en el trabajo; pero, sobre todas las cosas, lo que la tenía de cabeza era el hecho de ver de nuevo a Justin y no lograr disimular frente a él sus emociones.

Sacó a Alex del coche y se aproximó con el niño a la entrada de la casa. Esta vez iba cargada con todo lo necesario, aunque seguía llevando solo el tarro de papilla instantánea como alimento.

Aun sintiendo vergüenza, debía hallar algún instante de soledad para preguntarle a Gladys sobre las comidas que podía darle al bebé. Ella nunca había prestado atención a ese detalle. Su madrastra era la encargada de alimentarlo y atender sus necesidades, el trabajo de ella consistía en distraerlo mientras la mujer se ocupaba de sus hermanas gemelas o de la casa.

Cada vez se percataba más del nivel de estupidez que la había atacado al decidir escapar con el niño a un lugar remoto, sin tener los conocimientos esenciales para el cuidado de un chico.

«De los errores se aprende», pensó. Y ella llevaba grabada esa lección a fuego.

No tuvo necesidad de llamar a la puerta para anunciar su llegada. Unos segundos antes Gladys abría para recibirlos con una inmensa sonrisa en los labios que la obligaba a cerrar los ojos casi por completo.

Ella sonrió con timidez, algo apenada por su comportamiento del día anterior, pero a la mujer no pareció importarle lo ocurrido. Al llegar Mary a su lado, Gladys le arrancó al niño de los brazos y lo llenó de besos y abrazos, que Alex recibió con total alegría.

Mary no pudo evitar sentirse un poco celosa por la camaradería y el cariño que ellos compartían, aunque sabiamente lo supo ocultar y demostró satisfacción.

—¡Cómo te extrañé, chiquito hermoso! —exclamó Gladys. Alex le respondió con un balbuceo incomprensible—. ¡Dijo que también me extrañó! —comentó divertida hacia Mary, haciéndola reír.

—De haber sabido que entendía su idioma, le hubiera consultado antes varias cosas.

Mary pretendió que aquel comentario fuera parte de la broma, pero Gladys la observó con una mirada tan comprensiva que le borró por completo la sonrisa.

—Cuando quieras puedes venir, con gusto te explicaré lo que necesites.

La mujer le habló sin ningún tono de burla o reprimenda. Sin embargo, la chica se sintió incómoda por su ofrecimiento. Como si le escupieran en la cara lo idiota que había sido por llevarse a un niño tan pequeño lejos de las personas que lo cuidaban.

Entraron a la casa en silencio, lo que permitió a la joven escuchar una discusión que se producía en el interior del hogar. Eso la ayudó a olvidarse del asunto de Alex, pero le alteró los nervios. Tom Owen le resultaba demasiado intimidante.

—Gladys, me gustaría pedirte disculpas por no haber venido ayer después del trabajo —le dijo mientras pasaban al cuarto de juegos. El altercado se escuchaba ahora más nítido, parecía provenir de una de las habitaciones contiguas.

—No te preocupes, corazón. Justin me comentó que te habías encontrado con un amigo de Providence —aclaró sin darle importancia al asunto, mientras colocaba a Alex dentro del cercado de plástico y se sentaba en el suelo para jugar con él y con Brian, que enseguida dejó los tacos para correr hacia ellos.

Ella se mordió los labios para disimular su inquietud, pero no pudo agregar nada al comentario de la mujer.

Un golpe fuerte la sobresaltó y apagó los gritos de Tom, aunque Gladys no pareció alarmada. La mujer siguió jugando con los niños como si nada hubiera ocurrido.

—¡Mamá! —La llamada repentina producida a su espalda hizo que Mary brincara por la sorpresa—. Perdón. —Se disculpó un chico que aparentaba tener un par de años más que ella y parecía la copia exacta de Tom, solo que más delgado y sin pelo en el rostro. El joven saludó cortésmente con la cabeza, y Mary respondió de la misma manera. Luego él se dirigió de nuevo a Gladys:— ¿Tienes algún problema con que traiga a comer a Stela?

—Con Stela no tengo ningún problema, Hogan. Lo único que deseo es que tu padre esté tranquilo —respondió la mujer con dulzura, sin dejar de atender a los niños. El tal Hogan emitió un bufido sonoro.

—Tendrá que acostumbrarse a su presencia —recalcó el chico con rencor antes de desaparecer. Mary no pudo evitar sentirse una intrusa, con las narices metidas en medio de un asunto familiar.

Mientras los pasos amortiguados por las zapatillas deportivas de Hogan se perdían en el interior de la casa, las pisadas firmes de Tom se acercaban, acelerando los latidos de su corazón.

El hombre apareció en el cuarto. Mascullaba maldiciones en voz baja, pero al ver a Mary empalideció, se aclaró la garganta y se irguió escondiendo su vergüenza tras un ceño fruncido.

—¿Cómo está?

—Bien.

—¿Ha tenido algún problema con la casa?

—No.

—¿La han molestado de nuevo?

—No —contestó Mary, haciendo uso de los monosílabos que solo le salían cuando estaba frente a Tom, y bajó la mirada para que él no notara el brillo de culpabilidad que refulgía en sus ojos.

—¿Cómo le fue en el trabajo?

La joven suspiró antes de responder.

—Me esfuerzo por aprender —fue su único alegato.

Tom asintió, pero no le consultó nada más, solo le notificó a su esposa que se marchaba a la tienda.

Mary arrugó el ceño. ¿Tom no sabía nada de sus andanzas del día anterior con Eric? ¿Justin no le había contado nada? Aquello la hizo sentirse más inquieta.

—¿Quieres acompañarme a tomar un café antes de irte al trabajo?

La pregunta de Gladys la devolvió a la realidad.

—Me encantaría, pero si no me voy ya llegaré tarde —dedujo al observar el reloj—. Le prometo que hoy sí vendré después del trabajo para charlar.

Gladys la acompañó hasta la puerta y la despidió con un beso.

Llegó al café justo a la hora de iniciar la faena. En la barra se topó con Doménico Mancini, el dueño. Le dedicó una sonrisa cortés, pero él solo le lanzó una mirada esquiva mientras revisaba un manojito de facturas. Le dolió que la ignorara; sin embargo, decidió no hacerse mala sangre por ello. Ya

tendría tiempo de hacer las paces con el hombre.

Entró a la cocina, donde fue recibida con indiferencia. Por primera vez en toda su vida pasaba desapercibida, y eso la frustró aún más. Después de atarse el cabello y colocarse el gorro en la cabeza y el delantal, recibió una rápida instrucción para realizar una crema chantillí. Tardó más de una hora con la batidora, tanto para aprender su uso como para realizar la preparación. Como era de esperar, el resultado fue desastroso, y las sonrisas burlonas de Janina no se hicieron esperar.

—Niña, ¿sabes cocinar algún tipo de postre? —preguntó Karin, con ironía.

—No —confesó Mary y la miró fijamente a los ojos.

Aunque hervía de rabia y pena por dentro, procuraba mostrarse serena para no perder la dignidad.

—Bueno, al menos sabes sellar y cortar galletas —alegó la robusta mujer con burla—. Mejor quédate con aquellas —dijo, y señaló con la cabeza a Janina y a Peggy—. Así evito que ustedes me sigan estropeando el trabajo.

Karin le dio la espalda para seguir en lo suyo. Mary giró el rostro hacia las aludidas y observó que Janina había perdido su sonrisa triunfal para mirar con odio a la encargada de la cocina. Peggy bajó su rostro sonrojado hacia la masa que estiraba sobre la mesa. Por lo visto, ella no era la única torpe en esa cocina. Aquellas dos habían pasado por una situación similar.

Se acercó a las jóvenes con el mentón en alto y tomó el sello para marcar las galletas que Janina ya había cortado. Ambas compartieron una mirada intransigente antes de ignorarse por completo durante la mañana.

Cuando llegó la hora del almuerzo, Mary se dirigió al baño para utilizar el aseo. Al entrar, el olor penetrante y desagradable del vomito la invadió. Escuchó la voz chillona de Peggy, que se esforzaba por hablar en voz baja desde el último cubículo de los inodoros.

—No puedes seguir así, vas a enfermarte —murmuraba.

Mary pasó sin prestarle atención y se introdujo en el primer aseo. Mientras utilizaba los servicios escuchó que la joven susurraba aún más bajo, captando solo palabras sueltas: «sí...», «es ella...», «te lo dije...».

Le molestaba que hablaran a sus espaldas, aun sabiendo que podía escucharlas. Sin embargo, decidió no tomar en cuenta el constante cuchicheo de esas dos. Tenía muchas otras cosas en que pensar. Por ejemplo, en cómo quitarse a Justin de la cabeza, cómo reaccionar ante Eric si volvía a encontrárselo después de lo ocurrido la tarde anterior o las maneras en que

podía afrontar aquel terrible trabajo.

Al salir se topó con Janina, que se lavaba el rostro. Se la veía pálida y demacrada. No era la primera ocasión en que le notaba el semblante enfermo. Ese día, desde que había llegado al trabajo, le pareció que se encontraba indispuesta.

Sin decir una sola palabra se lavó las manos y salió del baño, seguida por la mirada ansiosa de Peggy, quien se encontraba como castigada junto a la pared.

Al llegar al exterior, no pudo evitar escudriñar los alrededores antes de subir a su coche, estaba nerviosa. En su pecho se mezclaban la ansiedad por ver de nuevo a Justin y el temor a encontrarse con Eric. Tanta incertidumbre la enfadaba.

En el camino, los miedos estallaban en su pecho cada vez que escuchaba el sonido de una moto. En una ocasión hasta detuvo el vehículo al ver que una se acercaba con rapidez hacia ella con dos motoristas ocultos bajo cascos de visores polarizados. Comenzaba a volverse paranoica.

Una vez en la casa de los Owen su desasosiego y mal humor evitaron que tuviera una amena conversación con Gladys. Había memorizado una serie de preguntas que quería hacerle respecto al cuidado de Alex, pero por culpa de su inestabilidad emocional la visita se limitó a un escueto agradecimiento y a una promesa de volver temprano al día siguiente para conversar. La bondadosa mujer parecía tener una vista de águila, a pesar de lo poco que podía abrir los ojos. Con sonrisa maternal, invitó a Mary a la cocina para hacerle entrega de un envase con sopa de carne que le había sobrado del almuerzo.

—Siempre hago mucha, porque en ocasiones vienen a comer amigos de Tom —comentó mientras echaba el preparado dentro de un *tupper*.

—Tiene muy buen olor —agregó Mary. Las comidas de esa mujer desprendían un aroma tan espectacular que le hacían sonar las tripas.

—A Alex le encantó, por eso quería darte un poco para que le ofrecieras a la hora de la cena. A los chicos las sopas les hacen mucho bien, sus estomaguitos apenas se están formando —argumentó sin abandonar la sonrisa—. Y para ti también son primordiales —alegó, al tiempo que apoyaba el envase en una encimera para colocarle la tapa—. Te llenarán de energía y ayudarán a que tu organismo funcione como es debido.

Mary asintió sin dejar de mecer al niño, que dormitaba a gusto entre sus brazos con la cabecita apoyada en su hombro.

—Muchas gracias, es usted muy especial, no sé cómo agradecerle... — Gladys interrumpió el discurso de la joven posando una mano sobre su brazo.

—Desde que llegaste he notado tu melancolía —confesó con una mirada tierna—. No tengo dieciocho años ni soy tu madre, pero me gustaría que confiaras en mí y me consideraras tu amiga.

Los ojos de Mary se humedecieron y el profundo vacío que sentía en su pecho se intensificó.

—Las mujeres que cuidamos niños, en ocasiones nos saturamos tanto de trabajo y actividades que nos agotamos con facilidad —continuó Gladys—. A veces solo necesitamos a alguien que nos escuche. No que nos oriente, porque las respuestas muchas veces podemos tenerlas frente a nosotras, pero, si no nos desahogamos, si no drenamos todo lo que sentimos por dentro, nos bloqueamos, y así es difícil llegar a una solución.

Mary se abrazó a Alex y luchó por no conmoverse aún más con ese sabio consejo. Era cierto que necesitaba de un aliado, alguien que la escuchara sin juzgarla, sin pretender dirigirla. Ella creía tener en sus manos las respuestas a todos sus problemas, pero se sentía tan sola y desamparada que le era difícil poner en marcha sus planes con eficiencia.

—¡Quédate a cenar! —La propuesta repentina de Gladys la sobresaltó y le sacudió el semblante acongojado.

—¿Qué?

—Quédate a cenar con nosotros hoy, así te sentirás acompañada y en familia.

La sonrisa de la mujer fue tan amplia, que los párpados se le cerraron casi en su totalidad. Miraba a la chica a través de unas delgadas rendijas.

—¿Yo?... Eh...

—Anda, será divertido. Debes sentirte muy sola en esa casa tan apartada, aquí estarás acompañada y protegida.

Gladys se alejó para dirigirse al refrigerador, y Mary se quedó paralizada. El recuerdo del asunto ocurrido con Eric la tarde anterior y su angustia por el posible acecho que él o Ronald podrían tenderle la ayudaron a aceptar la invitación. Tenía miedo de llegar a casa, debía aceptarlo. Además, la ansiedad por volver a ver a Justin también hizo su parte.

Se alejó un poco para dejar a Gladys finalizar los preparativos de la cena. La mujer, mientras canturreaba una canción, sacaba del horno una bandeja con una lasaña que desprendía un olor fantástico y le agregó una generosa capa de queso mozzarella antes de regresarla a su lugar. A Mary el estómago

le dio un vuelco, pero también lo hizo su corazón al oír que un coche estacionaba frente a la casa y unas voces masculinas retumbaban acercándose cada vez más al hogar.

Se quedó muy quieta en un lateral de la estancia mientras escuchaba que Tom Owen y Justin entraban. Conversaban sobre el estado del motor de un barco.

Alex se había quedado dormido en sus brazos y Gladys seguía realizando su tarea con una concentración envidiable. Ella no sabía qué hacer para evitar que notaran su inquietud.

—Ese maldito hijo de puta tendrá que pagar si quiere navegar este verano —espetó Tom con furia al entrar con pasos enérgicos a la cocina. Al ver a Mary se quedó paralizado y su rostro empalideció durante un instante—. Señorita Sanders —la saludó. Ella estuvo a punto de responderle, pero la mirada intensa que Justin le dedicó al divisarla le atoró las palabras en la garganta.

—Mary se quedará a cenar con nosotros —comunicó Gladys con evidente alegría.

Tom asintió y se aclaró la garganta.

—Qué buena noticia. Bienvenida —pronunció el hombre, y bajó su rostro avergonzado antes de continuar su camino y aproximarse al refrigerador.

—¿Cómo estuvo el día? —indagó Gladys hacia su esposo, para aligerar la tensión que le había notado. Tom, entre gruñidos, le narró los conflictos en el muelle con uno de sus clientes.

Justin se acercó despacio a Mary, sin quitarle la mirada de encima. El ambiente entre ambos se volvió tan íntimo que apenas escuchaban lo que ocurría en las cercanías.

—¿Está dormido? —preguntó él, en referencia al niño. Mary movió la cabeza afirmativamente—. Dámelo —pidió Justin, y tomó con cuidado a Alex para acurrucarlo entre sus brazos—. Ven conmigo —le dijo mientras caminaba fuera de la cocina. Mary lo siguió con el corazón bombeándole en el pecho.

Por instinto, se relamió los labios. El sabor de los besos del joven reapareció en su boca como por arte de magia y agitó sus ansiedades. Nunca en su vida había anhelado tanto un abrazo como en ese momento, ni siquiera cuando suspiraba de amor por Eric durante su adolescencia.

CAPÍTULO 14



Atravesaron toda la vivienda hasta llegar a un pasillo flanqueado por ventanales a un lado que daban al patio trasero: un espacio amplio y cubierto de grama, limitado por un cercado de madera y con un asador fabricado en ladrillos rojos en un lateral. Al fondo, se divisaba un cobertizo de chapa con algunos objetos mecánicos a su alrededor, y lo que parecía el gran motor de un barco montado sobre una mesa de hierro.

Del otro lado se hallaban varias habitaciones. Justin entró en la primera, encendió la luz y se acercó a la cama para dejar sobre ella a Alex. Mary se asomó con cierta timidez y repasó con la mirada el lugar: el estante repleto de objetos guardados sin ningún orden; la mesa de estudio atiborrada de libros, CD y artículos de pesca; el armario abierto lleno de ropa y, frente a él, un sillón que casi no podía apreciarse por la cantidad de prendas que había sobre él.

La chica sonrió con disimulo para que Justin no notara su guasa. Él dejó a Alex en el centro de la cama, tomó un pantalón de pijama y un calcetín sin pareja olvidados sobre el colchón y los lanzó a una esquina para después acomodar las almohadas alrededor del niño.

Ella miró cómo acariciaba la cabecita del bebé antes de erguirse. Su corazón se contrajo por la ternura del gesto.

—¿Cómo te ha ido en el trabajo? —preguntó en voz baja, y fijó su intensa mirada en la joven. Mary suspiró con agobio y se dirigió a un rincón del estante donde se hallaban algunas fotografías sin enmarcar.

—Soy un desastre —confesó, y tomó una imagen donde aparecía Justin junto a Hogan y tres chicos de su misma edad, que posaban sonrientes en uno de los acantilados que rodeaban la isla.

—Pero eres inteligente y aprendes rápido.

Ella bufó, consciente de que había situaciones que parecía no asimilar como era debido, como el tipo de actitud que tendría que asumir frente a Eric Graham.

Continuó su escrutinio entre las fotografías; la mayoría eran de Justin acompañado de varios amigos y en otras aparecían mujeres, entre las que

reconoció a Peggy y a Janina. Casi todas habían sido tomadas en escenarios naturales de Jamestown, pero Mary pudo descubrir en algunas de ellas el interior de un centro educativo. Así pudo dilucidar que todos eran compañeros de estudio.

—¿Sigues viendo a tus amigos?

Él suspiró con pesadez y se acercó al escritorio pretendiendo poner orden.

—Solo a algunos, la mayoría se mudaron a Providence o a otras ciudades cercanas.

—¿Para estudiar?

—Sí, para estudiar —respondió entre dientes.

Mary percibió que el tema lo incomodaba. Quiso indagar más sobre su situación, pero aún se sentía una intrusa. Se giró hacia él y lo encontró de espaldas, ocupado en la limpieza de la mesa. La forma del torso delgado que podía apreciarse a través de la camisa de franela y los hombros rectos despertaron un cúmulo de emociones en su vientre.

Se acercó despacio, mordiéndose el labio inferior para controlar la ansiedad. Deslizó con delicadeza sus manos en la espalda masculina y la acarició con lentitud.

Justin se quedó rígido de momento, pero luego se relajó y se puso de frente. Posó sobre ella una mirada cálida y algo confusa.

—¿Quién era el sujeto de la moto? —exigió saber, y levantó el mentón de la chica con ayuda de un dedo, para obligarla a mirarlo a los ojos.

—Alguien a quien conocí hace muchos años.

—Y quien invadió tu casa la noche anterior, ¿cierto?

La joven se llenó los pulmones de aire antes de responderle.

—No lo hizo con mala intención, solo... quería sorprenderme.

Justin resopló con enfado antes de alejarse de ella. Mary cerró los ojos unos segundos. No sabía si estaba molesta por la falta de confianza de Justin o por su torpeza al seguir defendiendo a Eric a pesar de que sabía que significaba una amenaza para ella y para Alex.

El joven se aproximó al armario y, con movimientos bruscos, guardó en él la ropa esparcida por los alrededores antes de forzar las puertas para cerrarlas.

—¿Él sabe que la policía lo busca? ¿Le dirás a mi tío que es tu amigo para que desista en su empeño de mantener la vigilancia alrededor de tu casa?

Esas preguntas mortificaron a Mary. Sus temores y confusiones estaban al mismo nivel que la sensación de soledad y abandono que la agobiaba.

Se acercó a Justin y se aferró a su cintura por la espalda. Él se quedó inmóvil unos segundos, luego acarició los brazos que lo cubrían.

—No sé qué hacer. Tengo miedo —confesó ella con los ojos cerrados. Justin suspiró y pensó por un instante en la situación antes de separarse un poco para girarse. Encerró el rostro de la chica entre sus manos y con los pulgares le acarició las mejillas.

—Confía en mí —pidió, y bajó sus labios para encontrar los de ella. Ambos se sumergieron en un beso suave y pausado, cargado de tiernas caricias. Mary lo tomó por la cintura y se acercó más a él, experimentando un oleaje de alivio y deseo en las venas.

La lengua de Justin se abrió paso por la cavidad húmeda de la joven para recorrerla por entero. Ella le respondió imitando sus movimientos. Profundizaron en la entrega, hasta que surgieron gemidos que amenazaron con volverse sonoros.

Él inclinó la cabeza. Anhelaba llegar más hondo y tomar de la chica todo lo que podía. Su sabor dulce lo embriagaba y le hacía perder la conciencia.

—¡Justin! —La brusca interrupción de Janina no solo detuvo el beso, sino que despertó a Alex, quien se revolvió asustado en la cama y comenzó a llorar y a mirar a su alrededor con angustia.

Mary corrió hacia el niño mientras Justin fulminaba a su hermana con un rostro de pocos amigos.

—Ve a la cocina —le ordenó.

Ella resopló con tono de burla.

—No eres mi padre.

—Pero igual puedo darte una tunda por imprudente y sabes que eso te lo tienes bien merecido.

Mary cogió a Alex y lo meció para tranquilizarlo, llenándole la cabeza de besos. Al tiempo veía el semblante irritado de Janina, que se había quedado lívida de rabia ante la acusación de su hermano.

Con la mandíbula apretada, la chica les dio la espalda y se marchó.

—¿Qué le pasa? —inquirió Mary mientras Justin se acercaba a ella y compartían una mirada agotada.

—Es... complicado.

—Tiene una extraña fijación conmigo.

El joven comprimió el rostro en una mueca.

—No es a ti a quien odia, sino lo que representas. —Mary lo observó con mayor escepticismo. Justin sonrió con poco ánimo y le quitó de las manos al

niño, que aún se mostraba irritado—. Vamos, la cena debe de estar lista.

Salió al pasillo y ella lo siguió. Se sentía frustrada por no comprender la situación de Janina y su empeño en tratarla de manera despectiva.

Antes de llegar a la cocina, vieron que la puerta de entrada se abría. Hogan llegaba a la casa acompañado por una mujer de unos treinta o treinta y cinco años. Una morena alta vestida con uniforme ejecutivo de falda plisada, blusa blanca abotonada con el logo de una empresa de alimentos bordado sobre el bolsillo izquierdo y chaqueta de hombreras. Los cabellos cobrizos los tenía atados en un moño apretado y sus ojos almendrados estaban semiocultos por una gafas delgadas y sin montura.

Se saludaron en medio de una tensión latente. La seriedad que mostraban los recién llegados se mezclaba con la expresión disgustada que habían asumido Justin y Mary al haber sido interrumpidos mientras se besaban.

Dentro de la cocina el ambiente no era más agradable. Tom se hallaba sentado en la cabecera de la mesa, saludó a todos con un frío «bienvenidos» y se entretuvo doblando y desdoblando la servilleta de tela que tenía frente a él.

Gladys fue más atenta. Se acercó a su hijo para saludarlo con un beso, al igual que a su amiga. Luego invitó a todos a tomar asiento.

Junto a Tom se hallaba una sillita de comer para Alex, pero Mary no deseaba colocarse cerca del hombre por la expresión sombría que mantenía. Sin embargo, Gladys le quitó al niño de las manos, quería darle de comer, y fue quien se sentó al lado de su marido.

Esa mujer adoraba con pasión a los niños y ellos la amaban de la misma manera. A Mary le fue difícil negarse.

Janina entró en el comedor cuando ya todos estaban en sus asientos. Ocupó su puesto manteniendo en todo momento un semblante de fastidio.

Mary paseó su mirada entre los presentes notando el recelo de cada uno. A pesar de sentirse incómoda por el ambiente extraño, no podía negar que allí se encontraba mejor que en la soledad de su casa, rodeada por sonidos inquietantes y por sus temores, y comiendo emparedados fríos.

Como le había dicho Gladys, la compañía le resultaba un gran alivio en ese momento de su vida.

—¿Qué tipo de paseos ofrece en barco? —consultó a Tom Owen para romper el hielo. El hombre la observó un instante con sorpresa, luego se aclaró la garganta.

Mary sentía que debía colaborar para aligerar el ambiente, en agradecimiento por lo que recibía de ellos.

Para su satisfacción, notó que su esfuerzo había valido la pena. Todos en la mesa se mostraron más serenos. Hogan, incluso, le sonrió; y Gladys le palmeó la espalda mientras colocaba cerca de ella una bandeja con pan cortado en rodajas.

—No ofrezco paseos por la bahía —reconoció Tom tras sentarse con una postura relajada en la silla y dejar en paz la servilleta de tela—. Converso con el cliente sobre sus gustos y expectativas y planifico con él un viaje según sus intereses.

Mary arqueó las cejas.

—Eso suena bien.

—No todo el mundo busca lo mismo —alegó, y lanzó una mirada furtiva en dirección a su hijo—, y hay turistas que han venido a la isla más de una vez y no quieren repetir hasta el cansancio los recorridos. Por eso me parece importante conversar primero con ellos.

—Y ¿qué es lo que más buscan sus clientes? —continuó averiguando Mary. Pudo percibir que a Tom le gustaba la conversación, por el semblante suavizado que adoptaba, realzado por una casi imperceptible sonrisa.

El resto de los presentes escuchaba con atención y alivio. Ya la comida estaba sobre la mesa y pudieron iniciar la cena.

—A algunos les gusta la pesca y a otros el buceo, pero hay muchos que solo quieren navegar, dar una vuelta por la isla, intentar ver a los delfines y a las ballenas, conocer los faros o darse un baño en medio del océano. Los gustos son variados.

—A Darryl le encanta pescar lubinas cerca de Dutch Island —comentó Hogan.

—En una ocasión regresaron con más de cincuenta peces —informó Gladys, animada por el tema—. ¡Comimos ceviche durante tres días! —anunció sonriente mientras le daba de comer a Alex.

—A las tres de la madrugada tu padre llegaba al barco cargado de cervezas —agregó Justin—, y no aceptaba regresar hasta que el sol se ocultara.

La conversación se escapó de las manos de Mary. La familia comenzó a narrar anécdotas divertidas, y hasta temerarias, de su padre y Tom en sus incontables aventuras por el mar. Ella escuchaba fascinada las historias, como si le hablaran de un completo extraño y no del hombre con el que había convivido dieciocho años y que, en muchas ocasiones, le aseguró odiar aquel lugar.

Solo ella y Stela, que así se llamaba la mujer con la que había llegado Hogan, escuchaban en silencio los cuentos de los Owen, porque incluso Janina se unía en ocasiones a la tertulia para aclarar algún comentario, aunque lo hacía con cierta actitud de fastidio.

—Me mudaré con Stela —lanzó de pronto Hogan cuando el bullicio de la conversación cesó, y mientras tomaban un helado como postre.

Tom perdió la expresión relajada que había mantenido durante la cena para mirar a su hijo con severidad.

—¿Te irás? —preguntó, y luego dirigió una mirada furibunda hacia su esposa, quien parecía no haberse sorprendido por la noticia y se encontraba de pie tras Mary, acunando a Alex, que estaba a punto de dormirse.

—Compartiremos su piso en Newport.

Las miradas de padre e hijo se cruzaron. Ambas desprendían una rabia acumulada que estremeció a Mary. Comprendió que era el momento de marcharse, pero no podía hacerlo en medio de una discusión.

—¿Y también compartiréis los gastos? —inquirió Tom con una sonrisa que no le llegaba a los ojos. Hogan apretó la mandíbula.

—Conseguí un puesto para Hogan en la empresa que represento —alegó Stela. Era la primera vez en toda la noche que Mary recordaba haber escuchado su voz. La mujer habló sin mirar a Tom, distraída con el café que tenía frente a ella.

—¿Prefieres ganar un sueldo de obrero en el almacén de un desconocido que hacer dinero conmigo? —gruñó Tom, cada vez más enfadado.

—Ya tuvimos esta conversación, papá —masculló Hogan y se irguió en la silla.

El silencio se expandió como una bruma en la cocina, inquietando más a Mary.

—Hijo, iniciar una vida en pareja no es una tarea fácil —argumentó Gladys con serenidad—, nosotros lo sabemos muy bien, ¿cierto, Tom? —Las últimas palabras las pronunció hacia su marido como si fueran una represalia. Lo único que hizo él fue gruñir e intentar relajarse en la silla—. Lo que tu padre quiere que entiendas es que no vais a estar solos. No tienes por qué trabajar para otro teniendo tu propia empresa.

—La tienda no es mía, mamá, es de vosotros. Quiero hacer algo por mi cuenta —aseguró el joven, y tomó la mano de Stela antes de finalizar la conversación—. Lo único que necesito es que mi padre tenga más confianza en mí.

De nuevo las miradas de padre e hijo se unieron, reflejando sus temores. Por segunda vez el silencio se apoderó del lugar. En esta ocasión, Mary no sabía cómo superarlo.

—Ayer golpearon a Craig en el fuerte Wetherill —pronunció Janina utilizando un tono despectivo. El cambio brusco en el tema de conversación los tomó a todos por sorpresa, pero a los miembros de la familia Owen, además, los enfureció.

—¿Quién? —preguntó Tom con irritación, olvidando por completo la conversación que había tenido con su hijo.

La joven alzó los hombros con indiferencia.

—Dicen que fue un drogadicto, a quien han visto fumando su mierda en ese mismo lugar.

—¡Janina! —Gladys la amonestó por su vocabulario soez. La chica le lanzó una mirada exasperada a su tía antes de hacerse la desentendida.

—Maldita sea, eso es lo malo del turismo en esta zona —bramó Tom, haciendo que su mujer resoplara indignada por las palabrotas que se usaban en la mesa, y frente a extraños.

—¿Lo denunciaron? ¿Cómo está el chico? —Se interesó Justin. Janina emitió una risa irónica.

—¿Denunciarlo? ¡El tipo desapareció! A Craig lo tienen en su casa, está bastante magullado. Peggy me dice que fue porque defendió a su hermano Ronny.

—¡Ja! —se mofó Hogan—. Sabía que ese Ronny terminaría metiendo en problemas a alguien. Ese niño es un demonio.

—Los niños no son demonios —aclaró Gladys con evidente desagrado.

Mary escuchaba la conversación en silencio. La sangre comenzaba a congelársele en las venas. La tarde anterior había estado en ese fuerte con Eric y él había golpeado salvajemente a un joven que se atrevió a defender a un niño irritante. Por un instante cerró los ojos y se frotó el puente de la nariz.

—La policía tendrá que doblar sus esfuerzos por encontrarlo —sentenció Tom—. Aunque Ronny sea un problema, es un peligro tener a un drogadicto en la isla cuya afición es golpear a chicos.

—Yo creo que lo encontrarán pronto —enfaticó Janina, y lanzó una mirada acusadora hacia Mary—. Dicen que viajaba en una moto y lo vieron en el fuerte junto a una joven y a un niño rubio de pocos meses de edad. Quizás tengan descripciones de ellos.

Mary dejó de respirar y su piel empalideció por la noticia. Bajó el rostro

hacia la mesa, al sentir la mirada lacerante de Justin sobre ella.

CAPÍTULO 15



Al finalizar la cena, Justin se alejó con Mary hacia el jardín trasero de la casa.

—¿Vas a ser sincera conmigo?

—Siempre lo he sido.

—Entonces comienza a explicarme lo que sucedió con ese sujeto —exigió el joven con el rostro lleno de rabia—. No me salgas con la mentira de que tu amigo nada tiene que ver con lo ocurrido en el fuerte.

Mary se cruzó de brazos, aparentó indignación para que sus ánimos ultrajados no terminaran de derruirse frente al chico.

—Con qué rapidez sacas conclusiones...

—Mary, ¡ya basta! —sentenció con enfado— ¿Por qué lo defiendes?

Ella relajó la postura y se mostró desconcertada. Justin tenía una facilidad demoledora para descubrirla.

—Escucha, ese... mocososo —acusó ella con tono desdeñoso en referencia a Ronny, el rubito del patinete que resultó ser el hermano menor de Peggy— me estuvo fastidiando el día de ayer en varias ocasiones. Me lo encontré en el fuerte y allí tuvo el atrevimiento de insultarme. Lo único que hizo Eric fue ponerlo en su lugar.

—¿Golpeándolo?

La joven perdió el habla por un instante y apretó la mandíbula con ira. Si bien la razón que motivó a Eric fue noble, la manera en que actuó le pareció desmesurada, y Justin la definía como agresiva.

—Mary, tu padre le advirtió a mi tío que unos sujetos peligrosos están buscando a Alex. ¿Él forma parte de ese grupo?

Ella suspiró con agobio y se llevó ambas manos a la cabeza. Justin se conmovió al ver los ojos de la chica cubiertos de lágrimas. Se acercó y la tomó por los hombros para llamar su atención. El estómago de Mary se comprimió al percibir la cercanía del joven y sentir en su mentón la caricia de una de sus manos.

—Solo quiero ayudarte —expresó él en susurros, con su rostro a escasos centímetros del suyo—. Si hablamos con la policía, ellos podrán...

—¡No! —enfaticó la joven, y se alejó de él adoptando un semblante arrogante. Las facciones de la cara de Justin se endurecieron, pero prefirió mantener la boca cerrada—. Este asunto lo resolveré sola.

—¿Y qué harás cuando la policía te relacione con él y quieran interrogarte? —indagó mientras controlaba la decepción que sentía—. Hubo testigos, tarde o temprano darán contigo. ¿Cómo lo defenderás?

—No pienso defenderlo, pero... —Mary dudó, aún no tenía muy claras sus ideas. Lo único que comprendía era que no podía delatarlo sin antes entender lo que le ocurría. Eric le había confesado que actuaba por su cuenta y solo buscaba a su hermanastra. En ningún momento intentó llevarse a Alex, que era lo que Ronald necesitaba para obligar a Valery a salir de su escondite. A Ronald no le importaba utilizar a su propio hijo para alcanzar un fin, aunque lo pusiera en peligro—. Trataré de hablar con él.

—Estás loca —masculló Justin y suspiró hondo para procurar aligerar la rabia.

—Quizás lo estoy, pero no puedo perder esta oportunidad.

—¿Qué oportunidad? ¿Acaso vas a entregarle a Alex para quitarte un peso de encima? —soltó furioso.

—¿Cómo te atreves? —bramó exasperada y apretó los puños para mantener bajo control el arrebato de decepción que sintió.

—Si no es así, entonces, ¿por qué lo haces? ¿Por qué no lo denuncias a la policía? ¡Invadió tu casa! ¡Golpeó a un menor de edad! ¡Y lo han visto fumando droga en la isla! ¡¿Qué buscas?! ¡¿Que se lleve a Alex para vengarte de tu padre?!

—¿De qué hablas?!

Ambos discutían en voz alta, sin importarles quién pudiera escucharlos. Estaban enfadados y se sentían defraudados.

—No llegaste a Jamestown para alejar a Alex del problema en el que está inmersa su madre, sino para castigar a tu padre por algún error que él cometió.

El rostro de Mary perdió toda su coloración y sus ojos amenazaron con salirse de las órbitas. Sin embargo, más que enfadada por el juicio del chico, se sentía avergonzada. Como si de pronto hubiera quedado desnuda en medio de una calle, con cientos de ojos dirigidos hacia ella percibiendo cada uno de sus defectos.

Dio media vuelta sin decir una sola palabra. El cuerpo lo tenía rígido por la presión que la ira ejercía en ella. Atravesó la vivienda sin cruzarse con

nadie y llegó a la sala donde Gladys aún se encontraba arrullando a Alex.

—Gracias, de verdad, muchas gracias por todo —expresó con su atención puesta en el bebé, que dormitaba a gusto entre los brazos cálidos.

Con delicadeza lo tomó para llevarlo consigo.

—Sabes que para mí es un placer.

Mary escuchó voces en la cocina, y aunque sabía que podrían ser de Tom Owen y de Janina, pues Hogan ya se había marchado con Stela, lanzó una ojeada hacia ese lugar sin lograr ver nada. Lo único que quería era evitar la mirada compasiva de Gladys.

Su rostro arrepentido, marcado por las lágrimas, revelaba su estado.

Lo que menos necesitaba en ese momento era recibir algún gesto o palabra que mostrara la lástima que esa familia sentía por ella.

—Me voy —concluyó, y le dio la espalda para dirigirse a la puerta.

—¿Vendrás mañana? —la interrumpió Gladys cuando ella estaba a punto de cruzar el umbral. Mary se detuvo y pensó en la pregunta. ¿Seguiría con aquella locura?

Tenía muchas ganas de meter todas sus cosas dentro del coche de su abuela y marcharse con Alex lejos de esa isla, en busca de otro refugio. Sin embargo, al recordar que sus recursos financieros no eran suficientes, y mucho menos su experiencia en el cuidado de un niño, descartó esa posibilidad.

En Jamestown no solo había conseguido un trabajo que la ayudaría a cubrir sus gastos mientras se resolvían los conflictos en Providence, sino que además contaba con el apoyo de los Owen, quienes conocían su situación y estaban dispuestos a auxiliarla en todo lo referente a Alex.

Debía pensar en el niño, en su bienestar y seguridad, no en sus emociones. Ir a otro lugar sin una casa donde vivir, ningún empleo, rodeada de personas desconocidas, sería un riesgo innecesario. Más aún sabiendo que tras sus pasos se hallaban Ronald y sus amigos con la intención de quitarle al bebé.

Con eso rompería la promesa que le había hecho a su padre y no solo le fallaría a Alex, también a sí misma. Esperaba que ese verano le sirviera para crecer emocionalmente, para descartar su actitud soberbia y arrogante y comenzar a actuar como una mujer, no como una chiquilla malcriada e insegura.

Se giró para estar cara a cara con Gladys y mirarla a los ojos. No se avergonzaría por sus lágrimas, ni por los miedos que reflejaban sus facciones.

Eran parte de la madurez que lograba, una evidencia de que comenzaba a notar y a aceptar sus debilidades. Un primer paso en el camino de su superación.

—Sí, vendré mañana para traerle a Alex.

Gladys sonrió con amplitud, contagiando a Mary. Después de una agradable despedida, la chica subió al Mazda y regresó a su casa con un sentimiento amargo contrayéndole el estómago.

En medio de la soledad de la noche, los recuerdos la apabullaron: su adolescencia trastocada por la cantidad de traslados y por la inestabilidad familiar, la culpabilidad por abandonar a su amiga Claire sin una explicación, la alegría irrefrenable de sus hermanitas gemelas, las constantes regañinas de su madre y el rostro siempre entristecido de su padre.

Rememorar a Darryl Sanders también le trajo a la memoria la acusación de Justin: «Llegaste a Jamestown para castigar a tu padre por algún error que él cometió».

¿Realmente había actuado con esa intención?

La separación de sus padres fue muy dolorosa para ella. A pesar de los conflictos que siempre se presentaban, de las peleas, las discusiones y los insultos, le gustaba ver a su familia unida. Al iniciar la secundaria y entrar en el grupo de ballet, Darryl se fue distanciando. No asistía a sus presentaciones y, cuando lo hacía, se quedaba poco tiempo e iba acompañado por Marian, que en esa época era su secretaria y su amante secreta.

Deborah, su madre, no dudaba en esas ocasiones en escenificar escándalos en la calle o frente a sus compañeras de baile. La decepción y la vergüenza se fueron apoderando de Mary y eso la alejó de su padre. Una desazón que se intensificó cuando él cogió sus cosas y se marchó sin despedirse ni dar explicaciones, dejándola con la delicada tarea de enfrentarse sola a las murmuraciones de los vecinos y las miradas compasivas de sus amigas.

Su madre y ella se habían transformado en las mujeres abandonadas del barrio. Darryl había huido a Boston con su amante embarazada, a un lugar libre de reproches y desplantes. A Mary le costó perdonarlo, pero, cuando lo hizo y reinició la relación con él, le pidió que la llevara consigo.

Darryl se opuso, al menos mientras se asentaban y llegaba el nacimiento de las gemelas. Eso derrumbó a Mary, pero lo soportó como pudo hasta lograr que él la incluyera en su vida. Sin embargo, su empeño generó constantes y bruscos cambios. Cada año ella tenía que dejarlo todo y seguir a

uno u otro; pasaba una temporada con Deborah en Providence y otra con Darryl en Boston. Ese constante ir y venir la agotaba y la desestabilizó por completo.

En su corazón Mary siempre culpó a su padre de esa situación. Si él no hubiera sido infiel, si jamás las hubiera abandonado, nada de eso habría ocurrido. Ella no estaría en Jamestown perdiendo su mayor oportunidad: iniciar sus estudios universitarios.

Se sentó exhausta en una de las tumbonas del porche y dejó que su mirada se extraviara en el cielo estrellado.

Justin tenía algo de razón. Debía reconocerlo. Cuando escuchó la sentencia de Darryl, de deshacerse de Alex para quitarse de encima ese problema, no solo actuó por amor al niño, sino en rebeldía por lo que consideraba otra cobardía de su padre.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero también de ira al recordar las palabras del chico. Se equivocaba. Ella no estaba dispuesta a permitir que Eric, Ronald o quien fuera se llevara a Alex; y mucho menos para castigar a su padre. Prometió cuidarlo y eso haría. Y, en cuanto a Darryl, él ya estaba cargando la cruz que le correspondía. Para Mary, eso era suficiente.

Se recostó en la tumbona y se abrazó a su cuerpo. Aquella noche se deleitó con los sonidos de la naturaleza que la rodeaba y olvidó su temor hacia ella. La serenidad que transmitía le resultaba reconfortante y necesaria. Eso la ayudaría a reconciliarse consigo misma.

CAPÍTULO 16



La monotonía la acompañó durante varios días hasta que llegó el sábado. Ese tiempo le sirvió a Mary para experimentar un tipo de vida que ella desconocía: ese que nos obliga a trabajar para sobrevivir, sin distracciones, sin salidas ni amigos, sin una compañía que escuche nuestros lamentos y quejas. Muy solitaria.

Eric no volvió a dar la cara, mucho menos Justin. Ambos parecían mantenerse alejados de ella. En el trabajo las tensiones continuaban. Sus meteduras de pata y desaciertos despertaban el enfado de Karin, la encargada de la cocina, así como las miradas entristecidas de Tyler, quien se esforzaba por soportar los errores de la chica por culpa de la promesa que le había hecho a su amigo Tom Owen. Doménico Mancini, el dueño, la ignoraba con descaro. Y Peggy y Janina no perdían oportunidad para reírse de ella, aunque lo hacían con disimulo.

El único avance que logró fue en el cuidado de Alex. Gladys le enseñó a preparar un biberón de leche tibia que ayudaría al niño a dormir tranquilo toda la noche y a despertarse de buen humor. También tres variedades de desayunos ligeros y nutritivos a base de cereales y frutas que pudiera ofrecerle antes de llevarlo a su casa.

Poco a poco la chica comenzó a reconocer los tipos de exigencias del bebé y a descubrir que los horarios de comida, baño, juego y descanso servían para controlar el explosivo temperamento del chiquillo.

Al llegar el fin de semana ya no se sentía tan agotada, pero sí deprimida, porque veía que su vida personal se hacía añicos.

En una ocasión no aguantó el silencio en el que estaba inmersa y llamó a Claire. Se quedó apesadumbrada al enterarse, a través del padre de su amiga, que la joven no se encontraba en Providence sino en Nueva York, a donde había viajado con Jeremy, su hermano, y su cuñada, Kate, para pasar el verano antes de mudarse a Kingston.

Decidió no pedir un número de teléfono para hablar con la joven desde la distancia. Sin duda, Claire estaría enfadada con ella por la imprudencia que había cometido y disfrutaba de un merecido descanso, divirtiéndose a más no

poder.

Al no lograr contactar con su amiga, se comunicó con su madre; necesitaba oír una voz familiar. Pero eso la obligó a tener que soportar media hora de quejas, reproches y advertencias que Deborah se encargó de proferirle por la estupidez de haberse marchado de la ciudad con un niño tan pequeño.

Su madre la adoraba, y Mary a ella, pero Deborah poseía una personalidad avasalladora que con facilidad asfixiaba la fortaleza de cualquiera. Cuando se exaltaba no solía medir sus palabras, soltaba insultos y amenazas sin considerar las consecuencias; y durante sus momentos de calma era demasiado controladora. Para Deborah, su opinión tenía más fundamento que los argumentos de cualquiera, así estuviera equivocada.

El último intento de Mary por reiniciar el contacto con su vida anterior fue llamar a su padre. En esa oportunidad tuvo que escuchar en silencio las incontables desgracias que le narró Marian, su madrastra, pues su padre no podía atenderla por estar reunido con el detective que manejaba el caso de Ronald. Valery seguía sin dar señales de vida y ahora sus dos hermanitas gemelas estaban aquejadas de gripe. Las necesidades aumentaban y Ronald, como venganza, había enviado a un trío de delincuentes para que atacaran a Darryl cuando este acudía a una farmacia a adquirir medicinas para sus hijas menores. Le robaron el dinero y le propinaron una fuerte paliza. Al marcharse, los agresores lo amenazaron con asestarle un castigo peor si Valery no aparecía antes de que finalizara el verano.

Mary se entristeció por esas noticias y se angustió al darse cuenta de a dónde podían llegar las acciones de Ronald. Ese hombre era un criminal que traficaba con drogas por todo el sur de Rhode Island, y hasta en parte de Providence. Se decía que estaba ligado a carteles internacionales, pero la policía aún no había confirmado esa información. Valery, tras una fuerte discusión con él, se atrevió a esconderle un cargamento de heroína que el hombre pensaba vender. Ronald la buscaba a sol y sombra para que le revelara el paradero de su mercancía, ya que él tenía deudas que cubrir. De no cumplir con esos compromisos, entraría en serios problemas con algunos de sus proveedores. Por tanto, sería capaz de cualquier cosa por hallar a su hermanastra.

A pesar del panorama desalentador, Mary ocupó la mañana del sábado en limpiar el interior del hogar y así distraer su mente atribulada. No se preocupó por los alrededores de la casa, pues Tom Owen ya se había

encargado de ellos durante la semana.

Después de poner orden y quitar el polvo de la sala y el recibidor, dedicó un tiempo a la cocina, y después a su habitación y al baño. Alex la acompañaba mientras se divertía con su teléfono de juguete, con el peluche que Justin le había regalado y con un grupo de tacos que Gladys le había facilitado a Mary para que lo entretuviera en la casa.

Al llegar el mediodía se sintió complacida con el resultado, pero enseguida recordó las dos habitaciones que no utilizaba. Justin le había dicho que su tío entraba cada cierto tiempo para airearlas y quitarles el polvo, así que lo hizo. Pasó a las recámaras y abrió de par en par las ventanas, limpió los muebles y también las repisas con un trapo.

Cuando terminó con el cuarto de su abuela, no pudo evitar que sus ojos se deleitaran con los objetos allí guardados. La única vez que había entrado en esa habitación fue cuando Eric invadió su casa y Justin tuvo que ocultarla allí.

Repasó con la mano el dosel de la cama, así como el colchón cubierto por un suave edredón. Se acercó a una de las mesitas de noche y abrió la gaveta, que halló vacía. Se dirigió al estante ubicado a un lado y observó los objetos que había en él: fotografías enmarcadas de su abuela donde salía sonriente en diferentes parajes naturales, siempre rodeada de flores; también pudo apreciar una gran variedad de cajas y diversos adornos de cerámica y cristal.

Cogió una de las cajas y la abrió para inspeccionar su contenido. Solo encontró facturas y recibos. Revisó un par más, pero lo único que vio fueron documentos legales, contratos de mantenimiento y otros papeles que para ella no tenían importancia.

Estaba a punto de abandonar la habitación cuando se decidió a echar una mirada a una última caja. En esa ocasión halló fotografías, con antiguas imágenes de su familia paterna y un Darryl no mayor de diez años. Exploró cada una de ellas, reconociendo en algunas a su abuelo, un hombre de carácter tosco y autoritario, según las versiones de su padre, que murió antes de que Mary naciera.

Su curiosidad la venció, así que cogió otra caja. En esa se topó con casetes y vinilos de artistas de épocas pasadas y una serie de películas en formato de cinta magnética. Al leer los títulos, se fijó en que la mayoría eran italianas. Recordó que Justin le había dicho que su abuela tenía una extraña fijación por el cine de este país, y Darryl se había encargado de conseguir en DVD muchos de sus títulos.

Halló los discos almacenados en otra caja, así como un grupo de libros de poesía y autoayuda y un kit para tejer, junto a varias piezas de ganchillo y croché.

El hallazgo que consideró más interesante fue un libro que su abuela escribió a mano y donde señalaba los diversos tipos de flores que crecían en Jamestown, sus características y significados. En sus hojas se podían divisar algunos dibujos, recortes de revistas y ejemplares disecados de varias especies. Al final, se encontraban instrucciones para la elaboración de ramos y buqués.

Ese material le encantó, sobre todo por el hecho de estar escrito del puño y letra de su abuela. Se llevó el libro al porche y, mientras Alex y ella almorzaban unos macarrones con queso, la única receta que preparaba a la perfección, lo leyó.

Una de las variedades que más veces encontró descrita era el lirio asiático, especie que su abuela parecía adorar, pues los jardines traseros de la casa se hallaban repletos de ella. Flores grandes y de apariencia exótica se diseminaban por los alrededores, la mayoría en tonos blancos, pero también amarillos y rosas, e inundaban el ambiente con su aroma dulzón.

Mary disfrutó admirando las instrucciones que su abuela había registrado para elaborar hermosos ramos mientras Alex se echaba una siesta al aire libre, acostado en el suelo del porche sobre almohadones.

Se animó a realizar algunos modelos. En uno utilizó claveles y capullos de rosas mezclados con los lirios, en otro solo hizo uso de follaje. Los colocó en la sala y el recibidor, y le sorprendió el aire fresco y colorido que las flores brindaban a cada estancia. El aroma y la belleza mejoraron el humor de la chica, algo que agradeció.

En el libro había descripciones de ramos más exclusivos, pero en los jardines no se encontraban las flores necesarias para su elaboración. Se percató de que al inicio estaba anotada la dirección de un faro de la zona: el Beavertail Lighthouse and Park, uno de los lugares turísticos por excelencia de Jamestown. Le extrañó que formara parte de ese compendio, pero pensó que por alguna razón su abuela lo había incluido. Decidió ir allí por la tarde. No tenía nada que hacer y el encierro comenzaba a inquietarla.

Al despertarse Alex se encaminaron hacia el otro extremo de la isla. El faro se encontraba situado en una costa rocosa del sur de Jamestown, entre amplias zonas recreativas de naturaleza espléndida y frente a una bahía de aguas tranquilas.

Contaba con un museo donde se ponían en práctica diversos programas educativos para estudiar la fauna marina y la geología de los alrededores. Mary se acercó a la instalación notando la presencia de grupos de turistas: unos visitaban el lugar y otros regresaban de las excursiones de senderismo que allí se ofrecían.

Entró en la instalación sin saber qué buscar. No sabía cómo preguntar por su abuela o por las flores que ella estudiaba. Evaluó los alrededores con Alex en brazos, pensando qué hacer. El niño lo observaba todo con curiosidad, con su peluche de Nemo apretado entre los bracitos.

El corazón de Mary bombeó de felicidad al mirar hacia el aparcamiento. Una camioneta Dodge de color burdeos estaba en la entrada, con el logo de «Owen's. Mantenimiento integral para el hogar» dibujado en un costado. Sonrió con generosidad, deseando que fuera Justin quien estuviera allí. Tenía muchas ganas de verlo de nuevo.

CAPÍTULO 17



Mary recorrió la instalación buscando al Owen que ese día visitaba el faro. Si era Justin, podría recuperar la amistad perdida el día en que habían discutido por culpa de Eric.

Caminaba por uno de los pasillos externos cuando lo divisó saliendo de una oficina, acompañado por un sujeto de mediana edad, delgado, de tez blanca y cabellos castaños.

—Dile a Tom que no se olvide de mí y me incluya en su agenda para la próxima semana —solicitaba el hombre, dándole una palmada a Justin en un hombro.

—No creo que esos días pueda venir —le explicaba el chico con una sonrisa—, sabes que durante el verano él está a tope. Muchos de sus clientes vienen a Jamestown de vacaciones y piden sus servicios para hacer el mantenimiento de sus jardines.

—Cierto, pero no puede olvidarse de mí —arguyó el otro, con picardía—. No lo busco solo en verano, sino varias veces al año, lo que me convierte en uno de sus mejores clientes.

—Tienes razón. Hablaré con él, quizás encuentre un espacio en su agenda.

Mary se había detenido a pocos pasos de ellos y simuló contemplar una planta de palma que adornaba el pasillo dentro de un macetero. El sujeto con quien hablaba Justin reparó en ella y en el interés que la joven no sabía disimular hacia el chico.

—Creo que te esperan —le notificó con cierto aire de complicidad.

Justin se giró y no pudo evitar sorprenderse al descubrir a Mary, quien se mostraba avergonzada por haber sido pillada esperando ansiosa a que finalizara la conversación. Alex gritó de alegría al ver al joven. Justin, con una sonrisa amplia en el rostro, se acercó a ellos y tomó al bebé.

—¿Qué haces aquí? —preguntó a Mary. Ella aún se mostraba contrariada por culpa del carrusel de emociones que tenía en su pecho.

—Estoy... conociendo el lugar —justificó con inseguridad.

El hombre que antes hablaba con el chico se acercó a ellos, divertido por

la escena.

—Seguiré en lo mío, Owen. Que no se te olvide avisarle a Tom de que necesito sus servicios.

—Cuenta con eso —aseguró Justin estrechándole la mano.

Al quedar solos, se giró hacia Mary con semblante inexpresivo. La última vez que habían estado juntos ella se marchó ofendida y enfurecida con él.

—Hola —gesticuló la chica con algo de timidez. Justin suspiró hondo.

—Hola. Me alegra que te hayas acercado a saludarme.

Ella sonrió con poco ánimo.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Porque te dije cosas muy duras la última vez que nos vimos.

Mary alzó los hombros con indiferencia.

—Dijiste la verdad, solo... que en un momento inoportuno.

Él la observó con atención, sobre todo sus labios húmedos.

—Lo siento. —La joven negó con la cabeza, pero estaba tan conmovida que las palabras se le atoraron en la garganta. Justin volvió a suspirar antes de intervenir—. ¿Qué haces aquí?

—Busco... información sobre mi abuela.

En esa ocasión el chico sonrió complacido.

—¿Cómo supiste que ella había trabajado en este lugar?

Mary abrió al máximo sus ojos.

—¿Trabajó aquí?

—Sí, se encargó un tiempo de los jardines situados junto a la costa, donde se realizan las bodas.

—¿Bodas?

La joven no podía evitar mostrarse impactada por aquella información.

—Ven —la invitó Justin, y caminó hacia el área que había mencionado con Alex en sus brazos.

Mary lo siguió hasta que hubieron salido de la edificación, en dirección al faro que vigilaba el extremo sur de la isla. En un costado, donde una explanada cubierta por grama antecedió al borde rocoso de la costa, la Fundación encargada del cuidado y administración del lugar había ajardinado una zona con forma de media luna. En el centro se apreciaba una pequeña tarima construida en madera, donde se situaban los novios y el celebrante cuando tenía lugar una boda.

—Este jardín lo diseñó tu abuela —informó Justin cuando llegaron junto a las flores.

Mary sonrió al ver los grandes lirios asiáticos de color blanco con el centro matizado de rosa, rodeados por mucho follaje verde, que ayudaba a resaltar la tonalidad de las flores. Imaginó el atrio adornado con cintas y telas vaporosas, y una alfombra de pétalos cubriendo su suelo. Las fotografías que allí pudieran tomarse, con los lirios y el mar de fondo, serían espectaculares. Muy romántico.

Acarició una de las flores imaginando que las manos de su abuela podían haberla tocado también. Le hubiera encantado haberla conocido. Una mujer capaz de crear una belleza tan singular debió de ser una persona sensible, dulce y agradable.

¿Por qué su padre le habló tan poco de ella? ¿Por qué la odiaba?

—¿Cómo lo habrá hecho? —indagó como para sí misma mientras admiraba el frondoso jardín bañado por los cálidos rayos del sol de esa tarde.

—Sé que traía las flores de una tienda situada en la zona comercial de la isla, en la que realmente trabajaba. Aquí la contrataron para hacer este jardín, pero no sé de dónde obtenía las ideas.

La chica observó a Justin con interés después de su intervención.

—¿Crees que en esa tienda me darán algo de información sobre mi abuela?

—Podrían. Si quieres puedo llevarte.

A Mary la animó la propuesta, y no solo por el hecho de conocer un poco más sobre su abuela, sino porque eso significaba compartir tiempo con Justin.

—Gracias.

Él le acarició la mandíbula con un toque suave y tierno antes de tomar el camino hacia el estacionamiento.

La floristería resultó ser una construcción pequeña fabricada en madera, decorada como si fuera una casita de muñecas y rodeada de jardines tupidos, donde se exhibía una gran variedad de flores de diversos colores y tamaños. «El jardín secreto» era el nombre que ostentaba, tallado en un trozo de madera de cedro que colgaba de la parte superior de la casa.

Mary entró con el libro de su abuela en la mano para preguntar por las flores que estaban allí señaladas y no tenía en el jardín de su casa. Justin se quedó fuera, con Alex. Hacía caminar al chico por la terraza de la tienda evitando que arrancara alguna de las flores expuestas, que lo atraían por sus colores vivos.

La dependienta era una mujer mayor de rostro afable y gran sonrisa, quien reconoció con sorpresa el libro que Mary llevaba en las manos.

—¡Es el diario de flores de Elizabeth! —exclamó con lágrimas en los ojos—. Nunca pensé que volvería a verlo.

—¿Usted conoció a mi abuela?

—Elizabeth fue una gran amiga —comentó, y dejó de lado el ramo de gladiolos en el que trabajaba para acariciar con melancolía las tapas del libro que Mary había puesto sobre la mesa—. Tu abuela adoraba las flores tanto como yo y siempre mostró un gran interés por saber todo sobre ellas. Nunca pudo dedicarse a la jardinería, que era su gran pasión. Por eso, cuando llegó a la isla, lo primero que hizo fue buscar una manera de aprender ese oficio. ¡Y me encontró a mí!

El corazón de Mary se agitó por la emoción que le produjeron aquellas palabras. Sophia, que así se llamaba la dueña del local y era quien atendía en persona su negocio, parecía conocer mucho sobre su abuela. Por fin obtendría información de alguien con un punto de vista más agradable. Lo poco que le había contado su padre era que fue una mujer arrogante y vanidosa, que se separó de su abuelo antes de que este muriera y se marchó a Jamestown para vivir sus últimos años sin nadie que la molestara.

—¿Puede contarme algo de ella? —Sophia arqueó las cejas con incredulidad, reacción que obligó a Mary a explicarse mejor—. Murió cuando yo era muy joven, no tengo muchos recuerdos de mi abuela.

La mujer mostró una sonrisa complaciente.

—Elizabeth, al igual que yo, se tomaba la jardinería como un oficio importante—empezó a decir Sophia mientras reiniciaba su trabajo con las flores—. Un jardín bien cuidado, por muy pequeño que sea, es un espacio repleto de vida y de beneficios. Mi padre se ocupó de sus plantas con mi ayuda y la de mi hermana. Esas ocasiones se transformaban en un encuentro familiar. Yo hice lo mismo con mis hijos y ahora sigo la costumbre con mis nietos. Sé que a Elizabeth le hubiera gustado cuidar de la misma manera su jardín, pero tu padre venía muy poco a la isla, así que se rodeó de amigos y fue con ellos con quienes llevó a cabo su aprendizaje.

—¿Amigos?

—Sí, Elizabeth era una mujer muy popular. Donde estuviera, enseguida se veía rodeada de gente —confesó la mujer, sin dejar de atender a sus gladiolos—. Venía a la tienda a diario, yo le enseñé todo sobre las flores y la ayudé a elaborar el libro. Muchos de los clientes que acudían a mi negocio en esa época, sobre todo los hombres, esperaban a que ella los atendiera —añadió con una sonrisa traviesa.

Mary se contagió con su alegría y rio por lo bajo.

—A Elizabeth le encantaba trabajar —siguió relatando Sophia—. Cuando tuvo más práctica le concedí la oportunidad de encargarse de uno de los contratos que había logrado, el del jardín en el faro de Beavertail. En ese tiempo yo trabajaba en otros proyectos, pero no quería rechazar ese para no perder al cliente. Ella asumió el reto con entusiasmo, eso la ayudó a olvidarse de sus penas.

—¿Qué penas? —preguntó la chica, intrigada.

Sophia la observó con escepticismo por un instante, y aquella mirada incomodó a Mary. Con su pregunta demostraba la falta de información que tenía sobre su propia abuela.

—Tu padre la rechazaba —comentó la mujer en voz baja, como si aquello fuera un secreto que pondría en peligro la seguridad de la nación—. Nunca le perdonó que abandonara a tu abuelo, la acusaba de coqueta y egoísta. Elizabeth siempre trató de enmendar las cosas con él, pero Darryl fue duro con ella.

La confesión enfadó a Mary. ¿Darryl fue cruel con su madre por haber quebrantado sus votos matrimoniales? Entonces, ¿por qué él tuvo la desfachatez de hacer lo mismo años después, al separarse de Deborah?

A la tienda llegó una pareja que deseaba conversar con Sophia sobre sus ofertas en ramos para decorar bodas. Mary comprendió que aquella reunión no podía continuar. Así que, después de preguntarle sobre unos tipos de flores que su abuela había señalado en el libro, se retiró. La mujer le obsequió con un ramo variado de algunos ejemplares de las especies que ella buscaba y un sobre con semillas de lirios asiáticos, los favoritos de Elizabeth, para que se los llevara a Providence y siempre tuviera algo que le recordara a ella.

En el libro estaba registrada la forma en que debían plantarse y cómo cuidar de su crecimiento.

Mary salió del negocio algo inquieta, anhelaba saber más. En su pecho comenzó a crecer un sentimiento de disgusto hacia su padre, que intentaba serenar por no tener en sus manos toda la información de los hechos.

Fuera, se encontró con Justin. El chico se esforzaba por quitarle a Alex de las manos un pequeño clavel que el niño había logrado arrancar del jardín y pensaba llevarse a la boca.

—¿Vamos a por algo de comer? —le preguntó a la chica con una sonrisa agotada.

Mary suspiró con agobio. En su interés por saber de su abuela se había

olvidado de la hora de la merienda del niño.

—Vamos —aceptó y se aproximaron, cada uno en su coche, a una tienda de dulces y aperitivos situada en la calle más concurrida de la isla.

Durante el recorrido la joven pensó en su existencia y en cómo esta había dado un giro completo después de la aventura en la que se había embarcado. Extrañaba las épocas en las que solo se ocupaba de sus asuntos y de pasar el tiempo a su manera. Ahora todo giraba en torno a Alex, a sus necesidades.

Pensó en Valery, su hermanastra y la madre del chico, tratando de entender las razones por la que solía marcharse durante días lejos de casa, afectada por ataques de depresión a causa de su repentina maternidad. Desde que la conoció seis años atrás, cuando su padre se fue a vivir con Marian a Boston, le pareció una joven alegre y llena de vitalidad, pero muy indisciplinada, insegura y rebelde. Estudiaba por la insistencia de su madre, quien aún cubría cada uno de sus gastos. Jamás conoció a su padre y era casi una adicta al alcohol. Se dejó cautivar por la heroína cuando se enredó sentimentalmente con Ronald, pero enseguida se quedó embarazada, hecho que evitó que se aferrara a las drogas, aunque le produjo mucho estrés y ansiedad.

Mary sabía que Valery amaba a Alex a su manera. Sin embargo, no era una chica hecha para ocuparse de otros, porque no sabía cómo manejarse a sí misma. No entendía qué quería de la vida, ni cómo asumirla. Aprender en soledad esas lecciones resultaba un golpe fuerte para cualquier persona, y teniendo a un niño entre los brazos podía ser una experiencia traumática. Para ambos.

Suspiró hondo y observó por el espejo retrovisor al niño que jugueteaba tranquilo en el asiento trasero del coche, sentado en su sillita para bebé. Ella era diferente a Valery, más serena y centrada. Sin embargo, el trabajo le resultaba igual de difícil.

Recordó las palabras que su madre le había dicho cuando tenía doce años, al descubrir su interés por los hombres y el sexo: «Cada etapa de la vida posee un tiempo determinado». Una frase que en su momento no comprendió, pero que ahora le resultaba reveladora.

Ese no era su tiempo para los hijos, tenía que reconocerlo, debía ocuparse de sí misma, de descubrirse y valorarse antes de pretender velar por otros. Pero ya no había marcha atrás.

Alex estaba allí porque ella se lo había llevado consigo. La decisión fue suya, no algo impuesto. El niño no la eligió, fue Mary quien lo sacó de su

hogar. Así que no tenía manera de revertir la situación; debía trabajar para que aquello terminara de forma positiva. Para todos.

Llena de frustración, llegaron al lugar que Justin había propuesto. Un establecimiento discreto que se hallaba en una esquina. Se sentaron en una mesa junto al ventanal y disfrutaron de un yogur de melocotón y un trozo de bizcocho de naranja.

—¿En qué piensas? —indagó Justin sin dejar de jugar con Alex, que estaba sentado sobre sus rodillas.

Mary permanecía con la mirada perdida en la inmensidad del cielo despejado, que comenzaba a notarse más opaco a medida que la tarde se extinguía. La chica desvió su atención hacia el joven al escuchar la pregunta, pero tardó unos segundos en responder mientras su cerebro la procesaba.

—En mi padre —indicó con desgana—. En mi abuela. En Alex.

La voz se le cortó cuando su mirada se clavó de nuevo en el firmamento. Justin la observó con atención, ansioso por conocer los pensamientos que en ese momento la distraían.

—¿Y en ti? ¿Cuándo vas a pensar en ti?

Mary lo miró con semblante serio, como si lo reprendiera por las tonterías que decía.

—Esa oportunidad la perdí cuando escapé con Alex de Providence.

—¿De qué hablas?

—No es mi hijo, Justin, pero al separarlo de su hogar es como si lo hubiera parido —alegó enfadada—. Como si me hubiera quedado embarazada después de una noche de copas, con la diferencia de que di a luz a los pocos segundos. Mi vida cambió —sentenció con amargura—. Ya no existe un Yo, sino un Alex.

—Eso es absurdo.

Ella se mordió los labios para no discutir con él y desvió su atención hacia la calle transitada por turistas.

—¿Cómo pretendes hacerlo feliz si tú no lo eres? —Mary se quedó ofendida ante esas palabras. Los ojos se le humedecieron y reflejaron la pena que la embargaba—. Él solo podrá recibir de ti lo que tengas para darle, ¿y qué tienes, Mary? ¿Qué hay dentro de tu corazón que puedas ofrecerle a Alex?

Las lágrimas contenidas amenazaron con escapar, pero Mary las retuvo lo mejor que pudo. Justin endureció las facciones al notar su nuevo error. ¿Es que no podía mantener su boca cerrada? ¿Qué derecho tenía él para

reclamarle algo, si él cometía faltas similares?

Con disgusto, dirigió su atención hacia la calle para no seguir viéndose fulminado por la mirada rencorosa de Mary. Paseó su vista por el exterior intentando pensar en un modo de disculparse, y eso le permitió percatarse de un detalle: Eric los vigilaba desde la esquina contraria, oculto entre los turistas.

Apretó la mandíbula para controlar un ataque de ira mientras se percataba de que el otro se hacía el desentendido y subía a su moto para marcharse del lugar al saberse descubierto. Al dirigir de nuevo su atención hacia Mary, la encontró cabizbaja, triste y melancólica.

—Perdóname. —Ella alzó la cabeza, pero no dijo nada—. Soy un idiota, deberías saberlo. No tengo ningún derecho a interrogarte de esa manera.

Las facciones endurecidas del rostro de la chica se relajaron, lo que hizo más evidente su angustia.

—Me gustas mucho —soltó él de golpe, impactando a Mary—. Y admiro tu valentía. Estás aquí con un niño que no te pertenece, enfrentándote al peligro solo por asegurar su bienestar —expresó, con sincero arrepentimiento—. Eres humana y como todos nosotros cometes errores, pero tratas de enmendarlos por la seguridad de Alex. Debería hacerte una foto y colocarla en un altar para venerarte como la heroína que eres, no juzgarte.

Mary sonrió divertida, aunque en sus ojos aún tenía marcada la pena.

—Idiota.

Justin no pudo evitar sonreír también, más aún cuando Alex los vio y lanzó una carcajada como si entendiera el chiste que ellos acababan de hacer.

—¿De qué te ríes, mocosos? —bromeó Mary, y respiró hondo para controlar sus emociones.

—¿Estamos bien?

La pregunta del joven la obligó a enderezarse en la silla para hacerle frente. Al verlo, Mary se encontró con un Justin serio, que esperaba ansioso una respuesta.

—Sí, estamos bien.

Compartieron una sonrisa que los ayudó a pasar aquella página, y una mirada cómplice, cargada de anhelo.

La magia se perdió cuando Alex emitió un grito y lanzó por los aires la cucharilla de plástico con la que le habían dado el yogur. Mary se quedó boquiabierta al ver que el cubierto caía en la cabeza de un comensal que se hallaba a dos mesas de distancia.

Se levantó sin dejar de pedirle perdón al sujeto, quien por un momento se mostró enfadado. Pero al darse cuenta de que el agresor había sido un bebé de diez meses de edad, que no paraba de gritar y agitar las manos, tuvo que tragarse los reproches.

Mary se giró para reprender al niño, y su indignación aumentó al ver a Justin y al chico muertos de la risa por la travesura.

—No te rías, Alex creerá que lo que hizo es una gracia —se quejó ella, con el ceño fruncido.

—Es un crío, no lo regañes —recordó Justin—. Debe de tener sueño, por eso está intranquilo —alegó entre risas.

La chica puso los ojos en blanco y salió del local con el mentón en alto, como una reina orgullosa seguida por una comitiva de aduladores.

Justin observó fascinado el contoneo de caderas de la joven, sin poder borrar la sonrisa de sus labios. Aquello le despertó un fuerte deseo.

Los acompañó hasta el Mazda y esperó paciente a que ella asegurara al niño en su sillita. Al inclinarse dentro del coche, Mary apuntó su trasero hacia el chico, sin percatarse que él disfrutaba embobado del espectáculo. Nada más enderezarse percibió el rostro enfebrecido de este. Apoyó las manos en la cintura y achinó los ojos para traspasarlo con una mirada severa.

—¿Qué mirabas?

—Nada —se defendió él con teatral inocencia.

A Mary le encantó su reacción, pero lo disimuló manteniendo una expresión enojada.

—¿Me seguirás a casa? —Su pregunta desconcertó a Justin, que la observó con los ojos muy abiertos—. Me quedó un poco de los macarrones con queso que preparé esta tarde. ¿Te gustan? —preguntó, dedicándole una mirada coqueta.

Justin cayó en su trampa con una facilidad asombrosa.

—Por supuesto, guapa.

La chica sonrió complacida y subió al coche sabiendo que la mirada hambrienta de él la seguía sin descanso. Antes de poner el vehículo en marcha se volvió hacia Justin y le guiñó un ojo.

Él respiró hondo, se relamió los labios y se frotó el pecho dolorido por las poderosas palpitaciones de su corazón. Se quedó un instante allí, mirando cómo el auto se perdía por la calle.

Cuando pudo reaccionar dio un repaso precavido a los alrededores y se apresuró a ir a su camioneta. El deseo se le mezcló con la rabia al acordarse

de la vigilancia de Eric. No podía permitir que aquel sujeto peligroso volviera a acercarse a Mary o al niño.

CAPÍTULO 18



Al llegar a la casa, Mary se ocupó de cambiar a Alex. Luego se dirigió con el niño en brazos a la terraza trasera, para encontrarse con Justin y conversar un poco antes de la cena. Lo halló parado cerca de la orilla de la bahía, lanzando al agua piedras que rebotaban un par de veces para, finalmente, hundirse.

—¿Qué sueles hacer en la isla en tus ratos libres? —preguntó ella, y se sentó en un banco de hierro situado a dos metros del chico.

Él alzó los hombros con indiferencia y le respondió sin darle la cara.

—No suelo tener ratos libres. Siempre estoy haciendo algo.

—¿No descansas?

—¿Para qué? Aquí hay mucho que hacer —recalcó, después de lanzar la última piedra que tenía en su mano y encaminarse hacia Mary. Observó que Alex agitaba las manitas y miraba ansioso el agua, deseoso por zambullirse en ella—. ¿Ya lo has bañado en el mar? —le preguntó, y le quitó al bebé de las manos.

—Claro que no —repuso Mary con una sonrisa burlona. Como si la posibilidad de darse un baño en el trozo de la bahía que tenía tras su residencia fuera una locura.

—¡Oh! Qué chica tan mala —sentenció el joven, al tiempo que despojaba al niño de la ropa y los zapatos.

—Pero... ¿qué haces? —Mary se levantó del banco e intentó quitarle al bebé de las manos, pero Justin retrocedió.

—¿No ves las ganas que tiene de jugar en el agua?

La chica abrió los ojos al máximo. Alex, sin embargo, no paraba de reír y se agitaba aún más al darse cuenta de que pronto se cumpliría su deseo.

—Justin, no es hora...

—Hace calor —alegó él, y dejó al niño desnudo sentado en el suelo—. Además, aún nos queda una hora de sol, es un pecado no aprovechar este paraíso.

Con una rapidez sorprendente, Justin se quitó la camisa y dejó al descubierto su torso delgado, de músculos definidos por el trabajo. Mary se

quedó de piedra, sin poder apartar la mirada. El joven continuó desprendiéndose de sus zapatos, los calcetines y el pantalón, hasta quedar vestido solo con unos *shorts* playeros.

—¿Por qué no agarras un momento a Alex? —solicitó Justin con una sonrisa complacida.

Mientras lo observaba desvestirse con la boca abierta, Mary no había reparado en que el bebé gateaba con lentitud en dirección al agua.

Al darse cuenta del estado en el que se había encontrado los últimos segundos y de su imprudencia por no estar atenta a Alex, se enfureció, y en medio de un gruñido fue en busca del chiquillo.

—Estás loco si...

—¡Listo!

Justin volvió a arrancarle al niño de las manos y caminó con premura hacia la costa. Mary se quedó lívida por la rabia, oyendo los gritos de alegría del bebé.

El joven avanzó hasta que el agua le cubrió parte del pecho y Alex quedó sumergido hasta la cintura. El bebé chapoteaba de felicidad. Sus risas sonoras conmovieron a Mary.

Se cruzó de brazos y apretó la mandíbula. No sabía qué hacer, cómo resolver ese imprevisto. Justin tenía la facilidad de trastocarle el mundo y dejarla desarmada frente a una situación. Aquello comenzaba a molestarle.

—¿Por qué no vienes, aburrida?! —Ese calificativo la sobrepasó.

—¿Aburrida? —masculló para sí misma.

Odiaba la sonrisa triunfal de Justin y que se creyera más osado que ella. Él no la conocía, ni tenía idea de hasta dónde podía llegar por ser la mejor.

Se quitó la blusa por encima de la cabeza, observando con satisfacción cómo el joven abandonaba su semblante pícaro por otro de sorpresa. Se desprendió de las sandalias con los pies y se abrió el botón y la cremallera del pantalón. Para quitárselo, se puso convenientemente de lado, así Justin podía obtener una visión de su trasero respingón.

Desató la cola en la que se había atado los cabellos y sacudió la cabeza con coquetería para que le cayeran sobre los hombros y la espalda, en libertad. Entró al agua vistiendo solo una diminuta ropa interior color champagne que se difuminaba en su piel, dando la impresión de desnudez.

Se felicitó a sí misma mientras avanzaba hacia los chicos por haber elegido esas prendas aquella mañana. Le encantó apreciar el rostro desencajado de Justin, quien no dejaba de repasarla de la cabeza a los pies y

se mordía los labios para soportar los ramalazos de deseo que lo atormentaban.

Alex se lanzó a sus brazos al verla llegar y gritó de emoción. Ella lo abrazó con ternura y besó una de sus mejillas sonrosadas para luego tomar agua con una mano ahuecada y mojarle la cabecita.

—Así está mejor —alegó Justin al aproximarse a ella. Mary le dirigió una mirada sensual y una media sonrisa. Él se situó detrás y le cubrió la cintura con los brazos apoyándola contra su cuerpo, que a pesar de estar bajo el agua se hallaba cálido.

—No soy aburrida —enfaticó ella, sin poder evitar gemir al sentir la boca de Justin sobre su cuello. El joven le acarició la piel con los labios y subió esparciendo besos hasta llegar a su oreja.

—No, no lo eres —le susurró, logrando que toda la piel de la chica se erizara.

Mary tuvo que sujetar más fuerte al niño para no permitir que se le resbalara. Las caricias de Justin la estremecían.

Para mantener cierto control sobre la situación, tuvo que separarse de él. Le resultaba demasiado agradable recibir sus atenciones, pero tenía que cuidar de Alex. Con una mano golpeó el agua lanzando un poco hacia la cara enfebrecida por el deseo de Justin.

—¿Necesitas un baño de agua fría, amigo? —se burló. El joven sonrió con malicia.

—¿Yo?

Justin tomó a Alex, y sin que Mary se percatara de su intención se acercó a ella, colocó su mano libre sobre su cabeza y la hundió en el agua.

La chica salió agitando las manos y dando grandes bocanadas para recuperar el aire perdido. Se retiró el cabello húmedo del rostro y trató de localizar a Justin, que corría para alejarse de ella, al tiempo que Alex y él reían a carcajadas.

—¡Me la pagarás! —lo amenazó y fue tras ellos, pero las pequeñas piedras del fondo le lastimaban las plantas de los pies y hacían que su carrera fuera lenta.

Así se pasaron una hora, entre juegos y bromas, besos y caricias atrevidas, hasta que salieron para acostar al niño, que después de aquel divertido baño quedó exhausto.

Tras lograr dormirlo, Mary salió de la habitación, aún en ropa interior, en busca de Justin, que la esperaba recostado en una de las tumbonas del porche

trasero.

El chico fingía dormitar con ambos brazos apoyados bajo su cabeza, actitud que a ella le agitó el deseo. Se quitó las bragas y se acercó con sigilo para volver a sorprenderlo. Deseaba dejarlo sin palabras.

Se subió a la tumbona y quedó sentada a horcajadas sobre él. Los *shorts* de Justin seguían húmedos, pero el calor que desprendía su miembro, rígido desde que se había metido al agua, evitó que sintiera incomodidad en su sexo desnudo. Se friccionó sobre él provocándose un oleaje de placer.

—¿Qué haces? —preguntó con voz ronca, sin dejar de observar con los párpados caídos los labios entreabiertos de Mary. Ella le acarició el pecho, sintiendo la suavidad de la piel entre sus dedos.

—Solo disfruto.

Él sonrió complacido y sacó sus manos de detrás de su cabeza para acariciarle los muslos.

—Eres atrevida —reconoció al descubrir que estaba desnuda de cintura para abajo. Ella lo observó con mirada enfebrecida.

—¿Te molesta?

—No. Me gusta —aseguró, y la tomó por la nuca con ambas manos para acercarla a él—. Y no imaginas cuánto —completó antes de atrapar su boca con un beso desgarrado y profundo, que arrancó del interior de la chica gemidos de satisfacción.

Con pericia, Justin le quitó el sujetador, dejándola completamente desnuda. Como pudo se sentó en la tumbona y la tomó por las nalgas para acercarla más. Le devoró con placer sus labios y su cuello mientras ella seguía frotándose contra su miembro duro.

Mary se arqueó abrazada a la cabeza de Justin, así le daba acceso a sus senos, coronados por pezones erguidos. Justin los introdujo dentro de su boca uno a uno. Los chupó con hambre y mordió con suavidad la piel hasta dejar su marca.

Introdujo una de sus manos bajo el cuerpo de ella, en busca de su sexo. Al hallarlo lo estimuló con suavidad, sintiéndolo húmedo y palpitante. Introdujo la punta de un dedo, que luego movió en círculos. Mary chilló de placer y agitó las caderas al ritmo de aquellas caricias.

Al sentirle el cuerpo tenso, Justin se incorporó y la acostó sobre la tumbona, con cuidado, luego desplegó la silla para que quedara completamente plana.

Abrió las piernas de la chica mientras ella lo observaba con mirada

ansiosa, con el largo cabello cayendo como una cascada al suelo.

Casi perdió la conciencia al sentir en su sexo los mismos movimientos que antes él había realizado con la punta de un dedo; pero esta vez era su lengua la que la penetraba con acometidas suaves, haciéndola estallar por el placer.

No se esforzó en silenciar sus gemidos y gritos de satisfacción. El goce que Justin le prodigaba no solo con su lengua, sino también con sus labios y dedos, era tan exquisito que le resultó imposible pretender disimularlo.

Nadie se hallaba a menos de dos kilómetros de distancia, y si alguien hubiera andado por los alrededores, a ella no le importaba. Mucho menos cuando Justin no soportó más y se incorporó para terminar de quitarse la ropa. Tomó su pantalón olvidado en un costado y sacó del bolsillo trasero la billetera, donde tenía guardado, por precaución, un preservativo. Después de colocárselo la penetró con firmeza, llenándola por completo.

Justin sorbía y mordía sus pezones rígidos al tiempo que aumentaba sus acometidas. Mary se aferró a los cabellos de él y lanzó una mirada suplicante al cielo. Rogaba porque aquello nunca tuviera un final.

Pero lo tuvo, y, en el momento en que el clímax les embotó el cerebro a ambos, ella se sintió desfallecer. Sonrió de felicidad sin dejar de apreciar el brillo de las primeras estrellas que se asomaban a través de un firmamento matizado del gris, naranja y violeta del crepúsculo. Por primera vez en toda su vida se sintió volar. Su espíritu insustancial dormitó entre las nubes, abrigado por la brisa.

Había tenido sexo antes, pero no como en esta ocasión. Justin había movido piezas muy importantes en su interior, y aquello la transformó por completo.

Cuando su mente comenzó a despertar del letargo lo descubrió derrumbado sobre ella. Con una mano se aferraba a uno de sus senos, como si eso lo ayudara a no caer, y ocultaba sobre su pecho la cara sudorosa y agotada. Aún respiraba con dificultad.

Con ternura, le peinó los cabellos y logró que se estremeciera.

Justin alzó el rostro hacia ella. A Mary le encantó percibir la complacencia en su mirada.

—Creo que es la hora de los macarrones —pidió exhausto. Mary no pudo evitar carcajearse.

—Eres un bruto —expresó entre risas—. Veo que tu repertorio de palabras románticas es limitado.

Él reptó por su cuerpo hasta llegar a su cara, aún sin salir de su interior.

—Pero soy un bruto adorable, ¿no te parece?

Mary volvió a reír y pretendió rebatir esas palabras, pero un beso suave del joven sobre el lóbulo de su oreja la detuvo.

—Eres divina —confesó Justin entre susurros—, y preciosa —añadió mientras le besaba la mandíbula y movía suavemente las caderas en círculos. Mary cerró los ojos y suspiró extasiada—. Vas a hacer que pierda la cabeza de nuevo —concluyó, y ocultó su rostro en el cuello de la chica.

—Esa es la idea —se burló Mary, que recibió un suave mordisco como represalia.

Se quedaron allí un rato más, prodigándose sobre la tumbona los últimos restos de deseo y haciéndose bromas entre ellos. Compartieron besos y caricias íntimas hasta que sus estómagos comenzaron a quejarse y el fresco de la noche los empujó a entrar al hogar.

Cenaron sentados en el suelo de la sala, acompañados por la música de la única lista de reproducción que Mary tenía en su portátil. Justin se había puesto el pantalón y los zapatos, pero seguía sin camisa. Le gustaban las miradas apreciativas que Mary le dirigía. La joven, en cambio, vestía un pijama de pantalón corto y camisa de tirantes.

—Mañana te grabaré música nueva —ofreció él, mientras se recostaba en el sofá y estiraba las piernas. Se acariciaba el estómago satisfecho, después de haberse comido dos platos de macarrones.

—Olvídalo. Soy muy selectiva con lo que escucho.

—Ya veo —se mofó él al oír que por segunda vez iniciaba un viejo tema de Rihanna.

—No me critiques.

—No lo hago —arguyó, pero su risa lo delataba. Mary le golpeó un hombro para que mantuviera la compostura y respetara sus gustos—. ¿Qué has hecho esta semana?

La pregunta de Justin, tan diferente al resto de los temas de conversación que habían mantenido, la desconcertó. El joven había perdido la expresión divertida. Ahora la observaba con una mirada cauta.

—Trabajar —alegó ella, y alzó los hombros con indiferencia.

—¿Y hoy, has salido a algún sitio? ¿Además de ir al faro de Beavertail?

Mary arrugó el ceño, sin comprender las dudas del joven.

—No. No he tenido tiempo. ¿Por qué lo preguntas?

Justin suspiró y fijó su mirada en el paisaje que se observaba a través del

ventanal que los separaba del porche trasero.

—Esta tarde, cuando estuvimos merendando, vi al tipo de la moto. — Clavó su mirada en ella. Observaba intranquilo su rostro de sorpresa—. Nos vigilaba desde el exterior y, al advertir que lo había descubierto, se marchó.

Mary no podía salir de su asombro.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le reprochó.

—¿Para qué? Ya se había ido —alegó el joven con desinterés. Mary bufó indignada y se levantó del suelo.

—¿Y eso qué importaba? Tenías que habérmelo dicho.

—¿Hubieras salido tras él? —preguntó mientras se ponía de pie, molesto por la actitud de la joven.

—Eso no es asunto tuyo.

—Claro, esa siempre es tu respuesta.

Mary se mordió los labios para no volver a discutir con Justin. Cada vez que él le rebatía algo ella siempre lo silenciaba con esa afirmación. Respiró hondo e intentó relajar la postura. La de Justin estaba tan rígida y tenía una expresión tan enfadada que parecía listo para iniciar una pelea en cualquier momento.

—Tengo que hablar con Eric para dejarle algunas cosas en claro, pero no había podido verlo esta semana —justificó, logrando que él se esforzara por calmarse.

—¿Vas a hablar a solas con él sabiendo lo peligroso que puede volverse?

Mary apretó la mandíbula al recordar la escena de Eric lastimando a unos chicos en el fuerte Wetherill. En esa ocasión percibió la inestabilidad emocional del hombre. Sin embargo, ansiaba mantener una conversación con él para aclarar muchas de sus dudas.

—Debo hacerlo. Quizá la seguridad de Alex dependa de eso.

Justin cerró los puños un instante para controlar el ramalazo de ira que lo había invadido, pero logró serenarse. No tenía ningún derecho a intervenir. La intimidación que habían alcanzado minutos antes no le daba potestad para opinar o decidir sobre la vida de ellos. Si la contradecía, Mary se alejaría de nuevo de él.

Y ahora le sería más difícil soportarlo.

—Si eso deseas, entonces, lo que tienes que hacer es estar más atenta a tu entorno. Tal vez te esté siguiendo a diario —indicó antes de coger su camisa, que estaba apoyada en el sofá, y colocársela.

—Justin...

—Tengo que irme para informarle a mi tío de lo que he hablado con el gerente del faro.

Al ver que se marchaba, Mary se desesperó. No quería tener otro problema con él y perder su amistad. Comenzaba a sentir a Justin como alguien importante en su vida, pero no podía permitir que esa relación dominara o condicionara sus acciones. Mucho menos en ese momento en que necesitaba libertad para resolver sus conflictos.

—¿Te veré mañana? —consultó ella, logrando detenerlo.

—No creo, tenemos dos clientes que desean ir a navegar y un barco que reparar —explicó, y dirigió una mirada insatisfecha hacia ella—. Como mi primo ya no trabaja con nosotros, mi tío solo cuenta conmigo.

Mary sintió un nudo en el estómago al verlo darse la vuelta para seguir su camino. Lo acompañó a la salida en silencio. Retuvo en sus ojos las lágrimas de rabia que tenía acumuladas.

Le hubiera gustado terminar esa noche de una forma diferente. Sobre todo, después del maravilloso momento que había vivido en sus brazos.

Justin le dedicó una última mirada de despedida antes de que el coche saliera del sendero. Sus ojos negros la observaron con una mezcla de desolación y furia que a ella le atravesó el alma.

Se irguió al quedarse sola y alzó el mentón. No se dejaría demoler por las circunstancias, ese nunca fue su estilo. Durante la semana buscaría alguna manera para atrapar de nuevo la atención de Justin y limar las asperezas que se habían creado entre ellos.

Aunque sabía que tendría que regresar a Providence cuando se resolvieran los problemas entre los padres de Alex, y que tal vez no volvería a verlo, no quería marcharse de Jamestown dejando fracturada la bonita amistad que había construido con él.

Justin no sería una simple anécdota ocurrida durante una época crítica, otro romance de verano, él era «alguien especial», que le estaba dejando una huella imborrable. Aún más profunda que todos los recuerdos que había ido acumulando en sus constantes mudanzas.

CAPÍTULO 19



El lunes, Mary asistió a su trabajo como de costumbre. No había recibido noticias de Justin y eso la tenía desanimada. Su orgullo no le permitía tomar el móvil para enviarle un mensaje de texto. Si el muy idiota no daba señales de vida, era porque no deseaba ser molestado.

Afrontó su mañana con mala actitud. Fue tal su comportamiento que hasta Karin se intimidó y la evitó lo más que pudo. Cuando la mujer debía darle órdenes o instrucciones para realizar alguna labor, lo hacía de forma serena. Eso le permitió a la chica pasar una jornada apartada de todos.

Después del mediodía, antes de retomar el trabajo, entró al baño. Se introdujo en los servicios con rapidez, sin notar que otro de los aseos estaba ocupado.

—No sé qué hacer, me he sentido muy mal. ¿Por qué no vienes? —oyó que alguien se esforzaba por murmurar lo más bajo posible. La voz se escuchaba llorosa y le parecía familiar—. No me dejes sola con esto. ¡Te necesito!

Mary salió y se acercó al lavabo para enjuagarse las manos. El sonido que emitió el agua le impidió oír mejor. «No puedo hacerlo», «tengo miedo», «no te vayas», «no me dejes», fueron algunas de las frases sueltas que pudo percibir. Se sentía tan enfurecida por su situación actual que poco le importó enterarse de los problemas de otros. Se aseó con rapidez y casi enseguida salió del baño.

Una hora después, mientras partía cerezas que luego serían utilizadas para decorar pasteles, notó el rostro enfurecido y acongojado de Janina. La chica se hallaba en un rincón de la cocina, trituraba almendras con los ojos hinchados y enrojecidos por el llanto, pero con el semblante endurecido. Estaba tan sensible que ni siquiera Peggy se le acercaba.

Supuso que había sido ella a quien escuchó en el baño, pero no tuvo oportunidad de sentir siquiera curiosidad por su situación. La entrada repentina de Doménico Mancini, el dueño del café, la obligó a silenciar hasta sus pensamientos. El hombre pasó a la cocina golpeando la puerta batiente. Su rudeza hizo que esta se estrellara contra la pared. Todos se sobresaltaron

por el ruido y lo miraron con incredulidad.

Doménico mascullaba lo que parecían ser maldiciones en idioma italiano mientras se acercaba como un toro enfurecido hacia Karin.

—¿Dónde están los *cupcakes* que Tyler debió entregar hace más de una hora? —preguntó con irritación. La mujer le señaló una de las neveras donde se encontraban almacenadas varias docenas de esos pastelillos, ya decorados y guardados en cajas de acetato transparente.

—Están listos desde esta mañana —mencionó Karin con indiferencia, y le dio la espalda para continuar con su labor—. He llamado a Tyler tres veces para que venga a buscarlos, pero no responde al teléfono —comentó la mujer sin darle la cara.

Doménico seguía farfullando malas palabras. Mary decidió bajar el rostro hacia su tarea e intentar olvidarse del resto del mundo, pero a los pocos segundos sintió una energía incómoda a su alrededor. Al alzar la vista descubrió al hombre observándola con fijeza y con rostro ceñudo.

Ella se inquietó, pero se hizo la desentendida. Sin embargo, al percibir una sombra que se acercaba y la abrigaba por completo volvió a alzar la vista. Doménico Mancini se hallaba parado frente a ella, al otro lado de la mesa.

—¿El Mazda te funciona sin inconvenientes?

La joven se sorprendió por la pregunta.

—Nunca me ha dado problemas.

—Entonces, ¿podrías llevarme a realizar la entrega de los *cupcakes*? Los esperan desde hace una hora —preguntó, con semblante enfadado.

—Seguro.

Doménico le dedicó una mirada que Mary no supo descifrar. El hombre seguía furioso, pero en el brillo de sus ojos oscuros se podía divisar un rastro de cansancio y resignación que conmovió a la joven.

—Sacaré los pasteles mientras te quitas el delantal. Te espero en la entrada —fueron sus últimas palabras. Enseguida se dio la vuelta y se dirigió a la nevera. Mary echó un vistazo por la cocina antes de dejar lo que hacía y dirigirse al vestidor. Todos disimulaban su asombro procurando atender sus tareas, sin atreverse a levantar la mirada para no ser elegidos como un apoyo adicional en esa entrega. Doménico Mancini los intimidaba demasiado.

Dentro del coche y durante el recorrido, ambos se mantuvieron en un tenso silencio. Doménico fingía revisar un bloc de notas donde registraba los pedidos pendientes, pero pronto se mostró fastidiado por tener que aparentar desinterés.

—¿Has tenido algún problema en la isla? —indagó, con su atención puesta en el camino. Mary desvió un segundo la mirada de la carretera para observar confundida al sujeto.

—No —respondió con inseguridad. No pudo evitar que los recuerdos de la extraña aparición de Eric y el momento de pasión que vivió con Justin en su casa le embotaran la memoria.

—Cualquier dificultad que tengas puedes comentármela.

Ella apretó el ceño y vio por el rabillo del ojo al hombre, que se afanaba por admirar el paisaje a través de la ventanilla. No comprendía a qué se debía aquel ofrecimiento, pero no tenía ánimos de indagar más a fondo. Se sentía abrumada. Sin embargo, el silencio entre ellos aumentaba su inquietud. Conversar la distraería y la haría sentirse más segura, y quizás le permitiría limar asperezas con Doménico.

—¿Por qué no intenta hacer más atractivo el café?

El hombre abandonó su contemplación del paisaje para posar sobre la joven una mirada confusa.

—¿Disculpa?

Mary suspiró antes de responderle y se incorporó en el asiento.

—Está ubicado entre un restaurante concurrido y una pizzería divertida, debería preocuparse por ser como una especie de oasis entre esos dos colosos. Algo así como el amigo sensato que calma la efervescencia de sus dos compañeros.

Doménico arqueó las cejas y observó con detenimiento a la chica. A Mary la intimidó la atención que el hombre le dedicaba, pero intentó ignorarlo para continuar con su cháchara.

—La comida del restaurante es exquisita —confesó con sinceridad— y el ambiente juvenil de la pizzería dudo que pueda superarlo. Tiene que buscar un punto medio entre esos dos, algo que a ambos les falte. —Doménico relajó las facciones y suspiró antes de hablar.

—¿Y qué propones?

—Aún no tengo claras las ideas. Esta es una isla de recreo y descanso, creo que es eso lo que buscan los turistas.

El hombre asintió en silencio, aún sin mirarla de frente.

—Podría utilizar el café para brindar un espacio relajado sin que se pierda el espíritu aventurero de las personas que están de vacaciones. Tal vez, convertirlo en un cibercafé con acceso libre a internet y ofrecer algunas variedades de café, té y chocolate de diversas partes del mundo. No sé, algo

que lo haga atractivo para el turista.

Doménico se quedó pensativo mientras observaba la carretera. Más que evaluar los aportes de la chica parecía melancólico, como si estuviera ahogado en viejos recuerdos.

Enseguida llegaron al restaurante donde debían entregar los *cupcakes*. Mary estacionó el auto frente a la puerta de servicio y ayudó a su jefe a bajar los pastelillos. Se quedó fuera mientras el hombre conversaba en italiano con el encargado, que parecía molesto. Recostó la espalda en la carrocería y se distrajo mirando la calle.

Una vez hubo regresado, con la furia marcada en su semblante, retomaron el camino al café. Mary fue un testigo silencioso de las discusiones que Doménico mantenía por vía telefónica con alguien. No sabía si era Tyler o alguna otra persona, ya que procuraba hablar siempre en italiano. Tampoco le importó enterarse de ese conflicto, su cabeza viajaba por otros rumbos.

Pensó en Eric, en su comportamiento violento y en su misteriosa desaparición. Sentía temor por el peligro que la cercanía de él pudiera representar, pero también estaba ansiosa por afrontarlo y exigirle las explicaciones que tanto necesitaba.

—Puedes tomarte el resto del día libre. —La intervención de su jefe le bloqueó enseguida los pensamientos.

—¿De verdad?

El hombre suspiró para controlar su enfado mientras Mary estacionaba el coche frente a su negocio.

—Hoy has hecho más de lo que te corresponde —indicó al abrir la puerta—. Gracias por ayudarme con la entrega. Vuelve a casa con tu hijo —concluyó, al tiempo que salía del vehículo y cerraba tras de sí.

La chica se quedó congelada un instante. Doménico no le había dado la oportunidad ni de apagar el motor antes de bajarse y ahora se encaminaba hacia el café con pasos largos. La despachaba de forma rápida, como si quisiera deshacerse de ella.

Suspiró hondo y aferró con las manos el volante clavando su mirada furibunda en la carretera. Estaba harta de las actitudes irritantes de las personas que la rodeaban. Nunca imaginó que el mundo fuese tan injusto. Había vivido tanto tiempo amparada bajo el ala protectora de sus padres que jamás pensó que la vida fuese tan difícil de llevar. Tenía ganas de mandarlo todo a la mierda y escapar lejos del caos, pero el recuerdo de Alex y de la gran responsabilidad que había asumido de manera impulsiva hizo que se

esfumara enseguida su arrebato.

En medio de otro suspiro puso en marcha el coche y se alejó del lugar. No se dirigió a la casa de los Owen en busca de Alex; en vez de eso, aguzó la mirada mientras recorría las calles del casco central de la isla, intentando divisar algún rastro de Eric.

Si era cierto que él la vigilaba, entonces debía estar cerca. Esperando que ella saliera del trabajo.

Descubrió la moto aparcada en la entrada de una refresquería frente a la bahía, a un par de manzanas del café. Estacionó el coche cerca de esta y entró al lugar con la ansiedad bulléndole en las venas.

El sitio era un lugar pequeño y discreto que esa tarde se encontraba poco concurrido. Mary atravesó el área de las mesas hasta llegar a la barra, donde halló la espalda ancha de Eric enfundada en su chaqueta de cuero.

—Hola —lo saludó al llegar junto a él. El joven giró el rostro y la observó con desconcierto. Sus ojos se notaban hundidos y enrojecidos, cercados de ojeras.

—¿Qué haces aquí? —indagó antes de lanzar una mirada precavida a la entrada del local.

—La pregunta importante es a qué viniste a la isla —señaló ella mientras se sentaba en el taburete junto a Eric, y veía cómo él dibujaba en su rostro una mueca de disgusto.

—Ya te dije que vine en busca de Valery. No pensé que quien estuviera aquí fueras tú.

—¿Qué quieres de ella?

—A Alex.

La sangre de Mary dejó de correr por sus venas, pero procuró controlarse.

—¿Se lo entregarás a Ronald?

—¡No! —exclamó el joven, y en medio de un suspiro se frotó la cara con una mano—. Me lo llevaré lejos.

Mary lo observó desconcertada.

—No puedes hacer eso. No tienes ningún derecho.

—¡Valery no lo quiere, nunca lo quiso! —arguyó el chico con enfado—. A ella no le importa lo que le suceda al niño, y Darryl no podrá mantenerlo.

—Ese no es tu problema...

—Él es mío —la interrumpió, dejándola petrificada en el asiento. La reacción de la chica lo confundió—. Soy su verdadero padre. ¿Darryl nunca te lo dijo?

Ella agrandó los ojos con sorpresa.

—¿Mi padre lo sabe?

Eric desvió la mirada hacia la barra con semblante exhausto. La rabia amenazó con cegar a Mary. Se sentía excluida por su propia familia, relegada a un puesto secundario de poca importancia.

La sensación de traición hizo que le brotaran las lágrimas, pero no las dejó escapar. Las reprimió con ayuda de la ira.

—¿Y para qué lo quieres? —consultó.

—Es mío —recalcó Eric con irritación.

—Han pasado diez meses, estás llegando un poco tarde, ¿no te parece?

Él apretó la mandíbula y los puños para controlar su cólera.

—No supe que era mío hasta hace unas semanas. Valery me lo confesó porque teme por la vida del chico. Ronald es capaz de cualquier cosa y sabe que no es su padre.

—¿Ronald lo sabe?

Eric sonrió con poca gracia.

—Él simplemente se lo pasaba bien con Valery, es todo. Al ver que ella salió embarazada y no pretendía obligarlo a nada, se quedó callado. Pero ahora las cosas han cambiado y sus intereses están primero.

Mary puso los ojos en blanco y se quedó en silencio un instante, con la mirada perdida en la madera pulida de la barra.

—¿Ronald sabe que es tu hijo? —preguntó. Eric le respondió alzando los hombros con desinterés, gesto que a ella le molestó. ¿Cómo podía no importarle esa información? ¿Y si Ronald tenía un plan bajo la manga para vengarse de Valery y de la traición de Eric?—. No dejaré que te lo lleves. Él está bien conmigo.

—¿Contigo? —se burló Eric— ¿Cómo lo defenderás si Ronald decide venir a buscarlo en persona?

Ella lo fulminó con la mirada. No tenía forma de enfrentarse a Ronald ni al séquito de delincuentes que solía acompañarlo, pero no estaba dispuesta a permitir que se llevaran al niño de ninguna manera.

—No estás preparada para cuidar de Alex, mucho menos para protegerlo de algún peligro —soltó Eric con rencor—. Dámelo y regresa a Providence a vivir tu vida de niña consentida. O vete a Kingston. Allí encontrarás la atención que siempre te ha gustado tener.

Esas palabras encendieron una hoguera en el interior de Mary. Le dolió que le dijeran las verdades en su cara con tanta franqueza. Sin embargo, el

hecho de que lo hiciera un sujeto que no se cansaba de dar pasos en falso, que solía jugar con su vida y con su futuro como si nada le importara y que jamás había sentido verdadero interés por alguien en especial, elevó su enfado.

Tal vez su recién descubierta paternidad hubiera despertado en él un sentimiento de preocupación por el niño, pero eso no significaba que lo quisiera tanto como ella. Aquello podía pasársele después de saber que el peligro estaba lejos, y entonces lo abandonaría a su suerte, o lo ignoraría y dejaría que Alex se abriera paso en el mundo por su propia cuenta. Solo. Rodeado de desconocidos o de amistades poco recomendables. Como le había sucedido a él.

—Vete a la mierda —sentenció, y se levantó del taburete sin despedirse para marcharse del lugar.

CAPÍTULO 20



Mary salió con premura de la refresquería. Caminó hacia su coche con inercia, con la mente sumergida en un mar de pensamientos y recuerdos que la agobiaban.

—Señora Sanders. —El saludo adulator de un hombre la obligó a girar el rostro antes de subirse al Mazda.

—Hola, Fred —saludó con reticencia al taxista amigo de los Owen.

—¿Cómo ha estado? —inquirió el sujeto, y dibujó una sonrisa enorme en su cara. Se acercó mientras su mirada apremiante la repasaba de pies a cabeza —. No volvió a pasar por mi tienda.

A Mary se le erizó el vello del cuello al verlo relamerse los labios y fijar su atención en la parte del pecho que le sobresalía por el escote. Estrechó su mano molesta y, de forma automática, lanzó una ojeada a la puerta del negocio. Al notar que Eric salía con actitud desafiante, se inquietó.

—Todo ha estado bien —respondió con nerviosismo, y enseguida le dio la espalda para subir al coche.

Al percatarse de que la joven se marchaba, Fred se apresuró a detenerla.

—¡Espere! ¿Se enteró del problema de Tom Owen? ¿Sabe si fue por Hogan por lo que no abrió su tienda? —inquirió al tiempo que metía media cabeza por la ventanilla, de forma que su rostro quedó muy cerca del de Mary.

Ella se enfadó y estuvo a punto de recriminarle su actitud, pero se detuvo al ver con sorpresa cómo era expulsado y lanzado hacia la acera.

Eric había tomado al taxista por la cinturilla del pantalón y lo echaba con fuerza. El hombre trastabilló y casi cayó de culo en el suelo, pero logró mantener el equilibrio.

—¡Ey, amigo! —exclamó con desconcierto.

—Si vuelves a acercarte a ella te mato —lo amenazó Eric furioso.

Mary observó la escena perpleja, sin salir del Mazda. Miraba cómo Fred retrocedía, intimidado, sin quitarle los ojos de encima a Eric, como si quisiera grabar su rostro en la memoria.

Al quedarse solos, el chico se giró hacia Mary. Su cara estaba tensa y

enrojecida por la rabia.

—Ronald comienza a desesperarse. Estoy tardando en llevarle al niño y la policía lo acosa. En cualquier momento enviará a otros a buscarlo —explicó, con las manos aferradas a la ventanilla del coche—. Dámelo o logrará llevárselo.

Ella negó con la cabeza. La angustia se le reflejaba en las pupilas. El pánico se le expandía por todo su ser.

Dirigió su rostro atemorizado hacia la carretera soleada y encendió el motor. Puso en marcha el coche sin mirar atrás. Solo quería huir, tanto de Eric como de la responsabilidad de tener que tomar de nuevo una decisión apresurada.

Condujo sin rumbo por el pueblo. No deseaba acercarse a la casa de los Owen sin antes haber sosegado sus emociones.

Se detuvo en un punto del camino, lejos de Eric, para limpiarse el rostro marcado por el llanto, y se recostó en el asiento dirigiendo su mirada agotada hacia el cielo limpio de nubes, que comenzaba a emplomarse a medida que la tarde se extinguía.

Cada día que pasaba se sentía más afligida, sola y arrepentida por sus acciones inconscientes, que la habían llevado hasta donde se encontraba ahora, tal vez más cerca del peligro.

Repasó el paisaje que la rodeaba. Sus ojos cansados se posaron en una casita de madera con hermosos jardines cuyas flores la hacían desbordar de color: la floristería El jardín oculto.

Oculto. Esa última palabra corrió por su torrente sanguíneo como si se tratara de una medicina capaz de aliviar un fuerte dolor. Eso era lo que más deseaba en ese instante de su vida, un lugar donde poder ocultarse del mundo que la rodeaba.

Suspiró hondo y se aproximó a la tienda sin comprender por qué lo hacía. Entró con el semblante acongojado, pero al notar el aroma dulzón de las diversas variedades de flores que allí se exhibían, su ánimo se aplacó y se sintió invadida por una sensación de resignada calma. Era el mismo aroma que impregnaba las paredes de la casa de su abuela.

—¡Oh, Mary Sanders! —La recibió con alegría Sophia, al tiempo que la abrazaba con un solo brazo, para no soltar el manojo de capullos de rosas azules que tenía en su otra mano—. Qué bien que hayas venido. Después de tu última visita, no he dejado de pensar en Elizabeth —comentó, y luego colocó las flores dentro de un jarrón que se encontraba sobre el mostrador.

Mary se acercó con melancolía a un ramo de lirios asiáticos rosados mezclado con rosas del mismo color. Las puntas de sus dedos acariciaron los pétalos de una de las flores, y le estremeció la suavidad de su textura.

—Recordé tantas anécdotas de tu abuela que tuve que hurgar entre las cosas viejas que guardo en busca de fotos.

La mujer entró en una pequeña oficina y dejó a Mary esperando intrigada.

—¡Mira lo que encontré! —exclamó con emoción al salir, y colocó frente a ella una postal que mostraba el dibujo en óleo de uno de los cinco pueblitos que conforman la Via dell'Amore, un paraje romántico ubicado en la Toscana italiana.

Se trataba de un acantilado entre cuya vegetación se asentaban decenas de casitas dibujadas en colores de tono pastel. Un camino de escaleras talladas en la roca salía de su interior y terminaba en la arena de una playa donde se hallaban tres barcas atadas a un pequeño muelle. Era una imagen tan idílica que inspiraba tranquilidad.

—¿Y esto? —consultó la chica con extrañeza.

—Era de tu abuela —confesó sonriente Sophia.

Mary giró la postal. Así pudo divisar, escritas en la parte trasera, las letras gordas y un poco inclinadas hacia la derecha de una frase en idioma italiano.

—Se la dio su enamorado especial aquí en la tienda, y para que no se le estropeará la guardó entre mis libros de contabilidad.

La joven amplió los ojos.

—¿Su enamorado especial?

—Sí. Bueno, ella tenía muchos seguidores, pero este era especial. Elizabeth siempre me decía que estaba loca por él, que lo hubiera dejado todo por seguirlo, pero él jamás se atrevió a proponerle nada arriesgado. La amaba demasiado como para exigirle más sacrificios, y ella no le insistió. Tu abuela había venido aquí para recomponerse, y lo amaba demasiado como para hacerle cargar sobre sus hombros a una mujer deshecha.

El corazón de Mary palpó por la ternura que aquella confesión le produjo. Imaginó que debía de ser maravilloso ser amado de esa manera, por alguien capaz de sacrificar incluso sus propios sentimientos por el bienestar del otro.

—¿Me la regala? —consultó con ilusión.

—¡Claro, es tuya! La descubrí unos meses después de la muerte de Elizabeth, mientras revisaba los libros. Quise dársela a Darryl, pero tenía miedo de que se enfadara aún más con su madre por esa postal.

Mary dirigió su atención de la tarjeta a Sophia. El semblante divertido de la mujer se había esfumado dando paso a uno entristecido.

—¿Por qué?

—Tu padre creía que tu madre era una descarada. Que se vino a Jamestown para tener amantes a sus anchas, sin que nadie la juzgara.

La joven arrugó el ceño.

—Darryl era duro con ella —continuó—. Quería que vendiera la casa y regresara a Newport, con su padre, pero Elizabeth siempre me contaba que allá no se sentía completa. Su esposo era muy pragmático y controlador, y ella no lo soportaba. Jamestown se transformó en ese rincón apartado del planeta donde podía ser ella misma sin que nadie la juzgara ni dominara.

Aquello desconcertó a la joven. La isla había logrado ser un aliciente para su abuela, pero no para ella.

Quiso indagar más, conocer a Elizabeth a través de las palabras de esa buena mujer e intentar comprender la actitud de su padre, pero la llegada de clientes interrumpió la conversación. Esperó un instante con la esperanza de que Sophia se desocupara. Sin embargo, al ver que era imposible, decidió despedirse y marcharse. Mientras subía al coche su teléfono móvil comenzó a sonar dentro del bolsillo del pantalón. Era Justin.

El corazón le saltó de alegría. Enseguida respondió a la llamada.

—¡Justin! —No pudo evitar exteriorizar la emoción que sentía.

—¿Dónde estás? —La pregunta seca de él la descolocó.

—¿Qué pasa?

—Es Alex, no está bien.

En el pecho de la joven se agitó un cúmulo de emociones que, de forma instantánea, le nublaron el cerebro. Se dirigió con rapidez a la casa de los Owen. Rogaba por que el niño no sufriera por culpa de sus constantes descuidos.

Al llegar, Justin la recibió y la hizo pasar al cuarto de juegos, donde Gladys se encontraba con los dos chicos y con Janina, quien procuraba ignorarla mientras observaba a los niños con una mezcla de enfado y preocupación.

—¿Qué sucede? —preguntó inquieta, pero la sonrisa condescendiente de Gladys la calmó. Miró a Alex, que jugaba soñoliento con un grupo de tacos de colores. El niño alzó el rostro y le sonrió con pereza.

—No ha pasado bien el día, ha estado irritable, lloriquea y se queja de vez en cuando —explicó la mujer—. Creo que es una infección en la orina,

porque he notado que hace poco pipí, y cuando lo hace es más amarillo de lo normal.

Mary se acercó al niño evaluándolo con alarma. Acarició su cabecita antes de alzarlo y envolverlo entre sus brazos. ¿Por qué no fue capaz de notar algún síntoma extraño?

—¿Qué debo hacer? —consultó con voz ahogada. Sentía una opresión en el pecho, producto de la culpabilidad. Las palabras que minutos antes Eric le había dicho en la fresquería: «No estás preparada para cuidar de Alex...», regresaban a su memoria una y otra vez.

—Te acompañaré a Urgencias. Seguro que le darán un calmante para los malestares y te enviarán a realizarle unas pruebas —comentó la mujer poniéndose de pie—. Lo bueno es que no ha tenido fiebre, por eso no creo que sea algo serio. —Gladys la miró con gesto preocupado—. Bueno, al menos el tiempo que ha estado conmigo no ha tenido fiebre. ¿Cómo pasó la noche?

Mary empalideció por la pregunta. Observó de refilón a Janina, quien ahora la miraba con fijeza, atenta a su respuesta. La chica parecía tan compungida por la situación de Alex como ella.

—Bien —contestó con la cabeza gacha. Se sentía tan culpable que no creía tener seguridad sobre el estado de salud del niño.

¿Y si tuvo fiebre durante la noche y ella no fue capaz de percibirlo? ¿Y si él presentó algún otro síntoma y ella, por estar distraída con su vida desordenada, no pudo notarlo?

Muchos «¿y si...?» se apilaron en sus pensamientos, pero desaparecieron tras una bruma de emociones al captar la tibia mano de Justin posándose en su espalda.

—Vamos. Iré contigo.

Todo dentro de la joven se encogió al oír esas palabras. Tenía ganas de abrazarse a él con fuerza y llorar sus miedos hasta quedarse seca. Anhelaba contar con una columna en la que pudiera sostenerse, porque sentía las piernas débiles y le resultaba imposible avanzar por su propia cuenta. Sin embargo, hizo acopio de toda su fortaleza para mantenerse firme y caminar hacia el exterior. Ahora ella era la columna de Alex, un soporte que no podía romperse. Menos aún en ese momento, con el peligro de Ronald cerca.

Janina se quedó en la casa, enfadada por tener que hacerse cargo de Brian mientras su tía y su hermano estaban fuera.

Durante la visita al centro médico, Gladys fue quien asumió la

responsabilidad sobre el niño declarando ser su cuidadora. Los médicos acudían a ella cuando tenían alguna consulta, que la mujer respondía con rapidez. Los pocos días en que había convivido con él fueron suficientes para conocerlo a la perfección. Además, su vasta experiencia en el cuidado de niños la avalaba, así como el pesado silencio en el que se había sumido Mary, quien incluso mantenía su rostro bajo.

La chica se limitó a colaborar para calmar a Alex durante sus constantes lloriqueos y quejas. Lo abrazaba con ternura y le cantaba al oído para distraerlo.

Después de una exhaustiva evaluación, de la aplicación de un medicamento para apaciguar sus incomodidades y de una retahíla de recomendaciones, salieron del lugar con un manojito de órdenes de exámenes de rutina que debían realizarle al día siguiente y un niño dormido.

Justin dejó a su tía en su casa y esperó a que la mujer preparara varias viandas para Mary y para Alex, así como una cesta repleta de frutas, que le sirvieran a la joven para alimentarlo durante la noche y la mañana siguiente, si fuera necesario.

Cuando finalmente llegaron al hogar junto a la bahía, Mary acostó a Alex en su cuna improvisada mientras Justin guardaba los alimentos en la cocina. Al terminar, se dirigió a la sala de estar y la encontró sentada en un puf cuadrado frente al ventanal, con la mirada perdida en el inmenso cielo estrellado. Su postura era encorvada, como si un gran peso se cerniera sobre ella.

Justin se sentó tras la joven, con las piernas abiertas, cubriéndola. La abrazó por la cintura y hundió en rostro entre sus cabellos.

—¿Por qué miras tanto al cielo? —preguntó. Mary respiró hondo, como si buscara ese oxígeno vital que debía devolverle la vida.

—¿Alguna vez la has visto?

El chico alzó el rostro y miró el firmamento con extrañeza.

—¿A quién?

Ella sonrió con melancolía.

—La verdad sobre las estrellas. —Él frunció el ceño. Aunque no lo observaba, ella dedujo por su silencio que no conocía la respuesta—. Míralas —lo invitó, y señaló a los astros con una mano—. Se ven hermosas todas juntas. Pueden describir figuras que durante miles de años adornarán al cielo. Es todo un espectáculo lleno de misterio. —Volvió a respirar hondo—. Pero si te acercaras a ellas, si pretendieras estudiarlas una a una, te darías cuenta de

lo lejos que están unas de otras. Viven solas, rodeadas por sus propios sistemas, ardiendo en su propio fuego.

Por un momento Mary enmudeció. Justin la apretó un poco más con su abrazo y hundió de nuevo el rostro entre sus cabellos. Se sentía identificado con la reflexión de la chica.

—Dicen que algunas ni siquiera existen. Se extinguieron hace mucho tiempo, pero seguimos viendo su luz por la enorme distancia que nos separa.

—Cuando miras al cielo, estás mirando al pasado...

Las palabras murmuradas por Justin la sorprendieron. Buscó con apremio los ojos masculinos, y le parecieron cansados. Él alzó los hombros con indiferencia.

—Leí esa frase en un artículo viral de internet y me gustó tanto que la memoricé.

Ella volvió a dirigir su atención al firmamento, esta vez lo observaba nostálgica, con la tristeza marcada en las pupilas.

—No estoy preparada para cuidar de Alex..., ni siquiera para cuidar de mí misma.

—¿De qué hablas? —preguntó Justin extrañado.

—Mira lo que ha pasado. Está enfermo, tal vez por mis malos cuidados.

—Lo has hecho bien. Todos los niños enferman, incluso los de madres expertas.

Una lágrima rodó por la mejilla de la chica y humedeció su rostro pétreo por la rabia.

—No debí sacarlo de Providence.

Justin suspiró con agobio.

—Tu padre le contó a mi tío que Ronald entró en su casa el día en que huiste, en busca de Alex. —Mary se giró hacia él estupefacta—. Al no encontrar al niño le dio una paliza.

—Pero... Marian me contó que esa paliza se la dieron días después, cuando lo interceptaron para robarlo en una farmacia.

—Ese fue un segundo ataque, quizás no te contaron el primero para no angustiarte. Por eso la policía está trabajando con tu padre poniendo frente al caso a un detective especializado. Ronald ha invadido las casas de algunos amigos de Valery. La busca con tanta insistencia que ha agredido a varias personas. —La joven alzó las cejas con inquietud—. Sin darte cuenta, al sacarlo de Providence, salvaste a Alex del peligro. —Ella lo miró, incrédula—. ¿Te das cuenta de que no has hecho las cosas tan mal como piensas?

Mary puso los ojos en blanco y dirigió su atención al cielo. Estaba tan abrumada por su realidad que le era imposible confiar en su criterio, ni en las palabras de Justin.

—Es como las estrellas —comentó él. La joven apretó la mandíbula con pesadumbre para aplacar las ganas de llorar que tenía —. Estás mirando el problema desde la lejanía, por eso no te das cuenta de la verdad.

—No. Vosotros me miráis a mí desde la lejanía —declaró con amargura.

Justin comenzó a acariciar el vientre de la joven al tiempo que depositaba besos por su cuello y su hombro, para tranquilizarla. Mary gimió y cerró los ojos complacida por las caricias. Se sentía vulnerable por la pena y logró estremecerse de pies a cabeza.

—Entonces deja que me acerque —suplicó él, e introdujo las manos bajo su blusa—. Deja que gire a tu alrededor —le susurró al oído, hasta erizarle toda la piel—. Quiero arder en tu fuego.

Mary volvió a gemir al sentir las manos de Justin apretando sus senos y friccionando la punta de estos con sus dedos. Un estallido de deseo le comprimió el vientre y sus zonas íntimas, encendiendo una hoguera en su interior que poco pudo dominar. Giró la cabeza hacia él y apresó sus labios en un beso ansioso, sediento, que solo se interrumpió por la necesidad de oxígeno que ambos experimentaban.

Justin la tomó entre sus brazos y se dirigió con ella al gran sofá, donde pudo tenerla entera. Abrigó con su propio cuerpo el cuerpo cálido de la joven, que lo anhelaba con locura y le exigía con apremio unirse a él, en un mismo sistema. Único, perfecto y sincronizado. Capaz de albergar los miedos, misterios y desaciertos de cada uno, de la misma manera que guardaba sus virtudes y fortalezas.

Le quitó la ropa sin prisas, saboreando cada tramo de su piel. Durante toda la noche sus cuerpos se contorsionaron al mismo ritmo que sus emociones hasta alcanzar la comunión perfecta, que arrojó de su interior la rabia y la frustración acumuladas y los dejó libres de ataduras.

Ella se subió encima de él dejándose llenar por completo. Los gemidos se intensificaban con besos urgentes y caricias atrevidas que se prodigaban, con la incansable necesidad de estar dentro del otro, atrapados en una mezcla imposible de separar, de sentir que por una vez eran el centro de un universo propio, donde la vida bullía a plenitud. Imparable.

Se amaron con ansiedad, pero también con dulzura, buscando siempre el goce más intenso y alargando al mismo tiempo la paz que sentían durante la

entrega.

Esa noche no hubo ruidos externos que perturbaran sus sueños. No hubo miedos ni responsabilidades que los alejaran. Fueron dos estrellas durmiendo juntas, abrazadas por sus lenguas de fuego, disfrutando de su compañía. Hasta que la mañana llegara y los devolviera a su lugar de origen: cercanos, si se los observaba desde la lejanía, pero a millones de años luz de separación si se miraba dentro de sus corazones aislados.

Un abismo interminable de compromisos se interponía entre ambos. Y solo ellos podían divisarlo.

CAPÍTULO 21



Mary intentaba tener un día tranquilo en el trabajo que la ayudara a controlar la ansiedad. A primera hora llevó a Alex al centro de salud para realizarle las pruebas que el médico había pedido, y luego lo dejó en casa de los Owen. Así podría cumplir con su horario laboral mientras esperaba los resultados.

Los pensamientos le nublaban la mente, impidiéndole concentrarse en la tarea que le habían impuesto en la cocina del café: cortar kiwis en rodajas. Los trozos que iba acumulando sobre la madera no eran simétricos y en ocasiones terminaba estropeando la fruta, dejándola poco presentable para la decoración de pasteles.

Un sonido desagradable la sacó de manera brusca de su mundo de preocupaciones. Janina vomitaba al otro lado del mesón donde ella trabajaba. La chica estaba arqueada mirando al suelo y expulsaba aquello que rechazaba su estómago.

—Pero ¡qué asco! —gritó enfurecida Karin, que la sacó casi a empujones de la cocina y exigió a la adolescente encargada de fregar los cacharros que limpiara el desastre con un trapo.

Sin poder disimular su angustia, Peggy siguió a su amiga al baño. Mary miró con extrañeza la puerta cerrada por donde habían desaparecido las jóvenes y recordó, de forma involuntaria, las veces en que había notado a Janina indispuesta, e incluso asustada e irritada.

No pudo evitar compararla con el comportamiento de Valery, su hermanastra, durante el tiempo en que estuvo embarazada de Alex. Se sintió una tonta por no haberse dado cuenta antes del estado que la chica procuraba ocultar.

Dejó la tarea que hacía y fue en su busca con el rostro endurecido por la rabia, sin atender los berrinches de Karin, que no paraba de quejarse por la constante irresponsabilidad de todos los empleados.

En el baño, Peggy acariciaba la espalda de Janina, que se hallaba encorvada sobre uno de los lavabos, humedeciéndose la cara para apaciguar sus malestares.

—Estás embarazada —espetó con rencor, parada bajo el marco de la puerta, con las manos apretadas en puños y apoyadas en las caderas.

Janina la miró con ira un instante, luego volvió a hundir el rostro entre sus manos ahuecadas y repletas de agua.

—No es buen momento —susurró suplicante Peggy, pero Mary la ignoró.

—Por eso no dejas que Justin salga de Jamestown y continúe con su vida —reclamó ofendida—. ¡Esperas que él se haga cargo de tu hijo, porque su padre te abandonó!

—¡Lárgate de aquí! —exigió Janina con rabia, pero con la voz quebrada por culpa del llanto que pugnaba por salir de su pecho.

—No es su responsabilidad —apuntó Mary—. Justin tiene derecho a hacer con su vida lo que quiera. Tú no puedes...

—¿Qué sabes tú de Justin?! —Janina la detuvo intentando erguirse frente a ella—. ¿Crees que porque pasaste una noche con él lo conoces bien?

Mary la observó con los ojos agrandados, llenos de confusión.

—No te voy a negar que le he rogado a mi hermano que me ayude, porque estoy sola en esto —confesó con firmeza, aunque en su tono se podía percibir la desesperación—. Pero Justin no se quedó en la isla solo por mi problema. Él tiene sus propios asuntos que superar —dijo de mala gana sacudiéndose el abrazo tierno de Peggy, quien pretendía sostenerla para darle apoyo, y salió con paso débil hacia el exterior, aún encorvada por su dolor de estómago.

Mary no podía moverse por la sensación de tristeza que la embargaba. Se mostraba tan compungida que Peggy se apiadó de ella.

—La madre de Justin y Janina los tuvo siendo muy joven —reveló la rubia mientras jugueteaba con nerviosismo con un mechón de su largo cabello que se había salido del gorro—. Su padre se responsabilizó de ellos un año, luego se marchó de la isla para hacer realidad su sueño de viajar por Europa. Nunca más supieron de él —comentó con desolación—. Su madre los dejó cuando Justin tenía seis. Fue a estudiar a Providence, pero se enamoró y dejó la universidad. Se marchó a Florida, donde tuvo más familia. Casi nunca viene a la isla ni se comunica con sus hijos. Justin creció sintiéndose inseguro por esos abandonos. No se va porque cree que le debe todo a su tío Tom, el único que ha velado por él y por su hermana, sobre todo ahora, que Hogan se marcha de casa.

Mary se quedó paralizada. Fijó su mirada en el suelo, con vergüenza, al notar que Peggy salía en busca de Janina.

Siempre había visto a Justin como un chico seguro de sí mismo y muy maduro para su edad. Nunca pensó que tras esa fachada escondiera una soledad tan intensa, marcada no por los traslados, como le había ocurrido a ella, sino por el abandono de quienes le dieron la vida.

«Deberían sentenciar a cadena perpetua a los padres que dejan solos a sus hijos», pensó, recordando con rabia aquella vez en que Darryl se marchó de casa y las dejó a ella y a su madre para vivir con su amante embarazada, creándole un sinfín de problemas psicológicos y sociales que aún le costaba superar.

No quiso ser injusta, intentó ponerse en la piel de Darryl y de la madre de Justin para comprenderlos. Sin embargo, el ejercicio le trajo a la mente una idea que la aterró aún más. ¿Y si ella misma estuviera embarazada?

Aunque habían mantenido relaciones sexuales con protección, existían pruebas de que los preservativos no eran seguros al cien por cien.

¡¿Y si estuviera esperando un hijo de Justin?!

Se llevó ambas manos a la cabeza para controlar la sensación de pánico que la embargó. En ese momento de su vida no podría afrontar una situación como esa. No era capaz de realizar un buen trabajo que le generara suficientes ingresos para mantenerse, no había sabido cuidar de Alex ni podido alejarle de todo peligro. Ni siquiera logró encontrar la manera de cumplir con su sueño de estudiar y ser una profesional. Entonces, ¿cómo pensaba enfrentarse a la posibilidad de una maternidad?

La ansiedad le recorrió las venas como si se tratara de un líquido frío y mortal que le coagulaba la sangre y le robaba la vida.

Si estuviera esperando un hijo de Justin, ¿cómo lo traería al mundo? Y ¿dónde vivirían?

¿Acaso cobijados en el hogar de los Owen, subsistiendo a expensas de ellos? ¿O solos en la casa de su abuela, lo que aumentaría los gastos para Darryl?

Su padre seguía pagando el mantenimiento de esa enorme vivienda, un coste que ella no podría cubrir ni aprendiendo a cocinar galletas en el café; y Justin tampoco lo conseguiría siendo ayudante de su tío.

La desesperación comenzó a invadirla. Tuvo que cerrar los ojos y esforzarse por olvidar el asunto. Se recordó a sí misma que todo era una simple idea. No estaba realmente embarazada de Justin.

—Qué fácil es huir cuando se tiene miedo —se dijo, y salió del baño a toda prisa para sumergirse lo más pronto posible en la tarea que había dejado

pendiente y no pensar más en tonterías.

Janina y Peggy se habían marchado del café a causa de los malestares de la primera, situación que tenía a Karin encendida en cólera. La mujer no hacía otra cosa que quejarse y amenazar al resto del personal sacando a la luz los errores de cada uno. Fue así como Mary supo que la adolescente que lavaba los cacharros era madre soltera, como Yordana, y el chico de rasgos asiáticos un extranjero ilegal que se había refugiado en esa isla para evitar a la policía migratoria y trabajar en paz, pues debía enviar dinero a su humilde familia, asentada fuera de Estados Unidos. Todos ellos fueron contratados por Tyler a petición de amigos, y el lugar se había llenado de jovencitos inexpertos que llevaban sobre sus hombros pesadas cargas.

Peggy, al igual que Janina, era una chica abandonada por sus padres, que, además, debía responsabilizarse de su terrible hermano menor. Dejó los estudios para trabajar y obtuvo un puesto en ese lugar gracias a Tom Owen. Fue la propia chica quien, por insistencia, logró conseguirle empleo a su mejor amiga. Janina había alegado que necesitaba ganar dinero para pagar sus estudios universitarios en Providence, pero desde el principio todos en el café descubrieron su verdadera razón: el embarazo que torpemente intentaba ocultar.

Mary terminó el día sintiéndose muy cansada. Estaba tranquila porque las pruebas realizadas a Alex no habían salido tan mal como había imaginado. Sus dolencias se debían a una simple infección urinaria fácil de tratar. Sin embargo, saber que su caos giraba alrededor de otros cuyos conflictos eran igual de enmarañados le descompuso su mundo emocional.

Recordó la reflexión que había hecho con Justin la noche anterior: las estrellas, de lejos, son todo un espectáculo, pero cuando uno se acerca entiende que están solas, muy alejadas entre sí, consumidas por su propio fuego.

Después de desprenderse de su delantal y del gorro, se arregló los cabellos y salió de la cocina cabizbaja, pero al entrar al café pudo percibir la figura imponente de Doménico Mancini tras la barra.

El hombre anotaba con rapidez unos números en un cuaderno, con su ceño siempre fruncido, como si estuviera eternamente irritado.

Respiró hondo y dudó un instante. No estaba segura de lo que iba a hacer. Si cometía un error aumentaría el desagrado que el hombre parecía sentir hacia ella, pero si no se atrevía seguiría albergando dudas toda su vida, y ya estaba harta de esos vacíos que crecían a su alrededor.

Cansada de sus inseguridades, decidió seguir adelante con su idea. Abrió el bolso y se acercó con pasos firmes a su jefe.

—Disculpe —llamó su atención. Doménico alzó la mirada posando sus ojos enfadados en ella—. ¿Puede traducirme lo que dice aquí?

Colocó sobre la mesa la postal que Sophia le había regalado y que había pertenecido a su abuela.

Las facciones del hombre se relajaron en segundos. Por primera vez Mary pudo apreciar en él un semblante que no resultaba iracundo.

—¿De dónde sacaste esto? —preguntó, sin apartar su mirada desconcertada de la tarjeta. Mary sonrió con poco ánimo.

—Era de mi abuela. Me dijeron que se la regaló un enamorado especial que tuvo en la isla.

—¿Un enamorado especial?

El hombre despegó la vista de la postal para clavarla en la chica.

—No fue un enamorado cualquiera, sino un hombre muy importante para ella —reveló, logrando que Doménico empalideciera—. Lo amó en silencio, así fue feliz, a pesar de que nunca pudo tenerlo.

El hombre permaneció unos instantes rígido como una estatua de sal. Luego se obligó a reaccionar aclarándose la garganta y pasando con inquietud una mano por su cabello canoso. Observó con cierto recelo la tarjeta, pero casi enseguida encontró el valor para tomarla y acercarla a su rostro. Una media sonrisa melancólica se dibujó en su cara antes de que pudiera traducirle el mensaje escrito en la postal.

—El amor más profundo se mide por la cantidad de sacrificios que puedas hacer por él —relató.

Mary sonrió complacida. La tarjeta estaba firmada con las iniciales DM. La fijación de su abuela por el cine italiano no podía haberle sido inculcado por cualquiera; debió de tratarse de alguien que amaba ese tipo de arte, y los afiches colgados en las paredes del café, todos de actores o películas italianas de épocas pasadas, parecían confirmar sus sospechas.

DM = Doménico Mancini.

El hombre seguía con la mirada fija en la postal, pero ya no se mostraba molesto, sino nostálgico.

—Gracias —le dijo ella, y estiró la mano para pedirle la tarjeta. Mancini suspiró hondo antes de devolvérsela.

—Gracias a ti.

Mary dio media vuelta y salió del café. Aquel pequeño gesto la había

ayudado a sentirse mejor. Como si hubiera logrado quitarse de encima una pesada obligación.

A pesar de ese alivio, muchas otras responsabilidades aún se apilaban unas sobre otras.

Llegó a la casa de los Owen y halló el hogar agitado por la presencia de varias amistades de la familia. Pensó que se celebraba algún evento especial, pero los rostros atribulados de algunos presentes le indicaron que el encuentro no era por una buena noticia.

Entró con rapidez imaginando lo peor. Buscó a Gladys con premura hasta hallarla en la cocina, con lágrimas ya secas marcadas en los ojos.

—¿Y Alex? —consultó.

—En la sala de juegos, ha estado mucho mejor después de las medicinas que le di por la mañana —confesó con una débil sonrisa, matizando sus palabras con cierto rastro de tristeza—. Stela me ayuda a cuidar de los niños.

—¿Qué... ha ocurrido? —preguntó Mary, inquieta. Notó que algunos vecinos la miraban con interés.

—Es Janina. —Mary abrió más sus ojos—. Está en Urgencias. Tom, Justin y Hogan la acompañan.

—Tuvo un... —Quiso indagar la posibilidad de que la chica hubiera tenido un accidente. Recordó que la había visto salir enfadada del café, tanto por sus malestares como por la discusión que mantuvo con ella en el baño.

El temor de que Janina se hubiera accidentado por su culpa la atormentaba. Más aún al recordar su embarazo. Una realidad que tal vez Gladys desconocía.

—Está enferma —alegó Gladys, y le dirigió una mirada cómplice.

La joven creyó comprender lo que la mujer trataba de decirle en silencio: los Owen debían estar al tanto del estado de su sobrina, pero los amigos y vecinos no.

Se disculpó para ir al cuarto de juegos en busca de Alex. Deseaba indagar más sobre el asunto, pero la presencia de tantas personas la cohibía.

Mientras se encontraba en la casa de los Owen, Mary comenzó a sentir una necesidad apremiante. Deseaba ver a Justin, escucharlo, tocarlo, sentir su calor y su aroma. Un vacío se instaló en su estómago, que no podía llenar con los abrazos ni con las carcajadas de Alex. Mucho menos con las continuas tazas de café que le ofrecían.

Pasó un buen rato hablando con Stela en el cuarto de juegos, oyendo los planes que la mujer había trazado con Hogan, de cómo compartirían su

departamento en Newport y de la posibilidad de instalar juntos un negocio de venta de artículos de pesca en esa ciudad, de hijos, de la futura compra de una casa a orillas del mar y de un coche familiar. Cosas que ella también soñaba con obtener algún día, pero no todavía.

Descubrió que sus aspiraciones más próximas se centraban en Kingston, en la universidad. En pasar más tiempo con Claire y con el resto de sus amigas, con sus padres y con ella misma, para conocerse y redefinirse como persona. En recuperar el tiempo perdido e intentar retomar el ballet, aunque fuera como afición; en viajar, divertirse y besar a Justin muchas veces, saboreando cada rincón de su boca y de su cuerpo, hasta quedar saciada.

Aún no estaba preparada para ser madre o esposa, para dejar de lado su juventud y asumir una adultez prematura. Sí quería una compañía romántica, pero la de un novio apasionado o la de un compañero de aventuras, hambriento de mundo. Como ella.

En pocas palabras, anhelaba la compañía de Justin. De ese chico despreocupado que procuraba vivir su día a día en libertad, a pesar de que algunas circunstancias de la vida pretendieran limitarlo.

Los vecinos se marcharon al saber que Janina se encontraba mejor; Yordana se llevó a Brian y el humor de Gladys y Stela mejoró una vez que el peligro había pasado. Y entonces ella se atrevió a dejar por un instante a Alex con las mujeres para ir a Urgencias y encontrarse con Justin antes de regresar a casa.

Lo encontró en los alrededores de la instalación, en los jardines, mirando cabizbajo la grama que crecía bajo sus zapatillas, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y el semblante endurecido. Al llamarlo, él alzó con lentitud el rostro y lo dirigió hacia ella. Sus ojos parecían dos pozos profundos y feroces que contenían una peligrosa agitación.

—¿Qué ocurre? —preguntó, y se acercó con precaución hasta quedar a su altura. Le cubrió la barbilla con las manos, buscando acariciar con delicadeza su piel y relajar sus facciones.

—Janina... —Se detuvo. Mostró inseguridad. Mary asintió con la cabeza, sin dejar de sentirse atrapada por la mirada colérica del chico.

—Sé que está embarazada.

Justin apretó el ceño y la mandíbula como si le hubieran tocado una herida sangrante que llevaba en el alma.

—Intentó abortar. —El corazón de Mary se encogió en su pecho, pero procuró mantenerse imperturbable para darle a Justin la oportunidad de

expresarse—. No quiere al niño. No si lo tiene sola. Y el miserable que la dejó embarazada se niega a reconocer su paternidad.

Mary bajó la vista a los labios del joven, inquieta. ¿Qué podía decirle que lo ayudara a calmarse? ¿Cómo apaciguaría su rabia?

Él lo había dejado todo por acompañar a su hermana en su dificultad, y ella pretendía mandarlo todo a la mierda acabando con la vida que crecía en su vientre y poniendo en riesgo la suya.

Si hubiera estado en el lugar de Janina, ¿habría tomado la misma decisión?

Una punzada en el vientre hizo que su rostro evidenciara sus preocupaciones. No quería creer que estuviera embarazada, pero su cerebro sugestionado por los conflictos que la rodeaban le jugaba una mala pasada.

—No quiere hablarlo con nadie. Ni con mis tíos —reveló Justin mientras contenía su ira—. Este intento estuvo a punto de ser mortal para ella y aún no sabemos si el niño está del todo bien.

Mary se obligó a mirarlo a los ojos. No podía evitar que en sus pupilas se reflejaran la vergüenza y el miedo que sentía. Sabía que aquello lastimaba a Justin y a su familia más que a nada, pero le era imposible sentirse identificada con ellos. Solo con la desesperación de Janina.

—¿Puedo hablar con ella?

Justin arqueó las cejas mostrando sorpresa.

—¿Hablar?

—Sí..., es... —No sabía qué decirle, ni a él ni a Janina, pero ya había abierto la boca—. La encontré en el baño del café esta mañana, había vomitado y fue cuando descubrí su estado. La acusé sin piedad. Quizás por eso tomó esa decisión.

Él relajó el semblante y se esforzó por sonreír, pero solo alcanzó a dibujar una débil mueca con la comisura de sus labios.

—Desde hace dos días está bebiendo un brebaje que le recetó un curandero de Newport; como no funcionaba, hoy duplicó la dosis. Tuvieron que hacerle un lavado gástrico y casi se muere.

Mary suspiró hondo, y el vacío que se instaló en su pecho se hizo más extenso.

—Déjame hablar con ella.

Justin asintió y la tomó de la mano, entrelazando sus dedos con los de ella para dirigirla a la habitación donde descansaba su hermana.

Tom y Hogan se encontraban en el pasillo. Conversaban con uno de los

médicos sobre los resultados de los últimos exámenes realizados a Janina. Antes de entrar en el cuarto, Justin le confesó a Mary que su tío no le había contado a su tía por teléfono toda la verdad. Las secuelas del intento de aborto de su hermana no estaban todavía claras y Tom no quiso dejar a su esposa angustiada en casa. Cuando tuviera la información exacta iría a hablar con ella en persona. Era probable que a Janina tuvieran que practicarle un aborto quirúrgico.

Al entrar, a Mary le pareció que aquella habitación era más fría y gris de lo habitual. Tal vez el rostro atribulado de Janina ayudaba a que el ambiente lúgubre lo invadiera todo.

La joven tenía la mirada fija en el ventanal polarizado que había en un lateral, donde se reflejaba su imagen débil, pálida y triste.

La lozanía de su juventud se había perdido. Se le notaban enormes ojeras y manchas en la piel, arrugas y labios cuarteados. Eso afectó tanto a Mary que detuvo sus pasos bajo el umbral. El recuerdo del cuerpo marchito de su hermanastra un par de años antes le llegó a la mente y lo comparó de forma involuntaria con el de Janina.

—Ey, Jan —La saludó Justin aparentando cordialidad, aunque era inevitable que la furia que latía en su cuerpo contagiara también a su voz—. ¿Cómo te sientes?

Ella giró el rostro con lentitud, dedicándole una mirada suplicante. Sin embargo, la presencia de Mary en la puerta la desconcertó. Por un instante se mostró ofuscada, pero el cansancio parecía vencerla, y simplemente la ignoró para verse de nuevo reflejada en el cristal polarizado.

—Bien —contestó con sequedad.

Justin intentó decirle algo más. Sin embargo, se mordió los labios para ahogar las palabras torpes que estaba a punto de expulsar y apretó los puños antes de darse media vuelta y salir de la habitación.

—Te dejo un rato con Mary —bramó mientras cerraba la puerta. Janina lo miró marcharse con desagrado. Posó un segundo su mirada en Mary, como preguntándose qué hacía ella allí, pero enseguida volvió a ignorarla.

El momento no podía resultar más incómodo para ambas. El silencio fluyó durante un par de minutos mientras cada una se mantenía pétrea, ocultando con su furia el miedo que las embargaba.

—Creo que sabes que Alex no es mío —alegó Mary cuando se creyó preparada para enfrentarse a la otra chica. Janina no respondió, pero tragó y parpadeó varias veces al quedarse sorprendida por aquella intervención—.

Huí con él de casa para que no siguiera pagando por unos errores que no cometió.

Finalmente, Janina resopló con extenuación.

—¿A qué viene...?

—Mi hermanastra abortó a una niña dos años antes de tenerlo a él, con cinco meses de embarazo.

El silencio inundó esas cuatro paredes absorbiendo todo el oxígeno del lugar. Mary sintió que la temperatura bajaba aún más, haciendo temblar sus manos de manera casi imperceptible. Estaba ansiosa por salir de allí y marcharse lejos. Por eso apresuró su discurso.

—La acompañé al sitio donde se practicó el aborto. Yo estaba más aterrada que ella —confesó con inseguridad, logrando que Janina girara la cabeza para verla—. Por fuera era una casa cualquiera. No parecía que por dentro tuviera habitaciones equipadas como las de una clínica. El doctor parecía molesto y apurado, le cobró una fortuna y recitó un montón de advertencias y cuidados posteriores que ninguna de las dos escuchamos. Solo recuerdo que le inyectó un líquido y que sintió unos malestares como los menstruales durante unas horas, supuestamente expulsaría el feto sin inconvenientes cuando sintiera necesidad de ir al baño, pero no fue así.

Mary se detuvo para respirar hondo y, por instinto, se cubrió el vientre con una mano. Janina siguió su gesto con la mirada.

—Estuvimos allí toda la mañana —siguió—. Valery se retorció por los dolores, pero no podían aplicarle ningún calmante. Yo me asusté tanto que estuve a punto de llamar a mi padre, pero ella me lo impidió. Gritaba diciendo que no podía tenerlo, que era muy joven y tenía miedo. Creo que trataba de convencerse a sí misma de que aquello valía la pena.

De nuevo cerró la boca para llenarse los pulmones de aire y secarse las lágrimas que rodaban por su rostro.

—A mitad de la tarde la prepararon para sacarle el feto de forma quirúrgica. De su vientre salió una criatura diminuta y enrojecida, que tenía manos y pies. Se le notaba la forma de los ojos, de la nariz y la boca, eran como los de una persona normal —relató con voz desgarrada—. Yo la vi. Estaba acurrucada en la mano enguantada del médico con una mejilla apoyada en sus manitas cerradas en puños, como si durmiera —murmuró entre llantos—. Pero estaba muerta...

No pudo seguir con la historia. Se tapó el rostro y lloró desconsoladamente unos minutos, hasta que recordó dónde estaba y por qué

había tenido que traer a colación aquella imagen dantesca que se había esforzado en olvidar.

Respiró hondo, se limpió el rostro y se enderezó para continuar su charla con Janina, quien ahora se mostraba afectada, encogida en la cama abrazando su estómago, como si lo protegiera de los peligros externos.

—Valery tuvo una hemorragia y una infección que le duró semanas, con fiebre, sudores fríos y mucho dolor. También trastornos gastrointestinales, insomnio y nerviosismo, que todavía trata de controlar con drogas. Se volvió adicta a la heroína para olvidarse además de la sensación de culpabilidad y de luto que la persigue día y noche —narró con rabia, comprendiendo en ese momento la gran estupidez que había hecho al apoyar a su hermanastra en semejante idiotez—. En ocasiones ha intentado suicidarse. Por eso tuvo a Alex, quería solventar su error de alguna manera. Pero al ver que había dado a luz a un niño y no una niña volvió a sentirse vacía. No se ocupa del crío y lo abandona sin sentir remordimientos, y aunque hay días en que se le acerca y lo abraza como si acabara de conocerlo, ese interés maternal se le pasa pronto y vuelve a perderse. Creo que nunca podrá superar su pena.

Al finalizar el relato, la chica bajó la mirada hacia los mosaicos del suelo para observar el mismo punto que miraba Janina. Ambas ahogadas en los recuerdos atroces que rondaban por sus cabezas.

—Siento no haber tenido otra cosa que ofrecerte esta mañana en el baño del café que no fueran reproches —añadió Mary, y alzó el rostro para mirarla a los ojos—. En este momento no soy la persona idónea para ayudarte o consolarte, ya que estoy cometiendo errores tan fatales como los tuyos. Solo vine a decirte que valores lo que tienes allá fuera —rogó, y señaló la puerta por donde había salido Justin—. No estás sola. Nunca lo has estado. Solo crees que es así porque hiciste algo malo, pero todos ellos también han cometido sus propios errores y atraviesan sus propios calvarios, no los alejes de ti o, te aseguro, la vida será peor.

Después de decir aquello, se marchó sin despedirse y sin mirar atrás. Ya había notado en las lágrimas de Janina su imagen reflejada, y le tuvo miedo. Allí no vio a la misma Mary que siempre encontraba en el espejo, sino a una joven sola, más adulta. Una mujer diferente, a la que aún no conocía del todo, pero que le inspiraba tristeza.

Quería alejarse de ella. Correr tan rápido que hasta perdiera el aliento.

Sin embargo, no llegó muy lejos. Al cerrar la puerta se percató de que Justin la esperaba fuera, con la misma postura derrotada que había observado

en el jardín del hospital: encorvado, con las manos en los bolsillos y la mirada en el suelo. Solo que en esa ocasión no estaba enfadado, sino melancólico.

Cuando alzó la vista hacia ella, Mary pudo notar la luz de la determinación brillando en sus pupilas, a pesar de abrigar inseguridades.

Sintió un aleteo descontrolado en su vientre y una incipiente excitación en su pecho. Era el momento de decirse muchas cosas.

CAPÍTULO 22



—El daño no fue tan fuerte para el niño. Con muchos cuidados, puede reponerse. Solo espero que Janina quiera colaborar —comentó Justin mientras caminaban hacia los jardines exteriores del centro de salud.

Él seguía con las manos en los bolsillos. Ella se abrazó a uno de sus brazos y recostó la cabeza en su hombro. El calor de la compañía de Justin le serenaba el corazón agobiado y su aroma resultaba como un elixir relajante que enviciaba.

—Será su decisión.

—Mi tío está dispuesto a luchar para hacerla cambiar de parecer. Le ofrecerá hasta el cielo si es necesario.

—No sabes cuánto la envidio —enunció Mary en medio de un suspiro. Justin se detuvo para mirarla de frente, acariciándole el alma con la ternura que desprendían sus ojos.

—No estás sola.

Ella se conmovió por las palabras dulces que el chico expresaba. Acarició una de sus mejillas, sintiendo bajo su mano el cosquilleo del diminuto vello de su barba.

—Es muy heroico de tu parte dejarlo todo por ayudar a tu hermana, pero también deberías luchar por tus propios sueños. —Justin la observó con cierta sorpresa reflejada en sus facciones, y sin poder decir una sola palabra—. ¿Recuerdas cuando me preguntaste qué tenía para ofrecerle a Alex? Te diste cuenta de que me sentía insatisfecha porque todo el futuro que me planteé antes de salir de Providence se derrumbó por culpa de una decisión apresurada, dominada por la rabia. Tú sabías que si seguía albergando esa sensación terminaría transfiriéndosela a Alex de alguna manera, hasta hacer de él un chico insatisfecho, como yo. —Él bajó un poco los párpados y la mirada, hasta mostrarse taciturno y pensativo, mientras asimilaba las palabras de la chica—. Tienes que tomar ese consejo para ti mismo. No podrás ofrecerle nada a tu sobrino si no te construyes primero una vida para ti.

—Entonces... —intervino Justin irguiéndose frente a ella. Su pecho se hinchó con toda la valentía y fortaleza que las circunstancias le habían

entregado—. Quédate conmigo y construyamos juntos esa vida.

—¿Qué?!

Mary empalideció y hasta retrocedió un paso. Justin se apresuró a retenerla tomándola de las manos. Las envolvió en las suyas y las acercó a sus labios para besarlas con devoción.

—Quédate conmigo —repitió, con los ojos húmedos por la emoción. Mary no podía salir de su asombro. El impacto le borró por completo las ideas de la mente.

—Yo...

—Tal vez no sea un trabajo fácil, pero podemos intentarlo.

—¿Intentarlo? —preguntó, con el miedo extendiéndose por sus venas y helándole la sangre—. No puedo —susurró. Justin amplió la mirada. La joven pudo apreciar cómo, poco a poco, su rostro masculino se endurecía. Sintió pena por lastimarlo de nuevo—. No estoy preparada para esto...

—Yo tampoco —se apresuró en aclararle, lo que obligó a la chica a respirar hondo y tragar saliva para seguir.

—Me gustas muchísimo, Justin, y me importas. No te niego que a cada instante crece en mí una necesidad apremiante de estar contigo, pero... — Cerró la boca y bajó el rostro al sentirse abatida. En el pecho, una colisión de emociones le hacía pedazos el corazón—. Necesito tiempo..., necesito pensar... —le explicó con inseguridad, sin tener el coraje de mirarlo a los ojos.

Justin se enderezó y observó los alrededores. Esperaba que el golpe del rechazo se aplacara para poder hablar sin ningún rastro de rabia o rencor, pero era imposible. Aquello le dolía demasiado. Se mordió los labios y se esforzó por recordar la peligrosa tontería que había cometido su hermana y la inmensa responsabilidad que ahora tenía con ella y con su sobrino, para olvidarse un poco de su expiación y ahogar las lágrimas que estaban a punto de escapar de sus ojos.

Aún tenía las manos de Mary cogidas entre las suyas. Ese contacto le quemaba. Anhelaba no solo sostener esos suaves puños temblorosos, sino el cuerpo entero de la chica, con cada una de las penas, miedos y errores que contenía, y disfrutar de todo el amor, la alegría y la pasión que él ya había conocido.

Pero debía aceptar que lo que pretendía era una locura, una idea que ni él mismo había evaluado. La desesperación del momento lo había impulsado a decir unas palabras que jamás consideró. ¿Vivir con una pareja? ¿Dónde?

¿Ofreciéndole qué? Sí, al igual que Mary, él no podía negar que se sentía vacío e insatisfecho con lo que había logrado hasta ahora.

Aunque el análisis de aquella situación era bastante acertado, la furia por el rechazo lo atormentaba más. Había esperado, al menos, un poco de buena disposición por parte de la joven, no una negativa rotunda a su propuesta. ¿Acaso ella no sentía lo mismo que él?

Pensó que Mary podía quererlo de la misma manera en que él la quería a ella, pero, por lo visto, se había equivocado.

—Creo que... —intentó hallar alguna excusa para alejarse de la joven. Soltó sus manos, sintiendo un desgarramiento en su alma que le apagó las palabras.

Mary lo miró perpleja, con la angustia contenida en sus pupilas. Apoyó sus manos abandonadas en su pecho, pretendiendo aplacar con el gesto el amargo dolor que crecía en su interior. Nada de lo que le había ocurrido hasta ahora la había lastimado tanto como ese paso atrás dado por Justin.

Asintió con nerviosismo sin poder evitar que el llanto anegara sus ojos y unas cuantas lágrimas rodaran por sus mejillas. Ansiaba decir «perdóname» o «te quiero», pero nada le salió. Dio media vuelta y se marchó, apartándose del desesperado mutismo del chico, que ahogaba en suspiros los «detente» y los «no me dejes» que ansiaba gritar.

Mary se largó a toda prisa del hospital en su Mazda. Rodó por las amplias calles del pueblo sin mirar a los turistas que se aglomeraban en la zona comercial de la isla.

Escapó hacia el sector de los acantilados, donde el inmenso mar se mostraba interminable y profundo, lleno de vida y misterios. Tintado por un cielo despejado, coloreado de azul cremoso y libre de obstáculos que taparan su inmensidad.

Lo observó con melancolía hasta que se secaron sus lágrimas, abrazada al volante del coche.

—¿Cómo lo hiciste, abuela? —se preguntó en murmullos, recordando la proeza de Elizabeth de vivir en Jamestown construyendo la vida que siempre quiso, sin que nada afectara su decisión, capaz incluso de mantenerse alejada del hombre que amaba y de su único hijo.

¿Ella podría hacer lo mismo?

Recordó a Alex, su sonrisa contagiosa y sus grandes y sonrosados mofletes. La dulzura impresa en su mirada y su respiración lenta y acompasada cuando dormía. ¿Cómo podría dejarlo en Jamestown y alejarse de él para llevar a cabo sus planes sin importarle nada?

La imagen de Justin también irrumpió en su cabeza, generándole una punzada angustiante en el pecho. De forma involuntaria, más lágrimas salieron de sus ojos.

No quería alejarse de él. Simplemente, no podía.

Un golpeteo en el vidrio de la ventana la sobresaltó. Giró de golpe para ver quién la había sorprendido y se encontró a Eric con un brazo apoyado en la carrocería, observándola con una mirada dura y cansada.

Le hizo un gesto con la mano para indicarle que saliera mientras se separaba del vehículo y se dirigía a la parte trasera.

Ella dudó un instante, con el corazón latiéndole a mil por hora en el pecho. Dedicó unos segundos a relajarse, limpiarse las lágrimas y arreglarse los cabellos. Al salir, lo encontró sentado sobre el capó, fumando. Con la mirada perdida en el mar.

Su moto estaba estacionada tras el Mazda. La desconcertó no haber oído que él se acercaba. Estaba tan compungida que olvidó que un mundo agitado y peligroso aún giraba a su alrededor.

—¿Qué quieres? —le preguntó, cruzándose de brazos. Eric no se molestó en dirigirle la mirada.

—Está aquí. —Mary empalideció y abrió bien los ojos. Sabía que se trataba de Ronald—. Dame al niño o pronto te lo quitará.

El miedo hizo que le temblaran las piernas. Retrocedió un paso pero se obligó a detenerse. No era momento de huir.

—Está enfermo —le reveló a Eric refiriéndose a Alex, y llamando su atención—. No es grave, pero necesita seguir un tratamiento durante unos días. —Se apresuró en aclarar, al ver cómo el hombre le dirigía una mirada acusadora—. Me necesita. No pienso dejarlo —recalcó con rabia, decidida a dar su vida por el chico si fuera necesario.

—Entonces, vente conmigo. —La propuesta de Eric le congeló la sangre—. Tengo contactos en Boston, incluso en Kansas. Nos iremos lejos. Donde nadie pueda encontrarnos.

Mary parpadeó varias veces para salir de su mutismo. La postura decidida de Eric la intimidaba.

—Valery apareció y se fue de la boca con la policía contando todo sobre Ronald —confesó él—. Descubrieron uno de sus depósitos de droga y han atrapado a varios de sus hombres. Está furioso, lo han obligado a dejar Providence. Juró que se vengaría de ella.

La chica lo observó aterrada. ¿Qué demonios pensaba su hermanastra al

decir todo aquello sin antes poner a salvo a su propio hijo? Y Darryl, ¿por qué no le avisó para que ella se preparara?

Y, ahora, ¿qué haría?! ¿A dónde iría con el niño para resguardarlo del peligro?!

Toda la responsabilidad de la seguridad de Alex recaía sobre ella, pero no estaba preparada para eso, para luchar contra ningún delincuente y su banda de gánsteres. Estaba segura de que Ronald daría pronto con ella y la eliminaría con facilidad para quedarse con el niño. No quería ni pensar lo que podría hacerle al chico.

—Vente conmigo, Mary. Haré lo que sea para protegeros. Quiero redimirme salvándolo a él.

Eric pareció captar la desesperación de la chica y fue capaz de decir las palabras justas que terminaran por convencerla.

—Sí —aceptó, con voz temblorosa—. Tenemos que sacar a Alex de esta isla.

Una sonrisa casi imperceptible se dibujó en el rostro del joven. Lanzó al suelo la colilla encendida del cigarro y se bajó del capó para colocarse las gafas de sol.

—Busca a Alex y ve al fuerte Wetherill. Allí te esperaré.

—Pero... ¿y Ronald? —preguntó al verlo subirse a la moto. Si el hombre la interceptaba, se desharía de ella sin mucho esfuerzo.

—Él está esperando en tu casa, no puede andar paseándose por la isla. No te acerques allá. No sabe dónde dejaste a Alex.

—¿Tú sí? —consultó, sobresaltada. Saber que Eric conocía el paradero del niño la angustiaba. Dejaba en evidencia que todo ese tiempo había estado siguiéndola, vigilando sus pasos.

—No tardes. La policía anda detrás de mí, por eso te esperaré en el fuerte. Ronald tampoco te seguirá, han enviado una alerta a toda la policía del condado. Lo buscan.

El joven encendió el motor de la moto, y ello aumentó la angustia de la chica.

—¿Estás seguro?

Eric la miró fijamente un instante. Ella no pudo comprobar si su mirada, oculta tras las gafas de sol, era sincera o no.

—Confía en mí. —Fue lo único que dijo antes de marcharse.

Ella se quedó en ese lugar un tiempo indeterminado, viendo la extensa carretera por donde él había desaparecido, con el terror palpitando en sus

sienes.

El graznido de una pareja de gaviotas que volaban por encima de su cabeza la sacó de su mutismo. Enseguida se apresuró a subir al Mazda y ponerlo en marcha para ir en busca de Alex.

Tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no demostrarle su angustia a Gladys, aunque sospechó que la mujer había podido percibir su desesperación. Sus ojos, a pesar de ser pequeños y rasgados, estaban llenos de experiencia, y podían captar a la perfección sus miedos y temores.

Sin embargo, Gladys no dijo nada. Solo la abrazó con una ternura similar a la de sus padres.

Mary se sintió pequeña frente a ese gesto. Extrañó y anheló con furia el cariño de Deborah y Darryl, quienes, a pesar de todos los inconvenientes familiares que tuvieron, nunca dejaron de demostrarle cariño. A su manera.

Rápidamente desechó esas necesidades para centrarse en lo verdaderamente importante. Debía poner a salvo a Alex.

Tomó un camino diferente para dirigirse al fuerte, pues pensaba que Ronald la seguiría, aunque Eric le había asegurado que no sería capaz de hacerlo. Lamentó no haber podido acercarse a su casa, pues allí estaba la pistola que perteneció a su abuela, guardada en una cajonera de la sala de estar. Con ella tal vez se sentiría más segura, a pesar de no recordar cómo debía utilizarla.

Se detuvo en una parte del camino, bajo la sombra de un árbol inmenso, para revisar su teléfono móvil, que no paraba de sonar. Comprobó que tenía varias llamadas perdidas de Justin y otras de su padre. Ambos intentaban comunicarse con ella de modo insistente.

Un frío mortal la invadió. Si los atendía, lograrían impedir que actuara y no podía permitirlo. Ronald ya estaba en la isla, tras ella. Si no llevaba a Alex a un sitio seguro cuanto antes, el peligro se cerniría sobre el niño.

Miró al chico por el retrovisor. Reía despreocupado, sentado sobre su sillita en el asiento trasero, mientras jugueteaba con su peluche del pez Nemo. Todo el amor y cariño que sentía por él le nubló el pensamiento. Sus ojitos negros se posaron en los de ella y le derritieron el alma con su calor. En ese momento Alex era la prioridad. Nada más.

Apagó el teléfono y se dispuso a seguir, pero una visión la obligó a ocultarse tras la puerta del auto. El vehículo de Tyler pasaba por la carretera que había tomado, aunque el hombre fue incapaz de reparar en ella, ya que tenía su atención puesta en el camino y en la llamada que en ese momento

estaba atendiendo en su teléfono móvil.

Esperó a que desapareciera para incorporarse y repasó con curiosidad los alrededores. ¿Qué hacía Tyler por esa zona?

La carretera atravesaba una zona residencial de casas grandes de estilo colonial, que debían ser propiedad de familias pudientes. Así lo demostraban sus amplios jardines trazados con caminos adoquinados y arbustos de flores, así como las imponentes fachadas de las viviendas adornadas con columnas y grandes ventanales, que miraban hacia una silenciosa bahía y a un pequeño puerto donde se resguardaban suntuosos yates.

Tal vez el hombre venía de visitar a un cliente o un amigo. La casualidad de tropezarse con él añadió en su interior un sentimiento de culpabilidad. Tyler le recordó la desinteresada solidaridad de Tom Owen y de su familia, a su padre y sus anécdotas aventureras en la isla, y, sobre todo, a Justin, su sonrisa pícaro y sus besos salvajes.

Se frotó el rostro con cansancio para sacudirse la pena y seguir a lo suyo, pero al mirar al frente su sangre se congeló de nuevo. Una mansión, cuyos jardines estaban completamente poblados de lirios asiáticos, le comprimió el pecho.

Mary suspiró con agotamiento. Parecía que todo se confabulaba en su contra para hacerla dudar.

El recuerdo de su abuela, a quien nunca conoció, terminó de doblegarla. No se creía con las fuerzas necesarias para poner el coche en marcha y seguir su camino hacia el fuerte. Mucho menos al toparse con la mirada de águila de Doménico Mancini, que la observaba fijamente y con su eterno ceño fruncido desde el portón de su residencia.

CAPÍTULO 23



La casa de Mancini era inmensa y elegante. De paredes tan blancas como la crema de leche y suelos de parqué pulido. Innumerables ventanales daban a amplios jardines repletos de flores, entre las que se encontraban los lirios asiáticos adorados por su abuela.

Los muebles eran de piel oscura y brillante, tan sobria como su dueño. Las repisas estaban llenas de libros y de delicados adornos de cristal que resplandecían con la luz natural.

Mary se sintió relajada con el aroma a flores, tabaco y café que respiraba. Era el mismo que olía en la casa de Elizabeth y, al igual que en el hogar de su abuela, parecía estar adherido a las paredes.

—¿Qué haces a esta hora paseando por esta zona? —preguntó Doménico mientras ponía en orden unos libros de títulos italianos desparramados sobre un sofá.

Mary no le respondió, ni siquiera lo veía. Tenía los ojos clavados en una fotografía enmarcada en dorado y situada sobre una rinconera, en la que aparecía su abuela abrazada a Doménico, con una sonrisa tan radiante que hubiera sido capaz de calentar cualquier frío corazón.

Se aproximó a la imagen y la tomó con una mano para examinarla mejor.

—Te pareces mucho a ella —comentó Mancini.

Mary se giró para mirarlo, comprobando que en esa ocasión sus facciones eran melancólicas y serenas, no irritadas como siempre solía tenerlas.

—No creo. No soy tan valiente como ella.

Doménico sonrió con poco ánimo.

—¿Valiente? Tu abuela era una cobarde. —Mary lo observó con perplejidad—. Solo que el miedo, en vez de cohibirla, la enfurecía y la empujaba a actuar de forma espontánea.

La joven alzó las cejas en un arco perfecto, sorprendida por lo que le acababa de revelar.

—Elizabeth me contó que de niña era muy consentida —relató mientras tomaba asiento en una tumbona y la invitaba a hacer lo mismo en el sofá. La chica se sentó con un niño a punto de dormirse entre sus brazos, que

bostezaba profundo para luego continuar chupando la aleta superior del pez de peluche—. Su padre la adoraba, pues era hija única, y le daba todo lo que pedía. Cuando se casó con Sanders resultó igual. Él la complacía siempre, hasta que se cansó de sus caprichos. Elizabeth nunca logró acostumbrarse a sus rechazos y a la forma en que la ignoraba, por eso lo dejó y se vino a Jamestown.

—¿Su huida fue simplemente un antojo? —consultó Mary con un deje de decepción en la voz.

—Tal vez al principio —reveló Doménico pensativo—. Pero al ver que su lejanía no doblegaba la testarudez de su marido, quien no hizo ningún esfuerzo por hacerla volver, tuvo que hacer frente a sus miedos y aprender a vivir sola. Debía afrontar las consecuencias de su decisión. Fue así como logró conocerse a sí misma. Digamos que fue su propia inmadurez lo que la hizo crecer.

Mary acomodó a Alex en su regazo al ver que cerraba los ojitos, vencido por el cansancio. Intentaba asimilar esa nueva información que obtenía de su abuela. Una mujer que ahora se le presentaba más parecida a sí misma. Cometía errores, que luego debía aprender a superar a pesar de sus miedos e inseguridades.

—¿Por qué no oficializaron la relación que mantenían? —inquirió.

Mancini se sobresaltó un poco al escuchar la pregunta, pero enseguida se repuso y se aclaró la garganta, al tiempo que frotaba sus manos en los muslos.

—Darryl no reaccionó bien al enterarse de lo nuestro —arguyó con la mirada en el suelo—. Pensó que yo era un capricho más de Elizabeth y le exigía que regresara con su padre. Él también fue un chico consentido —señaló con cierto disgusto—. Yo siempre le reclamaba a tu abuela que tuviera más carácter con él, que no lo tratara como a un niño indefenso y vulnerable, porque eso no lo haría un hombre decidido, pero ella no me escuchaba. Tuvo a Darryl después de años en tratamientos para la fertilidad. Él es algo así como un niño milagro. Por eso lo cuidaba como si fuese un muñeco de hojalata.

Mary arrugó el ceño, tratando de imaginar la relación entre una madre caprichosa y un hijo sobreprotegido. Ambos pretendiendo encontrarse a sí mismos en esa isla, un lugar que parecía hacer brotar lo mejor y lo peor de cada uno.

—¿La amó? —se atrevió a preguntar.

Doménico la observó un momento con fijeza y asintió antes de volver a bajar la mirada y perderse en sus pensamientos.

—Más que a mí mismo —reveló con seguridad—. Elizabeth tuvo sus defectos, pero fue una mujer dulce, alegre y extravertida, que siempre hacía reír a quienes estuvieran a su alrededor. Me enseñó a soportar mi soledad y a vivir con ella dejando fuera los dolores y los rencores. Me ayudó a reconciliarme conmigo mismo, algo que siempre le agradeceré.

La chica lo miró con curiosidad, ansiosa por escuchar la historia de aquel hombre, pero no tenía el valor de hurgar en una herida que, a pesar de haber cerrado, era evidente que aún dolía.

—¿Tiene más fotos de mi abuela?

La pregunta arrancó una sonrisa en Mancini, expresión que ella nunca pensó que vería en él. El hombre se levantó de su asiento y fue en busca del álbum donde guardaba fotografías de Elizabeth, así como postales que compartían y donde se reflejaba el amor que se profesaban.

Cartas, dibujos y otros recuerdos estaban allí almacenados, como entradas al teatro o un beso marcado en una servilleta, reliquias que Doménico conservaba con devoción.

Conversaron durante horas sobre la mujer y la vida en la isla. La intimidad del encuentro le permitió a Doménico hablar un poco de su hija, que vivía en Italia con su esposo y sus tres hijos, y con quien mantenía una relación tirante desde la repentina muerte de su esposa treinta años atrás. Le confesó a Mary que seguían en contacto por vía telefónica, pero cada vez con menos frecuencia, y que lo visitaba, al menos, una vez al año, aunque solo pasaba con él unos cuantos días antes de marcharse a Nueva York, donde tenía amistades.

Compartieron un café, galletas y algunas risas, algo cohibidos por la vergüenza de quienes apenas se estaban conociendo, pero que tenían mucho en común. Mientras, Alex dormitaba a gusto en el sillón acolchado, rodeado de almohadones y abrazado a su amado peluche.

Cuando la tarde comenzó a extinguirse y Doménico tuvo que levantarse para encender las lámparas, Mary se acordó de que Eric la esperaba en el fuerte, y de que Justin y su padre la habían llamado con insistencia a su teléfono móvil.

—Si te apetece puedo pedir unas pizzas para cenar, o preparamos una pasta —propuso Mancini al ver que la chica se levantaba del suelo donde había permanecido tumbada, revisando los cientos de fotografías de

Elizabeth, y se apresuraba a buscar su bolso.

—No se preocupe, yo...

Doménico arrugó el ceño al notar que Mary empalidecía mientras encendía su teléfono y miraba la hora en su reloj de muñeca.

—¿Ocurre algo?

La joven lo observó con la angustia contenida en las pupilas. No sabía qué hacer. Era muy tarde para ir al fuerte; además, ya no quería. Y no podía regresar a su casa porque Ronald debía de estar en los alrededores. Si llamaba a Justin no sabría cómo disculparse por su falta de comunicación, mucho menos después de la triste despedida en el centro de salud. Y si hablaba con su padre terminaría confesándole su zozobra, complicándole aún más las cosas al pobre hombre, quien hasta ahora cargaba solo con los errores propios y los ajenos.

Se frotó la frente y repasó el lugar como si las respuestas a todas sus dudas estuvieran escondidas en los rincones.

—Si necesitas ayuda puedes contar conmigo —recalcó Mancini al percibir el miedo de la chica. Mary posó sus ojos desesperados en él.

—¿Puede... esconderme?

Aquel ruego lo conmovió. Doménico se irguió y retomó las facciones endurecidas que lo caracterizaban antes de indicarle a la joven el camino hacia las escaleras que la llevarían a la planta superior.

La noche fue transcurriendo y Mary, aun resguardada en aquel hogar, no podía evitar sentirse como un león enjaulado. Doménico la instaló en una habitación para invitados que contaba con una cama inmensa, donde Alex jugaba a gusto rodeado de algunos viejos juguetes que sus nietos habían dejado en una de sus visitas.

Ella caminaba de un lado a otro sin dejar de pensar y repensar en todas las estupideces que había cometido, entre ellas aparcar su coche en la entrada de la casa. Si Eric o Ronald rondaban por la zona podrían dar con su escondite con facilidad, poniendo ese hogar en peligro.

Mancini, consciente del riesgo que corrían, se ocupó enseguida de informar a la policía de la situación que la joven le había relatado. También se comunicó con los Owen a espaldas de ella. Mary no quería que los aturdieran con sus conflictos por el tema de Janina, pero Doménico no deseaba estar solo en ese asunto. La historia que la joven le contó sobre Ronald le resultaba muy perturbadora. Sabía que un sujeto tan amenazador como él no podía ser tomado a la ligera.

Mientras Mancini conversaba por teléfono en el pasillo, ella permanecía pegada a la ventana. Sus ojos conmocionados estaban fijos en la vegetación, intentando captar algún movimiento entre los matorrales.

Al mantener la vista clavada en los alrededores, no se fijó en que un sujeto saltaba la pared que colindaba con los amplios jardines del hogar. Se dio cuenta de que había un intruso cuando este corrió a toda velocidad por encima de los lirios asiáticos y se adentró en el porche con sigilo, como un ladrón.

La sangre se le subió a la cabeza. Por la oscuridad no pudo confirmar si se trataba de Eric o de algún otro delincuente colega de Ronald. De lo único que estaba segura es de que no podía dejarlo entrar en el hogar y que se acercara a Alex.

Salió del cuarto y bajó las escaleras procurando no hacer ruido. No quería alertar a Doménico para que este la siguiera y tuviera que enfrentarse a alguno de esos criminales.

La casa estaba en penumbra. Mancini había apagado todas las luces para simular que el hogar estaba deshabitado y evitar incómodas visitas. La chica se coló entre las sombras hasta llegar al recibidor. El reflejo que el brillo de la luna creaba sobre las blancas esculturas romanas que adornaban el recinto las hacía parecer espectros fantasmales, a la espera de que alguna alma fuera arrancada de la tierra para escoltarla hacia las fauces del infierno.

Con el cuerpo estremecido, Mary se acercó a la puerta, pero se detuvo en seco al escuchar que el pestillo estaba siendo forzado. Miró a su alrededor en busca de algún objeto que pudiera servirle de arma. Junto a la entrada se hallaban las perchas para colgar abrigos, y bajo estas una cesta con forma de caño grueso que guardaba en su interior unos paraguas y un bastón.

Tomó el bastón y se situó en posición para asestarle un buen golpe al delincuente que se atreviera a entrar en el hogar.

Después de unos minutos de asfixiante espera, mientras el sujeto luchaba por forzar la cerradura, finalmente se abrió la puerta. Mary pudo ver cómo un hombre alto bañado de oscuridad pasaba al interior. A pesar de las sombras, notó que los ojos del intruso se quedaban fijos en ella, pero no esperó a que hablara. Sin contemplaciones, le estampó el bastón en la cara al tiempo que lanzaba un rugido de rabia.

Logró lastimarlo. Lo sabía por el sonoro quejido que el recién llegado emitía. Sin embargo, se incorporó con rapidez, evitando que ella volviera a estrellarle el palo en su cuerpo.

Sin mucho esfuerzo empujó a la joven contra la pared más cercana. Con rudeza golpeó sus manos contra el hormigón haciendo que chillara de dolor y soltara el bastón.

Mary pensó que todo estaba perdido al sentir una gran mano presionándole con saña el cuello, asfixiándola. El miedo y la falta de respiración la llevaron a la desesperación, pero por más que pateaba, gritaba y forcejaba no lograba liberarse de su opresor.

—¡Quédate quieta! —le exigió una voz demasiado conocida. El hecho de saber que era Eric quien la lastimaba no supuso ningún tipo de alivio, más bien empeoró sus temores. La furia que descubrió en la voz del hombre la hizo pensar que estaba dispuesto a todo, incluso a matarla.

—¡Si no la sueltas disparo!

La amenaza de Doménico obligó a Eric a dejar a la chica. Mary se derrumbó en el suelo, boqueando con desesperación para recuperar el oxígeno perdido. No obstante, se esforzó por ponerse en pie y mirar la escena. Su jefe se hallaba parado muy firme en la entrada del recibidor, sosteniendo a Alex en un brazo y mirando atónito lo que ocurría. En la otra mano aguantaba una pistola. Gracias a la poca luz de la luna que entraba por las ventanas, Mary pudo descubrir que era un arma similar a la que tenía su abuela.

—Aléjate de ella y sal de la casa en silencio —ordenó el italiano utilizando un tono de voz autoritario, como si no fuera la primera vez que se enfrentaba a una situación similar.

—Deme al niño y me voy —gruñó Eric con rabia contenida.

—La policía está en camino. Será mejor que te vayas. Solo.

Mary estaba sorprendida por la actitud segura y calmada que tenía Doménico. No parecía nervioso, algo que no podía decir de Eric, quien se mecía hacia los lados con los puños temblándole de forma perceptible.

—Deme al niño.

—¡No! —Esta vez fue Mary quien se negó, levantándose del suelo para encararse con él.

—Mary, retrocede. No intentes nada.

—Llévartelo empeorará tu situación y será peligroso para Alex —alegó ella, ignorando las órdenes de Doménico—. Yo cuidaré de él.

—¡Tú no eres capaz de cuidar a nadie!

—¡Claro que puedo hacerlo! —gritó la chica con ira, sin sentirse acorralada al ver que Eric se había girado hacia ella en actitud retadora.

—¡Mary, no lo provoques! —advirtió Doménico, pero la joven seguía sin prestarle atención.

—No puedes ofrecerle ningún tipo de estabilidad. Ni siquiera lo conoces.

—¡Es mi hijo! —bramó Eric con voz nerviosa, demostrando estar al límite de su control.

—Eso no es garantía de nada. Alex merece seguridad y tú no podrás dársela. Ronald te perseguirá siempre y no para quitarte al niño y castigar a Valery, sino para vengarse de tu traición.

Eric gruñó de impotencia y dirigió su atención a Doménico, quien seguía firme apuntando el arma hacia él.

—No me iré si no me lo entrega.

El sonido lejano de las sirenas de los policías aumentó el nerviosismo del hombre.

—Creo que es muy tarde para hacer exigencias —señaló Mancini—. Si no te vas ya mismo tendrás que enfrentarte a la ley.

Eric se pasó ambas manos por la cabeza. Comenzaba a desesperarse. Miró a Mary con angustia, luego a Doménico, parecía no saber cómo actuar. La policía se acercaba con rapidez.

—¡Quiero estar con mi hijo! —vociferó hacia la chica con una voz desgarrada, y casi enseguida corrió en dirección a Doménico, dispuesto a lanzarse encima del hombre para arrancarle de las manos al bebé.

Pero un disparo sonó, seguido por el grito desesperado de la joven y el llanto aterrado de Alex.

Eric cayó al suelo, lamentándose de dolor por la herida sangrante que tenía en el hombro derecho. Se retorció aullando maldiciones. Mary se acercó a él e intentó ayudarlo, pero él se lo impidió.

—¡Eric, por favor, cálmate, o te harás más daño! —rogó ella, al ver cómo se apretaba el brazo herido y lo golpeaba contra el suelo.

—¡Mary, apártate! —reclamó Doménico mientras se acercaba con precaución, sin dejar de apuntarle con su arma.

—¡No! ¡Está malherido! —insistió la chica en medio de su llanto. Nunca quiso que aquella situación terminara de esa manera. Siempre mantuvo la fe en Eric y en la posibilidad de que evitara cometer más errores.

Las luces de colores de las sirenas de los policías entraron a raudales por las ventanas e iluminaron la estancia. Mary pudo apreciar con pena el rostro triste y desolado de Eric, sus facciones crispadas por el punzante dolor que sufría, y el arañazo en una mejilla debido al golpe que le había propinado con

el bastón. Su padecimiento no solo era físico, sino también emocional. El joven sabía que ese era el final del camino.

Varios efectivos de la policía irrumpieron en la casa y con rudeza quitaron a Mary de en medio para apresar a Eric, que no dejaba de llorar por todos sus sufrimientos. Ella observaba la escena apoyada contra la pared, tapándose la boca con sus manos temblorosas, manchadas con la sangre del hombre a quien había amado durante años.

El *sheriff* la agarró por los hombros y la sacudió para hacerla entrar en razón. Le hacía preguntas, pero ella no podía escucharlo. Estaba en *shock*.

—¡Déjala en paz, Raymond! Yo me encargo —aseguró Mancini, apartando al policía para alejarlo de Mary.

—¿Podrás con ella? —indagó el *sheriff*, viendo cómo su amigo acariciaba los cabellos de la chica y le hablaba con dulzura, asegurándole que todo estaba en orden, sin soltar al bebé, que se aferraba al cuello del italiano mientras lloraba con angustia y miraba a todos lados con sus ojitos empañados de miedo.

—Claro que puedo. ¿Apresaste al otro? —averiguó, en referencia a Ronald.

—Sí. Abatimos a su banda y ya los tenemos presos en la comisaría, custodiados además por policías y detectives de Providence.

Los oficiales se llevaron a Eric en una tumultuosa operación que mantuvo a Mary en vilo. Por precaución, revisaron toda la casa y los alrededores, y hallaron su moto aparcada en las cercanías.

Cuando todos se hubieron marchado, Mancini se ocupó de acompañar a la chica a la habitación y se quedó con ella hasta lograr calmarla. Le preparó un poco de leche tibia al niño y un té de hierbas a Mary, que los ayudaron a ambos a terminar de serenar sus emociones.

—Nunca pensé que sería capaz de enfrentarse a alguien como lo hizo con Eric. Es muy valiente —confesó Mary a Doménico, una vez que logró recuperar la cordura.

—Trabajé en mi juventud con la policía de la Toscana, la región italiana donde nací. No era la primera vez que me plantaba frente a un delincuente de ese calibre. Aunque no te voy a negar que estaba algo nervioso. Ya soy viejo y lento. Si ese Eric hubiera sido más aguerrido, habríamos estado en serios problemas.

Mary suspiró con tristeza.

—Fue usted quién le entregó la pistola a mi abuela, ¿no es cierto? No la

examiné, pero me pareció que la suya era igual.

Él sonrió con poco ánimo y le hizo mofas a Alex con el peluche de Nemo para arrancarle una sonrisa que lo ayudara a olvidar el mal momento.

—Nunca está de más tener un arma en casa. Es mejor vivir preparado, y más si vives en un lugar apartado.

Ella también sonrió, aunque la alegría no podía llegarle a los ojos. La desolación se había hecho dueña de su alma.

Mancini se levantó de la cama para atender una llamada telefónica. Se acercó a la ventana mientras hablaba con el *sheriff*, que le daba noticias de lo ocurrido.

—Ay, Dios. Este chico está mal de la cabeza —bramó de pronto con la mirada preocupada fija en el exterior.

Mary corrió a su lado con los nervios de nuevo a flor de piel. Sin embargo, al ver que la camioneta de los Owen estaba detenida frente al portal y Justin trepaba el portón para entrar a la casa, el corazón se le detuvo.

—¡Justin! —Saltó llena de júbilo y se apresuró a salir del cuarto.

—¡¿Qué haces, niña?! —vociferó Mancini, pero Mary ya bajaba a toda velocidad las escaleras—. Maldita sea —masculló, y fue en busca de Alex, que comenzó a llorar sobresaltado por los gritos.

La chica abrió la puerta y corrió hacia el joven. Él hizo lo mismo salvando en segundos la distancia que los separaba. La recibió entre sus brazos en medio del jardín y la apretó con fiereza.

—Oh, Mary, estás bien, estás bien... —repetía entre jadeos sin disimular la emoción.

—¡Justin, Justin! —clamaba ella sin parar, aferrada a su cuello con fuerza y depositando en su cabeza y en su rostro miles de besos.

Las lágrimas Mary se mezclaban con el sudor de Justin y morían en los labios de ambos, unidos en un beso profundo, entrecortado por las respiraciones agitadas y las risas llenas de alegría.

—Te amo, te juro que te amo... —suspiró él con desesperación. Mary le repitió lo mismo, sin dejar de asaltar de manera implacable su boca, calcinando en el fuego de su frenesí todas las emociones que mantenía contenidas en su pecho—. Vas a hacer que me muera de un infarto —confesó cuando la efervescencia comenzó a aplacarse y la urgencia fue sustituida por una dulce ternura que dio paso a las caricias.

Justin la acarició como si nunca lo hubiese hecho. Quería asegurarse de que ella estuviera allí, ilesa, sin un solo rasguño en su cuerpo. Y Mary

anhelaba sentirlo entero. Grabarse en las palmas de las manos la textura de su piel, su calor y forma. Lo deseaba con una potencia embriagadora.

Ambos estaban tan sumergidos en el júbilo de su encuentro que no se percataron de que tenían público.

—Por eso dicen que el amor y la locura siempre caminan de la mano — comentó Mancini con una sonrisa en los labios mientras observaba por la ventana la apasionada escena con Alex entre los brazos—. Mejor vamos a la cocina a por unas galletas. Esto durará mucho.

Alex rio como si entendiera el chiste, provocando la sonrisa del hombre. Doménico se alejó de la ventana para buscar lo prometido, dejando solos a los chicos para que siguieran en lo suyo, en privado.

Aunque el sublime reencuentro había terminado, Justin y Mary no se separaron el tiempo que estuvieron en la casa del italiano.

El joven les habló de la denuncia que Fred había llevado a la policía la tarde anterior, por el ataque de Eric en la refresquería. Al investigar, los oficiales descubrieron el nexo de Eric con otras denuncias hechas durante esos días, como la agresión a los jóvenes en el fuerte Wetherill. El *sheriff* se reunió esa tarde con los Owen. Buscaba a Mary, a quien habían señalado como la acompañante de Eric en varias oportunidades.

Tom aprovechó la ocasión y lo puso en contacto con Darryl y la policía de Providence. Ese fue motivo suficiente para declarar a Eric un peligro extremo para la seguridad del lugar e iniciar su búsqueda urgente. Con la información suministrada por Doménico, y sabiendo que Ronald y su grupo de delincuentes rondaban por la región, se vieron en la necesidad de solicitar la presencia de más oficiales.

Una comisión del condado de Providence se acercó a la isla para servir de apoyo. A Ronald lo cercaron en los alrededores de la casa de la abuela de Mary, junto a otros sujetos de amplio historial delictivo. Se desató un enfrentamiento que solo duró algunos minutos y terminó con un criminal herido y cuatro más detenidos. Entre ellos, Ronald.

Mary no pudo evitar sentir alivio al saber que el peligro estaba controlado, pero a la vez cierta inquietud. Su padre estaba a punto de llegar a la isla y ella debía dar muchas explicaciones y comenzar con las despedidas.

Era el momento de regresar a casa y retomar su vida, alejarse de aquel trago amargo, pero también de Justin.

CAPÍTULO 24



—Nunca en mi vida había tenido tanto miedo.

—Ni yo —aseguró Darryl Sanders a su hija sin suavizar el abrazo en el que ambos estaban inmersos, en la terraza trasera de la casa de Elizabeth.

Él observaba con tristeza y agotamiento la enorme luna que se erigía sobre la bahía, rodeada por millones de puntos de luz que hacían brillar el firmamento como si se tratara de piedras preciosas.

—Perdóname, papá. Perdóname.

Desde que su padre y Marian habían llegado, Mary no paraba de disculparse por sus imprudencias. Darryl estaba cansado de recordarle que nada de lo que hizo había sido en vano, que sus acciones espontáneas no estaban del todo equivocadas y que, gracias a eso, todos estaban aprendiendo lecciones que nunca olvidarían.

Pero ella no podía dejar de sentirse culpable. A Eric lo tenían en un centro de salud, rodeado por cientos de policías. Apenas se recuperara lo enviarían a una cárcel en Providence, de la que, seguramente, no saldría pronto. Ronald y sus secuaces se encontraban en peores condiciones, e incluso la propia Valery, a quien habían obligado a asumir un programa de desintoxicación y una evaluación psiquiátrica para evitar una condena de años.

—¿Qué ocurrirá con Alex? —preguntó la chica con interés, y despegó el rostro lloroso del pecho de Darryl para mirarlo a los ojos. Él alejó su mirada del cielo y la posó en la cara hinchada de su hija mientras acariciaba con ternura sus cabellos.

—Es nuestro legalmente. Ya me encargué de eso.

—¿No lo enviarás a Canadá?

—Si lo mando algún día, será de vacaciones y con su pasaje de vuelta bajo el brazo.

La joven sonrió satisfecha y se hundió de nuevo en el pecho de su padre, abrazándolo con más fuerza.

—Lo cuidaré bien.

—Claro. Cada vez que regreses de Kingston tendrás que pasar, al menos, un día con él y tus hermanitas, para que Marian y yo podamos dormir ocho

horas seguidas —propuso en tono jocoso, pero Mary volvió a observarlo con preocupación.

—No iré a la universidad.

—¿Por qué?

—Porque no pienso dejarte solo con todas las cargas.

—¿Y de qué manera vas a aligerármelas? —Ella lo soltó y se alejó un paso. Se cruzó de brazos con altanería y frunció el ceño. Estaba harta de que siempre la subestimaran—. Ya me ha contado Tyler las proezas que hiciste en la cocina del café —confesó Darryl, procurando no mostrar la sonrisa que estaba a punto de dibujarse en su rostro—. ¿No te parece que es mejor aprender un oficio antes de ejercerlo?

—Puedo trabajar en otra cosa, como dependienta en una tienda o como recepcionista o secretaria de algún profesional. Manejo bien el ordenador y el teléfono, mejor que una batidora o el horno.

Esta vez Darryl no disimuló la sonrisa, que no era de burla, sino de satisfacción.

—Es una buena idea. Sé que en Kingston hay lugares donde podrás trabajar algunas horas mientras llevas a cabo tus estudios universitarios.

—Papá...

—Dijiste que querías aligerar mis cargas —recordó Darryl apresurándose a interrumpir las quejas de su hija.

—¡Es lo que quiero hacer!

—Entonces, estudia, supérate y aprende cosas que te ayuden a obtener un trabajo mejor pagado —insistió el hombre—. Querías estudiar Psicología, ¿cierto? —Ella asintió con la cabeza, abandonando su pose altiva para observarlo con atención—. ¿Sabes cuánto dinero cobra la recepcionista de una psicóloga? Menos de lo que gana su secretaria, pero si quieres el cargo de la secretaria tendrás que hacer cursos que te ayuden a desempeñar bien esa labor, porque su trabajo no se limita solo a escribir cartas en el ordenador —razonó él con calma—. Sin embargo, la psicóloga gana mucho más. Tanto que puede darse el lujo de contratar a una recepcionista y a una secretaria para que la ayuden, y, si además de trabajar en un despacho es psicóloga escolar o consejera u orientadora vocacional en una empresa, ganará el doble.

Mary no podía apartar la vista de su padre. En sus facciones podía percibirse cierta vergüenza. Aquella había sido su manera de pensar hacía tan solo unos días, pero, por las circunstancias del destino, el miedo le impidió ver de nuevo la realidad de esa manera.

—Si quieres trabajar mientras estudias puedes hacerlo. No serás la primera persona en vivir esa odisea ni serás la última. El trabajo nos ayuda a aprender más y a ser independientes, pero el estudio nos permite superarnos, ampliar nuestros horizontes.

Darryl se acercó a su hija, le tomó la carita apenada entre sus manos y acarició sus mejillas con los pulgares.

—Tu madre y yo no estamos bien económicamente, pero dentro de nuestros planes ya están incluidos tus estudios. Además, ganaste una media beca en Kingston, no puedes desaprovechar esa oportunidad —expresó, casi en un ruego—. Si trabajas mientras estudias, nos ahorrarás a ambos un poco de esfuerzo, pero harás más si te gradúas y ocupas un puesto como profesional. Ya no tendremos que compartir contigo los gastos, porque serás capaz de ocuparte de ti misma. Y, si en un futuro tienes hijos, no deberé preocuparme por mantenerlos, como lo hago con Valery, solo de ayudarte y apoyarte. Con eso sí aliviarías muchas de mis cargas.

Los ojos de Mary se humedecieron, pero ya no le salían más lágrimas, había derramado demasiadas ese día. Además, el sentimiento de determinación que le llenaba el pecho no le producía llanto, sino que agitaba las ideas en su cabeza. Comenzaba a maquinarse de qué manera seguiría adelante con su vida desde ese momento.

Volvió a abrazarse a su padre con fuerza para agradecer con ese gesto lo que acababa de aprender.

—Lo haré, papá. Lo haré —garantizó, logrando que la sonrisa de Darryl se ensanchara.

Esa noche la dedicaron a ponerse al día con todo lo pendiente. Hablaron durante horas en la habitación de Elizabeth, dejando sobre la colcha de la cama todas las verdades y sentimientos. Recuperaron los retazos de los recuerdos que quedaron inmortalizados en las fotografías allí guardadas, en las postales que Mancini le regaló a la joven para que tuviera algo especial de su abuela y en las anécdotas que recordaba Darryl.

Marian se hizo cargo de Alex para darles el tiempo y el espacio que ellos requerían, manteniéndose siempre en contacto con una de sus primas, que se había quedado en Providence cuidando de las gemelas mientras ellos iban a Jamestown en busca del niño.

—¿Por qué nunca me hablaste de mi abuela?

Darryl suspiró con pesar antes de responderle.

—Porque fui un tonto. Siempre la culpé por haberme robado la

estabilidad y resquebrajar la familia en la que hubiera querido vivir toda mi vida, aunque no fuera perfecta.

—Pero tú hiciste lo mismo —le reprochó ella.

—Lo sé, por eso me sentí culpable y nunca reuní el valor para deshacerme de esta casa, ni de sus cosas —confesó, y echó una mirada melancólica a la habitación—. Perdí años en absurdas peleas con ella sin disfrutar de su presencia ni de su cariño. Cuando murió me sentí muy solo e intenté olvidarla. Estaba enfadado. Luego vinieron los problemas financieros y mi actitud tosca y soberbia con la vida. Comenzó a ponerse difícil la convivencia con Deborah, y sentí que no podía obligaros ni a ti ni a ella a soportar a un sujeto como yo. Apareció Marian y el mundo se me hizo más llevadero, anhelaba estar con ella, y no deseaba haceros daño ni a ti ni a tu madre, pero fallé.

Darryl volvió a suspirar. Se mostraba abatido. Mary lo observó con pena, pero no quiso interrumpir su discurso. Pensó que eso lo ayudaría a sacarse de su interior la angustia que lo embargaba.

—Me sentí muy mal con toda la situación que había creado, pensé mucho en mi madre y no pude evitar comparar sus problemas con los míos. Comencé a comprenderla, pero ya no la tenía conmigo para pedirle disculpas ni para solicitarle consejos. Por eso empecé a visitar la isla. Primero, con intención de poner en orden la casa para encontrarle un comprador; luego, buscando recuerdos que me llevaran a mi madre. Me hace tanta falta...

A Mary se le empañaron los ojos al escuchar aquellas palabras. Deseaba encontrar algún medio para ayudarlo, pero no sabía cuál. Tomó las manos de su padre y las encerró entre las suyas, intentando infundirle fortaleza.

—Aunque me duela, tendremos que vender esta casa —alegó Darryl con desánimo mientras daba un nuevo repaso a la pequeña habitación—. Y el coche.

—¿No hay forma de conservarlos?

El hombre negó con la cabeza y hundió su mirada en una fotografía de su madre que descansaba sobre la cama, donde ella aparecía muy sonriente posando frente a ese hogar.

—Lo que gasto en el mantenimiento de ambas cosas me servirá para cubrir el seguro médico de Alex y el tratamiento psiquiátrico que Valery debe seguir desde ya por orden judicial.

Mary se sintió abatida por la noticia. En esa casa parecía conservarse el recuerdo de su abuela, lo que le había permitido conocerla, y ahora debía

alejarse de ella para siempre.

—Lo siento —murmuró, sin saber si se lo decía a su padre o a sí misma.

Los dos se quedaron en silencio, observando distraídos sus manos entrelazadas, hasta que el sonido de un mensaje de texto que acababa de llegar al teléfono móvil de Mary los alejó de sus añoranzas.

Ella tomó el aparato y, al revisarlo, no pudo evitar sonreír.

—Saldré un momento para responder —se disculpó y se levantó para ir a la terraza trasera.

Darryl la miró marcharse con curiosidad, creyendo saber quién había sido la persona que se comunicaba con su hija a esas altas horas de la noche, sin poder esperar a que llegara la mañana.

—Hola —saludó Mary cuando atendieron su llamada.

—Hola, no he querido llamarte porque pensé que estarías dormida.

El aleteo de millones de mariposas en el estómago de la chica le arrancó una sonrisa. La voz de Justin se notaba ansiosa. Le fascinaba que él se sintiera urgido por saber de ella, de la misma manera en que ella se sentía atraída por él.

—He pasado toda la noche con mi padre. Teníamos mucho de qué hablar.

—Y ¿cómo te sientes?

Ella se mordió el labio y caminó hasta la barandilla de madera que separaba el porche del patio ajardinado. Se acodó en ella, sin dejar de admirar el espectáculo nocturno que le regalaba el cielo de Jamestown, cubierto de estrellas y con una luna inmensa asentada sobre las montañas del otro lado de la bahía.

—Un poco... diferente. Es extraño.

—Diferente, ¿por qué?

—No sé, descubrir tantas cosas en un solo día te hace ver el mundo de otro modo.

—¿Y, ahora, cómo ves tu mundo?

Mary calló un instante. Un suspiro profundo al otro lado de la línea le oprimió el corazón. Justin, de forma disimulada, le pedía una respuesta a una pregunta no formulada. Después del encuentro en la casa de Mancini y al enterarse de lo que ella había estado a punto de hacer, le reprochó su locura de haber aceptado marcharse con Eric y no haber confiado en él. La actitud recelosa que asumió luego, cuando la acompañó a la estación de policía y se quedó con ella mientras Darryl llegaba, le confirmaba a la chica lo lastimado que él se sentía por ese nuevo rechazo.

Aún no habían tenido oportunidad de hablar de la posibilidad de una relación entre ellos. Mary afrontaba el conflicto que veía venir por la detención de Eric y de Ronald, y Justin estaba preocupado porque su hermana seguía internada en Urgencias, recuperándose del intento de abortó.

El tiempo corría y les robaba momentos que no recuperarían nunca, pues Mary debía regresar a Providence con su padre por la mañana y pronto se mudaría a Kingston, lo que dificultaría que pudieran hablar sobre el tema.

—Si te soy sincera, mi mundo ahora es un caos.

Justin no respondió enseguida. Su silencio la doblegaba.

—Te irás mañana. —Aquello no fue una pregunta, sino una puñalada directa al corazón.

—Justin, yo...

—¿Puedo ir a despedirme? —Su pregunta fue un latigazo a su alma—. Tengo algo para ti.

A pesar de todo el llanto derramado ese día, de que pensó que nunca más lloraría porque los lagrimales se le habían secado, una lágrima rodó por su rostro confirmándole lo mucho que Justin le importaba.

—Sí, te esperaré —aseguró con una voz que sonó muy afectada.

Él volvió a guardar silencio un instante, acentuando la pena de la chica. Hasta que decidió terminar con aquella angustia.

—Bien. Te veré mañana —se despidió, y sin decir más cortó la llamada.

Ella se quedó un rato allí, sola. Se sentó en la tumbona donde en una ocasión había hecho el amor con Justin. Acarició los brazos de plástico de la silla con melancolía, como si fueran los del chico, y finalmente se recostó para admirar las estrellas, intentando encontrar figuras entre ellas.

Juntas eran capaces de hacer hermosas formas. Las que poseían mayor brillo marcaban los puntos principales, dejando a las pequeñas destacar los detalles que hacían a cada imagen diferente.

Para ella, ver un cielo colmado de estrellas era todo un espectáculo, una experiencia que solo podía ser disfrutada en la oscuridad y amparada por una soledad latente. La misma soledad que acompañaba la existencia de cada astro de manera individual, sin imaginar que su lejana ubicación resultara tan atractiva para la vista de los humanos.

No quiso pensar en Justin, ni en nadie, solo deseaba serenar sus emociones. Aquel día había resultado demasiado revelador y aún le quedaban despedidas que afrontar, tragos muy amargos que marcarían su existencia.

Al día siguiente, el desánimo dirigía sus acciones. Con ayuda de Marian

limpió la casa y recogió sus cosas.

Su padre estaba en la sala, reunido con Doménico Mancini y Tom Owen. Conversaban sobre el futuro de la vivienda y el coche de Elizabeth, y la urgente necesidad de conseguir un comprador para ambos. Mary no quería escucharlos, aquello la entristecía. Se había encariñado con esa casa y pensó que conservarla le serviría de excusa para regresar a Jamestown algún día. Ahora no tenía nada.

El aroma a flores seguía percibiéndose en cada habitación, así como el del café recién hecho, el de tabaco y mar. Esa casa mantenía entre sus paredes la esencia de su abuela, y su recuerdo, lo único que pudo obtener de ella.

Salió al jardín delantero para guardar en el coche de su padre el bolso con la ropa que había llevado a la isla. Mientras depositaba sus pertenencias en el maletero se fijó en que un vehículo se acercaba por el sendero que daba entrada a la casa. Se trataba de la camioneta de los Owen.

Con el corazón encogido en un puño, se giró para observar cómo Justin estacionaba y salía llevando consigo una bolsa de regalo. El rostro del chico estaba serio. Se mostraba imperturbable. Pero en sus pupilas se reflejaba la misma desolación que la embargaba a ella.

—Hola —saludó, y se detuvo frente a la joven metiendo dentro del bolsillo de su pantalón la mano que le quedaba desocupada. Mary quiso responderle, pero el nudo que tenía en el pecho enseguida se le extendió a la garganta. Se cruzó de brazos e intentó mostrar una sonrisa—. Te vas.

Ella asintió.

—Me voy —expresó con voz débil.

Fijó la mirada en la boca roja con la lengua fuera que estaba estampada en la franela negra del chico, logo de la banda británica Rolling Stones. Si lo veía a los ojos, sus inseguridades crecerían.

—Para ti —dijo Justin, y extendió hacia ella la bolsa de regalo.

Mary la tomó y al abrirla, encontró una taza grande de color celeste con el dibujo de un faro que lanzaba un rayo luminoso hacia el mar, y, debajo de este, en letras brillantes, la palabra: Jamestown.

—Es hermosa —alabó con una sonrisa mientras la examinaba.

—Dicen que los universitarios beben mucho café —mencionó Justin, obligando a la joven a alzar la mirada. El corazón de la chica se encogió al notar más de cerca el dolor que abrumaba al joven—. Así recordarás la isla y todo lo que viviste en ella mientras haces realidad tus sueños.

Mary observó con angustia la taza, sintiendo que caía en un profundo

abismo. No pudo seguir disimulando su dolor, dejó el objeto dentro del maletero del vehículo y se lanzó sobre él para aferrarse a su torso y hundir el rostro apenado en su pecho.

—No quiero tener que recordarte —lloriqueó.

Él la cubrió por completo con los brazos, enterró la cara en sus cabellos y cerró los ojos mientras aspiraba su aroma, dejando besos regados por su cabeza.

—Es lo que nos queda por hacer. Al menos, durante la época de clases. —Mary alzó la vista para observarlo, confusa—. Si todo marcha bien, podremos vernos en las vacaciones y durante las fiestas. —Justin levantó una mano para acariciarle el rostro y secarle la lágrima que corría por la mejilla de la chica—. Siempre encontraremos un momento para estar juntos.

—Quiero tenerte siempre.

—Y siempre me tendrás —respondió él con una sonrisa algo forzada—. Aunque físicamente me quede en la isla, mi mente y mi corazón estarán en Kingston, contigo.

Ella se abrazó de nuevo a su torso, tratando de grabar en su memoria su calor y aroma. Lo iba a extrañar con intensidad. Esas pocas semanas que había estado junto a él, compartiendo penas y alegrías, transformaron su vida de tal manera que la convirtieron en otra persona. Más segura de sí misma y más serena.

—Te amo. Me harás una falta enorme —confesó.

Justin la apretó con fuerza mientras reía de felicidad. Bajó el rostro en busca de la boca de ella y, al hallarla, la besó con ansia, devorando con afán sus labios ya abiertos para él, que lo recibieron gustosos. Sus lenguas se entrelazaron en una danza interminable y tierna, acariciándose entre sí de la misma manera en que lo hacían sus manos a través de sus cuerpos, que parecían casi soldados uno al otro.

—Solo será un año —susurró en su oído.

Mary lo observó con los ojos muy abiertos. Con una mezcla de deseo y sorpresa marcada en sus pupilas.

—¿Qué dices? ¿Un año?

—Sí —confirmó Justin con una sonrisa amplia—. Estoy estudiando la posibilidad de realizar unos cursos de administración de empresas en esa universidad, mi tío me ha estado ayudando y quizás...

Mary impidió que continuara con su explicación, se lanzó sobre su cuello y le llenó el rostro de besos.

—Irás a Kingston, no puedo creerlo, ¡irás a Kingston! —exclamó, emocionada.

—En realidad, estoy trabajando en eso desde hace un año —reveló él cuando ella dejó de besarlo. Mary volvió a observarlo con perplejidad—. Un par de buenos amigos estudian en esa universidad y me han estado animando para que, al menos, me matricule en algunos cursos, pero la idea no lograba convencerme del todo, y menos cuando Janina me habló de su situación.

Mary relajó su abrazo, pero no se alejó de él.

—¿Cómo está ella?

—Triste, aunque más tranquila.

—¿Tendrá al niño?

—Sí. Está aterrada, pero mis tíos han hablado mucho con ella. Entre ambos la han convencido de que hay muchas posibilidades de que todo salga bien.

Mary bajó de nuevo la vista al logo estampado en la camisa, recordando la conversación que había tenido con la hermana de Justin en el hospital, y que le removió nefastos recuerdos que se esforzaba por olvidar.

—Por eso no iré a Kingston hasta dentro de un año —continuó Justin—. Quiero estar aquí estos meses, para acompañarla.

Mary dirigió su atención al rostro del chico y envolvió su mandíbula entre las manos.

—Yo vendré cada vez que pueda —le aseguró.

—¿A Jamestown?

—Sí. Quiero conocer cada rincón de esta isla, aprender a navegar y a bucear en la bahía.

Él sonrió con picardía.

—Será un placer ser tu guía turístico. En el trozo de bahía que está detrás de la casa de tu abuela podemos iniciar las clases de buceo, allí el agua está en calma.

Ella perdió la alegría.

—No. Mi padre venderá la casa. No podré visitarla nunca más.

—¿De qué hablas? —inquirió Justin con desconcierto—. Mancini le comprará la casa a Darryl con la condición de que te deje venir más seguido.

El corazón de la chica saltó en su pecho.

—¿Qué dices?!

Justin sonrió con un rastro de burla.

—¿Estuviste toda la noche hablando con tu padre y no le preguntaste

sobre ese asunto?

Ella lo empujó y le golpeó un hombro, simulando estar enfadada.

—¿Cómo haces para enterarte de las cosas antes que yo?

La carcajada de Justin resonó en el jardín, pero enseguida la miró con devoción. Se acercó a ella, la tomó por la nuca y volvió a hundirse en su boca con desenfreno. Absorbió cada beso y cada gemido de la joven sin compasión, almacenando en sus labios su sabor, para que este le durara en la boca el tiempo en que estarían separados.

Detuvieron el beso cuando escucharon un fuerte carraspeo detrás de ellos. Al girarse, vieron el rostro enrojecido y amenazador de Tom Owen a unos cuantos pasos de distancia. Junto a él se encontraba un sorprendido Darryl, quien tenía los ojos abiertos al máximo, y un sonriente Mancini.

—Debemos regresar a la tienda. Tenemos trabajo que atender —expuso Tom, y extendió una mano pidiendo de manera silenciosa las llaves de la camioneta.

Justin se las entregó y torció el rostro en una mueca de desagrado porque debía despedirse de la chica.

—Yo también me voy —señaló Doménico—. Tengo un gran pedido de pasteles que entregar esta tarde y dos empleadas menos en el café. Tyler debe estar a punto de rasgarse las vestiduras.

Se acercó a Mary y depositó un beso paternal en su frente.

—Cuando vuelvas a la isla, pasa por el negocio a buscar las llaves de la casa de Elizabeth, así saludarás a Karin, que te va a extrañar un montón —se burló. Mary sonrió algo sorprendida, no había conocido la faceta sarcástica de Doménico, que le resultaba adorable. Decidió en su interior pasar más tiempo con él cuando visitara Jamestown. Estaba segura que entre ambos se construiría una bonita amistad—. Y para que me hables un poco más sobre esa idea del cibercafé que una vez me comentaste. Suena interesante.

Ella sonrió esperanzada.

—Gracias. En cierto sentido usted fue mi salvador.

—¿Yo? La que llegó caída del cielo fuiste tú. Aunque te esforzaste por esconder tus alas, todos pudimos vértelas. ¿Cierto? —le preguntó a Justin, y le propinó un golpe en un hombro que al chico llegó a dolerle.

Antes de que Doménico le diera la espalda para dirigirse a su coche, Mary lo abrazó por el cuello y le dio un beso en la mejilla, haciendo que el hombre empaldeciera de vergüenza. Volvió a despedirse de todos con nerviosismo, subió con rapidez a su vehículo y lo puso en marcha.

Mientras se alejaba por el sendero, Justin se giró hacia Darryl y estrechó su mano. Su tío Tom lo esperaba impaciente, sentado en el interior de la camioneta.

—Espero que pronto vengas a la isla, y con la familia.

—¡Por supuesto! —aseguró Darryl—. Nunca más los volveré a dejar.

Después del gesto, los tres se miraron un instante con cierta incomodidad. Hasta que Darryl comenzó a sentirse de más.

—Voy a... despedirme de Tom —indicó y señaló a su amigo, que seguía esperando dentro del coche—. Ya lo hice, pero lo volveré a hacer —enfaticó, notando que los chicos lo observaban con ansiedad a la espera de que cumpliera con sus palabras y los dejara solos—. Me voy —repitió, y se alejó con las manos en alto.

Justin se aproximó de nuevo a Mary, le tomó el rostro entre las manos y pegó su frente a la de ella.

—Te voy a extrañar, guapa.

Ella se abrazó a su cintura y cerró los ojos, sintiendo cómo le acariciaba el rostro con la punta de su nariz.

—Yo también voy a extrañarte.

—No vuelvas a apagarme el teléfono.

—Y tú no dejes de responder mis mensajes. Los necesitaré para soportar la espera.

Justin la besó, con ternura, hundiendo su lengua en su boca para enlazarla con la de ella. Le acarició el rostro y el cuello, logrando que la joven se estremeciera. Al terminar el beso se alejó un poco para poder mirarla a los ojos.

—Iré a por ti, Mary Sanders. No creas que te librarás de mí.

Ella sonrió satisfecha.

—Si tú no lo haces, vendré yo a buscarte. No te lo pondré fácil.

Se fundieron en un abrazo intenso, donde no solo se apretujaban sus cuerpos sino también sus emociones, pero un bocinazo les recordó que no estaban solos.

—No me olvides —le rogó Justin antes de volver a besarla.

—Te amo —le susurró Mary mientras él retrocedía para dirigirse al vehículo.

Tom estaba al volante. Encendió el motor y puso la marcha apenas su sobrino hubo subido. Las miradas de ambos jóvenes se mantuvieron entrelazadas mientras la camioneta salía por el sendero.

El corazón de la chica se hacía añicos a medida que el vehículo se perdía en el paisaje. Las despedidas siempre le resultaron asfixiantes, a pesar de que debía estar acostumbrada a ellas.

—El fin de semana debemos venir para entregarle a Doménico la documentación de la casa —comentó Darryl, quien se había parado al lado de su hija y miraba absorto el final el sendero. Como ella.

Mary abrió los ojos al máximo y observó a su padre como si este hubiera bajado en ese instante de una nave espacial.

—¿El fin de semana? ¡Eso es dentro de tres días!

Darryl asintió, haciéndose el inocente.

—Y también el siguiente, ya que deberemos empezar con las revisiones del contrato de venta. Creo que ahora que vamos a vender la casa visitaremos más seguido Jamestown. ¿No crees? —preguntó, con una sonrisa traviesa en los labios.

Mary gritó y saltó de alegría, lanzándose a los brazos de su padre.

—¡Te amo, papá! Aún me quedan un par de semanas antes de mudarme a Kingston, podré venir unos días a Jamestown y tal vez convenza a Claire de que me acompañe. ¡Y a mi madre! Mamá tiene que conocer a Justin —añadió la joven con emoción.

—Oh, Dios. Doménico nos echará a patadas —bromeó Darryl, aunque recibió un gran beso en la mejilla por su broma.

—¡Eres el mejor padre del mundo!

Esas palabras lo conmovieron y lo llenaron de dicha, demostrándole que todos sus esfuerzos, colmados de errores, también habían valido la pena.

—Volvamos a casa, corazón —pidió, antes de darle un beso en la cabeza y caminar juntos, cogidos de la mano, hacia el hogar.



Jonaira Campagnuolo nació una tarde de febrero en la ciudad venezolana de Maracay, donde aún vive con su esposo y sus dos hijos. Es amante de los animales, la naturaleza y la literatura. Desde temprana edad escribe cuentos que solo ha compartido con familiares y amigos. En la actualidad se dedica a trabajar como *freelance*, a administrar su blog de literatura (<http://desdemicaldero.blogspot.com>) y a escribir a tiempo completo.

Es coadministradora del portal de formación para el escritor de novela romántica **ESCRIBE ROMÁNTICA** (www.escriberomantica.com) y parte del equipo editorial de **ESCRIBE ROMÁNTICA LA REVISTA**.

Ha publicado los títulos *La chica de los ojos turquesa* y *La chica que miraba al cielo* en el sello Click Ediciones y tiene un tercer libro en preparación.

La chica que miraba al cielo

Jonaira Capagnuolo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Jonaira Campagnuolo, 2017

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Boiko Olha / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2017

ISBN: 978-84-08-17739-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

[La chica de los ojos turquesa](#)

Jonaira Campagnuolo

[Mariposas en tu estómago \(primera entrega\)](#)

Natalie Convers

[Mi error fue amar al príncipe. Parte I](#)

Moruena Estríngana

[Mi error fue amar al príncipe. Parte II](#)

Moruena Estríngana

[La magia de aquel día](#)

Clara Albori

[Una nueva vida](#)

Nora Alzavar

[Amistad inesperada. Serie Sweet Love - I](#)

Moruena Estríngana

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!



Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

[Click](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)